HACE MUCHO TIEMPO EN UNA GALAXIA MUY, MUY LEJANA…

LA GUERRA DE LAS GALAXIAS

El Planeta Misterioso

Greg Bear

Capítulo 1

Anakin Skywalker esperaba en una larga fila dentro de un túnel de mantenimiento abandonado que llevaba al pozo de basura del distrito de Wicko. Con un suspiro de impaciencia, el muchacho alzó sus alas de carrera cuidadosamente plegadas sujetándolas por su arnés de cuero y puso el grueso timón encima de la tira de su sandalia de vuelo. Después apoyó las alas en la pared del túnel y, con la lengua entre los labios, aplicó la pequeña hoja reluciente de un soldador de bolsillo, manejándola como si fuera una diminuta espada de luz, a una grieta en la abrazadera lateral izquierda, Una vez terminadas las reparaciones, Anakin imprimió un vaivén experimental al rotador. El componente reparado funcionó a la perfección a pesar de que ya tenía muchos años.

Tan sólo hacía una semana que le compró las alas a un antiguo campeón del vuelo en los pozos que se había roto la espalda. El muchacho había obrado prodigios en un tiempo récord, lo que le permitiría volar en la misma competición en la que el campeón había puesto fin a su carrera. Anakin adoraba sentir cómo le crujían los huesos bajo el potente tirón de las alas de carrera durante el vuelo. Saboreaba la velocidad y la extremada dificultad de la misma manera en que algunos saborean la belleza del cielo nocturno, tan difícil de ver en Coruscant con su eterno resplandor ciudadano que circundaba todo el planeta. Anhelaba la competición, e incluso el hedor nervioso de los participantes, todos ellos marginados y escoria de la sociedad, le parecía emocionante.

Pero por encima de todo, le encantaba ganar.

La carrera del pozo de basura era ilegal, por supuesto. Las autoridades de Coruscant intentaban preservar la imagen de un digno y respetable planeta metropolitano, capital de la República, centro de la ley y la civilización para decenas de millares de sistemas estelares. La verdad no podía ser más distinta, si sabías dónde mirar, y Anakin siempre sabía de una manera instintiva hacia dónde había que mirar.

Después de todo, había nacido y se había criado en Tatooine.

Aunque le encantaba el adiestramiento Jedi, embutirse en unas prendas filosóficas tan ceñidas no resultaba nada fácil. Anakin había sospechado desde el primer momento que en un mundo donde un millar de razas y especies se reunían para parlamentar tenía que haber lugares muy divertidos.

El señor del túnel que supervisaría la carrera era un naplouseano, poco más que un amasijo de tejidos delgados como hilos provisto de tres piernas y un nudo de húmedos ojos relucientes.

—La primera bandada ya haber alzado el vuelo —siseó mientras avanzaba con rápidos y gráciles giros por el estrecho túnel de lisas paredes. El naplouseano hablaba básico salvo cuando estaba enfadado, ya que entonces se limitaba a apestar—. ¡Alas! ¡Arriba! —ordenó.

Anakin se echó las alas al hombro con una serie de gruñidos profesionalmente sincronizados, uno-dos-tres, pasó los brazos por debajo de las correas de sujeción y se ciñó el arnés, que había tenido que recortar un poco para adaptarlo al cuerpo de un niño humano de doce años.

El naplouseano examinó a cada participante con muchos ojos críticos. Cuando llegó a Anakin, deslizó una delgada cinta de tejido reseco por entre sus costillas y las correas y tiró de ellas con una fuerza que casi hizo caer al muchacho.

— ¿Quién ser tú? —tosió el señor del túnel.

—Anakin Skywalker —dijo el muchacho.

Anakin nunca mentía, y nunca le preocupaba la posibilidad de ser castigado.

—Tú ser muy osado —observó el señor del túnel—. ¿Qué decir tu madre y tu padre si nosotros devolverles un chico muerto?

—Criarían otro —respondió Anakin, esperando hablar como un duro veterano seguro de sí mismo por mucho que en realidad le diera igual lo que pudiese opinar el señor del túnel con tal de que le dejara correr.

—Yo conocer a los corredores —dijo el naplouseano, con sus múltiples ojos disputándose el mejor ángulo de visión—. ¡Tú no ser un corredor!

Anakin mantuvo un respetuoso silencio y se concentró en el círculo de tenue luz azulada que tenía delante, el cual iba aumentando de tamaño conforme se acortaba la fila.

— ¡Ja! —ladró el naplouseano, a pesar de que a su especie le resultaba imposible reírse.

Después siguió fila abajo, tirando, empujando y repartiendo más lúgubres pronósticos de

catástrofe ante el pequeño enjambre adoratorio de cámaras androides que lo seguían allá donde fuera.

Una voz muy tenue habló detrás de Anakin.

—Has corrido aquí antes.

Anakin ya llevaba un rato siendo consciente de la presencia del tallador de sangre que esperaba en la cola detrás de él. Sólo había unos centenares de representantes de su especie en todo Coruscant, y hacía menos de un siglo que se habían unido a la República. Los talladores de sangre eran unos seres impresionantes: esbeltos, gráciles y con la piel de un dorado iridiscente, sus largas extremidades estaban provistas de tres articulaciones y sus pequeñas cabezas remataban un cuello muy delgado.

—Dos veces —dijo Anakin—. ¿Y tú?

—Dos veces —dijo el tallador de sangre afablemente, y después pestañeó y miró arriba. Su extraña nariz se desplegaba a través del angosto rostro del tallador de sangre formando dos faldones carnosos que hacían pensar en un escudo partido, medio escondiendo su ancha boca carente de labios. Los faldones nasales minuciosamente tatuados eran al mismo tiempo sensores de olor y unas orejas dotadas de una gran sensibilidad, una doble función en la que también tomaban parte los dos diminutos orificios que había detrás de sus pequeños ojos negros como el ónice—. El señor del túnel tiene razón. Eres demasiado joven.

Hablaba un básico impecable, como si hubiera sido educado en las mejores escuelas de Coruscant.

Anakin sonrió e intentó encogerse de hombros. El peso de las alas de carrera frustró el gesto.

—Probablemente morirás ahí abajo —añadió el tallador de sangre, lanzándole una mirada altiva e impasible.

—Gracias por el apoyo —dijo Anakin enrojeciendo.

Las opiniones profesionales como la del señor del túnel no le afectaban, pero no soportaba que lo menospreciaran, y si había algo que odiara especialmente era que un oponente intentara ponerlo nervioso antes de la carrera.

Miedo, odio, ira... El viejo trío con el que Anakin luchaba cada día de su vida, aunque sólo revelaba sus emociones más profundas a un hombre: Obi-Wan Kenobi, su maestro en el Templo Jedi.

El tallador de sangre se inclinó levemente sobre sus piernas de tres articulaciones.

—Hueles igual que un esclavo —murmuró, hablando sólo para los oídos de Anakin.

El muchacho tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no tirar las alas al suelo y saltar sobre la larga garganta del tallador de sangre. Después se tragó sus emociones y las puso a buen recaudo en una parte helada y secreta de su ser, guardándolas junto con todas las otras cosas oscuras que se había traído consigo de Tatooine. El insulto del tallador de sangre había dado justo en el blanco, lo cual avivó la ira de Anakin e hizo que le resultara todavía más difícil controlarse. Tanto él como su madre, Shmi, habían sido esclavos de Watto, el altanero tratante de chatarra. Cuando el Maestro Jedi Qui-Gon Jinn ganó a Anakin en la apuesta que hizo con Watto, tuvieron que dejar a Shmi en su poder..., algo en lo que Anakin pensaba cada día de su vida.

— ¡Vosotros cuatro ser los próximos! —siseó el señor del túnel, pasando velozmente junto a ellos con la parte central de su cuerpo revoloteando igual que cintas en la peonza de un niño.

* * *

Mace Windu andaba por un estrecho pasillo lateral en el dormitorio principal del Templo Jedi, absorto en sus pensamientos con los brazos metidos dentro de sus largas mangas, cuando faltó poco para que fuera derribado por un esbelto y joven Jedi que salió corriendo de una puerta. Mace logró hacerse a un lado ágilmente justo a tiempo para evitar el choque, pero sacó un codo y rozó deliberadamente con él al joven Jedi, quien se volvió en redondo.

—Perdonadme, maestro —se disculpó Obi-Wan, apresurándose a inclinarse ante Mace—. Qué torpe soy.

—No ha pasado nada —dijo Mace Windu—. Aunque deberías haber sabido que estaba aquí.

—Sí. El codo. Un correctivo. Os lo agradezco.

De hecho Obi-Wan se sentía más bien avergonzado, pero no había tiempo de explicar las cosas.

— ¿Tienes prisa?
—Mucha —dijo Obi-Wan.
— ¿El elegido no se encuentra en sus alojamientos?
El tono de Mace contenía tanto ironía como respeto, una combinación en la que era particularmente experto.
—Sé a dónde ha ido, maestro Windu. He encontrado sus herramientas y su banco de trabajo.
—Y supongo que se trata de algo más serio que el que esté construyendo androides que no nos hacen ninguna falta.
—Sí, maestro —dijo Obi-Wan.
—Acerca del chico... —comenzó a decir Mace Windu.
—Cuando haya tiempo, maestro.
—Por supuesto —dijo Mace—. Encuéntralo. Luego hablaremos... y quiero que él esté allí para escuchar.
— ¡Por supuesto, maestro!
Obi-Wan no trató de disimular su prisa. Pocos podían ocultar la preocupación o sus intenciones a Mace Windu.
Mace sonrío.
— ¡El muchacho te aportará sabiduría! —gritó mientras Obi-Wan salía corriendo del pasillo para dirigirse hacia el turboascensor y la salida de transporte aéreo del Templo.
La broma no irritó en lo más mínimo a Obi-Wan. De hecho, él era de la misma opinión. Sabiduría, o locura. No podía haber nada más ridículo que el que un Jedi siempre tuviera que estar corriendo detrás de un padawan que no hacía más que crearle problemas. Pero Anakin no era un padawan corriente. Había sido confiado a Obi-Wan por su amado maestro en persona, Qui-Gon Jinn.
Yoda le había planteado la situación de manera bastante solemne hacía unos meses mientras estaban acuclillados delante de un fuego de carbón de leña sobre el que se cocían unas cuantas lonchas de wurr y pan de shoo en la pequeña habitación de techo bajo del joven Jedi. Yoda se disponía a dejar Coruscant para atender ciertos asuntos que no eran de la incumbencia de Obi-Wan, y puso fin a un largo silencio pensativo diciendo:
—A un problema muy interesante te enfrentas, y de esa manera a él todos nos enfrentamos, Obi-Wan.
Obi-Wan, siempre cortés, inclinó la cabeza como si no fuera consciente de que hubiese ningún problema.
—El elegido Qui-Gon nos dio a todos, sin que haya sido probado y estando lleno de miedo, y tuyo es para salvarlo. Y si no lo salvas...
Después Yoda no le había dicho nada más acerca de Anakin. Las palabras de Yoda resonaron en los pensamientos de Obi-Wan mientras cogía un taxi aéreo para ir a la periferia del Distrito del Senado. El trayecto sólo duró unos minutos, con vertiginosos giros y maniobras a través de centenares de niveles de tráfico y carriles más baratos de velocidad limitada.
Aun así, Obi-Wan temía que el taxi no estuviera yendo lo bastante deprisa.

* * *

El pozo se extendió ante Anakin cuando salió a la plataforma que había debajo del túnel. Los otros tres participantes en aquel vuelo intercambiaron codazos y empujones en un intento de ver mejor. El tallador de sangre fue particularmente brusco con Anakin, quien había esperado poder reservar todas sus energías para el vuelo.
«¿Qué demonios le pasa?», se preguntó el muchacho.
El pozo tenía dos kilómetros de anchura *y* tres de profundidad desde la cara superior del último escudo acelerador hasta las tinieblas del fondo. Aquel viejo conducto de mantenimiento había sido construido justo encima del segundo escudo acelerador. Alzando la cabeza y entrecerrando los ojos, Anakin pudo distinguir la cara inferior del segundo escudo, un gigantesco techo cóncavo atravesado por la complicada pauta geométrica de cientos de agujeros que le hicieron pensar en un colador puesto del revés en la cocina de Shmi en Tatooine. Pero cada agujero de aquel colador medía diez metros de diámetro. Centenares de haces de luz solar caían de los agujeros para atravesar la penumbra, actuando como relojes de sol para indicar la hora en el mundo

desprotegido, muy por encima del túnel. Ya era más del meridiano.

Había más de cinco mil pozos de basura como aquél en Coruscant. La ciudad-planeta producía un trillón de toneladas de basura cada hora. Los residuos —escudos de fusión, núcleos hiperimpulsores consumidos y mil subproductos más de un mundo rico y altamente avanzado— eran demasiado peligrosos para que se los pudiera reciclar, por lo que eran llevados al distrito de los pozos. Allí los residuos eran metidos en contenedores que, tras ser sellados, viajaban a lo largo de carriles magnéticos hasta llegar a un inmenso cañón circular situado debajo del escudo inferior. Cada cinco segundos, una andanada de contenedores era expulsada del cañón por la detonación de varias cargas químicas. Después los escudos guiaban la trayectoria de los contenedores a través de sus agujeros, les proporcionaban un empujón extra mediante un campo tractor y los enviaban a órbitas minuciosamente controladas alrededor de Coruscant.

Hora tras hora, los navíos del servicio de basuras en órbita recogían los contenedores y los llevaban a las lunas exteriores para que fueran almacenados en ellas. Algunas de las cargas más peligrosas eran disparadas hacia el tenue resplandor amarillo del gran sol, donde desaparecerían igual que motas de polvo arrojadas al interior de un volcán.

Era una operación tan precisa como necesaria, llevada a cabo día tras día y año tras año con la puntualidad de un mecanismo de relojería.

Hacía cosa de un siglo, a alguien se le ocurrió convertir los pozos en un centro deportivo ilegal donde los jóvenes aspirantes a matones de los barrios violentos de Coruscant podían demostrar su temple en las profundidades muy por debajo de la resplandeciente ciudad superior. El deporte llegó a hacerse sorprendentemente popular en los canales de entretenimiento pirata que surtían a los apartamentos de élite, perdidos en las alturas de las torres próximas a las estrellas que elevaban sus moles por todo el mundo-capital. Las sumas de dinero generadas llegaron a ser lo bastante grandes para que algunos de los maestros de los pozos pudieran ser persuadidos de que hicieran la vista gorda, siempre que los participantes fueran los únicos que corrieran peligro.

Un contenedor de basura proyectado a través de los escudos aceleradores podía aplastar a una docena de corredores sin sufrir ningún desperfecto. El último escudo le proporcionaría el empujón corrector necesario para compensar la pérdida de unas cuantas vidas insignificantes.

Anakin contempló con tensa concentración la parpadeante luz de salto que relucía en el techo del túnel, apretando los labios y abriendo desmesuradamente los ojos mientras un tenue rocío de sudor cubría sus mejillas. En el interior del túnel hacía mucho calor. Podía oír el rugido de los contenedores y ver cómo sus motitas plateadas atravesaban los agujeros del escudo para poner rumbo hacia el siguiente nivel superior, dejando tras de sí estelas azules de aire ionizado.

La atmósfera del pozo, saturada de ozono y del olor a goma quemada producido por los lanzamientos del cañón, olía como un taller de generadores baratos.

El señor del túnel revoloteó hacia la salida para dar ánimos al próximo equipo.

— ¡Gloria y destino! —clamó el naplouseano, asestando una palmada al soporte que unía las alas de Anakin.

El muchacho mantuvo la concentración, tratando de percibir dónde estarían las corrientes en aquel nivel y en qué puntos se acumularían los pequeños remolinos de ascenso y hundimiento a medida que se formaban y giraban entre los escudos. El ozono siempre alcanzaría su máxima concentración en las áreas donde los vientos serían más intensos y peligrosos. Y por cada andanada de contenedores que atravesaba los escudos siguiendo una formación minuciosamente prefijada, no tardaría en haber otra que seguiría una serie cuidadosamente calculada de rutas alternativas.

«Es muy fácil. Como volar entre una tormenta de la que llueven gotas de acero...»

Los contrincantes de Anakin ocuparon sus puestos en la salida del túnel, disputándose la mejor posición en la plataforma. El tallador de sangre empujó al muchacho con la punta azabache de su ala derecha. Anakin la apartó de un manotazo y mantuvo la concentración.

El naplouseano alzó su extremidad-cinta, la punta enroscándose y extendiéndose en un rápido temblor de expectación.

El tallador de sangre ocupó su puesto a la izquierda de Anakin y cerró los ojos hasta convertirlos en dos rendijas. Sus faldones nasales repletos de diminutas cavidades sensoriales latían y vibraban, barriendo el aire en busca de pistas.

El naplouseano emitió una especie de ronco gemido —su manera de maldecir— y ordenó a los participantes que no se movieran. Un androide volador de mantenimiento estaba llevando a cabo un barrido de aquel nivel. Desde el lugar donde esperaban, el androide era visible bajo la forma de

una motita, un punto minúsculo que zumbaba alrededor de la enorme circunferencia gris del pozo mientras lanzaba tenues notas musicales entre el rugido y los estridentes siseos de los contenedores.

Los administradores podían ser sobornados, pero los androides no. Tendrían que esperar a que aquél descendiera al nivel inferior.

Otra andanada de contenedores fue disparada a través de los escudos con un estruendo ensordecedor. Las estelas iónicas azuladas se enroscaron como serpientes fantasmales entre el disco cóncavo del escudo inferior y la masa convexa del escudo superior.

—Así vivirás un poco más de tiempo, pequeño muchacho humano que huele a esclavo —le susurró el tallador de sangre a Anakin.

* * *

En contra de todas sus inclinaciones personales, Obi-Wan había asumido la obligación de mantenerse al corriente de los pormenores de cuanto estuviera relacionado con las carreras ilegales en un radio de cien kilómetros alrededor del Templo Jedi. Anakin Skywalker, su pupilo, su responsabilidad, era uno de los mejores padawans del Templo y hacía honor con creces a la promesa que Qui-Gon Jinn había percibido en él, pero como para compensar esa promesa aportando una especie de contrapeso a las sorprendentes capacidades del muchacho, Anakin se veía obligado a cargar con un peso equivalente en defectos.

Su búsqueda de la velocidad y la victoria seguramente era el más irritante y peligroso de ellos. Qui-Gon Jinn tal vez hubiera alentado esa faceta del carácter del muchacho permitiéndole correr por su libertad, tres años antes, en Tatooine.

Pero Qui-Gon ya no estaba allí para poder justificar sus acciones.

¡Cómo echaba de menos Obi-Wan la impredecible energía de su maestro! Qui-Gon había impulsado a su joven discípulo a dar lo mejor de sí mismo mediante lo que al principio parecían ser meras observaciones sarcásticas, a pesar de que después siempre acababan resultando ser profundas lecturas de su situación.

Bajo su guía, Obi-Wan se había convertido en uno de los Caballeros Jedi más capaces y sensatos del Templo. Pese a todos sus talentos, de muchacho Obi-Wan se parecía bastante a Anakin: él también había sido terco y se enfadaba con facilidad. Obi-Wan no tardó en encontrar el centro tranquilo de su lugar en la Fuerza, y actualmente prefería llevar una existencia lo más tranquila y ordenada posible. No soportaba que hubiera conflictos dentro de sus relaciones personales. Con el paso del tiempo, Obi-Wan llegó a ser el centro estable y Qui-Gon se convirtió en el factor impredecible. ¡Cuántas veces había pensado que aquella relación tan bruscamente invertida que mantuvo con Qui-Gon había vuelto a invertirse una vez más, ahora con Anakin!

Siempre había dos, maestro y padawan. Y en el Templo a veces se decía que las mejores parejas eran aquellas cuyos integrantes se complementaban el uno al otro.

Después de un momento particularmente difícil, Obi-Wan se juró que en cuanto hubiera quedado libre de Anakin se recompensaría a sí mismo con un año de aislamiento en un planeta desierto, lejos de Coruscant y de cualquier padawan que pudieran asignarle. Pero eso no le impidió seguir cumpliendo con exigente pasión sus obligaciones hacia el muchacho.

Dentro del radio de travesuras potenciales de Anakin había dos pozos de basura, y uno era tristemente famoso por las competiciones de zambullidas en los pozos que se celebraban dentro de él. Percibir la presencia de Anakin nunca resultaba demasiado difícil. Obi-Wan escogió el pozo más próximo y subió el tramo de escaleras de mantenimiento hasta llegar a la pasarela de observación para los ciudadanos de los niveles superiores que había en lo alto.

Corrió a lo largo de la balaustrada que, al ser la hora central del período laboral de los burócratas vespertinos, se hallaba desierta. Obi-Wan apenas prestó atención al quejumbroso rugido de los contenedores que surcaban el aire con rumbo al espacio. Los estampidos sónicos resonaban cada pocos segundos, estruendosos en la balaustrada, pero rápidamente amortiguados por barreras dispuestas en ángulo antes de que hubieran tenido tiempo de llegar a los edificios circundantes. Buscaba el turboascensor que lo llevaría a los niveles inferiores, a las cámaras de alimentación abandonadas y los túneles de mantenimiento dentro de los que se organizaban las carreras.

Ningún vehículo aéreo podía circular por encima del pozo. Las distintas rutas para el tráfico

aéreo que zumbaban continuamente sobre Coruscant como otras tantas capas de la malla de una red eran desviadas en la periferia del corredor de lanzamiento, dejando un obvio camino despejado hacia los estratos superiores de la atmósfera y al espacio que se extendía por encima de ellos. Pero dentro de aquel cilindro de aire desierto, ocupado únicamente por contenedores de residuos tóxicos que ascendían rápidamente, los agudos ojos de Obi-Wan no tardaron en localizar a un androide de observación suspendido en el vacío.

No era un androide de los servicios ciudadanos, sino un modelo difusor de apenas veinte centímetros de diámetro del tipo que utilizaban los equipos de filmación de los canales de entretenimiento. El androide describía círculos alrededor del perímetro, dispuesto a alertar de la llegada de cualquier policía o androide de las fuerzas de la ley. Obi-Wan buscó, y encontró, seis pequeños androides más que montaban guardia sobre el escudo superior.

Tres de ellos volaban en formación sobre una cúpula situada a menos de cien metros del lugar en el que se encontraba Obi-Wan.

Aquellos androides estaban vigilando un punto de huida probable para los equipos de filmación en el caso de que algún agente de las fuerzas metropolitanas decidiera, por la razón que fuese, hacer caso omiso de sus sobornos y acabar con las carreras.

Y sin duda indicaban la posición del turboascensor que Obi-Wan tendría que tomar para encontrar a Anakin.

La próxima zambullida había tenido que ser pospuesta hasta que los observadores estuvieron seguros de que el androide de vigilancia del pozo había pasado al nivel inmediatamente inferior. Aquel inesperado retraso había puesto muy nervioso al señor del túnel, y el aire no tardó en quedar impregnado por su nauseabundo olor.

Anakin recurrió a .su disciplina de padawan e intentó ignorar el hedor al tiempo que seguía centrando su atención en el espacio entre los escudos. Podían saltar en cualquier momento, y tenía que conocer las corrientes de aire y percibir la pauta seguida por los contenedores, que continuaban atravesando los agujeros del acelerador en un interminable desfile para ascender hacia el espacio y perderse en él.

El tallador de sangre no estaba ayudando. Su irritación ante el retraso parecía estar siendo canalizada hacia el muchacho humano que esperaba junto a él, y Anakin no tardó en verse obligado a organizar alguna clase de defensa para demostrar que era algo más que un mero accesorio escénico.

—No aguanto el olor a esclavo —dijo el tallador de sangre.

—Me gustaría que dejaras de decir eso —replicó Anakin.

Lo más próximo a un arma de que disponía era su pequeño soldador, que dadas las circunstancias no le serviría de mucho. El tallador de sangre le llevaba muchas decenas de kilos de ventaja al muchacho.

—Me niego a competir con una criatura inferior, un esclavo. Eso deshonra a mi pueblo y me deshonra a mí.

— ¿Qué te hace pensar que soy un esclavo? —preguntó Anakin en el tono más afable que podía emplear sin parecer todavía más vulnerable.

Los faldones nasales del tallador de sangre se unieron para formar una impresionante hoja carnosa delante de su cara.

—Le compraste tus alas a un lemmer que se lesionó. Las he reconocido. O alguien se las compró para ti: algún apostador sin escrúpulos, diría yo, que te ha inscrito en esta carrera para que tu presencia deje en buen lugar a otro.

— ¿A ti, quizá? —dijo Anakin, y enseguida lamentó haberse permitido la satisfacción de contestarle.

El tallador de sangre hendió el aire con un ala doblada y Anakin se agachó justo a tiempo. La brisa le levantó los cabellos. Ni siquiera el peso de sus propias alas le impidió asumir rápidamente una postura defensiva, tal como le había enseñado Obi-Wan, al tiempo que se preparaba para el próximo movimiento.

El hedor se intensificó de repente. Anakin percibió la presencia del naplouseano justo detrás de él.

— ¿Un duelo antes de una carrera? ¿Necesitaremos quizá una holocámara aquí, para divertir a nuestros leales seguidores?

El tallador de sangre consiguió parecer totalmente inocente, echando las aletas nasales hacia atrás mientras su rostro adoptaba una expresión de leve sorpresa.

* * *

El largo pasillo curvo que corría alrededor del pozo estaba lleno de vieja maquinaria oxidada y equipo cubierto de suciedad llevado allí hacía siglos por dotaciones de mantenimiento que llevaban mucho tiempo muertas: había viejos trineos de lanzamiento, contenedores vacíos lo bastante grandes para que pudieras estar de pie dentro de ellos, y los rieles de plastiacero deslustrado que en un lejano pasado los habían guiado en su camino hacia los túneles de carga inferiores.

Y fue dentro de aquel amasijo de restos donde Obi-Wan descubrió una floreciente actividad comercial centrada en los objetos relacionados con las carreras.

— ¡La carrera está a punto de empezar! —gritó un rechoncho muchachito todavía más joven que Anakin. Robusto, intrépido *y* casi increíblemente sucio, bastaba con verlo para saber que venía de otro mundo y que había nacido en un planeta de elevada gravedad—. ¿Alguna apuesta para el Saludador? ¡Cincuenta a uno máximo, y volveréis a casa ricos!

—Busco a un joven corredor humano —dijo Obi-Wan, inclinándose ante él—. Delgado, cabellos de un rubio castaño bastante cortos y un poco mayor que tú.

— ¿Apuestas por él? —preguntó el robusto muchacho con el rostro fruncido en una mueca de concentración, porque su vida estaba guiada únicamente por el dinero.

«Tanta distorsión... —pensó Obi-Wan—. Ni siquiera Qui-Gon podría salvar a todos los niños.»

—Apostaré, pero antes quiero echarle un vistazo —dijo, moviendo la mano de manera casi imperceptible como si se dispusiera a hacer algún truco de magia—. Para poder observar sus habilidades como corredor, ya sabes.

El muchacho siguió su mano con los ojos, pero ningún pañuelo surgió de la nada.

—Ve a ver al Saludador —dijo con una sonrisita burlona—. El te dirá lo que quieres saber. ¡Date prisa! ¡La carrera empezará dentro de unos segundos!

Obi-Wan estaba seguro de que podía percibir la presencia de Anakin no muy lejos de allí, en algún lugar de aquel nivel. Y también podía notar que el muchacho se estaba preparando para algo que le exigiría un gran esfuerzo, pero no sabía si para un combate o para la competición.

— ¿Y dónde puedo comprar unas alas de carrera? —preguntó, sabiendo que no había tiempo para andarse, con rodeos.

— ¿Tú, un corredor? —El robusto muchacho prorrumpió en carcajadas—. ¡El Saludador! ¡Él también vende alas!

* * *

Algo andaba mal. Anakin hubiese tenido que percibir cualquier anomalía hacía un buen rato, pero se había concentrado en prepararse para la carrera y de pronto debía enfrentarse a algo que no tenía nada que ver con ella.

Un cómplice había avisado al señor del túnel de que el androide de mantenimiento acababa de bajar al siguiente nivel, y eso hizo que dejara de prestar atención a Anakin. En ese mismo instante, el tallador de sangre sacó un brazo de la correa de un ala *y* metió la mano en su túnica.

Aquello no tenía ningún sentido. De pronto Anakin comprendió que la misión principal del tallador de sangre no era participar en la carrera.

«Sabe que fui un esclavo. Sabe quién soy, y eso significa que sabe de dónde vengo.»

El tallador de sangre sacó de su túnica un cuchillo rotatorio. Su brazo pareció proyectarse hacia adelante, con todas las articulaciones alineándose de pronto para doblarse después hacia atrás formando una U.

— ¡Padawan! —siseó, y las puntas rotatorias de las tres hojas relucieron como una hermosa gema.

Estorbado por la masa de las alas, Anakin no pudo moverse lo bastante deprisa para esquivar del todo el ataque. El muchacho se inclinó hacia un lado y el cuchillo no logró hundirse en su cara, pero una hoja le arañó la muñeca y las otras dos chocaron con el soporte principal izquierdo. Una oleada de dolor subió por el brazo de Anakin. Rápido como una serpiente, el tallador de sangre echó el brazo hacia atrás *y* se preparó para asestar una segunda cuchillada.

Anakin no tenía elección.

Impulsándose hacia la boca del túnel con una veloz patada, resbaló por la pendiente de la plataforma y desplegó las alas de carrera hasta su máxima envergadura.

El tallador de sangre lo siguió sin vacilar.

— ¡Todavía no corréis! —gruñó el encargado del túnel, y una espesa vaharada de hedor surgió del túnel, dejando a los otros participantes presa de las náuseas.

* * *

Obi-Wan sólo dispuso de unos segundos para hacerse una idea de cómo funcionaba el nuevo equipo que acababa de comprar. Se echó las alas al hombro y corrió por el largo túnel, con los soportes colgantes arañando el techo entre estridentes tintineos metálicos. Esperaba que aquél fuera el túnel desde el que partirían los corredores, pero cuando llegó al final de él, se encontró solo en la plataforma y su mirada atravesó el vasto espacio en forma de lente del pozo entre dos escudos de aceleración.

Las alas recién adquiridas no eran de su tamaño. Afortunadamente eran más grandes, no más pequeñas, y el Saludador no le había timado todo lo que hubiera podido llegar a hacerlo, ya que le había vendido unas alas diseñadas para un bípedo provisto de dos brazos. Obi-Wan se ciñó las correas del tórax dejándolas todo lo apretadas que permitían las hebillas y luego tensó las sujeciones de los brazos hasta que los soportes amenazaron con doblarse. En cuanto a si las alas estaban cargadas y aprovisionadas de combustible, no lo supo hasta que hubo alzado una pequeña copa óptica transparente y se la puso encima del ojo.

Las líneas rojas y azules que aparecieron en su campo de visión mostraban un cuarto de carga en el pequeño depósito de combustible. Apenas lo suficiente para una caída controlada.

Morir en una estúpida carrera de un pozo de basura, atrapado en unas viejas alas de carrera, no era el destino que Obi-Wan había esperado tener como un Jedi.

Volvió la mirada hacia la izquierda y vio una sección de pared desnuda, y después se volvió hacia la derecha y se agarró a una barra metálica partida para inclinarse hacia fuera. Las alas estuvieron a punto de hacerle perder el equilibrio, y por un instante Obi-Wan permaneció precariamente agarrado a la barra. Recuperando el equilibrio entre un ominoso chasquido de sus alas de carrera, Obi-Wan vio a Anakin de pie en la plataforma del túnel, a unos cincuenta metros a su derecha. Había llegado con el tiempo justo de presenciar la confusión de extremidades y el destello de un arma.

Obi-Wan saltó al vacío en el mismo instante en que Anakin caía o saltaba, y apenas tuvo tiempo de ver cómo un tallador de sangre, el atacante de Anakin, se lanzaba tras él.

Sus alas se desplegaron prácticamente sin ningún esfuerzo consciente por parte de Obi-Wan, y los diminutos motores de sus puntas tosieron y cobraron vida con un estridente zumbido. Los sensores de los soportes buscaron los intensos campos tractores que permeaban el espacio entre los enormes escudos curvos. Por sí solas las alas no hubieran podido sostener a un muchacho, y mucho menos a un hombre, pero usando los campos residuales que emanaban de los agujeros del acelerador, un corredor podía ejecutar toda clase de acrobacias aéreas.

La primera maniobra que Obi-Wan logró dominar, no obstante, fue la de caer en picado.

Casi trescientos metros.

* * *

La confusión y el dolor de Anakin se transformaron rápidamente en una claridad mental que llevaba unos cuantos años sin experimentar: tres, para ser exactos, desde su última carrera de módulos en Tatooine, la última ocasión en que había estado tan cerca de la muerte.

Necesitó casi tres segundos para adoptar la postura correcta, con los pies ligeramente inclinados hacia abajo, las alas dobladas junto a su costado y la cabeza echada hacia atrás por encima del soporte. Era como zambullirse en una inmensa piscina. Después, poco a poco, las alas parecieron desplegarse sin ninguna intervención consciente por su parte. Los motores tosieron y jadearon hasta acabar emitiendo un agudo zumbido que hacía pensar en la llamada de dos grandes insectos. Anakin sintió cómo los sensores giraban delante de las yemas de sus dedos, y percibió la tenue señal vibratoria en las palmas de sus manos indicadora de que un campo en gradiente estaba disponible.

No había llegado a caer cien metros. Las alas, extendidas hasta su envergadura máxima de cinco brazos, temblaban y vibraban como seres vivos conforme capturaban el aire y los campos, y cuando los motores respondieron a los sutiles tirones de sus brazos, Anakin por fin pudo controlar su equipo..., ¡y se elevó!

La copa óptica que le proporcionaba el nivel de combustible y otras lecturas se bamboleaba inútilmente debajo de su barbilla, pero Anakin podía arreglárselas sin ella.

«¡No está mal para alguien que se encontraba tan cerca de la muerte!», pensó. La claridad se convirtió en un torrente de energía que recorrió su pequeño cuerpo. Por un instante Anakin se olvidó de la carrera, el miedo y el dolor en su brazo, y sintió un escalofrío de victoria total sobre la materia, sobre la voluminosa masa de metal y fibra que llevaba a la espalda y sobre el espacio que se extendía entre los gigantescos escudos curvos.

Y, naturalmente, sobre el tallador de sangre que había querido matarlo.

Mirando por el rabillo del ojo, vio lo que creyó podía ser el tallador de sangre girando en el vacío como una hoja que cayera debajo de él y a su izquierda. Vio cómo la figura rozaba la pared del pozo, se precipitaba hacia el fondo, encontraba una corriente de aire y volvía a enderezarse.

Pero aquel infortunado pájaro mecánico no era el tallador de sangre. Con otra punzada de intensa emoción, Anakin vio que su atacante había saltado de la plataforma poco después que él y estaba volando en una trayectoria paralela a la suya, a unos veinte metros a su derecha.

El señor del túnel sin duda ya los habría eliminado de la carrera. «Muy bien, pues que nos elimine», pensó Anakin. Las formalidades de la victoria nunca le habían importado demasiado. Si iba a tener por único contrincante al tallador de sangre que quería matarlo, que así fuera.

El premio sería la supervivencia.

No era peor que una carrera de módulos contra un dug.

* * *

A Obi-Wan no le asustaba morir, pero odiaba todo lo que llevaba implícito aquella clase de muerte: el fallo de la técnica, la falta de elegancia, una cierta impulsividad temeraria que siempre había intentado eliminar de su carácter.

El primer paso para evitar tan lamentable resultado era la relajación. Después del primer roce con la pared, Obi-Wan aflojó todos los músculos de su cuerpo y concentró todos sus sentidos en la tarea de averiguar cómo interaccionaban el aire, los campos tractores y las alas. Tal como le había aconsejado Qui-Gon en una ocasión cuando estaba practicando con una espada de luz, permitió que el equipo le enseñara.

Pero ese proceso podía requerir horas, y Obi-Wan sólo disponía de unos segundos antes de estrellarse contra el escudo inferior. Eso quería decir que tendría que arreglárselas con lo que había aprendido hasta el momento.

Y que debería seguir el ejemplo del aprendiz.

Miró a la derecha y vio que Anakin adoptaba su postura de vuelo. Obi-Wan desplegó las alas y dejó que sus pies descendieran hasta quedar por debajo de su cabeza. Sabía lo suficiente sobre las carreras con alas sustentadoras para percibir las vibraciones en sus palmas y entender lo que implicaban, aferrarse al campo en gradiente más intenso disponible a cada momento y elevarse a través del escudo como una liebre saliendo de su madriguera.

La sensación era deliciosa, pero Obi-Wan la ignoró y se concentró en las más imperceptibles indicaciones de las alas, que llegaban hasta él desde la casi dolorosa presión de las correas estiradas alrededor de su pecho entre cuyo flacido abrazo colgaba. Había conseguido ganar un poco más de tiempo.

El zumbido en sus palmas cesó de repente. Los sensores rotaron ruidosamente, y una vez más volvió a caer. En aquel momento de la carrera, el incremento de la sustentación proporcionado por los motores instalados en las puntas de las alas servía más para controlar que para elevar, pero con las alas extendidas al máximo —y casi arrancándole los brazos de los hombros—, a las punteras de sus botas sólo les faltaron unos cuantos centímetros para rozar el campo.

Y entonces el zumbido que estaba sintiendo en las palmas alcanzó una nueva y frenética intensidad. Obi-Wan vio un agujero de diez metros de diámetro, pasó por encima de él, sintió cómo el campo tractor se reforzaba junto a la abertura siguiente, y se desvió hacia un lado con el tiempo justo de esquivar el rugido ensordecedor de un contenedor de basura.

La turbulencia creada por el paso del contenedor tiró de Obi-Wan hacia arriba como si fuera una mosca atrapada en un remolino del desierto. Ensordecido por el ruido, con las alas estremeciéndose incontrolablemente y las palmas calentadas por el frenético zumbido de los sensores, Obi-Wan pegó las alas a sus costados para huir de la parte más intensa del campo, cayó a una cierta distancia, encontró el campo de gradiente en un punto donde su intensidad era utilizable y volvió a desplegar las alas. El resultado: al menos una ilusión de control.

Al fondo del pozo, otro contenedor pasó rugiendo por una abertura del escudo inferior y fue dirigido por los campos tractores hacia su próxima abertura. Después llegó otro contenedor. Había toda una andanada en camino.

Obi-Wan no tenía idea de dónde estaba Anakin, o de si aún vivía. Y hasta que hubiera alcanzado algo más que un control rudimentario de las alas que le permitiera no tener que confiar tanto en la suerte, las circunstancias de su padawan no importaban demasiado.

* * *

El objetivo de la carrera del pozo de basura consistía en sobrevolar la superficie convexa del escudo inferior, bajar por una abertura que en aquel momento no estuviera cargada del todo con un campo de aceleración u ocupada por un contenedor en su ruta de ascenso, y después repetir dichas maniobras en los dos escudos inferiores siguientes hasta que el participante llegaba al fondo del pozo.

Una vez en el fondo, lo único que tenía que hacer era coger una escama de un gusano de la basura, sin poner los pies en el suelo, meter el trofeo en una bolsa y luego ascender a través de los escudos y volar hasta el interior de otro túnel para entregar la escama al juez: es decir, al Saludador, quien controlaba prácticamente todo lo que ocurría en aquellas competiciones.

La basura que no iba a ser exportada al espacio era sacada del territorio municipal del pozo y mezclada con aceites de silicona, después de lo cual era expulsada a través del anillo inferior de túneles de salida y pasaba a ser procesada por los gusanos. Los gusanos masticaban aquella basura menos tóxica hasta convertirla en cápsulas diminutas, extrayendo de ella cualquier fragmento de materia orgánica, plásticos o metal recuperable.

Los gusanos de la basura eran enormes, bastante hostiles y esenciales para que el pozo funcionara con eficiencia. Los gusanos de la basura tenían antepasados naturales en otros mundos, pero ya hacía mucho tiempo que los técnicos de Coruscant, maestros de las artes vitales, habían alejado considerablemente a aquellos monstruos de los límites de sus orígenes. Esparcidos en el puré de siliconas como nidos de grueso cable que se retorcieran lentamente, los gusanos reducían millones de toneladas de gránulos preprocesados a dióxido de carbono, metano y demás componentes orgánicos que flotaban en gruesas islas de espuma amarillo claro sobre la agitada superficie del lago de siliconas. Los metales, minerales y cristales desechados se hundían y eran recogidos del fondo de la cuenca por gigantescos androides sumergidos.

Se decía que un gusano de la basura podía comerse un núcleo hiperimpulsor difunto y sobrevivir... durante unos segundos. Pero rara vez se esperaba eso de ellos.

En el lago de siliconas del fondo del pozo había muchísimos gusanos. Sus enormes escamas medio sueltas destellaban como diamantes y eran muy apreciadas por el Saludador, quien las vendía como recuerdos deportivos a un pequeño pero selecto mercado de coleccionistas.

Anakin ejecutó un giro y miró arriba. El tallador de sangre se encontraba a su izquierda. Los otros participantes habían saltado tras ellos, lo cual quería decir que la carrera había empezado después de todo. El señor del túnel debía de haber decidido que aquella alteración del protocolo aumentaría la emoción.

A Anakin no se le ocurrió ningún plan mejor que ganar la carrera manteniéndose lo más lejos posible del tallador de sangre, ofrecer una escama de gusano al Saludador y regresar al Templo antes de que alguien pudiera darse cuenta de su ausencia. Dentro de una hora podía volver a estar entrenándose con Obi-Wan y aquella noche dormiría bien, sin malos sueños, exhausto y sintiéndose justificado en un nivel muy profundo hasta el que la disciplina Jedí todavía no había logrado llegar.

Tendría que disfrazar la herida de su muñeca, por supuesto. No parecía demasiado grave o al menos eso fue lo que reveló una apresurada inspección, que era lo único que podía hacer en vuelo.

Hora de inclinar su aleta, relajar los músculos y volver a caer como una piedra capaz de controlar su destino.

Porque sí había algo que Anakin deseara por encima de todo, era controlar la situación.

* * *

Obi-Wan se incorporó sobre la enorme superficie curva del escudo y, recurriendo a sus conocimientos Jedi, determinó rápidamente su estado físico en aquel momento. Tenía el cuerpo lleno de morados y se sentía muy frustrado —Obi-Wan se apresuró a disipar aquella emoción, porque la frustración podía llevar con mucha facilidad a la ira y de ésta a la perdición sólo mediaba un paso—, pero al menos había evitado romperse algún hueso. También se había quedado sin aliento, pero se recuperó al instante mientras buscaba con la mirada a los otros corredores.

Anakin giraba en una lenta espiral ascendente, volando sobre el centro del escudo y a unos cien metros por encima de él. Una segunda figura dorada ejecutaba una rápida espiral descendente a unos cien metros por encima de Anakin, bajando hacia él como una hoja. Una tercera y una cuarta estaban trazando grandes arcos alrededor del perímetro.

Obi-Wan se concentró en Anakin. Preparó sus alas para otra ascensión en el mismo instante en que veía cómo su padawan se precipitaba a través del vacío, hundiéndose igual que si estuviera zambulléndose en él, y desaparecía dentro del agujero central del escudo.

Obi-Wan corrió hacia el borde del agujero más cercano, que se encontraba a unos veinte metros de él. Se aseguró de que sus alas estuvieran adecuadamente dobladas y de que podrían ser extendidas sin quedarse atascadas a mitad del despliegue. Sus pies vencieron el abrazo pegajoso de los campos tractores que se curvaban sobre la superficie del escudo. El aire siseó alrededor de él, y sus intestinos vibraron como si estuviera andando a través de la peor tormenta del gigante gaseoso más turbulento.

Nubecillas de humedad congelada revolotearon en torno a él, arrastradas por la estela de un contenedor cuando éste atravesó aullando un agujero situado a menos de cincuenta metros a su derecha. El torbellino de fuerza ciclónica que se elevó hacia el espacio estuvo a punto de separarle los pies del suelo, y Obi-Wan no estuvo muy seguro de si sería capaz de resistir un segundo enfrentamiento con las líneas de campo locales.

Al igual que Qui-Gon Jinn en el pasado, Obi-Wan Kenobi no era partidario de enseñar mediante el castigo. Que el aprendiz reconociera los errores casi siempre era suficiente. Aun así, avergonzado, vio en una parte oscura de sus pensamientos que estaba planeando palabras muy duras, pruebas extremas y muchas, muchas tareas extra para Anakin Skywalker, y no con el único objetivo de mejorar la perspectiva de la vida que tenía su padawan.

* * *

Anakin sintió una nueva alegría extrañamente pura cuando extendió sus alas y capturó un campo en el siguiente nivel. La belleza de las estelas iónicas, los relámpagos que bailaban incesantemente entre las nubes de humo de las descargas e iluminaban las distantes paredes del pozo, y el rugido parecido a un redoble de tambor que se oía cada cinco segundos cuando ascendían los contenedores eran hermosos, pero lo realmente importante era que todos aquellos fenómenos, con una voz casi viva, lanzaban un desafío más grande que cualquiera de los que había experimentado en Tatooine, la carrera de módulos de la víspera de Boonta incluida.

El pozo era un lugar que casi todos hubiesen encontrado aterrador y donde la mayoría de seres vivos habrían muerto inevitablemente, y sin embargo Anakin no era más que un muchacho, un simple niño, un antiguo esclavo que no confiaba tanto en el adiestramiento Jedi como en su propio valor. ¡Estaba solo, y le encantaba estarlo! Anakin habría aceptado sin vacilar pasar el resto de su vida en aquella clase de peligro inmediato con tal de poder olvidar los fracasos del pasado que lo acosaban por las noches, cada vez que intentaba conciliar el sueño. Los fracasos..., y la aterradora sensación de llevar dentro algo que era incapaz de controlar.

Las oscuras botas vacías que deambulaban por la peor de sus pesadillas.

Volvió a extender su aleta cerca del centro del escudo, allí donde se lanzaban pocos contenedores. Podía sentir el palpitar del gigantesco cañón de lanzamiento debajo de aquel escudo, que era el que se encontraba más cerca del fondo. Sus sentidos estaban sintonizados con el ritmo de aquel lanzador giratorio, más grande que todo el Templo Jedi. Anakin esperó la llegada del titubeo, el breve silencio seguido por un ronco rechinar y un rápido *chuff* anteriores al momento en que un

anillo de contenedores entraba en las recámaras y era disparado. Lo más aconsejable, naturalmente, era caer por un agujero durante una pausa entre dos lanzamientos y salir de un agujero por el que acabara de ser disparado un contenedor, ayudado por su flujo de gases, corrientes ascendentes, relámpagos y azuladas estelas iónicas.

Antes de tomar una decisión, Anakin se maravilló ante un fenómeno que sólo conocía por los susurros impresionados con los que hablaban de él otros corredores: los círculos ascendentes de esferas de plasma que ascendían a través del vacío, elevándose sobre el primer escudo como si estuvieran impulsados por un propósito secreto. Las esferas relucían con destellos naranja y verde azulado, y Anakin incluso podía oír su intenso crepitar. Rozarlos suponía quedar frito al instante. El muchacho contempló cómo un círculo de aquellas esferas estallaba con una sucesión de tenues chasquidos, y siguió con la mirada la trayectoria del relámpago particularmente intenso que hendió el espacio en el que habían estado las esferas como una jabalina lanzada a través de un aro.

Aquello le erizó el vello de la nuca de una manera que ninguna descarga estática podía explicar. Era como si se estuviera enfrentando a los dioses primitivos del pozo de basura, los auténticos señores de aquel lugar, y sin embargo pensar aquello aunque sólo fuera por un instante iba en contra de todo su adiestramiento. «La Fuerza está en todas partes *y* no exige nada, ni obediencia ni respeto temeroso.»

Pero aquello, naturalmente, era lo que necesitaba experimentar para poder olvidar. Anakin necesitaba despojarse a sí mismo de todo su ser hasta quedar reducido al salvajismo más puro, a ese lugar escondido debajo de su nombre, su recuerdo y su yo en el cual moraban sombras ominosas, y al que podías recurrir en cuestión de segundos dando la espalda al lado luminoso de la Fuerza para volverte hacia la oscuridad y, de esa manera, descubrir que no veías ninguna diferencia entre uno y otra.

Anakin, puro instinto, una mota de polvo perdida en el juego, volvió a recoger sus alas y se precipitó por el agujero central del escudo.

No vio que el tallador de sangre hacía lo mismo a cincuenta metros por encima de él.

El cañón de lanzamiento se alzaba sobre su montura elevada a doscientos metros por debajo del escudo, repitiendo una y otra vez sus movimientos automatizados. Recibía contenedores cargados y activados de las pistas que lo rodeaban, y cada contenedor caía dentro de una cámara de disparo de la que sólo sobresalía su bulbosa punta. Cada contenedor disponía de una designación específica en el programa del cañón, una ruta especificada a través de cuatro escudos que le proporcionaba cuatro oportunidades de ser acelerado hacia una órbita específica. La carga situada debajo del contenedor sólo le permitiría recorrer los primeros trescientos metros, llevándolo hasta el primer escudo. Después los campos tractores y los generadores de pulsos magnéticos pasaban a hacerse cargo de él. El diseño, muy sofisticado a pesar de que ya tenía cientos de años de antigüedad, era tan sólido como duradero y había sido reproducido una y otra vez por toda la superficie de Coruscant.

Encima del cañón de lanzamiento el aire era casi irrespirable. Las humaredas producidas por la explosión de las cargas —simples explosivos químicos— no podían ser dispersadas y procesadas lo bastante deprisa para impedir que se formara un manto tóxico por debajo del primer escudo. Además de aquella neblina perpetua creada por la consunción de las cargas, también estaban los vapores miasmáticos de la cuenca llena de siliconas que se extendía por debajo del cañón de lanzamiento.

Era allí donde las criaturas más primitivas —y también las más grandes— de Coruscant vivían y desempeñaban sus funciones en un crepúsculo perpetuo, iluminado únicamente por los vacilantes resplandores de las luces industriales suspendidas de la parte inferior de los soportes del cañón de lanzamiento. Los gusanos más gigantescos medían centenares de metros de largo por tres o cuatro de ancho.

Anakin planeó hacia un lado del nivel inferior y se posó sobre uno de los soportes del cañón. Podía sentir a través de los pies la rotación y el lanzamiento de los contenedores introducidos en las recámaras.

La inmensa masa de la estructura de ferrocarbono temblaba bajo sus zapatillas de vuelo.

El muchacho había reservado la mayor parte de su combustible para aquel momento. Los campos tractores de debajo del cañón eran bastante débiles, ya que se hallaban reducidos al mínimo imprescindible para evitar que los gusanos subieran hacia los soportes para absorberlos. En cuanto hubiera arrancado una vidriosa escama de gusano, Anakin tendría que subir hasta el primer escudo,

localizar la corriente ascendente de un contenedor y permitir que lo arrastrara a través de un agujero hacia el vacío que se extendía por encima del primer escudo.

Lo cual resultaría increíblemente difícil de hacer.

Tanto mejor. Con los ojos muy abiertos, Anakin contempló la caótica sopa de gusanos que tenía debajo. Dejando rígida un ala durante una fracción de segundo, liberó el brazo correspondiente y extendió una mascarilla respiratoria por encima de su boca y su nariz. Después aprovechó aquella oportunidad para colocar en posición su copa óptica y bajar los anteojos de burbuja que protegerían sus ojos de las salpicaduras de silicona. Luego tensó los músculos, preparándose para el salto.

Sin embargo, había cometido el primer error de un aprendiz de Jedi: dirigir toda su atención hacia una sola meta u objeto. La concentración era una cosa y la percepción estrechada otra, y Anakin había hecho caso omiso de cuanto se encontraba por encima de él.

Sintió un cosquilleo en .sus sentidos y miró a un lado con el tiempo justo de recibir, con la coronilla de su cabeza, un golpe dirigido a su sien. El tallador de sangre pasó junto a él y se posó en el soporte siguiente para contemplar con satisfacción cómo el joven Jedi se precipitaba hacia la convulsa masa de gusanos.

Después el tallador de sangre siguió a su víctima, el largo cuello extendido hacia adelante y los faldones nasales unidos en una cuña, descendiendo sobre ella para terminar su trabajo del día.

La caída de Anakin fue amortiguada por una isla de la gruesa espuma hedionda que derivaba sobre el lago de gusanos. Se hundió lentamente en ella, liberando más gases tóxicos hasta que una repentina emisión de amoníaco hizo que recuperara el conocimiento. Le escocían los ojos. El golpe recibido en la cabeza había aflojado sus anteojos y su respirador.

Primero lo primero. Anakin desplegó las alas y se desabrochó el arnés, y después rodó sobre sí mismo para distribuir su peso a lo largo de las alas. Éstas actuaron sobre la espuma como raquetas para la nieve, haciendo que ya no se hundiera tan deprisa en ella como hasta hacía unos momentos. De todas maneras las alas se habían doblado, y aunque hubiera logrado liberarlas de la masa espumeante tampoco hubiese podido utilizarlas.

El tallador de sangre acababa de asesinarlo. El que la muerte no fuera a darse prisa en llegar no suponía ningún alivio de su certeza. La gran isla de amarillo pálido ondulaba con el subir y bajar de un sinfín de cuerpos calientes. Un constante crepitar llegaba de todas partes: burbujas que reventaban entre el líquido. Y Anakin oyó un sonido todavía más siniestro, suponiendo que eso fuera posible: el lento siseo de los gusanos reptando unos sobre otros y deslizándose alrededor de sus congéneres.

Anakin apenas podía ver. «Estoy perdido.» Desplegar sus sentidos para establecer contacto con la Fuerza lo tranquilizaría, pero aún no había alcanzado el punto de su adiestramiento que lo volvería capaz de levitar, al menos no más de unos centímetros.

A decir verdad, Anakin Skywalker se sentía tan mortificado por su falta de atención, tan avergonzado de las acciones que lo habían llevado allí, al pozo, en primer lugar, que su muerte parecía ocupar un lugar secundario con respecto a fracasos mucho más grandes.

Por mucho que Qui-Gon Jinn hubiera opinado lo contrario, Anakin no estaba hecho para ser un Jedi. Yoda y Mace Windu siempre habían estado en lo cierto.

Pero la acida conciencia de su propia estupidez no requería que además aceptara nuevos insultos. Anakin percibió el silencioso vuelo del tallador de sangre a unos metros por encima de él mientras la criatura se inclinaba tranquilamente para asestar un segundo golpe.

La venganza no tiene cabida en los pensamientos de un Jedi. Pero el cerebro de Anakin estaba funcionando a plena potencia, con sus procesos mentales clarificados por el dolor de su cráneo y el sordo palpitar de su brazo. El tallador de sangre sabía quién era y de dónde venía: ser llamado esclavo era una coincidencia demasiado grande, sobre todo encontrándose tan lejos de los sistemas sin ley de la periferia donde la esclavitud era común. Alguien andaba detrás de Anakin específicamente o de los Jedi en general.

El muchacho no creía haber atraído mucha atención a lo largo de su corta vida, o que su sola persona fuese digna de atraer el interés de un asesino. Parecía mucho más probable que el Templo estuviera siendo vigilado y que algún grupo esperara poder acabar con los Jedi uno por uno, escogiendo a los más débiles y expuestos como primeros blancos.

«Y eso quiere decir yo...»

El tallador de sangre era una amenaza para las personas que habían liberado a Anakin de la

esclavitud, aceptándolo entre ellos para darle una nueva vida lejos de Tatooine. Si estaba condenado a no ser un Jedi, e incluso a no llegar a la edad adulta, al menos podía eliminar una amenaza contra aquella Orden tan valiente como necesaria.

Anakin se ajustó el respirador, aspiró una bocanada de aire filtrado y examinó su vacilante plataforma. Un soporte de ala podía ser arrancado y blandido como arma. Se inclinó cautelosamente, equilibrando su peso, y aferró el delgado soporte. Resistente durante el vuelo, el soporte cedió a la presión descentrada que estaba ejerciendo Anakin, y sus manos lo torcieron de un lado a otro hasta que acabó partiéndose. En el extremo opuesto, allí donde las alas encajaban con el rotador, Anakin volvió a doblar el metal con unos rápidos golpes de su pie y después arrancó el soporte y le quitó la resbaladiza envoltura lubricante. La bola del rotador le proporcionó un buen garrote.

Pero la estructura de las alas en su totalidad pesaba menos de cinco kilos. El garrote pesaría unos cien gramos. Anakin tendría que impulsarlo con todas sus fuerzas para obtener un impacto significativo.

El tallador de sangre volvió a caer sobre él con las piernas encogidas hacía atrás y los brazos triplemente articulados colgando hacia abajo como los pedipalpos de un garra veloz de Naboo.

Estaba totalmente concentrado en el padawan.

Lo cual quería decir que estaba cometiendo el mismo error que había cometido Anakin.

Con una súbita punzada de esperanza y alegría, Anakin vio a Obi-Wan volando por encima del tallador de sangre. Su maestro extendió el haz de su espada de luz mientras se precipitaba sobre las alas del atacante con los pies por delante, partiéndolas tan fácilmente como si estuvieran hechas de paja.

Dos mandobles de la hoja zumbante y las puntas exteriores de las alas del tallador de sangre se desprendieron de la estructura.

El tallador de sangre soltó un grito ahogado y rodó sobre su espalda. El combustible de los depósitos de las puntas de sus alas se inflamó y lo hizo girar en una rueda resplandeciente, elevándolo bruscamente casi veinte metros antes de consumirse con un último chisporroteo.

Cayó sin ningún sonido y se hundió en el lago a unos doce metros de distancia, levantando un pequeño y reluciente surtidor de aceitosas siliconas. Fantasmas de metano consumido se agitaron sobre él durante unos momentos.

Obi-Wan se recuperó y alzó las alas justo a tiempo para no acabar sumergido hasta la cintura en el lago. La expresión que había en su rostro mientras desactivaba la espada de luz era puro Obi-Wan: paciencia y una leve exasperación, como si Anakin acabara de fallar una prueba de deletreo.

Anakin fue hacia su maestro para ayudarle a no perder el equilibrio.

— ¡Mantén las alas lo más altas que puedas! —gritó.

— ¿Por qué? —preguntó Obi-Wan—. No puedo sacarnos a los dos de este lío.

— ¡Todavía me queda combustible!

—Y a mí apenas me queda. Estos horribles artefactos son muy difíciles de controlar.

— ¡Podemos combinar nuestro combustible! —dijo Anakin, con la parte superior de la cara y los ojos brillando en la penumbra lechosa.

El lago onduló alarmantemente. Un reluciente tubo gris plateado que tendría el grosor de cuatro brazos se arqueó por encima de la sopa de siliconas junto al borde de su insustancial isla de espuma. Su piel estaba llena de restos de basura adheridos, y su flanco estaba surcado por una línea de ojillos negros envueltos en una apretada red de líneas azules.

Los ojos que flotaban sobre pequeños zarcillos los examinaron con intensa curiosidad. El gusano parecía estar preguntándose si eran dignos de ser comidos.

E incluso en aquel momento, Anakin contempló las relucientes escamas-trofeo que destellaban sobre el cuerpo del gusano. «Las mejores que he visto... ¡Tan grandes como mi mano!»

Obi-Wan se estaba hundiendo rápidamente. El Maestro Jedi parpadeó entre la calima de niebla de siliconas y gases tóxicos que los estaba envolviendo.

Anakin se inclinó con toda la delicadeza y sentido del equilibrio de que era capaz y separó los cilindros de combustible de sus alas, asegurándose de que no desconectaba los tubos de alimentación de los reactores exteriores y de que pellizcaba sus boquillas para obturarlas.

Obi-Wan se concentró en no seguir hundiéndose en aquella espuma pegajosa.

Otro arco de segmento de gusano del grosor y la altura de una pasarela para peatones surgió del lago con un chillido líquido al otro lado de la cada vez más reducida plataforma. Más ojos los

contemplaron. El arco tembló como si estuviera siendo presa de una nerviosa expectación.

—Nunca volveré a ser tan estúpido —jadeó Anakin mientras sujetaba los depósitos a las alas de Obi-Wan.

—Díselo al Consejo —replicó Obi-Wan—. Porque si logramos hacer seis cosas imposibles en los próximos dos minutos, estoy seguro de que tendremos que comparecer ante el.

Los dos segmentos de gusano vibraron al unísono y sisearon a través de la silicona como cabos bruscamente estirados, con lo que demostraron ser una sola y larguísima criatura que se alzó por encima de ellos. Más anillos los rodearon: otros gusanos, todavía más grandes. Obviamente, los Jedi —maestro y aprendiz— parecían sabrosos, y se había iniciado toda una competición. Los segmentos ondularon hacia atrás y hacia adelante para chocar con los bordes de la isla. La espuma se alzó en surtidores siseantes, hasta que la superficie de sustentación disponible quedó reducida a un pequeño tapón.

Anakin puso la mano sobre el hombro de Obi-Wan.

—Eres el más grande de todos los Jedi, Obi-Wan —se apresuró a decirle.

Obi-Wan miró fijamente a su padawan.

— ¿No podrías darnos un empujoncito...? —suplicó Anakin—. Ya sabes, hacia arriba.

Obi-Wan así lo hizo y Anakin conectó los reactores en el mismo instante en que se elevaban.

La sacudida no le impidió extender los dedos hacia una curva de piel de gusano y agarrar una escama. Sin que supieran muy bien cómo, lograron llegar al primer escudo y entraron en la corriente ascendente de un contenedor disparado por el cañón. Dando tumbos mientras eran tan violentamente sacudidos de un lado a otro que casi perdieron el conocimiento, fueron arrastrados a través de un agujero.

Obi-Wan sintió los bracitos de Anakin alrededor de su cintura.

—Si es así como se hace... —comenzó a decir el muchacho. Después algo (¿la recién descubierta capacidad de levitar de su padawan, tal vez?) los elevó a través del siguiente escudo como si reposaran sobre la palma de una mano gigantesca.

Obi-Wan nunca se había sentido tan cerca de una conexión tan poderosa con la Fuerza, ni en Qui-Gon ni en Mace Windu. Ni siquiera en Yoda.

— ¡Creo que lo vamos a conseguir! —exclamó Anakin.

CAPITULO 2

—Las oportunidades son ilimitadas —dijo Raith Sienar mientras andaba junto al parapeto de la factoría.

El comandante Tarkin de la Fuerza de Segundad de las Regiones Exteriores de la República andaba junto a él. Los dos hombres habrían podido ser hermanos. Ambos tenían treinta y pocos años. Ambos eran delgados y nervudos, con frentes huesudas y muy arqueadas, penetrantes ojos azules, rostros aristocráticos y una manera de ser que hacía juego con ellos. Y ambos llevaban las túnicas reservadas a los que gozaban del favor de los senadores, las cuales indicaban que sus portadores habían prestado servicios extraordinarios al Senado durante la última década.

— ¿Hablas de la República? —preguntó Tarkin con más que una sombra de desdén.

Su adiestramiento —puesto que procedía de una antigua familia militar sólidamente establecida— daba a su voz un filo particularmente cortante en el que la diversión se confundía con el hastío.

—En absoluto —dijo Sienar, sonriendo a su viejo amigo. Debajo del parapeto, cuatro naves de Proyectos Avanzados no tardarían en estar terminadas, negras, esbeltas y más pequeñas que los modelos anteriores, y realmente muy veloces—. La República lleva siete años sin ofrecerme un contrato realmente interesante.

— ¿Qué me dices de ésas? —preguntó Tarkin.

—Contratos privados con la Federación de Comercio, varias empresas mineras y otras grandes corporaciones. Muy lucrativas, con tal de que no venda mis mejores armas a los compradores equivocados. Equipo con armamento cada nave que fabrico, como sin duda sabes. De esa manera obtengo muchos más beneficios, pero a veces también puede traerte ciertas complicaciones. Por eso mantengo lo mejor en reserva... para mis clientes más generosos.

Tarkin sonrió ante su respuesta.

—En ese caso quizá tenga noticias que podrían serte de utilidad —dijo—. Acabo de asistir a una reunión secreta. El canciller Palpatine por fin ha conseguido forzar una decisión sobre el incidente de Naboo. Las fuerzas de segundad de la Federación de Comercio no tardarán en ser dispersadas. Durante los próximos meses, serán integradas en las fuerzas de la República y puestas a disposición del Senado. Todos obedecerán, Minería Exterior incluida, o de lo contrario tendrán que enfrentarse a una respuesta militar centralizada y mucho más poderosa. —Tarkin utilizó un pequeño telescopio manual para examinar los detalles de las nuevas naves. Cada una medía veinte metros de longitud, y sus aletas terminaban en gruesas toberas refrigerantes. Los compartimientos eran compactos, esféricos y nada lujosos—. Si son tu principal fuente de ingresos, ahora tu posición se verá... ¿Digamos que un poco comprometida?

Sienar inclinó la cabeza hacia un lado. Ya había oído hablar del decreto del canciller Palpatine.

—La Federación de Comercio dispone de grandes reservas de dinero, y admito que me proporciona muchos más contratos interesantes de lo que lo ha hecho la República, pero sigo teniendo amistades en el Senado. Echaré de menos los contratos de la Federación de Comercio, pero la Federación seguirá siendo una influencia con la que hay que contar en el futuro inmediato. En lo que concierne a la República... Bueno, sus especificaciones no son ni inspiradas ni una gran fuente de inspiración para mí. Y cuando acepto un contrato de la República, me veo obligado a trabajar con los viejos ingenieros en los que confían los senadores. Espero que eso cambie.

—He oído decir que no te tienen en gran estima. Los criticas demasiado libremente, Raith. Cuando tus clientes actuales pasen a la historia, ¿has pensado en recurrir a los subcontratos? —preguntó Tarkin en un tono ligeramente burlón.

Sienar agitó sus dedos delgados como patas de araña.

—Espero que estarás dispuesto a admitir que soy muy versátil. Después de todo, hace diez años que nos conocemos.

Tarkin le lanzó una mirada cuyo significado no podía estar más claro. «Oh, por favor...», parecían estar diciéndole sus ojos.

—Aún soy joven, Raith. No me hagas sentir viejo. —Fueron hacia el final del parapeto y siguieron por una pasarela suspendida que llevaba a una sala octagonal de paredes de transpariacero suspendida a treinta metros por encima del suelo de la factoría—. Discúlpame, pero esas naves me parecen cazas avanzados. Y además son muy bonitas.

Sienar asintió.

—Modelos experimentales para proteger a los cargueros en la periferia. La República ha dejado de patrullar algunas de las rutas más lucrativas. Supongo que con las fuerzas de la Federación de Comercio integradas en sus efectivos, esas rutas volverán a ser patrulladas. Y en cualquier caso, estas naves ya han sido pagadas.

— ¿Son almacenables?

—Por supuesto. Pueden ser apiladas en las bodegas secundarias, tal como pedían las especificaciones. Una auténtica sorpresa para los incursores. Bueno, olvidémonos de mis problemas comerciales. Acerca de nuestra relación...

Tarkin puso las manos encima de la barandilla.

—He establecido nuevos contactos —dijo—. Unos contactos muy útiles, por cierto. No puedo decirte mucho más.

—Ya sabes que soy ambicioso —dijo Sienar lanzándole una mirada que esperaba fuera tan ávida como llena de dignidad. Tarkin no era un hombre al que resultara fácil engañar—. Tengo planes, Tarkin, planes extraordinarios que impresionarán a cualquier persona con imaginación.

—Conozco a muchas personas con imaginación —dijo Tarkin—. A veces quizá con demasiada... —Siguieron andando. Los androides de montaje iban y venían debajo de ellos, y una grúa suspendida llevaba tres fuselajes a un carguero posado a unos metros de distancia—. A decir verdad, he venido a contarte un cuento de hadas muy notable que te hará pensar y a reclutarte para mi causa, viejo amigo. Pero no aquí, no donde cualquiera puede oírnos.

Una vez dentro de la sala de diseño de paredes de transpariacero a la que sólo podían acceder Sienar y sus invitados especiales, Tarkin se sentó en un cómodo sillón de plástico hinchable diseñado por Sienar. Una gran mesa holográfica gris oscuro zumbaba tenuemente junto a él.

Sienar hizo descender telones de seguridad negros alrededor del centro iluminado. Los dos hombres fueron absorbidos por un silencio fantasmagórico.

Tarkin intentó hablar, pero todo sonido se había vuelto imposible. Sienar le entregó un pequeño vocalizador plateado del tamaño de una nuez conectado a una preciosa boquilla de plastiacero por un cable flexible. A continuación le mostró cómo insertar el botón en la oreja mientras permitía que la boquilla flotara delante de sus labios.

Los vocalizadores permitieron que pudieran oírse el uno al otro.

—Hago pequeños favores a ciertas personas —dijo Tarkin—. Antes equilibraba esos favores entre bandos opuestos. Últimamente mis esfuerzos han empezado a inclinarse en cierta dirección. El equilibrio ha dejado de ser necesario.

Sienar, de pie delante de su viejo amigo, lo escuchaba atentamente. Su cuerpo, alto y elegantemente musculado, parecía rechazar el reposo.

—Algunas de esas personas quieren que los dedos —no tentáculos ni palpos, amigo mío, sino dedos humanos— se introduzcan en un gran número de cuencos de sopa estelar y comprueben la temperatura del contenido para averiguar si ya pueden ser consumidos.

— ¿A qué viene esa repentina preocupación por el hecho de que sean humanos?

—Los humanos son el futuro, Raith.

—Algunos de mis mejores diseñadores no son ni remotamente humanos.

—Sí, y por el momento empleamos a los no humanos allí donde son útiles. Pero toma nota de mis palabras, Raith: los humanos son el futuro.

Raith percibió la tensión que había en la voz de Tarkin.

—Tomo nota.

—Y ahora escúchame con atención. Voy a relatarte una historia de intriga maravillosamente barroca y compleja que, sin embargo, en el fondo es muy simple. Tiene que ver con una clase de nave espacial rara y muy poco vista, muy cara y de fabricación desconocida que supuestamente es un juguete para ricos. Podría acabar llevando a un planeta perdido cubierto por cierta clase de bosque muy misterioso y altamente peculiar. Y quizá no tarde en involucrar a los Jedi.

Sienar sonrió con deleite.

—Adoro las historias sobre los Jedi. De hecho, se podría decir que soy un auténtico fan de la Orden.

—Yo también los encuentro muy interesantes —dijo Tarkin con una sonrisa—. Una de mis obligaciones, y no voy a decirte para quién la desempeño ni cuánto me pagan por ello, consiste en mantener bajo observación a todos los Jedi que hay en Coruscant. He de saber qué hacen..., e impedir que incrementen su poder.

Sienar enarcó una ceja.

—Los Jedi apoyan al Senado, Tarkin.

Tarkin agitó la mano despectivamente.

—Entre los Jedi hay un muchacho muy interesado en los androides y toda clase de maquinaria: lo que podríamos llamar un coleccionista de chatarra, aunque tengo entendido que está dotado de cierto talento. He puesto en su camino a cierto pequeño androide muy caro y muy averiado, y el muchacho lo ha llevado al Templo Jedi y le ha devuelto la movilidad, tal como yo sospechaba que haría. Y dicho androide ha estado escuchando ciertas conversaciones privadas bastante curiosas.

Sienar escuchaba a su amigo con creciente interés, pero también con creciente perplejidad. En toda su vida de diseñador y constructor de magníficas naves y máquinas, los Jedi nunca habían mostrado ningún interés en encargarle naves espaciales. Siempre habían parecido conformarse con viajar en las naves de otros. En lo que a Sienar concernía, pese a todo su valor y disciplina, los Jedi eran unos analfabetos tecnológicos..., salvo por sus espadas de luz, naturalmente. Sí, esos artefactos tenían cierto interés...

—Préstame atención, Raith, por favor —dijo Tarkin, sacándolo de sus ensoñaciones—. Estoy a punto de llegar a la parte más interesante.

* * *

Media hora después, Sienar guardó los vocalizadores de segundad en su caja y subió los telones. Estaba pálido, y le temblaban ligeramente las manos. Intentó ocultar su ira.

«¡Tarkin quiere adueñarse de lo que hubiera debido ser mío!»

Pero reprimió su pena. El secreto había dejado de serlo. Las reglas habían cambiado.

Distraídamente, y para crear una diversión a su reacción a la historia de Tarkin, Sienar conectó el proyector holográfico y millones de líneas *y* curvas diminutas se materializaron en el aire por encima de la mesa gris oscuro. Formaron una esfera que giraba lentamente y de uno de cuyos lados se había eliminado una gran sección. Dos esferas más pequeñas aparecieron encima y debajo de los polos, unidas por gruesos cuellos erizados de detalles puntiagudos.

Tarkin se volvió hacia el holograma con una mueca de maliciosa satisfacción. Sus delgados y crueles labios se fruncieron, revelando millares de años de crianza aristocrática. Se inclinó sobre el holograma para examinar las barras de escala, y arqueó una ceja.

Su reacción complació a Sienar.

—Imposiblemente enorme —comentó Tarkin secamente—. ¿La fantasía de un escolar?

—En absoluto —dijo Sienar—. Totalmente factible, aunque caro.

—Has logrado despertar mi curiosidad —dijo Tarkin—. ¿De qué se trata?

—Uno de mis proyectos de exhibición concebidos para impresionar a esos pocos contratistas que saben apreciar lo grandioso —dijo Sienar—. Tarkin, ¿por qué me han escogido... esas personas?

—Supongo que no habrás olvidado que eres humano.

—Ése no puede haber sido el factor decisivo.

—Te sorprenderías, Raith. Pero no, probablemente en esta fase no sea crucial. Es tu posición y tu inteligencia. Son tus conocimientos de ingeniería, mucho mayores que los míos, aunque, mi querido amigo, te supero en capacidades militares. Y, naturalmente, dispongo de cierta influencia. Sigue conmigo e irás a lugares fascinantes.

Tarkin no podía apartar los ojos de la esfera, cuya lenta rotación acababa de revelar su descomunal turboláser abastecido por el núcleo energético.

—Ah. —Sonrió—. Un arma, siempre un arma. ¿Le has enseñado esto a alguien?

Sienar sacudió la cabeza con expresión apenada. Podía ver que el truco estaba funcionando.

—La Federación de Comercio sabe con toda exactitud lo que necesita y no muestra interés por nada más. Una deplorable falta de imaginación.

—Explícamelo.

—Es un sueño, pero un sueño alcanzable, dados ciertos avances en la tecnología de la hipermateria. Un núcleo de implosión con un plasma de alrededor de un kilómetro de diámetro podría impulsar una estructura artificial del tamaño de una pequeña luna. Con un par de grandes asteroides de hielo como combustible..., los cuales todavía son bastante comunes en los sistemas de la periferia exterior...

—Una pequeña tripulación podría patrullar un sistema entero con un navío —dijo Tarkin con voz pensativa.

—Bueno, la tripulación no sería tan pequeña, pero ciertamente bastaría con un solo navío —Sienar anduvo alrededor del holograma mientras barría el aire con las manos—. Estoy pensando en eliminar las esferas exteriores y limitarme a una sola gran bola de noventa o cien kilómetros de diámetro. Ese diseño facilitaría considerablemente el transporte.

Tarkin sonrió orgullosamente.

—Sabía que había escogido al hombre adecuado para este trabajo, Raith. —Admiró el diseño con las cejas fruncidas—, ¡Qué sentido de la escala! ¡Qué indecible poder!

—No estoy seguro de disponer de tiempo libre —dijo Sienar con un fruncimiento de ceño—. A pesar de mi falta de conexiones, aún me las arreglo para mantenerme muy ocupado.

Tarkin rechazó su comentario con un gesto de la mano.

—Olvida esas sombras de una vida pasada y concéntrate en el futuro. ¡Y qué futuro será, Raith, si satisfaces a las personas adecuadas!

CAPITULO 3

El Templo Jedi era una gigantesca estructura magníficamente diseñada y construida que tenía varios siglos de antigüedad, pero como una gran parte de lo que había en Coruscant, últimamente su exterior había sufrido los efectos del abandono. Debajo de los cinco impolutos minaretes relucientes, en el nivel de los dormitorios y las entradas de personal, la pintura se descascarillaba y las cañerías de bronce goteaban largas señales verdosas a lo largo de los tejados curvos. Las láminas de metal labrado habían perdido sus ribetes de aislamiento y empezaban a sucumbir a la corrosión eléctrica, creando fantásticos arco iris sobre sus superficies allí donde las tocaban.

Dentro del Templo, el dominio de los Caballeros Jedi y sus padawans, las salas eran frescas, con la iluminación reducida al mínimo salvo en los aposentos privados, los cuales eran adecuadamente espartanos pero se hallaban provistos de lámparas para leer los textos sacados de la enorme biblioteca. Cada cubículo también estaba equipado con un ordenador y un holoproyector para acceder a las últimas obras de ciencia, historia y filosofía.

El efecto general, para alguien llegado de fuera, podría haber sido uno de penumbra estudiosa, pero para un Jedi, el Templo era un centro de instrucción, caballerosidad y tradición sin igual en todo el universo conocido.

Había sido concebido para ser un lugar de paz y meditación combinada con períodos de riguroso adiestramiento. Últimamente, no obstante, el Consejo Jedi dedicaba una parte cada vez más considerable de su tiempo a las acuciantes cuestiones políticas y las repercusiones a gran escala de un colapso económico que ya duraba décadas.

La República no podía permitirse mucha meditación ni mucho estudio, sin embargo. Aquella era pronto se convertiría en un período de acción y respuesta, con muchas fuerzas desplegadas contra la libertad y los principios que habían guiado a los Jedi en su celosa defensa del Senado y la República.

Eso explicaba por qué tantos maestros habían tenido que abandonar el Templo para dispersarse por la precaria periferia de la República.

Pero no explicaba el porqué Mace Windu sonreía con perplejidad mientras presidía la sesión que debía analizar el preocupante caso de Anakin Skywalker.

A decir verdad, Obi-Wan Kenobi nunca había logrado entender a Mace Windu. Muchos afirmaban que Yoda era el más enigmático de los Caballeros Jedi, habitualmente enseñando mediante el truco más que con el ejemplo, el enigma antes que el hecho señalado y razonado. Mace Windu, a juzgar por la experiencia de Obi-Wan, parecía guiar mediante el ejemplo riguroso, usando criterios concretos y una firme disciplina en vez de la revelación sorprendente. Pese a ello, no había Jedi más capaz de apreciar los chistes y las bromas que él y solía activar tortuosas trampas filosóficas durante los debates.

En lo tocante al adiestramiento físico, el hecho de que sus reacciones pudieran ser tan inesperadas lo convertía en un contrincante casi invencible. Cualquier cosa que pareciera proponer, o a la que pareciera oponerse, podía ser una treta calculada para alentar un resultado totalmente distinto.

Había en él una veta caprichosamente creativa que desafiaba al análisis intelectual, y ésa era una de las razones por las que Mace Windu estaba considerado como un gran Maestro Jedi.

Los cínicos decadentes del Distrito del Senado que apenas sabían nada sobre los Jedi veían en ellos a los sombríos y hieráticos preservadores de una antigua religión, como hilachas de una vieja tela que no tardaría en ser sustituida por un deslumbrante traje nuevo, una era de precisión quirúrgica y hechos inapelables. Mace Windu recordaba a todos los que entraban en contacto con él que los Caballeros Jedi era una orden vibrante y viva, rica en contradicciones y poseedora de una vitalidad muy difícil —algunos decían que imposible— de extinguir.

En cuanto se hubieron quitado de encima la silicona y el hedor mediante una vigorosa ducha, Obi-Wan y Anakin subieron los escalones y entraron en un viejo pero impecablemente atendido turboascensor que los llevó a lo alto de la resplandeciente Torre del Consejo. El sol de finales de la tarde entraba por los grandes ventanales de la cámara del Consejo. La estancia circular estaba bañada por una antigua claridad dorada, pero aquella claridad no cayó sobre Anakin, cuyo cuerpecito quedaba oscurecido por la sombra de un gran asiento vacío.

El padawan parecía bastante perplejo.

Obi-Wan estaba inmóvil junto a él, como debe hacer un Maestro cuando su aprendiz corre peligro de ser expulsado de la orden.

Había cuatro maestros presentes. Los otros asientos estaban vacíos. Mace Windu presidía la sesión. Obi-Wan recordaba varias audiencias disciplinarias convocadas para su propio maestro, Qui-Gon Jinn, pero a pesar de la sonrisa de diversión de Mace Windu, en ninguna de ellas había percibido una atmósfera tan cargada de tensión.

—Anakin Skywalker ya lleva tres años con nosotros, y ha demostrado ser un estudiante muy capaz —comenzó diciendo Mace—. Más que capaz. Brillante, con unas capacidades y unas dotes que todos albergábamos la esperanza de ver desarrolladas y controladas.

Mace se levantó y anduvo alrededor de !a pareja, su túnica susurrando con cada movimiento de sus largas piernas.

—La firmeza de carácter es un desafío que el padawan debe superar, pues puede convertirse en una máscara que oculte una voluntad indolente que carece de centro y propósito. Lo que parece luminoso en la juventud pierde su brillo en la madurez, y se desmorona en la ancianidad. Un Jedi no puede permitirse tales debilidades. —Se detuvo delante del muchacho—. ¿Cuál es tu error, Anakin Skywalker?

Obi-Wan se adelantó para hablar, pero Mace levantó la mano y un destello de advertencia brilló en sus ojos. Aunque un Maestro debía defender a su padawan, estaba claro que el Consejo quería ir más allá de aquello.

Obi-Wan sospechó lo peor: que ya se hubiera dictado sentencia, y que Anakin iba a ser expulsado del Templo.

Anakin contempló a Mace con los ojos muy abiertos, mostrando un abatimiento que no era nada propio de él.

Mace insistió.

—Vuelvo a preguntártelo. ¿Cuál fue tu error?

—He cubierto de vergüenza a la Orden y al Templo —se apresuró a responder Anakin con un agudo hilo de voz.

—La respuesta no me parece muy precisa. ¿Cuál fue tu error?

—Quebrantar las leyes del municipio, y..., y...

— ¡No! —declaró Mace, y su sonrisa se desvaneció para ser sustituida por una expresión adusta y sombría, como la oscura parte inferior de una nube que hasta aquel momento había estado pintada por el sol.

Anakin se encogió sobre sí mismo.

—Obi-Wan, explica su error a tu padawan. Después de todo, deriva de las mismas raíces que el tuyo —dijo Mace, mirando a Obi-Wan con una ceja enarcada.

Obi-Wan reflexionó durante unos momentos antes de contestar. Nadie intentó darle prisa. La verdad interior era un viaje peligroso, incluso para un Jedi.

—Ya lo veo —dijo finalmente—. Los dos queremos certeza.

Anakin miró a su maestro con el ceño fruncido y cara de perplejidad.

—Explícanos a todos de qué manera le has fallado a tu padawan —dijo Mace, hablando en un tono bastante afable teniendo en cuenta el curso que estaba tomando la audiencia.

—Él y yo somos demasiado jóvenes para poder permitirnos el lujo de la certeza —dijo Obi-Wan—. Nuestra experiencia es tan reducida que no puede proporcionarnos ni siquiera la paz momentánea. Además, he estado más atento a su desarrollo que al mío: sus obvios defectos me han distraído y no he sabido usar su espejo para guiarme y, de esa manera, poder guiarlo.

—Un buen comienzo —admitió Mace—. Y ahora, joven Skywalker, explica al Consejo cómo puedes encontrar la paz buscando emociones baratas entre los ocupantes más desorientados del planeta.

El fruncimiento de ceño de Anakin se hizo más marcado.

—Te estás poniendo a la defensiva —le advirtió Mace.

—Hice lo que hice para llenar una carencia en mi entrenamiento —repuso Anakin con hosca terquedad.

La expresión de Mace derivó hacia la estolidez, y una repentina languidez le hizo entrecerrar los ojos mientras se llevaba los brazos a la espalda.

— ¿Y quién es responsable de esa carencia?

—Yo, maestro.

Mace asintió, su curtido rostro súbitamente convertido en una efigie de piedra tallada. Las bromas y el humor habían desaparecido. Detrás de esa cara, si se sabía cómo percibirlo, ardía una llama de concentración cuya insoportable brillantez era digna de los legendarios Maestros Jedi del pasado.

—Intento huir del dolor—dijo Anakin—. Mi madre...

Mace levantó la mano y Anakin se calló al instante.

—El dolor puede ser nuestro mayor maestro —dijo, y su voz apenas si era un susurro—. ¿Por qué querer huir de él?

—Es... Es mi fortaleza. Eso lo entiendo.

—Te equivocas —dijo Obi-Wan, poniendo la mano sobre el hombro de Anakin mientras el muchacho los miraba con creciente confusión.

— ¿De qué manera se equivoca, profesor? —le preguntó Mace a Obi-Wan.

—Apóyate en el dolor como si fuera una muleta y crearás ira y un oscuro temor a la verdad —dijo Obi-Wan—. El dolor guía, pero no da ningún soporte.

Anakin ladeó la cabeza. Estar rodeado de aquellos Caballeros Jedi y de toda aquella abrumadora experiencia hacía que pareciera frágil, casi insustancial. Una mueca de consternación frunció su rostro.

—Mis talentos más útiles no son los de un Jedi.

—Cierto, ya que inviertes tu espíritu y tu angustia en máquinas y competiciones inútiles, en vez de enfrentarte directamente a tus sentimientos —dijo Mace—. Has llenado de androides las salas de nuestro Templo. Hay tantos que tropiezo con ellos. Pero nos estamos alejando de lo que realmente nos interesa. Vuelve a tratar de explicar tu error.

Anakin meneó la cabeza, atrapado entre la tozudez y las lágrimas.

—No sé qué queréis que diga.

Mace tragó aire y cerró los ojos.

—Mira dentro de ti, Anakin.

—No quiero hacerlo —jadeó Anakin con voz temblorosa—. No me gusta lo que veo.

— ¿Y no podría ser que sólo estuvieras viendo las tensiones que indican la cercanía de la edad adulta? —preguntó Mace.

— ¡No! —gritó Anakin—. Veo... demasiado, demasiado.

— ¿Demasiado qué?

— ¡Ardo por dentro igual que un sol!

La voz del muchacho resonó en la sala como una campana.

Hubo un momento de silencio.

—Notable —admitió Mace Windu y, curiosamente, una sonrisa aleteó por sus labios durante un momento—. ¿Y?

—Y no sé qué hacer con ello. Quiero huir. Eso me vuelve temerario e imprudente, así que busco sensaciones. No os culpo por...

Anakin no pudo terminar la frase.

Obi-Wan sintió la angustia del muchacho como una daga en sus entrañas.

—Mi propia madre no sabía qué hacer conmigo —murmuró quedamente Anakin.

La puerta de la pared del fondo se abrió lentamente. Mace y Obi-Wan alzaron la mirada para ver quién era.

Una figura femenina vestida con la túnica del Templo entró en el círculo, y una voz límpida y musical resonó en la sala.

—Justo lo que pensaba. Así que estamos celebrando una pequeña sesión inquisitorial, ¿eh?

Mace se puso en pie y acogió el sarcasmo con una gran sonrisa.

—Bienvenida, Thracia.

Obi-Wan inclinó la cabeza respetuosamente.

— ¿Puedo quedarme junto a ti, Anakin?

Thracia Cho Leem fue lentamente hacia el centro de la sala en el que esperaban Obi-Wan y Anakin. Sus cortos cabellos grises cubrían su largo cráneo como una gorra, y su nariz aquilina husmeó el aire frío como si los estuviera juzgando a todos por su olor. Sus enormes y luminosos ojos, de irises como cuentas de ultramarina, recorrieron los asientos vacíos. Thracia se envolvió en

los pliegues de su larga túnica oscura y se subió las mangas para revelar brazos delgados y fuertes. Después sacó el mentón.

—Debería haberte advertido de que volvería, Mace —dijo a continuación.

—Siempre es un honor, Thracia —dijo Mace.

—Todos contra el pobre muchacho, ¿verdad?

—Podría ser peor —dijo Mace—. Hoy la mayoría del Consejo está fuera. Yoda sería mucho más duro...

—Ese tocón orejudo no sabe nada sobre los niños humanos. Y si a eso vamos, tú tampoco. ¡Nunca te has casado, Mace! Yo sí. He tenido muchos hijos c hijas, en muchos mundos. A veces pienso que todos deberíais tomaros unas vacaciones, como hice *yo, y* oler el aire real, ver cómo se manifiesta la Fuerza en la vida cotidiana, en vez de perder el tiempo aprendiendo a empuñar espadas de luz.

Una sonrisa de deleite iluminó el rostro de Mace.

—Es maravilloso tenerte con nosotros después de tantos años, Thracia. —No había ni rastro de ironía en su voz. De hecho, le complacía tenerla en la sala, y el que los hubiera sorprendido parecía complacerle todavía más—. ¿Qué sugieres para el joven Skywalker?

—Hay algo que no va bien en mí —intervino Anakin, y después cerró la boca y recorrió la sala con la mirada.

— ¡Tonterías! —exclamó Thracia, con el rostro fruncido por la irritación. Era más o menos de la misma altura que Anakin, y lo miró a los ojos—. Ninguno de nosotros puede ver en el corazón de otro. Afortunadamente, la Fuerza no hace eso por nosotros. ¿Qué es lo que quieres demostrar, muchacho? Venga, respóndeme.

— ¿Sabes qué ocurrió? —le preguntó Obi-Wan.

—Sé que esta tarde volvisteis aquí cubiertos de una sustancia viscosa y oliendo a basura. Todo el personal del Templo habla de ello —dijo Thracia— Anakin los divierte. Ha traído más energía y chispa a este viejo y lúgubre montón de ruinas que nadie que recordemos, Qui-Gon Jinn incluido. Y ahora, muchacho, ¿qué es lo que quieres demostrar?

—No quiero demostrar nada. Necesito saber quién soy, como me dice una y otra vez Obi-Wan.

Thracia volvió a olisquear el aire y miró a Obi-Wan con una mezcla de afecto y penetrante severidad.

—Obi-Wan ha olvidado que alguna vez fue un niño.

Obi-Wan la miró y sonrió.

—Qui-Gon no estaría de acuerdo.

— ¡Qui-Gon! Ése sí que era un niño. Toda su vida fue un niño, y era más sabio que todos vosotros juntos. Pero basta de charla. Percibo un auténtico peligro aquí.

—Hubo un intento de asesinato —dijo Obi-Wan— Un tallador de sangre.

—Sospechamos que ciertas fuerzas disidentes de la República podrían estar involucradas —dijo Mace.

—Lo sabía todo sobre mí —añadió Anakin.

— ¿Todo? —preguntó Thracia, dirigiendo un enarcamiento de ceja a Mace.

—Dejé que él... —Una repentina comprensión desorbitó los ojos del muchacho. Miró a Obi-Wan—. ¡Acabo de comprender cuál fue mi error, maestro!

Thracia frunció los labios y se volvió hacia Obi-Wan.

Obi-Wan se cruzó de brazos. Él y Anakin habrían podido ser hermanos, separados sólo por un doble puñado de años, y sin embargo Obi-Wan era lo más cercano a un padre que el muchacho podría tener jamás.

— ¿Sí?

—Buscaba paz personal y satisfacción en la carrera del pozo, en vez de pensar en las grandes metas de los Jedi.

— ¿Y? —preguntó Obi-Wan, animándolo a seguir.

—Quiero decir que... Bueno, ya sé que no hubiese debido salir del Templo a escondidas, engañar a mi maestro y participar en una actividad ilegal que habría podido dañar seriamente la reputación de la Orden.

—Una lista muy larga —dijo Mace Windu.

—Pero... Me empeñé en perseguir metas personales incluso después de que hubiera debido

ser evidente para mí que una amenaza pesaba sobre el Templo.

—Muy seria, desde luego —murmuró Thracia y, poniéndole las manos sobre los hombros, miró a Obi-Wan para ver si podía intervenir. Obi-Wan asintió, aunque tenía sus dudas. Thracia era famosa por adiestrar a las discípulas, no por preparar a muchachos—. Anakin, algún día tus poderes podrían sobrepasar a los de cualquiera de los presentes en esta sala —prosiguió Thracia—. Pero ¿qué es lo que ocurre cuando empujas algo con todas tus fuerzas?

—Que se mueve más deprisa—dijo Anakin.

Thracia asintió.

—Estás siendo impulsado por una herencia que pocos pueden entender —dijo, apartando las manos de sus hombros—. ¿Obi-Wan?

—Moverse más deprisa no te da mucho tiempo para pensar —dijo Obi-Wan, siguiendo el hilo del razonamiento allí donde lo había dejado Thracia—. Debes aprender a dominar tus pasiones, pero de momento bastaría con que no pensaras tanto en librarte de tu dolor. La juventud es un tiempo de incertidumbre e inquietud.

—Ni yo misma hubiese podido expresarlo mejor —dijo Thracia—. Sé un niño, Anakin. Disfruta de ello. Explora tus límites. Irrita y provoca. Ya tendrás tiempo de sobra para la sabiduría cuando hayas hecho más agujeros en las suelas de tus zapatos. ¡Haz sudar a tu maestro! Eso le irá bien. Le recordará aquellos tiempos en que era un muchacho. Y... Dinos lo que necesitas, ahora, para ir al sitio al que ha de acabar llevándote tu entrenamiento.

Mace Windu parecía estar a punto de discrepar, pero Thracia le dirigió una radiante sonrisa, alzando las cejas hacia su frente llena de arrugas, y Mace bajó los hombros. Thracia era una de las pocas personas cuya capacidad para el sarcasmo superaba a la de Mace Windu, y él lo sabía.

Anakin recorrió la sala con !a mirada y comprendió que, fueran cuales fuesen las perspectivas al comienzo de la reunión, ahora había muy pocas probabilidades de que fuera expulsado del Templo. Thracia se había salido con la suya como sólo ella podía hacerlo, mediante la suave reprimenda de que acababa de hacerlos objeto a todos.

—Necesito un trabajo, una misión —dijo, con la voz a punto de quebrársele por la emoción que sentía—. Necesito hacer algo. Algo real.

— ¿Cómo podemos depositar nuestra confianza en ti? —preguntó Mace, inclinándose hacia adelante y mirando al muchacho.

Anakin le sostuvo la mirada. El poder de su espíritu, de su personalidad, eran casi aterradoramente visibles.

—Cierto, padawan. ¿Cómo podemos confiar en ti después de todos esos errores? —preguntó Thracia con tranquila firmeza—. Ser lo que eres es una cosa, y arrastrar al peligro a otros es algo muy distinto.

Anakin la contempló en silencio durante unos segundos interminables, escrutando su rostro como podría haberlo hecho con un mapa si estuviera intentando encontrar el camino de regreso al hogar.

—Nunca corneto el mismo error dos veces —dijo por fin, parpadeando lentamente mientras se volvía hacia los otros miembros del Consejo—. No soy idiota.

—Estoy de acuerdo —dijo Thracia—. Mace, dales algo útil que hacer en vez de hervirlos dentro del puchero del Templo.

—Me estaba aproximando a esa conclusión —dijo Mace.

— ¡Para lo cual has necesitado todo el día y has tenido que aterrorizar al muchacho! —exclamó Thracia.

—Anakin no se asusta con facilidad, al menos no de nosotros —dijo Mace maliciosamente—. Tiene que haber otra razón para que hoy nos hayas honrado con tu presencia, Thracia.

— ¡Qué observador! —dijo ella—. El peligro aumenta a cada día que pasa y nuestros enemigos, sean quienes sean y estén en el Senado o fuera de él, pueden hacer un nuevo intento de atacar a nuestros estudiantes antes de que sean capaces de defenderse a sí mismos. —Thracia se bajó las mangas y se sentó en un asiento vacío del Consejo junto a Mace—. Enviaste a Vergere, mi antigua discípula, a una misión, y ya hace un año que no sabemos nada de ella. Todos los Jedi aprenden a cuidar de sí mismos, y Vergere tiene muchos recursos. Puede que haya decidido prolongar su misión, o que haya encontrado otra. En cualquier caso, solicito que Obi-Wan Kenobi sea enviado en su ayuda.

— ¿Conmigo? —preguntó Anakin con un súbito interés.

Se acordaba de Vergere, una joven esbelta y muy seria que lo trataba con la reservada cortesía que habría mostrado ante un adulto. Le había caído bien. Lo que más le gustaba de ella eran sus penachos de plumas y los pequeños bigotes que circundaban su rostro, y sus grandes ojos llenos de curiosidad.

— ¿Sería una misión muy larga? —preguntó Obi-Wan,

—Tendríais que ir al otro confín de la galaxia, mucho más allá de los límites del poder de la República —dijo Mace con voz pensativa—. Si acordamos hacerlo.

—Una ocasión de crecer y vivir grandes aventuras, lejos de las intrigas y el ajetreo del mundo-capital —dijo Thracia—. ¿No te entusiasma la perspectiva, Obi-Wan?

Obi-Wan dio un paso adelante.

—Si el Templo corre peligro, preferiría quedarme y defenderlo.

—Veo el camino por el que andamos todos —dijo Mace—. Vergere ya ha ingresado en la orden de los Caballeros Jedi, pero Thracia está preocupada por su antigua discípula. Esta misión significará misterio, largos viajes y un mundo exótico, cosas todas ellas que podrían atraer la atención de un joven padawan.

—No debemos animar a nadie a buscar la aventura sin motivo —protestó Obi-Wan, y Anakin lo miró con ojos llenos de consternación.

El rostro sombrío de Mace indicaba que compartía algunas de las preocupaciones de Obi-Wan, pero no todas.

—La crisis que se cierne sobre Coruscant aún no ha llegado —dijo levantando la mano—. Puede que aún falten décadas para eso. Mientras estés fuera, Obi-Wan, probablemente podremos arreglárnoslas sin tu ayuda. —Los labios de Mace esbozaron la más tenue de las sonrisas—. Un padawan debe estar junto a su maestro para ayudarlo en todo lo posible. ¿Estás de acuerdo, Anakin?

— ¡Desde luego que sí! —dijo Anakin, removiéndose con la esperanza de escapar a la vigilancia de tantos ojos escrutadores—. ¿La reunión ha terminado?

—A su debido tiempo —dijo Mace, su mirada nuevamente distante y pensativa—, Y ahora, vuelve a explicarme cómo llegaste a tomar parte en esa carrera.

CAPITULO 4

Tumbado sobre su catre en su pequeña habitación, Anakin daba vueltas al verbocerebro androide que sostenía entre los dedos. Su rostro mostraba una concentración total bajo la claridad que emanaba de su pequeña lámpara. Sus cejas proyectaban profundas sombras sobre sus ojos. Anakin se pasó las manos por sus cortos cabellos y examinó los conectores de la unidad.

El hecho de que hubiera ganado no le gustaba demasiado. Había algo de injusto en que hubiera sido capaz de portarse tan mal y siguiera siendo un padawan a pesar de ello. No le gustaba la inquietud que aquella victoria, si es que se trataba de una victoria, producía en él. Por encima de todas las debilidades, la arrogancia era la que se pagaba más cara.

«Me mantienen aquí porque poseo un potencial que nunca habían visto antes. Siguen adiestrándome porque quieren ver qué es lo que soy capaz de hacer. Me siento como un rico que nunca sabe si sus amigos realmente lo aprecian..., o si sólo quieren su dinero.»

La idea resultaba particularmente irritante, y ciertamente no era ni justa ni acorde con la verdad. «¿Y entonces por qué me aguantan? ¿Por qué sigo poniéndolos a prueba? Me dicen que utilice mi dolor, ¡pero a veces ni siquiera sé de dónde surge! Hacía sufrir a mi madre y la ponía a prueba, una y otra vez, para asegurarme de que me quería. Me envió lejos para que pudiera ser educado por personas más fuertes. Para que pudiera controlarme a mí mismo. Y todavía no he aprendido a hacerlo.»

Se incorporó y, sentándose con las piernas cruzadas, introdujo un cable de prueba en el verbocerebro. Las lucecitas de criticalidad parpadearon con un tenue destello rojizo en el perímetro de la esfera salpicada de protuberancias.

Un compacto androide de protocolo ocupaba un rincón del cuarto. Anakin se puso en pie, levantó el panel de acceso del androide, insertó el verbocerebro en su hueco y volvió a disponer las conexiones para que ejecutara una nueva secuencia de puntos de prueba. Las luces de criticalidad no tardaron en indicar que la unidad volvía a ser capaz de dirigir sus acciones. Empujándolo con la punta de un dedo, Anakin hizo girar el verbocerebro. El componente empezó a rotar sobre sus balancines de alta velocidad, moviéndose tan deprisa que ni siquiera los agudos ojos del muchacho pudieron seguir su vaivén mientras la unidad buscaba los datos que le eran suministrados por los muchos sensores de roce que tapizaban el interior de la cabeza del androide.

Otro androide reparado. A los Jedi no les servían de nada, pero los androides eran una excentricidad más que toleraban. Normalmente.

Uno de los androides más diminutos de Anakin, un sofisticado modelo de mantenimiento doméstico que había recogido medio aplastado en la calle, había sido sorprendido en la cámara del Consejo trabajando en unas lámparas que no necesitaban ser reparadas. Aquel androide le había sido devuelto limpiamente cortado por la mitad, con los bordes de las dos secciones pulcramente fundidos de una manera fácilmente reconocible.

Una advertencia comparativamente suave.

Eso le consolaba un poco. El exceso de tolerancia para con las desviaciones era un signo de debilidad, y el que el tallador de sangre hubiera estado a punto de matarlo indicaba que había auténtico peligro en Coruscant.

Anakin tragó aire y llegó a la conclusión de que aquéllas probablemente fuesen las únicas personas de la galaxia que podían enseñarle, adiestrarle y guiarle. Y, por supuesto, el peso de esa tarea recaía en Obi-Wan, al que Anakin amaba y respetaba, y al que por esa razón necesitaba poner a prueba todavía con más insistencia que a los demás.

Mañana partirían de Coruscant para poner rumbo hacia un destino todavía no especificado. Necesitaba dormir un poco.

Anakin temía el sueño.

Porque en sus sueños era como si algo oculto dentro de él estuviera examinándolo y poniéndolo a prueba, algo muy poderoso a lo que le daba igual ser amado o temido.

CAPITULO 5

—Vergere era mi discípula más capacitada. Estuve con ella desde el momento en que salió de su huevo. Ella misma escogió esta misión.

Thracia Cho Leem acompañó a Obi-Wan y a Anakin hasta la rampa de pasajeros del transporte orbital. Estacionado en solitario, el transporte ocupaba un hangar especial reservado para los viajes de los Jedi en la Terminal de la Capital. Thracia entregó a Obi-Wan una pequeña tarjeta de datos. Anakin esperaba con las manos entrelazadas a la espalda, observando a la anciana Jedi con expresión anhelante.

—Los detalles son demasiado delicados para hablar de ellos aquí —dijo Thracia—. Cuando estés con Charza Kwinn, el te dará otra tarjeta que deberás usar para acceder al contenido de ésta. Charza quizá te parezca un poco difícil de tratar y un tanto extraño, pero lleva más de un siglo sirviendo bien a los Jedi. Le confié a Vergere, y ahora te confío a él. ¡Que la Fuerza te acompañe!

* * *

El transporte los llevó al espacio con ingrávida gracia. Anakin esperó pacientemente en el compartimiento delantero mientras Obi-Wan cerraba los ojos y meditaba en el asiento situado enfrente de él. El transporte de la República se hallaba en un estado mecánico impecable, como era de esperar en un navío de la clase Senado, pero Anakin pensó que los detalles decorativos dejaban bastante que desear. No es que apreciara el lujo. Simplemente sabía percibir de manera instintiva la forma en que las personas cuidaban de sus máquinas.

—Maestro, ¿verdad que ésta no es la misión que querías?

Obi-Wan abrió los ojos. Su meditación no había ido muy lejos, sólo hasta el punto de aislar sus pensamientos de todas las conexiones sociales y lingüísticas, llevándolo al borde de una simple unidad con la Fuerza, y no tuvo que hacer ningún gran esfuerzo para salir de ella. Anakin rara vez meditaba, aunque ciertamente sabía cómo hacerlo.

—He aprendido a aceptar lo que nos asigna el Consejo —dijo Obi-Wan con un carraspeo.

Un androide de servicio rodó hacia ellos y les ofreció un surtido de zumos en bulbos oprimibles. Eran los únicos pasajeros en aquel viaje. Obi-Wan vació un bulbo. Anakin cogió dos e hizo malabarismos con ellos durante unos momentos antes de dejarlos secos.

— ¿Dónde te gustaría estar? —preguntó después—. Si no tuvieras que ser mi maestro, quiero decir.

—Estamos donde estamos, y nuestro trabajo es importante.

— ¿Adónde vas cuando meditas? —preguntó Anakin.

Sus ganas de hablar hicieron sonreír a Obi-Wan.

—A un estado de la mente y el cuerpo en el que vuelvo a estrechar mis lazos con la simplicidad.

Anakin arrugó la nariz.

—Yo no medito muy a menudo.

—Ya me he dado cuenta.

—Llego a cierto punto y entonces me sobrecargo. Es como si me conectara a una supernova. Algo hace bum dentro de mí. No me gusta.

Anakin nunca le había hablado de aquello antes. Alejarse del Templo ya estaba empezando a tener un efecto beneficioso. Thracia tenía razón.

—Deberíamos trabajar en eso durante nuestro viaje. Por el momento, lo que debes hacer es dirigir tu energía —le sugirió Obi-Wan—. Todavía te quedan muchos textos Jedi que aprender. Mace insistió en que no debías abandonar tus estudios.

—Los estudiaré en cuanto sepa dónde estamos y adónde vamos —dijo Anakin.

Obi-Wan ya sabía que podía estar seguro de que así lo haría. Anakin se tomaba muy en serio sus estudios. De hecho, progresaba mucho más deprisa que Obi-Wan cuando tenía su edad.

Una vez en órbita, el transporte atracó rápidamente en un muelle de transferencia. Anakin reconoció la clase de nave estacionada al otro lado del muelle: era un pequeño transporte de carga, probablemente un YT-1150 modificado. Parecía una larga rebanada ovalada de pan dividida en tres trozos, con el fuselaje central siendo el más grande de ellos. Anakin podía ver el interior de la barquilla en la que estaban alojados los estabilizadores exteriores y el integrador de hiperimpulsión, y enseguida se dio cuenta de que las modificaciones hacían de él un Clase 0.8. Eso significaba que aquella nave era más rápida que cualquier modelo inscrito en los registros de la República o la Federación de Comercio.

El muchacho contempló con gran interés la maniobra de unión de los túneles de conexión. El

olor del aire cambió drásticamente.

Obi-Wan pensó que la nave de Charza Kwinn olía como un océano. De hecho, olía como un charco de agua estancada dejado por la marea.

CAPITULO 6

Charza Kwinn era un priapulino. En una galaxia dotada de una gran variedad de formas de vida en las que un viajero mínimamente cosmopolita no vería nada de sorprendente, los priapulinos seguían pareciendo la pesadilla de un pescador de caña. Obi-Wan había oído hablar en muchas ocasiones de aquel legendario auxiliar de los Jedi, naturalmente, pero aun así no estaba del todo preparado para encontrarse con uno de ellos.

La mayoría de gusanos carecían de columna vertebral. Charza tenía cinco notocordios nudosos esparcidos alrededor de su largo cuerpo tubular. Parecido a una gruesa cinta de carne aplanada, medía un mínimo de cuatro metros desde la punta hasta la cola cuando estaba extendido al máximo, algo que rara vez sucedía.

Charza saludó a sus dos viajeros adoptando la forma de una S radical erguida, con la punta de esa S casi rozando la doblez en su primera curva, lo cual hacía que pareciese un anzuelo aplastado. Sus ojos dispuestos en tres pares ocupaban la curva superior de aquel anzuelo. La parte inferior de su cuerpo estaba cubierta por una espesura de gruesas cerdas que se frotaban continuamente las unas contra las otras como si estuvieran sumidas en una intensa especulación. Su cola inferior, o pie, se movía sobre un matorral similar, deslizándose con un siseo a través de la delgada película de agua que cubría el suelo. Largas espinas flexibles sobresalían de sus bordes exteriores como el fleco de una alfombra almidonada.

Anakin quedó fascinado por las formas de aquellas espinas. Algunas parecían diminutos ganchos, y otras eran espatuladas mientras que algunas formaban minúsculas bolas erizadas de pinchos. Charza Kwinn las usaba como centenares de dedos exquisitamente capaces.

—Bienvenidos al *Flor del Mar Estelar* —los saludó—. Es bueno volver a tener Jedi a bordo para que me acompañen entre las estrellas.

Pese a toda su temible majestad, Charza hablaba en un suave susurro sibilante, emitiendo delicados sonidos que producía mediante el roce de las cerdas que crecían cerca de sus espiráculos, sus conductos respiratorios. El que hablara ya era notable. El que lo hiciera de forma inteligible, y el hecho de que sus palabras fueran tan desarmantemente amistosas, era asombroso.

El oscuro y húmedo interior de la nave de Charza se hallaba animado por la presencia de diminutas criaturas que se retorcían y serpenteaban. Animales de mayor tamaño escondidos en los rincones los contemplaron mientras Charza escoltaba a Obi-Wan y Anakin por su nave. Las bombas y los filtros zumbaban suavemente y mantenían el agua todo lo pura que se podía esperar de aquellos mecanismos. La tenue iluminación procedía de los destellos dispersos del instrumental y los delgados haces láser extendidos a intervalos a través de los pasillos. Diminutos focos seguían los movimientos de las criaturas de mayores dimensiones, Obi-Wan y Anakin incluidos.

Obi-Wan fue fijándose en todo aquello, aunque esperaba que hubiera alojamientos especiales para pasajeros menos acuáticos que Charza.

—Es un honor trabajar contigo, Charza Kwinn —dijo mientras le presentaba a Anakin, quien mantenía una actitud entre recelosa y fascinada.

Charza dejó escapar algo parecido a una risita.

—Los Jedi jóvenes siempre abren mucho los ojos cuando suben a bordo del *Flor del Mar Estelar*. No hagáis caso de las fragancias. Todo quedará limpiado y purificado en cuanto hayamos partido y estemos surcando el hiperespacio. Hasta entonces, la energía es conservada y la comodidad se ve reducida.

Charza los guió por un estrecho túnel que llevaba al centro del fuselaje, a bastante distancia de los motores, y se restregó contra un gran botón cromado que había al final del conducto. La escotilla giró hacia fuera con un suspiro, y una ráfaga de aire caliente y seco los envolvió como un vendaval surgido de los desiertos interiores de Tatooine.

Obi-Wan entró en sus alojamientos de viaje y se frotó las manos con satisfacción.

—Excelente, Charza —dijo.

Anakin entró en el compartimiento y se limpió los pies en la esterilla absorbente que había justo debajo de la escotilla.

Charza, visiblemente a disgusto en aquel entorno tan seco, no los siguió. El pequeño pero bien equipado camarote era cálido y luminoso, y disponía de dos literas de aceleración que también

podían utilizarse como camas. Cuando miró hacia arriba, Anakin vio que podían contemplar el espacio a través de una gran ventanilla circular surcada por una serie de radios que le daban mayor solidez.

—Partiremos dentro de un décimo de marea..., una hora estándar —anunció Charza—. Hay calzado impermeable, botas, que se adaptará a vuestros pies en el caso de que decidáis hacerme compañía más adelante en la timonera. Eso supondría un inmenso deleite para mí.

Después retrocedió y la escotilla se cerró.

Anakin se acomodó y metió su pequeña bolsa de viaje en un armario.

—Vergere tuvo que alojarse aquí —observó.

—A menos que prefiriese nadar —dijo Obi-Wan.

— ¿Qué crees que le ocurrió?

—No me atrevo a adelantar ninguna conjetura. Sus capacidades son excepcionales. Tiene tantos recursos como Thracia, y es casi tan aventurera como tú.

Eso hizo sonreír a Anakin.

—Pero ¿es más sensata?

Obi-Wan inclinó la cabeza.

—Tú puedes ser sensato —admitió.

—Pero en mi caso se trata de algo ocasional —dijo Anakin—. Y ahora, ¿puedes decirme adónde vamos?

Obi-Wan guardó su bolsa de viaje y se sentó en el extremo de una litera. Después entrelazó las manos y miró a Anakin.

—No conoceré todos los detalles hasta que no hayamos sintonizado nuestra tarjeta de datos con la de Charza. Te diré lo que sé: los Jedi han recibido ciertas informaciones sobre un mundo situado en la Fisura de Gardaji, dentro del Brazo de Tíngel, que se encuentra mucho más allá de la esfera de dominio de la República. Algunos comerciantes independientes hablan de una comunidad que construye naves espaciales excepcionales, pequeños aparatos personales, esbeltos y magníficamente fabricados, que podrían aspirar a un índice cero-coma-cuatro.

Anakin puso ojos como platos y se sentó enfrente de Obi-Wan, ardiendo en deseos de oír más.

—Los rumores estaban asociados a un planeta misterioso, al que algunos llaman Sekot mientras que otros lo llaman Zonama Sekot.

— ¿Secote?

—Zonama Sekot, nos dicen las fuentes, era el nombre del planeta, el cual órbita una estrella enana en el eje exterior y en el lado norte galáctico de la fisura. Pero los mapas de las expediciones que han explorado esa región durante los dos últimos siglos sólo muestran escombros rocosos y protoplanetas, nada que pueda tener interés salvo para futuros mineros. Nada vivo, ciertamente. Aun así, otras fuentes confirmaron que se había establecido una especie de difusa ruta comercial, y que los ricos aficionados al viaje espacial iban allí después de haber concertado citas secretas para encargar naves. Aunque las naves han sido observadas en ciertos sistemas, ningún agente de las fuerzas de seguridad de la República ha podido examinar una con detalle.

—Suena a leyenda —dijo Anakin—. Quizá sea un fraude.

—Quizá. No obstante, hace tres años se informó de una intrusión en la región de Gardaji llevada a cabo por una especie desconocida capaz de viajar por el espacio. Eso fue lo que le encargaron investigar a Vergere, y de paso, también tenía que tratar de localizar Zonama Sekot. Encontró el planeta..., y envió un breve mensaje a nuestra estación de avanzadilla más próxima. Pero desde entonces no se ha vuelto a saber nada de ella. La transmisión no estaba completa. Sólo disponemos de algunos fragmentos bastante interesantes.

— ¿Y qué descubrió?

—Un mundo cubierto por una densa jungla, de una clase nunca observada con anterioridad. Enormes formas de vida arbóreas y fábricas ocultas. Su informe se limitaba a confirmar que la leyenda es real.

Anakin meneó la cabeza poniendo cara de asombro.

—Qué salvaje —dijo con admiración—. ¡Absolutamente salvaje!

—Examinaremos los informes en cuanto hayamos partido —dijo Obi-Wan—. Ahora deberíamos ir con Charza.

—Él también es salvaje —dijo Anakin—. Me gustaría verlo enfrentarse a un hutt.

—Charza procede de una especie consagrada a la paz —dijo Obi-Wan—. Considera el

conflicto como la falta más terrible que se puede llegar a cometer, y preferiría morir a tener que luchar. Aun así, es intensamente inteligente y extremadamente ambicioso.

—Lo cual lo convierte en un gran espía, ¿no?

—Es un magnífico espía. Y un piloto extraordinariamente lleno de recursos —dijo Obi-Wan.

CAPITULO 7

Raith Sienar era un hombre muy rico. Su escrupulosa atención a los mercados, su extraordinaria capacidad a la hora de dirigir a sus trabajadores —tanto humanos como de otras especies— y su estrategia de mantener sus operaciones relativamente pequeñas y localizadas le habían proporcionado más beneficios de los que jamás hubiera soñado de joven.

Aquella nueva perspectiva —la de unirse a Tarkin en una empresa tan nebulosa como arriesgada— le inquietaba, pero algo le impulsaba a seguir adelante a pesar de ello.

El instinto lo había llevado hasta su posición actual, y el instinto le decía que aquél era el pulso del futuro. A decir verdad, Sienar quizá supiera algunas cosas más que Tarkin acerca de aquel futuro.

Aun así, en un momento de cambio nunca estaba de más ser cauteloso y tomar precauciones.

Otro factor decisivo de su éxito había sido su costumbre de ocultar los excesos. Y no cabía duda de que Sienar tendía a los excesos: ésa era la palabra que usaba, ya que la prefería a términos como flaquezas o excentricidades.

Ni siquiera Tarkin conocía la existencia de su colección de experimentos fracasados.

Sienar anduvo lentamente por el largo pasillo que ocupaba más de un kilómetro del subsuelo debajo de la sección central de la fábrica principal de Sistemas Sienar en Coruscant. Los hologramas fueron apareciendo delante de él a medida que los sensores automáticos de los holoproyectores eran activados por su paso, mostrando las imágenes de los productos para el Plan de Abastecimiento Defensivo de la República de hacía diez años, las felicitaciones enviadas por los senadores y gobernadores provinciales, y las entregas de los prototipos para los primeros contratos con las muchas ramas de la Federación de Comercio, que se había envuelto más y más en el secreto conforme reforzaba su autoridad central.

Sonrió ante el más hermoso —y hasta el momento, el más grande—de todos sus productos, un crucero ceremonial para mil pasajeros de la Clase Dos, que había sido diseñado para recepciones triunfales en los planetas que firmaban contratos exclusivos con la Federación de Comercio.

Y a continuación venía su diseño más rápido y avanzado, y también más poderosamente armado, fabricado para un cliente muy amante del secreto, alguien de quien Sienar sospechaba Tarkin no sabía absolutamente nada. «¡Tarkin no debería subestimar mis propios contactos, mi propia influencia política!», pensó.

Pero de hecho, Sienar nunca había llegado a saber con certeza quién era aquel cliente, y sólo sabía que él —o ella, o ello— tenía en gran aprecio sus diseños. Pero sospechaba que la nave había sido comprada por una persona de gran importancia. Y también sospechaba muchas más cosas. «Un comprador tan temido que el mero hecho de murmurar su nombre significa la muerte...»

Conque la República estaba cambiando, tal vez agonizando o siendo asesinada alrededor de ellos día tras día. Tarkin así lo había dado a entender, y Sienar estaba totalmente de acuerdo con él. Pero Sienar sobreviviría.

Sus naves probablemente habían llevado de un sistema estelar a otro a los mismos personajes de los que Tarkin sólo podía hablar con oscuras alusiones. Sienar se sentía orgulloso de ello, pero al mismo tiempo...

Raith Sienar sabía que las oportunidades extraordinarias también significaban peligros extraordinarios.

Tarkin era lo bastante inteligente y muy ambicioso, y no podía ser más venal. Eso divertía a Sienar, quien se consideraba por encima de la mayoría de los placeres materiales. Los placeres del intelecto, no obstante, ya eran otra cosa y Sienar estaba más que dispuesto a disfrutar de ellos.

Los lujosos juguetes intelectuales eran su gran debilidad, y los mejores de esos juguetes eran los fracasos de sus competidores, que Sienar siempre compraba baratos cuando se le presentaba la ocasión de hacerlo, salvándolos de los cubos de basura de la ignominia tecnológica. A veces había tenido que rescatar a aquellos infortunados productos de una especie de ejecución. Algunos eran demasiado peligrosos para que se los pudiera mantener en condiciones de operar, o incluso intactos.

Tecleó su código de acceso al museo subterráneo, aspiró una bocanada de aire frío y después se quedó inmóvil durante unos momentos en la oscuridad de la pequeña antecámara, saboreando

la paz. Sienar iba allí con mucha frecuencia para pensar, para alejarse de todas las distracciones y tomar decisiones clave.

Reconociéndolo, la cámara encendió sus luces y Sienar tecleó otro código en la puerta de la larga nave subterránea del museo. Con un suspiro de expectación, Sienar entró en su templo de los fracasos, sonrió y alzó los brazos en un saludo dirigido a las hileras de piezas exhibidas en él.

Pasear por entre aquellos gloriosos ejemplos del exceso de ambiciones y la mala planificación le despejaba maravillosamente la mente. Tantos fracasos, tantos pasos en falso técnicos y políticos... ¡Sienar los encontraba tan tonificantes como la fría caricia astringente de una buena ducha!

Un grupo de sus favoritos ocupaba un cubo transparente cerca de la entrada del musco: un pelotón de cuatro enormes androides de combate universal equipados con tantas armas que apenas si podían levantarse del suelo. Habían sido fabricados en el complejo de factorías de Kol Huro, siete planetas que vivían única y exclusivamente para abastecer de naves estelares y sistemas defensivos a un cruel y mezquino tirano vencido por la República hacía quince años. Cada uno medía más de cuatro metros de altura y casi otros tantos de anchura, con unidades de inteligencia minúsculas, lentas y torpes, tan estúpidas en su concepción como el tirano que había ordenado que fueran diseñados. Sienar los había introducido de contrabando en Coruscant hacía diez años burlando la vigilancia del servicio de aduanas de la República, y los androides no habían sido desarmados y su armamento seguía siendo plenamente operacional. El núcleo de inteligencia había sido extraído, no obstante. Aunque en realidad eso no suponía una gran diferencia. Sienar los mantenía en un nivel de activación mínimo, y sus sensores fueron siguiéndolo lentamente mientras pasaba junto a ellos, sus diminutos ojos relucientes y sus módulos de armamento vibrando con un leve temblor de desilusión.

Los labios de Sienar se curvaron en una sonrisa que no iba dirigida a aquellas patéticas monstruosidades, sino a sus creadores.

El puesto siguiente en su hilera de trofeos lo ocupaba una insidiosa monstruosidad, una que revelaba tanto ingenio como cierto cuidado en la ejecución: un módulo de descenso diseñado para invadir los asteroides metalíferos de un sistema estelar no explotado que, una vez posado en ellos, empezaría a manufacturar pequeños androides de invasión a partir de las materias primas. El equipo minero había sido muy bien diseñado. Las factorías de androides de la unidad, sin embargo, no supieron estar a la altura de lo que se esperaba de ellas. Menos de un uno por ciento de los androides fabricados eran capaces de funcionar.

Sienar había pensado con frecuencia en aquella idea de crear una máquina para fabricar más máquinas, todas ellas programadas para poner en práctica estrategias ofensivas. Pero la República tenía demasiados escrúpulos para mostrar interés por semejantes armas, y los líderes neimoidianos de la Federación de Comercio las habían rechazado categóricamente por considerarlas poco prácticas. Allí tampoco había mucha imaginación, al menos durante los últimos años...

Tal vez fuera ésa la razón por la que sus líderes habían capitulado ante el canciller Palpatine.

Las luces se encendieron sobre la hilera principal de cubículos, que se prolongaba quinientos metros hasta llegar al final de la nave. Dos mil doce armas y diseños de naves que no habían tenido éxito, y otros tantos consejos admonitorios; «No eres infalible, Raith Sienar. Siempre debes pensártelo tres veces antes de actuar, y además, ten siempre preparadas tres alternativas».

Un pequeño cubículo situado entre dos piezas de mayores dimensiones contenía un androide asesino de aspecto bastante horrendo, con una larga cabeza cilíndrica y un tórax rudimentario. Aquellos asesinos habían fracasado por dos motivos: su aspecto era deprimentemente obvio, y además tendían a perder el control y matar a sus creadores. El verbocerebro de aquel había sido abrasado por unos androides de máxima seguridad. Sienar lo tenía allí porque una antigua compañera de clase de la Universidad Técnica Rigoviana había tomado parte en el proceso de diseño, y aquella unidad la había matado. El androide asesino era un buen recordatorio de que no debías rebasar los límites de tu competencia.

Proveyendo un cambio en la psicología política, últimamente Sienar había empezado a pensar en sus propias debilidades y estrecheces de miras. Siempre había preferido la elegancia, la delicadeza y la expresión más concentrada posible del poder. Y siempre había tratado con líderes que estaban más o menos de acuerdo con sus ideas: una gran clase gobernante acostumbrada a siglos de relativa calma, acostumbrada a enfrentarse a las guerras sistémicas aisladas mediante el embargo y la acción policial. ¿Quién podía sustituir a semejante clase gobernante?

¿Aquellos que sabían unir la elegancia a la delicadeza?

Sienar no lo creía. Cuando entraba en su museo de los fracasos, había empezado a verse a sí mismo exhibido en el centro de su colección de piezas, rígido, inflexible, anticuado, superado..., ¡y tan joven!

«Quienes sustituyen a las élites decadentes gobiernan a través de la brutalidad.» Era una ley de la historia de la galaxia. Una especie de equilibrio político, aterrador pero innegable.

Hacía unos meses, y después de haber tomado la decisión de abordar su profesión desde otra perspectiva —la fuerza brutal y centralizada—, Sienar empezó a trabajar en el Planetoide Expedicionario de Combate, cuyo diseño tanto había fascinado a Tarkin. La reacción de Tarkin sugería que la conjetura de Sienar —aunque quizá fuera más correcto llamarla «disparo a ciegas»— había dado en el blanco. Aquellos nuevos líderes tal vez encontrarían mucho más impresionante lo melodramático que la elegancia.

Tarkin siempre se había dejado impresionar fácilmente por el tamaño y la fuerza bruta. Ésa era la razón por la que Sienar había mantenido su amistad. Tarkin era astuto tanto en lo político como en lo militar, pero en lo que respectaba al campo profesional de Sienar —las máquinas de guerra y los transportes— era decididamente inferior. Tarkin prácticamente lo había admitido durante la última conversación que mantuvieron.

Y aun así... Admitir una debilidad, la necesidad de un socio, no parecía nada propio de Tarkin.

¿Quién estaba jugando con quién?

—Muy interesante —dijo una voz detrás de él.

Sienar casi dio un salto. Volviéndose en redondo, miró por entre dos cubículos y vio la silueta alta y delgada de Tarkin, medio escondida entre las sombras con sus ojos azules reluciendo como dos pequeñas cuentas. Alzándose detrás de él había un ser de extremidades multiarticuladas, nariz increíblemente ancha y piel de un dorado iridiscente que observaba atentamente a Sienar.

—De pronto he descubierto que queda muy poco tiempo, y necesitamos algo de ti —dijo Tarkin—. O estás con nosotros en esta empresa, o seguiremos adelante sin ti. Pero da la casualidad de que necesito cierta información. Si decides que no quieres unirte a nosotros y nos proporcionas la información que necesito, entonces por respeto a nuestra amistad, y sabiendo que eres capaz de guardar unos cuantos secretos si eso puede beneficiarte en algo, mi joven amigo aquí presente no te matará.

Sienar comprendió que no podía perder ni un segundo en sorprenderse. Los tiempos estaban cambiando, y eso quería decir que también se podían esperar cambios en las amistades. Preguntar a Tarkin cómo se las habían ingeniado él y su acompañante para acceder a su santuario privado sería infructuoso y, dadas las circunstancias, quizá incluso fuera tomado por una falta de cortesía.

—Quieres algo de mí —tradujo Sienar con una sonrisa sarcástica—. Algo que no crees que esté dispuesto a darte de buena gana, ¿verdad? Pero lo único que tenías que hacer era pedírmelo, Tarkin.

Tarkin fingió no oírle. El humor y la tolerancia de antes se habían esfumado sin dejar rastro. Su rostro parecía sorprendentemente viejo y malévolo, incluso diabólico.

Sienar percibió desesperación.

—Hace algún tiempo fuiste uno de los subcontratistas principales en la remodelación de la clase ligera de cargueros YT.

—Todo eso figura en los archivos. La mayoría de ellos ya habían dejado de ser utilizados por sus propietarios originales. Los nuevos modelos son mucho más eficientes.

Tarkin agitó la mano en un gesto lleno de impaciencia.

—Instalaste una unidad localizadora en el tegumento interior de cada una de las naves que remodelaste, un componente que podías activar mediante un código privado —dijo—. Y no revelaste ese hecho a los propietarios o, si a eso vamos, a ninguna autoridad.

La expresión de Sienar no se alteró. «Necesita los códigos de activación de una de esas unidades localizadoras.»

—Deprisa —dijo el tallador de sangre, su voz tenue pero firme y segura de sí misma.

Sienar vio que el delgado alienígena dorado se estaba recuperando de varias heridas, algunas superficiales, pero por lo menos dos de ellas serias.

—Dame el número de serie de la nave y te daré el código —dijo Sienar—. Como un gesto de amistad. Hablo en serio, Tarkin.

Tarkin le hizo una rápida seña al tallador de sangre. Después le mostró a Sienar un pequeño cuaderno de datos en el que apareció el número, parpadeando rápidamente en rojo. Debajo de él

también parpadeaba un número de registro orbital, indicando la plaza de atraque que no tardaría en quedar a disposición de otra nave patrocinada por el Senado.

Sienar apenas necesitó unos segundos para reconstruir la secuencia de código de aquella nave. Había creado el código basándose en una ecuación que utilizaba el número de serie del vehículo. Les dijo el código, y el tallador de sangre lo introdujo en su comunicador y lo transmitió.

Después intentó removerse dentro de sus ropas, esperando poder localizar al pequeño androide espía que obviamente había sido situado encima de él durante la última visita de Tarkin.

—El localizador no servirá de nada en el hiperespacio —le dijo a Tarkin—. No tiene mucha potencia, y a distancias extremas no resulta excesivamente fiable. Desde entonces he aprendido a construirlos mejor.

—Antes de que la nave abandone la órbita sintonizaremos un modelo más reciente con el tuyo. Necesitamos el código para que las dos unidades puedan comunicarse entre sí. Juntas, servirán a nuestro propósito.

— ¿Una nave del Senado? —preguntó Sienar.

Tarkin meneó la cabeza.

—El dueño es un auxiliar de los Jedi. Deja de tirarte de los pantalones, Raith: es indecente.

Tarkin alzó la mano con la palma vuelta hacia él y le mostró una pequeña unidad de control. La agitó despreocupadamente y algo se removió dentro de los pantalones de Sienar. Éste se estremeció cuando aquella cosa descendió por su pierna y se alejó rápidamente de su bota. Era un diminuto androide de un modelo que Sienar nunca había visto antes, plano, flexible y capaz de alterar su textura para adaptarla a la de la ropa. Incluso un experto podría haberlo pasado por alto.

Sienar se preguntó cuánto iba a costarle aquel conocimiento.

—Me disponía a aceptar tu propuesta, Tarkin —dijo con petulancia.

—Ya te he dicho que andamos muy escasos de tiempo.

— ¿No hay tiempo ni siquiera para que dos viejos amigos sean educados el uno con el otro?

—No —dijo Tarkin secamente—. Las viejas costumbres están muriendo. Tenemos que adaptarnos. Yo me he adaptado.

—Ya lo veo. ¿Qué más puedo ofrecer?

Tarkin por fin se dignó sonreír, pero eso no dulcificó su expresión. Tarkin siempre había revelado una parte demasiado grande de la calavera que había bajo su piel, incluso de joven.

—Mucho, Raith. Llevas algún tiempo sin usar tu adiestramiento militar, pero confío en que no lo habrás olvidado. Ahora que estoy seguro de que estás con nosotros...

—Ni en sueños se me ocurriría no estarlo —murmuró Sienar.

— ¿Te gustaría mandar una expedición?

— ¿A ese planeta exótico del que me hablaste antes?

—Sí.

— ¿Y por qué me hablaste de ese mundo antes de este momento? Si no podías confiar en mí lo suficiente para que te diera algo tan insignificante como el código de un localizador...

—Porque hace poco se me ha informado de que la existencia de ese mundo no era ningún secreto para ti.

Raith Sienar echó la cabeza hacia atrás como una serpiente disponiéndose a atacar y tragó aire.

—Estoy impresionado, Tarkin. ¿A cuántos de mis empleados de máxima confianza tendré que... despedir?

—Sabes que el planeta es real. Tienes en tu poder una de sus naves.

Por muy inocentes que pudieran ser, Sienar no soportaba que sus pequeñas maniobras secretas salieran a la luz.

—Un cascarón muerto —dijo, poniéndose a la defensiva—, adquirido a un teniente corrupto de la Federación de Comercio que había matado a su dueño. Las naves no sirven de nada a menos que sus propietarios estén vivos.

—Es bueno saberlo. ¿Cuántas de esas naves crees que se han llegado a fabricar?

—Puede que unas cien.

—Entre veinte millones de naves espaciales, registradas y sin registrar, en la galaxia conocida. ¿Y cuánto hay que pagar para ser dueño de una de esas naves?

—No estoy seguro. Millones, o miles de millones —dijo Sienar.

—Siempre te has considerado más listo que yo, y siempre has creído ir un paso por delante de mí —dijo Tarkin hoscamente—. Siempre estás en la cima, ¿eh? Pero esta vez, puedo salvar tu

carrera y quizá tu vida. Podemos unir nuestras fuentes y nuestros recursos..., y salir inmensamente beneficiados de ello.

—Por supuesto, Tarkin —dijo Sienar sin inmutarse—. ¿Te parece buen momento y lugar para un caluroso apretón de manos?

CAPITULO 8

Obi-Wan y Anakin se pusieron las botas y se reunieron con Charza en la timonera de la barquilla de estribor. Por los grandes ventanales que rodeaban el puesto de mando del piloto, podían ver el lado nocturno de Coruscant debajo de ellos, con la metrópolis interminable destellando como un zoológico de las profundidades marinas gunganas. Anakin estaba de pie junto a una hilera de pequeñas criaturas de duro caparazón provistas de muchas garras que se removían nerviosamente en el charco de agua acumulado detrás del diván sin respaldo del piloto. Obi-Wan se agachó para sentarse en un asiento vacío no tan grande situado al otro lado del diván.

Charza Kwinn no necesitó volver el cuerpo para contemplarlos con uno de sus ojos púrpura oscuro ribeteados de plata.

—Me han dicho que posees una escama de un gusano de pozo —le dijo a Anakin—. Y que la ganaste durante una competición en un pozo.

—No era una competición legal —dijo Obi-Wan.

—No permitiste que se la entregara al Saludador y reclamara mi rango —dijo Anakin con cierto rencor.

—Me gusta ver las carreras de los pozos —dijo Charza Kwinn—. Mi especie practica tan pocas actividades competitivas... Es divertido ver cómo especies más agresivas se precipitan hacia sus destinos.

Después se arqueó bruscamente hacia atrás, deslizó su franja de espinas a lo largo de la hilera de criaturas con garras y cogió a dos de ellas. Las criaturas fueron guiadas hacia una hendidura que se abrió entre las gruesas cerdas de la parte inferior de su cuerpo, donde fueron rápidamente consumidas.

Los otros integrantes de la hilera mantuvieron su formación, pero todos hicieron entrechocar sus diminutas garras como si aplaudieran.

—De nada, de nada —les dijo Charza a los supervivientes.

Anakin se estremeció. Obi-Wan se removió en su asiento y dijo:

—Quizá deberías explicarle tus relaciones a mi padawan, Charza.

—Todos estos son amigos, confidentes, compañeros de navío —le dijo Charza al muchacho—. Aspiran a ser consumidos por el Grande.

Anakin empezó a fruncir el rostro en una mueca de asco, y después se apresuró a reprimirla cuando cayó en la cuenta de que Charza aún podía verlo. Miró a Obi-Wan, no sabiendo que decir.

—Nunca des por sentado lo obvio —le advirtió Obi-Wan en voz baja.

—Todos somos socios —dijo Charza—. Nos ayudamos los unos a los otros en esta nave. Los pequeños proporcionan alimento, y después de que hayan sido consumidos llevo a su progenie dentro de mí. Doy a luz a sus bebés y cuido de ellos. Sus bebés se convierten en compañeros de navío y socios..., y en alimento.

— ¿Te comes a todos tus socios? —preguntó Anakin.

— ¡Estrellas, no! —exclamó Charza con una rasposa imitación de la risa humana—. Algunos sabrían a rayos, y además, simplemente no se hace. Mantenemos muchas relaciones distintas a bordo de esta nave. Algunas criaturas son alimento, otras no. Todas cooperan. Ya te darás cuenta.

Utilizando controles instalados en salientes metálicos que se curvaban a lo largo de sus costados, Charza separó la nave del muelle orbital y encendió los motores sublumínicos.

El YT-1150 aceleró con sorprendente facilidad a pesar de sus años, y unos minutos después ya habían salido de la órbita de Coruscant y ponían rumbo hacia el punto en el que saltarían al hiperespacio.

—Buena nave —dijo Charza, y sus pinchos *y* espinas acariciaron el mamparo más cercano—. Buena amiga.

CAPITULO 9

—Llevas años buscando esta clase de oportunidad, Raith —dijo Tarkin mientras le servía una copa de vino chimbak de Alderaan. El apartamento privado de Tarkin era pequeño, pero elegante, y se encontraba en el nivel residencial del Pináculo Principal del Senado, dos kilómetros más arriba que la mayor parte de la ciudad—. Tanto si lo sabías como si no, siempre has querido asistir al amanecer de un nuevo día en la forma de hacer negocios.

A Sienar no le gustaba beber, pero había decidido mostrarse lo más afable *y* dispuesto a cooperar posible. La presencia del tallador de sangre tampoco le gustaba nada. Aceptó la copa y fingió saborearla. El reconfortante y casi invisible destello de la piedra verde de su anillo le indicó que el espeso líquido rojo no contenía drogas ni venenos. De hecho, y para lo habitual en los vinos, aquél era tan suave como delicioso.

—Pero el que no tengas amigos en los que puedas confiar debería parecerte interesante —siguió diciendo Tarkin—. La amistad pertenece al pasado. Ahora todo son alianzas y ventajas. Confiar en la confianza es una gran debilidad.

Tarkin posiblemente hubiera perdido aquella inocencia mucho antes que Sienar.

—Todavía no me has presentado —dijo Sienar.

Tarkin se volvió hacia el tallador de sangre.

—Este es Ke Daiv, de una famosa familia política de Batorine. Ke Daiv formaba parte de un selecto cuerpo de asesinos que mantenía ciertas relaciones con la Federación de Comercio. Un último e inepto intento de vengarse de los Jedi, según creo.

Sienar frunció los labios como si se sintiera impresionado por tanta audacia.

— ¿De veras? —preguntó con un leve y falso temblor de asombro.

Sabía más sobre aquel asunto de lo que sospechaba Tarkin, y sabía que Tarkin había estado involucrado de alguna manera en él, pero sus fuentes no pudieron proporcionarle muchos detalles.

—Un intento realmente insensato en el mejor de los casos —murmuró Tarkin, mirando a Sienar.

—Todo el mundo dice que los talladores de sangre se mantienen alejados de la política exterior —observó Sienar.

—Soy un individuo —observó Ke Daiv a su vez—. Verse libre del pasado incrementa las oportunidades.

— ¡Muy bien dicho! —exclamó Tarkin—. De hecho, fui yo quien solicitó su presencia. Sus capacidades siguen siendo impresionantes, y fracasó contra un Caballero Jedi. Yo le perdonaría eso, Sienar. ¿Tú no se lo perdonarías?

—Volveré a intentarlo, y si se me da la oportunidad triunfare —dijo Ke Daiv.

—Los talladores de sangre son un pueblo de artistas —dijo Sienar—. Refréscame la memoria sí me equivoco, pero creo recordar que Batorine es famoso por sus esculturas talladas en la reluciente madera roja del árbol de sangre indígena.

—Eso tiene un doble significado —dijo Ke Daiv—. El asesinato también es una especie de escultura en la que es preciso eliminar aquello que no es necesario.

Sienar apuró la copa y felicitó a Tarkin por su exquisito gusto en cuestión de vinos. Tarkin dirigió una inclinación de cabeza a Ke Daiv, y el tallador de sangre los dejó solos.

—Impresionante —observó Sienar después de que la estrecha puerta se hubiera cerrado.

El espacio era un recurso muy escaso en Coruscant e incluso ahora, con el declive de la economía, los aposentos de Tarkin, si bien situados a gran altura por encima de la ciudad, eran mucho menos espaciosos y ciertamente no tan bien acondicionados como los de Sienar.

—Quizá hagan falta décadas para que los humanos lleguen a ser la raza dominante en la galaxia —dijo Tarkin con un bufido—. La tolerancia y la debilidad de nuestros predecesores han hecho necesario ser magnánimo, al menos por el momento. —Escuchó el tenue zumbido del intercomunicador que estrechaba entre los dedos de una mano—. Nuestro objetivo ha abandonado la órbita de Coruscant. El localizador ha sido ubicado y se está comunicando con tu unidad.

— ¿Y qué harán los neimoidianos, y todos los otros miembros fundadores de la Federación de Comercio, cuando descubran que se puede prescindir de ellos? Por sí solo, este nuevo acuerdo con el Senado podría causar serios problemas.

—Baste con decir que estamos respaldados por fuerzas muy poderosas. Fuerzas en las que ni siquiera yo puedo pensar sin estremecerme... —Tarkin bajó el comunicador y se frotó el antebrazo con la otra mano—. Pero ahora deberíamos hablar de asuntos más acuciantes. Vamos a tomar parte en un juego donde las apuestas son muy elevadas. Como ya habrás notado, todavía me queda por cubrir cierta distancia en esta nueva jerarquía. Con el paso del tiempo, espero ser recompensado con el gobierno de una provincia y poder controlar muchos sistemas estelares. Tú... Tú venderás equipo a la fuerza política que acabe emergiendo de todo este torbellino. Juntos podemos encontrar ese planeta misterioso y explotarlo en nuestro mutuo beneficio.

—Estoy muy interesado —dijo Sienar—. Naves con un índice de cero-coma-cuatro podrían ser un descubrimiento realmente notable.

«Desde luego», pensó. Con semejante avance tecnológico y diez años de desarrollo incesante, el mismo Sienar hubiese podido llegar a hacerse lo bastante rico para escoger personalmente el liderazgo de cualquier nuevo gobierno galáctico.

Lo que habría podido ser, no obstante, carecía de importancia en aquel momento.

—Desgraciadamente no podré ir contigo —dijo Tarkin—. Por el momento he de seguir con mis números de malabarismo en Coruscant. Pero estarás bien equipado.

Su comunicador volvió a sonar.

—Los próximos días serán un tanto tensos —prosiguió Tarkin—. La nave que nos interesa ha entrado en el hiperespacio. Hemos estacionado transductores espaciales en vanos lugares dentro de una esfera de vanos centenares de años luz centrada en el punto donde es más probable que se encuentre dicho planeta.

—Ya. ¿Significa eso que tendré que vérmelas con todo un planeta, como comandante de unas fuerzas que habían servido a la Federación de Comercio?

—De androides, con un pequeño contingente de dotaciones de navío y tropas —dijo Tarkin —. Tu tripulación *y* tus ayudantes han sido adiestrados por la Federación, naturalmente. La República todavía no se ha hecho cargo de ciertas naves que se encuentran en reserva. Ke Daiv irá contigo. Tiene experiencia en el manejo del armamento de la Federación de Comercio, y responderá directamente ante mí.

—Perfecto —dijo Sienar.

Pero en su fuero interno no pensaba lo mismo. Los ejércitos de androides nunca le habían gustado. En su opinión, los androides no podían sustituir a las tropas vivas. Eran limitados tanto en inteligencia como en flexibilidad.

Tarkin pareció percibir su disgusto.

—Emplearás una nueva variedad de androide de combate —dijo—. Su inteligencia ha sido aumentada y ya no dependen de un control central. La Federación de Comercio ha aprendido de las últimas catástrofes.

—Me alegro —dijo Sienar, aunque la perspectiva seguía sin entusiasmarle.

—Pondrás en orden tus asuntos, por supuesto —dijo Tarkin.

—Eso podría requerir un par de meses.

—Espero que estarás listo para partir en un par de días.

—Claro —dijo Sienar, acariciándose el mentón con expresión pensativa—. Ke Daiv fracasó en una misión. Y sin embargo esto tiene todo el aspecto de ser un ascenso, ya que estamos hablando de pasar de asesino fracasado a ser subcomandante de... ¿qué? ¿Una flota?

—Un escuadrón, de hecho —repuso Tarkin, e hizo una mueca—. Ke Daiv no ocupará ninguna posición dentro de tu estructura de mando. Aun así, estoy de acuerdo contigo. En ciertos aspectos, dista mucho de ser la solución ideal.

—Deja que lo adivine. ¿Fuerzas oscuras están jugando con todos nosotros, y Ke Daiv tiene conexiones? ¿Conexiones no humanas que todavía resultan útiles?

Tarkin puso cara de disgusto, pero no respondió a su pregunta.

—Limítate a prepararte, Raith —dijo—. Y por el bien de todos, no hagas demasiadas preguntas.

CAPITULO 10

Obi-Wan escuchaba el ritmo lento y regular de la respiración del muchacho. Los acontecimientos del día habían agotado a Anakin, que dormía profundamente. Su rostro, delicadamente delineado por la suave claridad azulada de las luces de emergencia de la cabina, era joven, perfecto *y* muy hermoso.

Obi-Wan se acostó en su litera, oyendo y sintiendo al mismo tiempo la palpitante vibración del hiperimpulsor. Ya estaban lejos de Coruscant, pero Obi-Wan sentía una clara inquietud. Había algo raro en aquella misión que, en realidad, no era más que una simple aventura, un viaje a los confines de la galaxia para contactar con un planeta que al parecer era desconocido para la República y, por supuesto, para los enemigos de la República. Obi-Wan ya había estado en muchas regiones a las que no llegaba el largo brazo de la ley. La misión no estaba exenta de peligros, naturalmente, pero al menos les permitiría alejarse de los peligros inmediatos de Coruscant.

Lo que le preocupaba quizá fuera que Anakin quedaría totalmente a su cargo. En el Templo, Anakin había estado rodeado por muchos Jedi y auxiliares de los Jedi, incluido el personal, que aliviaban a Obi-Wan de una parte de su carga. Habían interpretado el papel de una familia, y Anakin había absorbido ávidamente sus atenciones.

Lo cierto era que Obi-Wan no estaba seguro de hallarse a la altura de su labor. Siempre había tendido a disponer sus pensamientos y su vida en hileras ordenadas, y Anakin Skywalker las derribaba a patadas siempre que tenía ocasión de hacerlo.

Estaban las travesuras. En una ocasión Anakin cogió a un maltrecho androide de protocolo que había encontrado abandonado nadie sabía dónde, reparó su motivador y lo vistió con una túnica Jedi. La capacidad intelectual del androide había sido aniquilada por algún accidente, y Anakin lo había provisto con el nada sofisticado verbocerebro de un androide de cocina, después de lo cual lo dejó suelto en el pasillo delante de los aposentos de Obi-Wan. Incapaz de ver su rostro de androide bajo la capucha, Obi-Wan estuvo hablando con él durante dos minutos antes de darse cuenta de que aquella silueta no era un Jedi y, de hecho, de que ni siquiera estaba viva. Al estar dentro del Templo, Obi-Wan había bajado sus percepciones y su guardia. Anakin había llegado a reírse de él por ello: ¡el aprendiz se había burlado del maestro!

Obi-Wan sonrió. Era algo que Qui-Gon hubiese podido hacer. Con Anakin, las distinciones entre maestro y aprendiz solían verse borradas. Más de una vez había caído en la cuenta de que podía aprender del muchacho. En sus horas bajas, Obi-Wan tenía la vaga sensación de que las cosas no hubieran debido ser así.

Pero así eran.

El peligro —y se trataba de un peligro real— radicaba en que Anakin no podía controlar adecuadamente sus talentos, su brillantez, su poder. La mayor parte del tiempo sólo era un muchacho en el umbral de la edad adulta, por lo que tendía a cometer todos los errores que se podían esperar en aquellas circunstancias.

Aún no había ocurrido, pero Obi-Wan estaba seguro de que algún día no muy lejano el peligro vendría no de las energías juveniles y la búsqueda de aventuras emocionantes, sino de una aplicación indebida de la Fuerza.

Quizá ésa fuera la causa de su inquietud.

O quizá no.

Se sumió en un estado de meditación vigilante. Durante los dos últimos años, Obi-Wan había intentado reducir al máximo su necesidad de dormir. Todos los Jedi a los que conocía dormían, pero había oído decir que algunos no lo hacían. Estaba seguro de que la meditación vigilante desempeñaba todas las funciones del sueño, y le daría tiempo de examinar sus pensamientos en sus niveles más profundos, permitiéndole mantenerse alerta.

«Todavía no confías en ti, Jedi. No confías en tu conexión inconsciente con la Fuerza.»

Obi-Wan volvió la cabeza y recorrió la oscura cabina con la mirada. Hubiese podido jurar que Qui-Gon Jinn acababa de hablarle, pero no había oído nada. Y el muchacho tampoco había emitido el menor sonido.

Lo más curioso de todo fue que aquello no agravó su inquietud.
—No, maestro, no confío en ella —le dijo Obi-Wan al vacío—. Ésa es mi mejor cualidad.
Qui-Gon habría debatido ese punto con fiereza. Pero no hubo replica alguna.

CAPITULO 11

Sienar intentó concentrarse en su montura e ignorar el hervidero de preocupaciones que habían estado agitándose dentro de su mente desde su último encuentro con Tarkin.

El animal, un danzarín trith gris azulado, trotaba sobre seis gráciles patas por la arena privada de Sienar, respondiendo a la más leve presión o tirón sobre los omóplatos que se elevaban por encima de su espalda. La grupa de un danzarín trith formaba una silla de montar natural, suponiendo que la manipulación genética de un millar de generaciones pudiera considerarse como algo natural. Los animales de Sienar —era dueño de tres danzarines— eran los mejores ejemplares que se podían comprar con dinero, otro lujo que no le apetecía nada arriesgar. «¡Demasiado blando, demasiado atado a las posesiones materiales, demasiado inflexible!»

A pesar de ello, Sienar siguió cabalgando e intentó pasarlo lo mejor posible.

Administró un suave tirón, y el trith se irguió sobre sus dos últimos pares de patas para hendir elegantemente el aire con sus pezuñas.

El animal emitió unos aflautados ruidos musicales que Sienar encontró deliciosos. Hubo un tiempo en el que habría podido cabalgar por la pradera a lomos de un trith durante días enteros sintiéndose inefablemente feliz..., hasta que se le ocurriera algún diseño para otra nave espacial, por supuesto.

Pero ahora todo indicaba que durante unos meses no podría cabalgar ni diseñar naves espaciales. Tarkin parecía pensar que podía alterar la vida de Sienar, entrometerse en sus negocios, amenazarlo y disfrutar de un suculento banquete en la mesa de sus secretos.

El problema era que Tarkin probablemente tuviese razón: enterrada en aquel amasijo de obligaciones y coerción había una auténtica oportunidad. Aun así, Tarkin era quien tenía más probabilidades de beneficiarse de la participación de Sienar.

Hizo volver grupas a su montura y le presionó los flancos con los tobillos para que iniciara un galope sobre sus dos últimos pares de patas. Era una conducta difícil, y Sienar estaba orgulloso de lo bien que se portaban sus animales. Habían ganado muchos premios en competiciones celebradas en vanos planetas.

De pronto hubo una agitación junto a la gran puerta doble de la arena. Varios androides de seguridad entraron en ella, andando hacia atrás mientras hacían gestos frenéticos. Sienar desmontó rápidamente y se escondió detrás del trith, mirando por encima del suave pelaje de su grupa.

Tarkin pasó por entre los androides sin hacer ningún caso de sus advertencias. Asombrosamente, empuñaba un disruptor iónico de nivel senatorial, el cual volvía inofensivos a todos los androides de seguridad.

Sienar sonrió sombríamente y salió de detrás del trith, el cual acogió la aparición del desconocido con un suave resoplido de alarma. Afortunadamente, esta vez Tarkin había venido sin su tallador de sangre.

— ¡Buenos días, Raith! —lo saludó Tarkin alegremente—. Necesito ver esa nave sekotana tuya. Ahora.

—Por supuesto —replicó Sienar afablemente—. La próxima vez deberías advertirme de tu visita. No todos mis androides de seguridad son vulnerables a los disruptores, ¿sabes? Es una suerte que preveyera tu falta de educación... y los programara para que te reconociesen.

De lo contrario te habrían fulminado tan pronto como entraste por esa puerta.

Tarkin miró por encima del hombro y palideció levemente.

—Comprendo —dijo, guardando el disruptor—. Bueno, no ha pasado nada.

—Esta vez no —masculló Sienar.

Sienar había conservado dos de sus viejos centros de fabricación en las antiguas profundidades de la ciudad capital, mucho después de que hubiera trasladado todas sus actividades a lugares más elegantes. El alquiler era muy bajo, y cualquier intruso curioso podía ser despachado con escasas dificultades legales. De hecho, allí era donde tenía apostados a la mayoría de sus androides de seguridad de máxima confianza procedentes de otros mundos, los mejores que el dinero podía introducir de contrabando. Aquellos androides sólo aceptaban órdenes de Sienar.

Como centinelas, los androides eran magníficos. Su mente no podía ser nublada por el aburrimiento.

Tarkin lo siguió, visiblemente nervioso por primera vez. Sus propios androides de seguridad parecían pequeños e insignificantes junto a las enormes máquinas plateadas aparatosamente blindadas que vigilaban los restos de la nave sekotana en su oscuro, reseco y cavernoso hangar.

—Sólo este cascarón me costó cien millones de créditos —dijo Sienar, pulsando unas cuantas teclas luminosas dentro del hangar lleno de ecos—. Como puedes ver, no se encuentra en muy buen estado.

Tarkin dio la vuelta a la escabrosa mole encerrada en su iridiscente campo de refrigeración. Las antaño gráciles curvas se habían desplomado en una masa arrugada, deshinchándose aparatosamente a pesar del frío y otros esfuerzos de preservación no tan obvios.

—Es biológica —observó arrugando la nariz.

—Pensaba que a estas alturas ya lo sabías.

—No me imaginaba que fuera tan..., tan orgánica —dijo Tarkin—. Me habían dicho que en cierto sentido las naves estaban vivas, pero.., Y una vez muertas no sirven de mucho, ¿verdad?

—Una curiosidad, como cualquier monstruosidad de los abismos marinos preservada y rara vez vista —dijo Sienar—. En cuanto a entender sus capacidades, bueno, no queda gran cosa que analizar.

—Dispongo de algunas imágenes —dijo Tarkin—. Naves repostando en puertos de la periferia.

—Y alimentándose, sin duda —dijo Sienar, que probablemente había visto las mismas imágenes.

— ¿Es una planta o un animal?

—Ninguna de las dos cosas. No puede reproducirse por sí misma. Carece de estructura celular, y está formada por toda una serie de tejidos densos que pueden incorporar tanto metales como una amplia gama de polímeros resistentes al calor y de una enorme solidez... Un prodigio. Pero sin su dueño, muere rápidamente y no tarda en pudrirse.

— ¿No te recuerda un poco a la tecnología gungana de Naboo? —sugirió Tarkin.

—Tal vez —dijo Sienar—. Tal vez no. Los gungan manufacturan sus naves a partir de materia orgánica, pero las naves no están vivas. Ésta... parece ser muy distinta. Antes de tu generosa oferta, andaba buscando un propietario que estuviera dispuesto a permitirme acceder a una nave sekotana plenamente operacional. Pero hasta el momento nadie se ha ofrecido a ello. Al parecer el secreto forma parte del contrato, y la traición podría poner fin a la relación de un dueño con su nave. Es todo lo que he conseguido averiguar.

—Comprendo —dijo Tarkin—. He elegido al hombre adecuado para esta misión, Raith. Tenía el presentimiento de que ya habrías hecho tus propias averiguaciones.

—Y ahora que has visto mi caro pero decepcionante trofeo —dijo Raith—, ¿puedo ofrecerte algo para desayunar? Es tarde, y no tuve tiempo de cenar.

—No, gracias —dijo Tarkin—. Todavía me quedan muchas visitas por hacer. No hagas demasiados planes, amigo mío. Podría ocurrir algo en cualquier momento.

—Por supuesto —dijo Raith.

«Mi tiempo es tuyo, Tarkin. Soy un hombre paciente.»

CAPITULO 12

Obi-Wan hizo un alto de camino al puente y echó un vistazo al pequeño cubículo donde los parientes-comida, las pequeñas criaturas parecidas a cangrejos, se retiraban a descansar cuando no estaban trabajando. Anakin estaba sentado en un taburete rodeado por un círculo de parientes-comida, con el ceño fruncido en profunda concentración.

El muchacho alzó la mirada hacia Obi-Wan.

—No consigo decidir si esto me gusta o no —dijo.

— ¿A qué te refieres?

—A ese acuerdo que tienen con Charza. Parecen reverenciarlo, pero él se los come.

—En este caso, yo confiaría en su opinión antes que en la tuya —dijo Obi-Wan.

Anakin no estaba convencido.

—No me siento muy a gusto con Charza.

—Es un ser honorable —dijo Obi-Wan.

Anakin se levantó con un suave chapoteo de sus botas impermeables. Los parientes-comida retrocedieron haciendo chasquear sus pinzas.

—Entiendo una gran parte de lo que dicen. Para ser tan pequeños, son bastante inteligentes. Me dicen que están orgullosos de que Charza sólo se los coma a ellos.

—Ingerir alimentos o ser alimentos es algo que depende de la suerte y el momento —dijo Obi-Wan, quizá un poco demasiado alegremente. Admiraba la disciplina y el autosacrificio que veía en la tripulación del *Flor del Mar Estelar*—. Dentro de unos minutos tenemos que hablar con Charza. Y dentro de una hora ejecutaremos nuestra primera salida del hiperespacio.

Anakin se despidió de los pequeños parientes-comida con un chasquido de dedos y salió chapoteando del cubículo para reunirse con Obi-Wan en el pasillo central.

—Te gusta el acuerdo porque obedecen las órdenes sin rechistar —dijo.

Obi-Wan se irguió, muy indignado.

—Es algo más profundo que eso —dijo—. Supongo que percibes la estructura subyacente que hay en este lugar, ¿no?

—Por supuesto —dijo Anakin, echando a andar delante de él.

Pasaron junto a una cascada de agua de mar constantemente renovada. El agua resbalaba por una pared después de salir de un conducto situado junto al techo, y estaba llena de una especie de diminutos crustáceos no más grandes que la yema de un dedo. Tres parientes-comida estaban alineados junto a la base de la cascada, donde ésta caía en un pequeño estanque y desaparecía detrás del mamparo. Las criaturas pescaban crustáceos con sus pinzas y comían ávidamente.

Después de haber dejado atrás la cascada, el padawan y su maestro entraron en la timonera. Charza Kwinn estaba rodeado por una hueste de auxiliares y parientes. Obi-Wan nunca los había visto a todos juntos antes. El espectáculo era impresionante. No parecía haber ni un solo centímetro cuadrado del puente que no estuviera siendo atendido por varias criaturas, cuyo tamaño iba desde el de los parientes-comida hasta réplicas de Charza de un metro de largo pasando por otras que tendrían un palmo de anchura.

Charza estaba sentado en su diván sin respaldo enarbolando herramientas sujetadas por sus espinas. Los pinchos de su «cabeza» rozaban la curva superior del pie, produciendo un potente sonido rítmico que hacía pensar en olas oceánicas chocando con un acantilado.

El priapulino se dio cuenta de que sus pasajeros habían llegado y se quedó inmóvil. Los parientes-comida chasquearon sus pinzas, muy desilusionados. Charza, que al parecer les había estado cantando, desplazó ligeramente sus pinchos alrededor de los espiráculos para imitar el habla humana.

—Bienvenidos. ¿Los alojamientos son cómodos?

—Mucho —dijo Obi-Wan.

—Ahora os contaré algo más sobre este lugar al que vais. En primer lugar, tamaño. Zonama Sekot tiene nueve mil cuencas de sal de anchura, lo que en medidas de la República equivale a... —conferenció con uno de sus duplicados más pequeños—. Once mil kilómetros. Su sistema estelar es un triple, en una región escondida de la Fisura de Gardaji, que está rodeado por grandes nubes de polvo. Dos estrellas, una gigante roja y una enana blanca, orbitan muy cerca la una de la otra.

Zonama Sekot gira alrededor de la tercera estrella, un sol amarillo, que describe su órbita mucho más hacia fuera, a varios meses luz de distancia. Si no se conoce el camino es casi imposible dar con él.

Charza hizo una pausa cuando dos parientes-comida se ofrecieron entusiásticamente para servirle de desayuno. El priapulino sacudió delicadamente la cabeza, y los parientes-comida se retiraron con aparente desilusión.

—Su reloj biológico ha sonado —explicó Charza—. He de comerlos antes de que termine el día, o sus niños se echarán a perder. ¡Pero ahora estoy tan lleno!

Obi-Wan observó la reacción de Anakin. Charza tal vez no fuera la figura paterna más apropiada que ofrecer como ejemplo al muchacho en aquel momento de su vida.

—Ahora salimos del hiperespacio —dijo Charza, inclinándose hacía un lado y tirando de dos gruesas palancas dispuestas en paralelo.

Las portillas delanteras volvieron a abrirse. El extraño paisaje exterior se colapso en un punto deslumbrante. Las estrellas volvieron a aparecer con una brusca sacudida y, con ellas, apareció la inconfundible rueda de fuego rojo y púrpura que dominaba los cielos de Zonama Sekot.

—Uf —dijo Anakin con los ojos muy abiertos. El espectáculo era impresionante, quizá el más hermoso que hubiera visto nunca—, ¿Dónde está nuestro planeta? —se apresuró a preguntar.

—El sol de Zonama Sekot se encuentra detrás de nosotros —dijo Charza—. Esas dos espectaculares danzarinas, la gigante roja y la enana blanca, con su larga cola espiral, son sus compañeras.

La rueda de fuego empezaba siendo una cinta de sustancia estelar extraída de la gigante roja. Después se curvaba alrededor de la enana blanca, la cual la proyectaba hacia fuera en trenzas entrelazadas de gas ionizado.

—Puedes ver el mismo Zonama Sekot: es ese minúsculo puntito verde que tenemos delante. —Charza cogió una larga varilla con sus pinchos y rozó la portilla con su extremo—. Ahí. ¿Lo ves?

—Lo veo —dijo Anakin.

Los pequeños parientes-comida se empujaron unos a otros para ver mejor y prorrumpieron en un coro de chasquidos admirativos. Dos de ellos se encaramaron a los hombros de Anakin. Una especie de gusano más pequeño se enroscó alrededor de una de las piernas del muchacho y empezó a emitir gorgoteos de satisfacción.

— ¿No te molestan? —le preguntó Charza.

—Son encantadores —dijo Anakin.

—Saben que contigo están a salvo —dijo Charza con aprobación—. ¡Sienten una rara atracción por ti! —Hizo girar su diván y deslizó unos cuantos pinchos por encima de otro panel de instrumentos. El planeta verde ya era tan ancho como la punta de un pulgar visto con el brazo extendido—. La última vez que vine a Zonama Sekot, dejé a Vergere en una meseta montañosa al final del hemisferio norte, cerca del polo. Espero fervientemente que aún esté viva.

—Se cree que lo está —dijo Obi-Wan.

—Quizá —dijo Charza con una agitación de espinas—. Allí no hay piratas ni centros de comercio: de hecho, Zonama Sekot es el único planeta habitado en muchos años luz a la redonda. Pero Zonama Sekot se encuentra muy cerca del extremo de la galaxia. Más allá de ese punto, hay mucho sobre lo que apenas se sabe nada. Cualquier cosa podría ocurrir.

— ¡El extremo de la galaxia! —exclamó Anakin, todavía fascinado por el espectáculo—. ¡Podríamos ser los primeros seres que fuesen más allá del límite! —Miró a Obi-Wan—. Si quisiéramos.

—Todavía quedan fronteras, y reconforta pensarlo —asintió Obi-Wan.

— ¿Que tiene de reconfortante el hecho de que aún haya fronteras? —preguntó Charza—. ¡Los lugares vacíos donde no hay amigos no son buenos!

Obi-Wan sonrió y meneó la cabeza.

—Lo desconocido es un lugar donde podemos descubrir quiénes somos realmente.

Anakin miró a su maestro con cierta sorpresa.

—Eso me enseñó Qui-Gon —concluyó Obi-Wan, extendiendo las largas mangas de su túnica sobre sus rodillas cubiertas por las botas.

—Zonama Sekot no está vacío —dijo Charza—. Hay seres allí, pero no son nativos del planeta. Llegaron hace muchos años, no se sabe cuántos. Pero sólo recientemente han empezado a invitar a visitantes, la mayoría ricos compradores de mundos que no son leales a la República ni

comercian con la Federación de Comercio. Ahora os mostraré una imagen que Vergere envió a mi nave antes de que saliera del sistema.

Charza dio una serie de órdenes a unos cuantos parientes-comida agrupados encima de una consola. Estos danzaron sobre los botones y tiraron de varías palancas, y un visor surgió de la consola.

—Mejor para humanos —murmuró Charza, y los parientes-comida ajustaron la vivida pero un tanto borrosa imagen que flotaba sobre el centro del puente, haciendo que cobrara nitidez y adquiriera movimiento.

Obi-Wan y Anakin se inclinaron hacia adelante y miraron.

Un paisaje intensamente verde, visto a la hora del crepúsculo, se desplegó ante ellos. Las auténticas dimensiones de los brotes parecidos a árboles que llenaban la mayor parte de la imagen no quedaron claras hasta que Anakin divisó una estructura en la esquina inferior izquierda, una especie de balcón con lo que parecían humanos de píe en él. Entonces fue evidente que los árboles tenían entre quinientos y seiscientos metros de altura, y que las grandes cúpulas verdes de follaje de la parte superior derecha de la imagen medían varios centenares de metros de anchura. El verde era el color dominante, pero en el follaje también abundaban el oro, el azul, el púrpura y el rojo.

—No parecen árboles —comentó Obi-Wan.

—No lo son —dijo Charza—. No son árboles, no. Vergere los llamaba boras.

El sol amarillo del planeta, poniéndose entre las hileras de enormes brotes envuelto en una calima dorada, no era la única luz que había en el cielo. La vasta rueda de gases púrpura y rojo cubría todo lo que podían ver del cielo por el norte más allá de los boras.

—Eso es todo lo que sé —prosiguió Charza—. Dejé a Vergere, después esperé hasta que me dijo que me fuera y volví a la órbita. No me llegó ningún mensaje para que fuera a buscarla, así que partí, tal como me había ordenado ella. Cuando me iba detecté seis tipos de naves conocidas en la región. Todas eran naves particulares, y creo que pertenecían a clientes de los constructores de naves de Zonama Sekot.

—Hiciste bien, Charza —dijo Obi-Wan, poniéndose en pie—. Quizá no haya pasado nada grave.

—Puede que Vergere esté viva —dijo Charza—, pero no creo que todo vaya bien.

— ¿Tu instinto?

Charza agitó sus pinchos y alzó la cabeza hacia el techo, y después se volvió para mirarlos con todos sus ojos.

—Simple observación. Allí donde un Jedi viaja solo, quizá no haya motivo para alarmarse. Allí donde un Jedi deja de comunicarse, y otro Jedi le sigue..., infortunio y aventura.

CAPITULO 13

Tarkin precedía a Raith Sienar por el túnel que llevaba a la lanzadera que los estaba esperando.

— ¡No hay tiempo que perder! —gritó por encima del hombro—. Han salido del hiperespacio y hemos recibido la señal del localizador. Disponemos de menos de una hora antes de que debas reunirte con tu escuadrón y despegar de Coruscant.

Sienar cogió su bolsa de viaje y dio las últimas instrucciones a su androide de protocolo, que los seguía con andares rápidos si bien un tanto vacilantes a unos pasos de distancia.

— ¡Venga, hombre! —gritó Tarkin.

Sienar entregó al androide el último objeto que había añadio a su equipaje a primera hora de la mañana: un pequeño disco que contenía instrucciones especiales en el caso de que no volviera.

El androide se detuvo en la tira de embarque y se despidió agitando solemnemente la mano mientras Sienar se reunía con Tarkin en el lujoso salón de la lanzadera. La escotilla se cerró con un estridente silbido, y la lanzadera se apartó inmediatamente de la torre en la que había estado atracada y se lanzó por un carril despejado en las calzadas de tráfico.

Después se elevó rápidamente hacia la órbita.

—Espero que comprendas lo que podría estar en juego aquí —dijo Tarkin, su delgado rostro muy sombrío. Sus azules ojos se abrieron como platos y adquirieron una expresión terriblemente seria mientras miraban a Sienar. Con los ojos tan abiertos, su rostro volvió a cobrar el aspecto de una calavera animada—. Por el momento no somos más que unos lacayos útiles. Nos encontramos por debajo del nivel de consciencia de aquellos que gobernarán la galaxia. Si ese planeta y sus naves son tan útiles como parecen serlo, seremos espléndidamente recompensados. Se darán cuenta de que existimos. Algunos ya comparten mi creencia de que esto podría ser algo muy serio. Todos compartirán nuestro éxito, por lo que a nuestra misión se le ha asignado el segundo nivel de prioridad. ¡El segundo nivel, Raith!

— ¿No el primero? —preguntó Sienar inocentemente.

Tarkin frunció el ceño.

—Tu cinismo podría acabar creándote serios problemas, amigo mío.

—Me gusta llegar a mis propias conclusiones —dijo Sienar.

—A largo plazo, eso puede ser muy perjudicial —le dijo Tarkin, y sus ojos se convirtieron en dos rendijas.

CAPITULO 14

Charza Kwinn estacionó el *Flor del Mar Estelar* en una órbita a gran altura sobre Zonama Sekot. Mientras Obi-Wan y Anakin preparaban sus pertenencias en una cabina seca, Obi-Wan sacó una bolsa que había llevado escondida dentro de su túnica, soltó el cordón que la cerraba y la dejó encima de su equipo de viaje

Anakin la miró con ojos esperanzados.

— ¿Otra espada de luz? —preguntó.

Obi-Wan sonrió y sacudió la cabeza.

—Todavía no, padawan. Algo más adecuado para un planeta gobernado por comerciantes: créditos al viejo estilo en varios lingotes grandes de aurodio, por un valor total de tres mil millones.

— ¡Nunca he visto tanto dinero! —dijo Anakin, dando un paso adelante.

Obi-Wan sacudió un dedo en un gesto de advertencia, y después abrió la bolsa y le enseñó su contenido a Anakin.

Los diez lingotes de aurodio puro destellaban como minúsculas llamas. Cada uno encerraba un abismo de luz misteriosa que se negaba a fijarse en un solo color.

—Así que lo que dicen acerca del Templo es cierto —murmuró Anakin con voz pensativa.

— ¿Que está lleno de tesoros secretos? Difícilmente —dijo Obi-Wan—. Estos créditos han sido retirados de una cuenta conjunta en el Banco Galáctico de la Capital. Muchos seres de la galaxia aportan sus recursos para apoyar a los Jedi.

—No lo sabía —dijo Anakin, un tanto desilusionado.

—Esto representa una pequeña porción de esa cuenta. Eso no quiere decir que vayamos a gastarlos en cualquier cosa, naturalmente. Vergere llevaba una suma similar consigo. Se rumorea que es suficiente para comprar una nave sekotana. Esperemos que los rumores no se equivoquen.

—Pero Vergere quizá ya haya comprado una nave —dijo Anakin.

—Puede que debamos comportarnos como si no supiéramos nada sobre Vergere —dijo Obi-Wan—. Oh... Claro.

Obi-Wan ató el cordel y le entregó la bolsa a Anakin.

—No te separes de ella en ningún momento.

— ¡Gran mago! —se entusiasmó Anakin—. Nadie sospechará que un muchacho lleva encima tanto dinero en efectivo. Con esto podría comprar un YZ-1000..., ¡un centenar de YZ-1000!

— ¿Y qué harías con un centenar de viejos lanchones espaciales? —preguntó Obi-Wan con inocente curiosidad.

—Reconstruirlos. Sé cómo conseguir que vayan el doble de rápido de lo que van ahora..., ¡y son bastante veloces!

— ¿Y luego?

— ¡Los inscribiría en las carreras!

— ¿Y cuánto tiempo te dejaría eso para tu entrenamiento?

—No mucho —admitió Anakin ingenuamente, con los ojos brillándole de entusiasmo.

Obi-Wan frunció los labios en una mueca de desaprobación.

— ¡Te pillé! —chilló Anakin sonriendo, y cogió la bolsa. Se la metió debajo de la túnica y la sujetó a su cuerpo con el cordel restante—. Guardaré tu viejo dinero —dijo—. De todas maneras, ¿quién quiere ser rico?

Obi-Wan enarcó una ceja.

—Perderlo sería una auténtica desgracia —le advirtió.

Incluso visto desde treinta mil kilómetros de distancia, Zonama Sekot era un planeta de aspecto muy extraño.

Un punto de blancura perlina en la región polar norte se hallaba rodeado por todo un hemisferio de verdor moteado. Debajo del ecuador, el hemisferio sur estaba cubierto por una impenetrable nube plateada. A lo largo del ecuador, una delgada franja de gris y marrón más oscuros era interrumpida de vez en cuando por lo que parecían tramos de río y angostos lagos o mares. El

borde de la masa de nubes del sur se curvaba en elegantes volutas, y las volutas se desprendían de él para formar tormentas rotatorias.

Mientras esperaban a que el planeta respondiera a su petición de permiso para descender, Charza estaba ocupado dando a luz en otra parte de la nave.

Anakin estaba sentado en el pequeño asiento lateral del puente con los codos apoyados en las rodillas y contemplaba Zonama Sekot. Había ejecutado su primera tanda de ejercicios del día, y sus pensamientos eran particularmente claros. A veces, cuando su mente estaba calmada, cuando había logrado domar su turbulencia por el momento, parecía como si Anakin ya no fuese un muchacho o ni siquiera un ser humano. Su perspectiva parecía volverse cristalina y universal, y tenía la sensación de poder ver toda su vida extendida ante él, llena de logros y heroísmo..., heroísmo altruista, por supuesto, tal como convenía a un Jedi. En algún lugar de aquella vida habría una mujer, aunque los Jedi no solían casarse. Anakin se imaginaba que la mujer sería como la reina Amidala de Naboo, una personalidad poderosa por derecho propio, hermosa y llena de dignidad, y sin embargo triste y abrumada por grandes cargas..., que él ayudaría a apartar de sus hombros.

Hacía años que no hablaba con Amidala y, naturalmente, con su madre, Shmi, pero en su actual estado de consciencia disciplinada, su recuerdo obraba sobre él como una música distante e inefable.

Meneó la cabeza y alzó los ojos, dirigiendo sus sentimientos hacia el exterior y concentrándolos hasta que estos parecieron crear un punto resplandeciente entre sus ojos, y después se concentró en Zonama Sekot para averiguar qué podía ver.

Muchos eran los caminos a muchos futuros que nacían de un solo instante, y sin embargo, estando en sintonía con la Fuerza, un adepto podía determinar cuál era el camino más probable y hacer que su consciencia lo siguiera. El que fuera posible preparar un camino hacia el futuro sin saber qué traería ese futuro podía parecer contradictorio, pero en última instancia eso era lo que ocurría, y era lo que un Maestro Jedi podía hacer.

Obi-Wan le había dicho que aún no poseía tal destreza, pero también le había dado a entender que antes de cualquier misión, cualquier Jedi disciplinado —incluso un mero padawan— podía lanzar una especie de mirada hacia adelante.

En aquel momento Anakin estaba seguro de estar haciendo algo semejante. Era como si las células de su cuerpo hubieran logrado entrar en sintonía con una señal severamente debilitada procedente del futuro, una voz, grande y pesada, como oprimida por un peso terrible, que no se parecía a ninguna voz que hubiera oído antes...

Sus ojos se fueron agrandando lentamente mientras contemplaba el planeta.

Anakin Skywalker, el muchacho hijo de Shmi, padawan Jedi de sólo doce años estándar de edad, redirigió el foco de toda su atención hacia Zonama Sekot. Su cuerpo se estremeció. Un ojo se cerró ligeramente, y su cabeza se inclinó hacia un lado. Después Anakin cerró ambos ojos y volvió a estremecerse. El hechizo se había roto. El momento había durado quizá tres segundos.

Anakin intentó recordar algo grande y hermoso, una emoción o estado mental que acababa de rozar, pero lo único que pudo conjurar fue el rostro de Shmi, sonriéndole melancólica y orgullosamente, como una pantalla protectora extendida sobre cualquier otro recuerdo.

Su madre, todavía tan importante y tan lejana.

Nunca podría ver la cara de un padre.

Obi-Wan pasó chapoteando junto a la cascada para ir a la timonera.

—Charza ha acabado de dar a luz a sus pequeños —dijo—. Ahora están aprendiendo a cuidar de la nave.

— ¿Tan deprisa? —preguntó Anakin.

—La vida es corta para algunos de los parientes de Charza —dijo Obi-Wan—. Pareces pensativo.

—Se me permite estarlo, ¿no? —preguntó Anakin.

—Siempre que eso no haga que acabes hundiéndote en la melancolía —dijo Obi-Wan, mirándolo con una mezcla de preocupación y enfado.

Anakin se levantó de un salto y abrazó a su maestro con una súbita pasión que pilló totalmente desprevenido a Obi-Wan.

Obi-Wan lo rodeó con sus brazos y dejó que el momento fluyera hasta adquirir su propia forma. Algunos padawans eran como lagunas tranquilas y sus mentes eran como textos sencillos. Sólo con el adiestramiento adquirían la profundidad y la complejidad indicadoras de la madurez.

Anakin había sido un profundo y complejo misterio desde el día en que se conocieron, y sin embargo Obi-Wan nunca había sentido una conexión tan intensa con ningún otro ser..., ni siquiera con Qui-Gon Jinn.

Anakin dio un paso atrás y alzó la mirada hacia su maestro.

—Creo que tendremos que enfrentarnos a un auténtico problema allí abajo —dijo

— ¿Crees? —preguntó Obi-Wan.

Anakin torció el gesto.

—Puedo sentirlo. No sé qué es, pero... He estado mirando hacia adelante, tanteando un poco el futuro y... habrá problemas, eso está claro.

—Ya lo sospechaba —admitió Obi-Wan—. Incluso cuando Thracia Cho Leem estaba...

Una turbamulta de jóvenes parientes-comida de un rosa brillante invadió súbitamente el puente, llenándolo con sus entusiásticos parloteos y chasquidos de pinzas mientras ocupaban sus puestos. Charza entró en el puente vadeando el pequeño arroyo con gran dignidad y cansancio, como si acabara de hacer algo que era a la vez satisfactorio y agotador.

—La vida sigue —le dijo a Anakin mientras ocupaba su diván—. Y ahora, vamos a ver si el planeta ha respondido.

CAPITULO 15

Raith Sienar entró en la cubierta de observación de su nave insignia, el *Almirante Korvin, y* subió a la plataforma del comandante. Examinó las armas dispuestas dentro del hangar de montaje circular del antiguo crucero pesado de municiones de la Federación de Comercio, un cascarón anticuado. La selección no era de su agrado, y le consternó pensar que se esperaba de él que coordinara aquella fuerza improvisada.

Para empeorar las cosas, no había ni una sola nave salida de sus fábricas a bordo, un serio descuido, creía él, y que tal vez ocultara alguna traición.

Tarkin no había descrito la fuerza con demasiada exactitud, o quizá había permitido que un ciego optimismo deformara sus recuerdos de ella.

Sienar hizo aparecer la lista de armamento. Androides E-5... Frunció los labios.

El crucero transportaba tres vehículos de descenso, cíen soldados de la Federación de Comercio y más de tres mil androides. Tres naves más pequeñas y decididamente menos útiles completaban el escuadrón cuyo mando le había confiado Tarkin.

No era inconcebible que se pudiera conquistar un planeta con aquellas naves: un planeta perdido en los confines de la galaxia, sumido en las edades oscuras de la tecnología...

Pero nada más avanzado que eso. Y sólo conquistarlo, pero no controlarlo después de que hubiera sido conquistado.

—No estás muy impresionado —dijo Tarkin secamente, reuniéndose con él en la plataforma.

—Nunca he creído en los androides como combatientes de primera línea —le dijo Sienar— Ni siquiera en estos nuevos modelos. Naboo se perdió a pesar de que las fuerzas desplegadas por la Federación de Comercio eran centenares de veces más numerosas que éstas.

—Como ya te he dicho, estos androides han sido alterados para que puedan actuar de manera independiente, y son considerablemente más eficaces que los primeros modelos —dijo Tarkin con un tono de irritación.

— ¿Confiarías en ellos para que ejecutaran un complicado plan de batalla de su propia creación?

—Quizá lo haría —dijo Tarkin, poniendo cara de pez mientras contemplaba las hileras de armas y vehículos de transporte—. Debo decirte, Raith, que yo no valoro tanto la independencia completa como pareces hacerlo tú. Los neimoidianos dieron una pésima reputación al control central. Los controladores de esta nave son tan competentes como flexibles. Zonama Sekot no está muy poblado, como bien sabes. La mayor parte del planeta es bosque. Esta fuerza debería ser más que suficiente.

—Sé sincero conmigo —dijo Sienar, acercándose un poco más a su antiguo compañero de clase—. Por tu bien y por el mío, Tarkin: si Zonama Sekot fuera una presa tan fácil, podríamos tomarlo con una pequeña fuerza expedicionaria. Este escuadrón parece demasiado y al mismo tiempo quizá demasiado poco, y eso me preocupa.

—Es lo mejor que he podido reunir. Los escuadrones de la Federación de Comercio están quedando sometidos al control de la República, y esto es todo lo que han podido conservar.

—Quizá es todo lo que has podido persuadirlos de que enviaran, con tu rango y la calidad de tus contactos —dijo Sienar.

Tarkin le lanzó una mirada sorprendida, después de lo cual fingió sentirse ofendido y acabó soltando una risita.

—Tal vez tengas razón —dijo—. ¿Qué militar ha podido disponer de todo según sus deseos? Lo que gana las guerras es lo que haces con aquello que tienes. Los dos hubiésemos preferido diseñar y construir nuestra propia fuerza, usando un pensamiento estratégico más imaginativo. Pero este declive económico ha afectado a la Federación de Comercio tanto como lo ha hecho con la República. Un auténtico enjambre de villanos insignificantes ha salido de la nada con sus viejos cargueros para llevar ilegalmente las mercancías más lucrativas de un sistema a otro. Acabar con ellos y recuperar las rutas y los privilegios comerciales era una cuestión de vida o muerte para la Federación de Comercio. Ahora la Federación de Comercio tendrá que patrullar las vías comerciales. Y el armamento de la República es, suponiendo que eso sea posible, todavía más patético. Francamente, he tenido suerte de poder conseguir esto.

—Ahórrame los detalles lacrimógenos —dijo Sienar sin inmutarse—. Me has puesto al mando en vez de ir tú mismo, a pesar de que eres el que tiene más experiencia en las tácticas de combate. El fracaso de esta misión manchará al comandante —es decir, a mí— de manera irrevocable.

— ¿Quién está sacando a relucir los detalles lacrimógenos ahora? —preguntó Tarkin en un tono todavía más gélido—. Raith, llevas una década encerrado con tus colecciones, ejecutando pequeños contratos, intentando promover una estrategia de diseño de armas pequeñas y elegantes que ha quedado anticuada ya hace mucho tiempo, quejándote amargamente de las ocasiones perdidas y los compradores faltos de imaginación. Durante ese tiempo, yo he estado trepando por una escalera muy larga. Debemos arreglárnoslas con lo que tenemos. Te he escogido... porque en cuestión de tácticas eres casi tan bueno como yo, y entenderás las factorías de Zonama Sekot mejor de lo que jamás podría hacerlo yo.

Sienar contempló a Tarkin con los ojos entornados. Los dos respiraban un poco más deprisa, como si de un momento a otro pudieran enzarzarse en una feroz pelea a mordiscos y puñetazos.

Pero aquello no era muy probable. Ambos eran caballeros de porte y adiestramiento militar, de la vieja escuela. Su dignidad, al menos, no se desmoronaría bajo aquella presión, por mucho que otros oropeles del honor hubieran sido barridos hacía ya mucho tiempo.

—Juraría que me has metido en esto deliberadamente —murmuró Sienar, apartando la mirada del rostro de Tarkin de una manera que demostraba que aquel tipo de enfrentamientos eran indignos de él—. Después de haber visto este equipo, no estoy muy seguro de cuáles son tus motivos.

—Ya vuelves a empezar —dijo Tarkin, intentando adoptar un tono de diversión—. Dispones de una nave insignia de gran capacidad fuertemente armada con tres vehículos de descenso, y tres naves de acompañamiento: un navío de exploración de la clase Taxon, una cañonera diplomática que también puede actuar como señuelo, y una estación astromecánica móvil de reparaciones. Androides de combate, minas celestes... Tu escuadrón es más que suficiente para ejecutar nuestra misión.

— ¿Y tú estarás en el lugar adecuado para reparar cualquier daño que mi fracaso pueda causar? —preguntó Sienar.

—Permaneceré en Coruscant para contribuir al éxito de la empresa empleando medios políticos, algo que probablemente será mucho más difícil que conquistar un planeta selvático. —Tarkin sacudió la cabeza—. Ambos tenemos que subir una gran distancia por las escaleras de esta nueva forma de vida que se aproxima. Tú, amigo mío, necesitas ocasiones de lucirte. Por eso te asigno esta misión..., no sin motivos ulteriores, por supuesto. Estoy seguro de que no fracasarás. Y ahora he de volver a Coruscant —dijo poniéndose en pie—. Ah, aquí viene el capitán Kett.

El capitán del *Almirante Korvin* fue hacia Sienar y lo saludó con una rápida inclinación de cabeza antes de hablar.

—Abandonaremos la órbita dentro de veinte minutos, comandante. Todavía tenemos que recibir un último cargamento de armas: cazas estelares androides, según tengo entendido. Dentro de diez minutos estarán almacenados en las bodegas.

El capitán volvió los ojos hacia Tarkin con un destello de reconocimiento en la mirada.

—¿Lo ves, Raith? —dijo Tarkin—. Más de lo que esperaba. Si no puedes conquistar ese planeta con unos cazas estelares androides... Bueno.

Sienar se dio por enterado del mensaje de Kett con una seca inclinación de cabeza.

—Permíteme escoltarte hasta la cubierta de transporte —le dijo a Tarkin.

—No es necesario —dijo Tarkin.

—Insisto —repuso Sienar—. Es la manera en que se hacen las cosas... a bordo de mi nave.

Y además eso aseguraría que Tarkin no dispusiera de tiempo para hacer unos últimos arreglos personales con cualquier agente secreto que pudiera haber a bordo del crucero. Llevar las sospechas hasta ese extremo era bastante innoble, desde luego, pero el mundo se estaba convirtiendo rápidamente en un lugar innoble.

Sienar se sentía muy fuera de lugar en aquella época, y a bordo de su propia nave insignia.

Tendría que hacer algo al respecto, y deprisa.

CAPITULO 16

Su nave ha sido identificada —dijo la voz del control orbital de Zonama Sekot, que era masculina y, juzgó Obi-Wan, probablemente humana—. Ha sido registrada como transporte de un cliente autorizado, pero la solvencia del último cliente que nos trajo es dudosa.

Charza Kwinn parecía estar limpiándose las espinas antes de hablar. Después se irguió hasta igualar la altura del mamparo de la cabina y una lluvia de parientes-comida cayó de él. Anakin se protegió la cara con las manos mientras las criaturas saltaban y correteaban por la cabina.

Obi-Wan no se protegió la cara y un caparazón rosado de buen tamaño se estrelló contra sus labios.

—Pido disculpas —murmuró Charza, y después activó la conexión de regreso—. Aquí Charza Kwinn, propietario registrado del *Flor del Mar Estelar.* No recuerdo haber garantizado personalmente la cuenta de ningún cliente.

—No —admitió el controlador—, pero preferimos que los transportes de nuestros clientes nos traigan compradores de confianza.

—Devolveré a mi cliente anterior a su mundo natal, si ella así lo desea, gratis y sin coste alguno para ustedes —dijo Charza inocentemente—. ¿Dónde se encuentra?

Hubo una larga pausa.

—Eso no será necesario —dijo el controlador—. Permiso para descender concedido. Use la meseta norte. Las coordenadas no han cambiado.

—Desperdicia combustible —resopló Charza, y cortó la conexión—. Una zona de descenso ecuatorial sería mucho más adecuada.

Obi-Wan contempló cómo la superficie de Zonama Sekot desfilaba por debajo de ellos.

—Qué curioso. Nunca había visto un sistema climatológico tan perfectamente dividido.

—No ha cambiado desde la última vez que estuvimos aquí —dijo Charza.

El *Flor del Mar Estelar* encendió sus impulsores sublumínicos durante unas cuantas milésimas de segundo e inició el rápido descenso desde la órbita. Cuando entraron en la capa superior de la atmósfera, Obi-Wan creyó detectar la anomalía marrón de un desierto o fisura en la gran masa de verdor, pero ésta enseguida desapareció.

Los campos atmosféricos entraron en acción para protegerlos del azote de los vientos, y una hermosa estela de aire ionizado ardió alrededor de la nave, ocultándoles el panorama durante unos segundos. Cuando el resplandor se disipó, el paisaje que había debajo de ellos, una lisa alfombra de verdor visto desde la órbita, adquirió rápidamente las salpicaduras de los detalles. Las cordilleras quedaron puntuadas por las masas rojizas de los boras y los valles se llenaron de verdor, resaltando en un relieve sombreado contra la luz de un sol poniente que descendía hacia el oeste.

—Dextrorrotación —observó Anakin—. La inclinación axial es muy reducida. Parece bastante normal, salvo por el clima en el sur.

Obi-Wan asintió. Vergere les había proporcionado tan pocos detalles que toda aquella información era nueva.

— ¿Temperatura en la zona de descenso?

—La última vez se encontraba por encima del punto de congelación del agua dulce, pero por poco —dijo Charza—. La zona de descenso se encuentra cerca del polo, y consiste en una delgada meseta rodeada por mares cubiertos de hielo.

— ¿Los mares son salados? —preguntó Anakin.

—No lo sé —dijo Charza—. Cualquier cosa que haga desde aquí arriba, como mandar un haz láser hacía abajo para efectuar un análisis espectral, llega a conocimiento de los administradores del planeta. No les gustan los fisgones.

—Curioso —dijo Obi-Wan.

—Les encanta tener sus secretos —dijo Charza.

La meseta del norte sobre la que se les había autorizado a posarse tendría unos mil kilómetros de longitud y era tan delgada como un dedo, y estaba cubierta por bloques de nieve y hielo resquebrajado. La parte superior de la meseta mostraba escaso relieve, y el campo cuadrado, situado junto a una pequeña aglomeración de edificios hemisféricos, se reducía a una extensión de roca lisa de la que se había quitado la nieve.

Charza hizo que el *Flor del mar Estelar* describiera un grácil arco por encima de él, confiando en los reactores de propulsión atmosférica, y lo posó suavemente en el centro del campo. Dos naves

más —transportes atmosféricos, no vehículos espaciales— estaban estacionadas junto al límite del campo, con sus cascos ligeramente espolvoreados de nieve.

La nieve caía en grandes copos teñidos por todos los colores del arco iris fuera de la nave cuando Charza extendió la rampa. Los parientes-comida se apresuraron a huir de la corriente de aire gélido. Anakin se ciñó la túnica al cuerpo, se quitó las botas impermeables en el extremo de la rampa y fue hasta la divisoria. Obi-Wan le lanzó sus bolsas de viaje y se quitó las botas.

Charza los contemplaba con sus pinchos y espinas arracimados contra el viento.

Anakin bajó por la rampa, con Obi-Wan siguiéndolo a unos pasos de distancia. Vio una figura solitaria, muy abrigada, que esperaba a prudente distancia de la mole de la nave: su reducido comité de recepción.

Charza retrajo la rampa detrás de ellos, y la nave se elevó un par de metros y fue lentamente hacia su plaza de estacionamiento junto a los otros dos vehículos.

—Bienvenidos a Zonama Sekot —dijo una voz de mujer a través del rojo filtro facial de una máscara para la nieve.

Sus ojos azul medianoche apenas eran visibles por encima de la gruesa trampa calórica. La mujer alzó la mano en un fugaz gesto de saludo, giró sobre sus talones cuando todavía se encontraban bastante lejos de ella y echó a andar hacia la cúpula más próxima.

Anakin y Obi-Wan se miraron el uno al otro, se encogieron de hombros y la siguieron.

CAPITULO 17

Anakin quedó bastante decepcionado tanto por la acogida como por su primer atisbo de la vida en Zonama Sekot. Esperaba espectáculo, grandes dimensiones, algo que encajara con las vividas ideas preconcebidas de un muchacho de doce años. Lo que vieron cuando entraron en la primera cúpula fue un caparazón vacío cuyo interior estaba tan frío que su aliento se convirtió en nubes.

Obi-Wan, no obstante, había mantenido a raya a las ideas preconcebidas. Estaba abierto a todo, y por eso encontró la acogida y los austeros alojamientos —si es que eran alojamientos— interesantes. Aquellas personas no sentían ninguna necesidad de impresionar.

La mujer se quitó el casco y la máscara y sacudió una abundante melena entre gris y blanca. La cabellera se dispuso rápidamente a sí misma en una pulcra espiral que colgaba sobre su espalda con la suave flexión de un resorte. A pesar del color de los cabellos, su rostro se hallaba libre de arrugas. Obi-Wan la habría considerado más joven que él, de no ser por el cauteloso destello de resentimiento que ardía en sus ojos azul oscuro. Parecía muy experimentada, y muy cansada.

— ¿Somos ricos y estamos aburridos? —preguntó secamente—. ¿Es tu hijo? —añadió, señalando a Anakin.

—Es mi estudiante —dijo Obi-Wan—. Soy maestro profesional.

La mujer se apresuró a lanzar otra pregunta.

— ¿Qué esperas enseñarle aquí?

Obi-Wan sonrió.

—Tanto si somos ricos como si no lo somos, tenemos dinero para comprar una nave. Lo que el muchacho aprenda aquí empezará con tus amables respuestas a nuestras preguntas.

Anakin inclinó la cabeza hacia ella, mostrando respeto pero sin poder ocultar su desilusión.

La mujer los miró sin que hubiera ningún cambio en su expresión.

— ¿Financiados por otros, o por un consorcio, demasiado acostumbrados a los lujos para venir personalmente?

—Los fondos nos han sido entregados por una organización a la que debemos nuestra educación y nuestra filosofía de la vida —le explicó Obi-Wan.

La mujer soltó un bufido despectivo.

—No suministramos naves para que acaben en manos de grupos de investigación. Iros a casa, académicos.

Obi-Wan decidió que los trucos mentales no servirían de nada. La actitud de la mujer le interesaba. El desprecio solía velar ideales heridos.

—Hemos recorrido una gran distancia —dijo sin inmutarse.

—Desde el centro de la galaxia, lo sé —dijo la mujer—. Ahí es donde está el dinero. Los traidores que se encargan de la mayor parte de nuestra publicidad esencial tendrían que haberos advertido de que antes de partir con los tesoros que Zonama Sekot tenga a bien ofrecer, deberéis demostrar vuestra valía. Ningún visitante puede pasar más de sesenta días aquí, y todavía no hace un mes que hemos vuelto a aceptar clientes. —Extendió la mano hacia ellos en un gesto imperioso —. ¡Hemos visto todas las tácticas! Clientes..., un mal necesario. ¡No tienen por qué gustarme!

—Cualesquiera que sean nuestros orígenes, tenemos derecho a esperar que se nos trate con hospitalidad —dijo Obi-Wan con tranquila firmeza.

Se disponía a probar con un sutil truco de persuasión Jedi cuando todo el aspecto de la mujer cambió. Sus facciones se suavizaron, y a juzgar por su expresión se habría podido pensar que acababa de ver el rostro de un amigo largamente perdido.

Miró por encima de sus hombros.

Anakin volvió la cabeza para mirar. Los tres estaban solos en el refugio.

— ¿Que has hecho? —le murmuró a Obi-Wan.

Obi-Wan sacudió la cabeza.

—Discúlpame —le dijo a la mujer.

Los ojos de la mujer dejaron de estar clavados en la lejanía y volvieron a posarse en Obi-Wan.

—El magister me comunica que debéis ir hacia el sur —4c dijo—. Vuestra nave puede permanecer aquí durante cuatro días más.

Lo repentino de aquel cambio cogió por sorpresa incluso a Obi-Wan. La mujer no parecía ir

equipada con un receptor de oreja, y Obi-Wan supuso que debía de llevar un comunicador de alguna otra clase escondido entre la ropa.

—Por aquí, por favor —dijo la mujer, indicándoles que debían seguirla por una pequeña escotilla situada al otro extremo de la cúpula vacía que volvió a llevarlos fuera, donde se encontraron en medio de una violenta ventisca de nieve que venía hacia ellos siguiendo una trayectoria casi horizontal.

Obi-Wan alzó la mirada hacia una sombra fantasmagórica que descendía a través de la tormenta. Aunque la mujer no mostró ninguna preocupación, la mano de Obi-Wan se introdujo automáticamente en su chaqueta buscando su espada de luz.

¿Qué lo había alertado? ¿Qué tenue advertencia procedente del futuro había hecho que se sintiera amenazado por, de entre todas las cosas, la esperada llegada de un transporte?

No por primera vez, Obi-Wan lamentó aquella misión y su posible impacto sobre su padawan. El peligro que presentía no procedía de ninguna fuente específica sino que flotaba alrededor de ellos: no era la amenaza de un daño físico, sino un posible desequilibrio en la Fuerza de una naturaleza tan drástica que superaba cuanto hubiera podido llegar a imaginar antes.

Y en cuanto a Anakin Skywalker, no se trataba tanto de que corriese peligro como de que él podía ser una de las causas de aquel desequilibrio.

Por primera vez desde la muerte de Qui-Gon Jinn, Obi-Wan sintió miedo y se apresuró a recurrir a la disciplina inculcada por muchos años de entrenamiento Jedi para controlarlo primero y aplastarlo después.

Alargó el brazo para estrechar suavemente el hombro de Anakin con los dedos. El muchacho alzó los ojos hacia él y sonrió valientemente.

—El vehículo que os llevará al sur —anunció la mujer por encima del viento mientras un gran transporte en forma de disco aterrizaba entre las ráfagas de nieve.

Obi-Wan empuñó su pequeño comunicador y abrió un canal con el *Flor del Mar Estelar.*

—Vamos a abandonar la meseta —le dijo a Charza Kwinn—. Quédate aquí todo el tiempo que te lo permitan, y después de eso... mantén una posición lo más cercana posible.

Dado que Obi-Wan presentía que no podía confiar en nadie, la flexibilidad era esencial.

CAPITULO 18

Hubiese tenido que figurar entre los momentos más dignos de ser recordados con orgullo de toda la vida de Raith Sienar. Se le había conferido el rango de comandante y había sido puesto al frente de un escuadrón, lo cual le daría ocasión de poner en práctica un adiestramiento que ya creía olvidado. El escuadrón de cuatro naves se estaba preparando para entrar en el más fascinante de los lugares, el hiperespacio —fascinante para un ingeniero, ya que no para un táctico—, y sin embargo, lo único que sentía era un frío nudo de miedo que le atenazaba las entrañas.

Aquello no era lo que quería, y desde luego no era lo que se había imaginado cuando compró la nave sekotana hacía dos años.

Incluso el haber averiguado la situación probable de Zonama Sekot parecía un triunfo vacío, dado que había tenido que compartir el conocimiento. A Sienar nunca le había gustado compartir nada, particularmente con viejos amigos y sobre todo, después de lo ocurrido en los últimos días, con Tarkin.

Sienar era un hombre muy competitivo y había sido consciente de ello desde el principio de su adolescencia, pero ése había sido un conocimiento frágil porque, como tuvo ocasión de comprobar una y otra vez, su naturaleza competitiva tenía ciertos límites. Había tenido que dedicar todos sus esfuerzos a ganar y, con el paso de los años, aprendió a escoger los campos de batalla donde sus talentos podían dar el máximo fruto al tiempo que evitaba los que no les convenían.

Lo más desalentador de todo era que acababan de demostrarle lo mucho que había llegado a sobrestimar su codicia al tiempo que subestimaba la ambición infinita de otros. De Tarkin, por ejemplo.

Pero Sienar no dispuso de mucho tiempo para lamentar su precaria posición. Los ayudantes, impacientes y no muy obsequiosos para con su nuevo comandante, se habían congregado en la cubierta de mando del *Almirante Korvin* y esperaban recibir instrucciones.

Sienar tenía que darles la orden de coordinar la entrada en el hiperespacio.

Era el compromiso final y el que más temía, porque significaría abandonar el sistema en el que había concentrado la mayor parte de su blindaje, la mayoría de sus amigos y contactos políticos, y todo su poder.

Irse de casa...

Durante las seis horas transcurridas desde que Sienar acompañó a Tarkin hasta la escotilla de salida de la nave, no había habido ni cinco segundos seguidos en los que hubiera tenido libertad para reflexionar. No había tenido tiempo para trazar planes de emergencia o huida. En vez de eso, se había visto atrapado por las minucias del mando: comprobaciones de sistemas, revistas de personal, y los inevitables e irritantes retrasos causados por equipos con demasiados años a cuestas que dejaban de funcionar.

Tarkin lo había empujado desde el primer momento por un estrecho tobogán, como si fuese un animal llevado al matadero.

Y tampoco había tiempo para compadecerse de sí mismo. Sienar no carecía de recursos. Pero conseguir que sus reflejos volvieran a estar en forma iba a requerir cierto tiempo. Sienar había acumulado una considerable obesidad mental durante la última década en Coruscant, dejándose llevar por el desánimo y la amargura mientras presenciaba el declive de la economía y la creciente corrupción de aquella aristocracia que había sido su madre incluso antes de que lo fuera su auténtica madre.

Había convertido su rostro en una máscara de dureza y, al hacerlo, descubrió que la expresión resultaba cómoda, y que no era totalmente falsa. Parecía el complemento ideal al uniforme que había escogido el día antes: el de un oficial de la vieja escuela del Cuerpo de Defensa del Comercio, gris, negro y rojo con franjas opalescentes.

Ahora por lo menos tenía la ilusión de ejercer el control sobre aquellas naves y aquellos hombres. Y dado que disponía de ella, quizá sería mejor que la usara como un comienzo, un terreno estable sobre el cual asentarse para recuperar el equilibrio y averiguar con cuánto poder e independencia contaba en realidad.

— ¿Están sincronizados los núcleos del escuadrón, capitán? —preguntó.

—Lo están, comandante —respondió Kett.

Kett llevaba un uniforme de comerciante, un remanente de la Federación de Comercio al que sin duda estaría acostumbrado y que no era tan impresionante como el de Sienar. De hecho, estaba bastante arrugado.

«En realidad no somos más que unos piratas, pero todos escogemos cuidadosamente nuestras imágenes», pensó Sienar.

—Entonces sacudámonos el polvo estelar de las colas —dijo, esperando que su manera de hablar no resultara demasiado anticuada.

—Sí, señor —dijo Kett con una leve sonrisa.

Sienar puso las manos sobre la barandilla de su estrado de mando y volvió la mirada hacia los ventanales delanteros. Kett, a medio nivel por debajo de él, permanecía en la posición de descanso en el puente, con las manos cruzadas a la espalda y las rodillas ligeramente dobladas, mientras la orden era transmitida al sistema robótico de navegación interconectado del escuadrón.

—Partida, comandante —le murmuró Kett a Sienar en el mismo instante en que el panorama delantero se retorcía para desplegarse hacia fuera y colapsarse en un punto brillante—. Estamos entrando en el hiperespacio.

—Gracias, capitán Kett —dijo Sienar.

—Duración estimada del viaje, tres días estándar —dijo Kett.

—Utilizaremos ese tiempo para examinar los sistemas defensivos y llevar a cabo más simulacros de uso —dijo Sienar. Eso proporcionaría una buena distracción a la tripulación de la nave insignia mientras él se ocupaba de otros asuntos—. Y tráigame los historiales de servicio de cada oficial del escuadrón. Quiero los historiales completos, capitán Kett.

Eso sonaba mejor.

—Prepararé un plan y dentro de una hora los tendrá, señor —dijo Kett.

Mucho mejor. Quedaba bien, un buen principio para una misión complicada.

Sienar alzó los hombros, apretó la mandíbula y contempló con férrea determinación el potencialmente mareante y deformado panorama que había fuera de la nave hasta que los protectores de los ventanales acabaron de cerrarse.

Después se hizo a un lado y bajó del estrado. Un esbelto androide de navegación de color azul oscuro y estructura tubular subió al estrado para cumplir con sus esenciales y considerablemente aburridos deberes.

CAPITULO 19

Anakin se removía nerviosamente en el angosto interior del transporte, sin poder ver nada por las pequeñas ventanillas incómodamente situadas detrás de los asientos. Lo único que podía ver era un destello de cielo y un horizonte verde lleno de protuberancias. Conforme el transporte volaba hacia el sur, no paraban de entrar y salir del terminador, y la cabina fue iluminándose y oscureciéndose alternativamente hasta que el transporte viró en dirección oeste y volaron hacia la juventud del día.

Durante su viaje el transporte sólo podría ofrecerles las comodidades más básicas: cuatro asientos, estrechos y suspendidos debajo de un techo bajo, y una puerta cerrada entre ellos y el piloto. Obi-Wan podía percibir la presencia de un humano detrás de la puerta y nada más. El transporte era un modelo bastante familiar, un vehículo expedicionario ligero que los navíos de mayores dimensiones solían transportar en sus bodegas de carga para labores de exploración a distancia reducida. Allí no había nada exótico.

—Ésta no es manera de administrar un planeta —dijo Anakin.

Obi-Wan estaba de acuerdo con él.

—Se comportan como si hubieran tenido problemas recientemente.

— ¿Con Vergere?

Obi-Wan sonrió.

—Vergere recibió instrucciones de no crear ninguna clase de problemas. Quizá los hayan tenido con los visitantes desconocidos que fue enviada a investigar.

—No percibo nada parecido por los alrededores —dijo Anakin—. Puedo sentir la Fuerza en todo este planeta, y en los colonizadores, pero...

Torció el gesto y meneó la cabeza.

—Yo tampoco percibo nada inesperado —dijo Obi-Wan.

—No he dicho que no pudiera percibir nada inesperado.

Obi-Wan ladeó la cabeza y miró a su padawan.

— ¿Entonces de qué se trata?

—No me esperaba lo que estoy percibiendo. Eso es todo —dijo el muchacho, y se encogió de hombros.

Obi-Wan ya sabía que la capacidad de Anakin para percibir pequeñas variaciones en la Fuerza solía ser mucho más aguda que la suya.

— ¿Y qué es lo que percibes?

—Algo... grande. No un montón de pequeños rizos u ondulaciones, sino una gran ola, un cambio realmente grande que ya ha ocurrido o que está a punto de ocurrir. No se me ocurre otra manera de describirlo.

—Todavía no percibo tal agitación combinada —dijo Obi-Wan.

—Oh, da igual —dijo Anakin—. Quizá sea una ilusión. Quizá estoy haciendo algo mal.

—Lo dudo —dijo Obi-Wan.

Anakin entrelazó las manos detrás de su cuello y suspiró. — ¿Cuánto falta para llegar?

El transporte se posó con un estremecimiento una hora después, y la escotilla basculó inmediatamente hacia abajo con un estridente chirrido para chocar con un suelo bastante duro. Una corriente de aire caliente y saturado de olores entró en la cabina, perfumada con algo que era a la vez floral y suculento, como un pastel recién horneado.

Anakin encontró muy apetitoso aquel olor. Quizá habían preparado algo de comida para los visitantes, un desayuno o almuerzo.

Pero cuando se agacharon para salir del transporte, no los esperaba ninguna mesa llena de comida. Anakin y Obi-Wan se encontraron encima de una gran plataforma suspendida entre cuatro enormes troncos oscuros, las porciones centrales de boras tan gruesos y achaparrados como barriles, cada uno de los cuales tendría unos doce metros de diámetro. En lo alto, un sol radiante se filtraba a través de capa tras capa de follaje superpuesto, muchos doseles entremezclados de vegetación que daban sombra a lo que los rodeaba y creaban la impresión de que estaban andando bajo el crepúsculo. Obi-Wan ayudó a Anakin a bajar por la rampa mientras lanzaba rápidas miradas a derecha e izquierda. Después los dos se irguieron y se encontraron ante un humano alto y de

aspecto robusto envuelto en una larga túnica negra adornada con relucientes medallones verdes. Medía bastante más de dos metros de altura, con lo que era mucho más alto que Obi-Wan, y su pálido rostro tenía el color azulado de la leche de Tatooine.

—Estáis en Zonama Sekot, un planeta de considerable belleza y firme tradición —dijo—. Me llamo Gann.

—Encantados de conocerte —dijo Obi-Wan mientras él y Anakin iban hacia aquel hombre tan alto.

A juzgar por su color y su porte, Gann había nacido en uno de los sistemas interiores de Ferro, una serie de mundos apartados que no siempre obedecían las leyes de la República. Los ferroanos eran un pueblo orgulloso e independiente que rara vez daba la bienvenida a los forasteros y casi nunca se alejaba mucho del hogar.

— ¿Dónde están vuestras naves, las realmente rápidas? —preguntó Anakin, aburrido por toda aquella pantomima de adultos y dejándose llevar por el entusiasmo.

—Éste es mi estudiante, Anakin Skywalker de Tatooine —lo presentó Obi-Wan—. Yo soy Obi-Wan Kenobi.

Gann bajó la mirada hacia Anakin y su expresión se dulcificó.

—Yo también tengo un hijo, un estudiante especial —dijo—. Muchos hijos e hijas. Son lo que aquí llamamos nuestros estudiantes. Da igual de quien hayan nacido, porque todos somos madres, padres y maestros. Me temo que todavía tardarás unos días en ver una de nuestras naves, joven Anakin. —Después volvió a centrar su atención en Obi-Wan y extendió el brazo—. Nos encontramos en lo que nosotros llamamos la Distancia Media, nuestro primer hogar en Zonama Sekot, donde nos establecimos hace veinte años ferroanos. Sesenta años estándar. Claro que el tiempo no significa lo mismo aquí que en cualquiera de los mundos ferroanos, o en Coruscant.

— ¿Nuestros acentos nos han delatado? —preguntó Obi-Wan.

—Unos cuantos meses en el mundo capital bastan para dejar su huella en la manera de hablar —dijo Gann—. Zonama Sekot tiene sus propias ideas sobre cómo hay que dejar transcurrir el tiempo. Me siento como si hubiera pasado toda mi vida aquí, y sin embargo, podría haber sido sólo un año, un mes, una semana...

Obi-Wan interrumpió delicadamente aquella especie de ensoñación.

—Deseamos comprar una nave —dijo—. Tenemos el dinero, y estamos dispuestos a pasar por las pruebas y el adiestramiento.

Gann enarcó melodramáticamente sus delgadas cejas negras.

—Primero el ritual. Las respuestas y las pruebas mucho más tarde.

El ferroano se volvió ante algún capricho del viento, un fugaz sonido sibilante que resonó entre los doseles de las alturas.

—La vista desde aquí no es de las mejores —dijo—. Venid conmigo. Debéis ser presentados a Sekot.

Anakin y Obi-Wan siguieron a Gann hasta un hueco entre dos de los enormes troncos que rodeaban a la plataforma y la sostenían. El ferroano abrió una puertecita tejida con unos tallos parecidos a juncos y los invitó a pasar con un gesto de la mano. Andando entre los troncos, maestro y aprendiz salieron a una plataforma exterior bañada por el sol desde la que se divisaba un panorama mucho más espectacular que el que Charza Kwinn les había mostrado a bordo del *Flor del Mar Estelar*.

Gann cruzó los brazos y sonrió orgullosamente. Las neblinas matinales se elevaban de un serpenteante valle fluvial, con sus profundidades todavía perdidas entre las sombras a sus buenos dos kilómetros por debajo de la plataforma. A lo largo de los muros inferiores del valle, un nivel tras otro de moradas y plataformas cubría las desnudas paredes rocosas, sostenidas en su sitio por gruesas lianas verdes y marrones. Las lianas colgaban de boras de grandes raíces que abarcaban riscos cortados a cuchillo, coronados por más doseles de vivos tonos verdes y púrpuras. Varias aeronaves surcaban las tranquilas corrientes matinales por entre los riscos. Consistían en grupos de globos rígidos en forma de tubo y de color blanco hueso dispuestos los unos junto a los otros y estabilizados mediante más globos de guía. Las aeronaves seguían largos tendidos de cable suspendidos a través del valle, sostenidos a intervalos de cien metros por troncos que sobresalían de los acantilados. En aquel mismo instante, una aeronave atravesaba lentamente la corona circular de follaje en lo alto de un soporte.

—El planeta se llama Zonama —dijo Gann—. El mundo viviente que lo cubre se llama Sekot.

Esta es una pequeña parte de Sekot, al igual que los boras que hay detrás de nosotros y a nuestro alrededor y, creemos nosotros, como los que vivimos aquí. Para ser dignos de pilotar un fragmento de Sekot, una de nuestras naves, debéis aceptar y comprender nuestra manera de vivir. Debéis aceptar al magister y el papel que desempeña en nuestra vida e historia, y debéis aceptar la unión con Sekot. No es un camino fácil, y encierra peligros muy reales. El poder de Sekot es impresionante. ¿Aceptáis?

La expresión de Obi-Wan no se alteró. Anakin alzó los ojos hacia Gann para interrogarlo con la mirada.

—Aceptamos —dijo Obi-Wan.

—Haced el favor de seguirme y os enseñaré dónde os alojareis.

CAPITULO 20

— ¿Por qué no vamos y les preguntamos por Vergere? —le dijo Anakin a Obi-Wan mientras se instalaban en sus alojamientos para pasar la noche en la sección de clientes de Distancia Media.

—Tengo la impresión de que debemos ser pacientes —respondió Obi-Wan al tiempo que abría los postigos y contemplaba el valle—. Debemos averiguar más cosas sobre este magíster, quienquiera que sea.

El trayecto en aeronave hasta el distrito de adiestramiento, cerca de un promontorio particularmente grande del acantilado este, había sido todo lo rutinario que podía esperarse de un viaje a bordo de un vehículo aéreo, pero también había sido muy hermoso..., y para Anakin, muy emocionante. Todas sus extrañas sensaciones y premoniciones se habían desvanecido ante el espléndido espectáculo del sol y el aire libre, dos cosas que eran muy raras en Coruscant y totalmente imposibles a bordo del *Flor del Mar Estelar.*

—Aquí todo es distinto —dijo Anakin—. No es como Tatooine..., pero sigo sintiéndome como en casa.

—Sí —dijo Obi-Wan de mala gana—. Yo también. Y eso me preocupa. El aire contiene muchas sustancias, y puede que algunas de ellas afecten a los humanos.

—Huele muy bien —dijo Anakin, asomándose por la ventana para contemplar las sombras del río que corría muy por debajo de ellos—. Huele a vivo.

—Me pregunto qué estaría diciendo Sekot si pudiéramos entender estos olores —dijo Obi-Wan con voz pensativa, y tiró de su padawan antes de que pudiera asomarse demasiado—. Mantente en guardia.

—Lo sé, lo sé —dijo Anakin alegremente, y después habló en el tono de voz más grave de que era capaz—. «Las cosas no son lo que parecen.»

— ¿Qué más percibes? —preguntó Obi-Wan.

Era justo la pregunta a la que Anakin había esperado poder evitar responder, y el muchacho torció el gesto.

—En estos momentos no quiero percibir nada. Lo único que quiero es disfrutar del sol y el aire fresco. En la nave de Charza todo estaba mojado y apenas podías moverte, y nunca me ha gustado viajar por el espacio. Cuando estoy perdido en el centro de la nada, siempre tengo frío. Prefiero estar rodeado de seres vivos, incluso Coruscant es preferible al espacio. Pero esto... —Alzó la mirada hacia Obi-Wan—. No paro de hablar, ¿verdad?

Obi-Wan sonrió y le acarició el hombro.

—A veces la alegría es una emoción útil, siempre que no sirva de máscara al descuido.

Pensó en Qui-Gon y en Mace Windu, a los que había visto sonreír y bromear animadamente incluso en situaciones muy difíciles que exigían la más profunda concentración.

Obi-Wan todavía no había conseguido dominar ese talento.

— ¿Siempre estás contento, maestro? —preguntó Anakin.

—Ya tendré tiempo de estarlo cuando me digas lo que percibes. Necesito un criterio de guía básico con el que poder comparar mis propias percepciones para medirlas.

Anakin suspiró y cogió un taburete de cuatro delgadas patas. Sus dedos recorrieron la sustancia verde oscuro del mueble, y de pronto lo dejó caer al suelo.

— ¡Todavía está vivo! —exclamó asombrado, y después se inclinó para enderezarlo.

—Los ferroanos construyen las cosas con lo que ellos llaman lámina —dijo Obi-Wan—. No necesitan matar para hacer sus casas y sus muebles. Todo el mobiliario está vivo, y la morada también lo está. Despliega tus percepciones por un momento e intenta ver lo que hay aquí, en vez de lo que deseas que haya.

—De acuerdo —dijo Anakin. Pero casi inmediatamente, sus pensamientos volvieron a la gran curiosidad del momento—. ¿Y cómo se mantiene viva esa... lámina? ¿Que come, cómo se...?

—Padawan —dijo Obi-Wan, sin recurrir a la sequedad pero empleando un tono que Anakin ya había aprendido a reconocer y al que reaccionaba de inmediato.

—Sí.

Anakin apartó el taburete y se quedó inmóvil en el centro de la habitación. Sus brazos permanecieron junto a sus costados, pero sus dedos se extendieron hacia fuera. Todo su ser se

concentró en percibir lo que le rodeaba.

Transcurrieron unos minutos. Obi-Wan permaneció inmóvil a un par de pasos de Anakin, neutralizando todas sus emociones y retirando sus sentidos hacia el interior de su ser para que el muchacho pudiera percibir a la mayor distancia posible.

—Es una inmensidad, una unidad —dijo Anakin finalmente—. No es un montón de vocecitas.

—Todas las formas de vida de este planeta son simbióticas por naturaleza —convino Obi-Wan—. El patrón habitual de competición y depredación no está presente. Esa sensación de un solo destino forma parte de lo que percibiste antes.

—Quizá, pero también he percibido algo fuera de eso, algo relacionado con nosotros.

—Puede que ambas cosas estén entrelazadas.

Anakin reflexionó durante unos momentos con el ceño fruncido.

—Puedo sentir la presencia de los recién llegados y de los colonos, y percibo a cada uno de ellos por separado —dijo después—. Pero no percibo a Vergere en ningún sitio.

—Se ha ido —asintió Obi-Wan.

—Pues entonces vayamos a preguntar adonde fue.

—A su debido tiempo. —Obi-Wan alzó los ojos—. Mira tu taburete.

Anakin bajó la vista y vio que una de las patas se había soldado al suelo. Se inclinó y tocó la conexión, y después alzó la mirada hacia Obi-Wan.

— ¡Se está alimentando! —exclamó, muy asombrado—, ¡El suelo también está vivo!

—Deberíamos estar preparados a primera hora de la mañana para la llegada de nuestros anfitriones.

—Estaré listo —dijo Anakin, incorporándose—. ¡Estaré superlisto, créeme!

El nivel de energía emocional del muchacho seguía siendo demasiado elevado para el gusto de Obi-Wan. Había una interacción entre Anakin y Sekot que aún no podía entender, y lo que más le asombraba era que aquello revelaba tanto sobre Anakin como lo hacía acerca de Sekot... y también revelaba que era muy poco lo que Obi-Wan sabía sobre el muchacho y el planeta.

CAPITULO 21

Era el primer día de celebración de los clientes que tenía lugar en Distancia Media desde hacía algún tiempo, y el aire estaba lleno de naves-globo de muchos colores que iban y venían a lo largo de sus cables, llenas de funcionarios, trabajadores y curiosos. Anakin y Obi-Wan estaban de pie junto a la barandilla de la barquilla de la gran aeronave que los transportaba a lo largo del valle. La barquilla oblonga disponía de una pequeña cabina y un largo techo curvo hecho con hojas de lámina y zarcillos apretadamente entretejidos, todo lo cual aún estaba vivo.

Gann los acompañaba en el viaje. Hacia la mitad del desfiladero, se agarró a una de las cuerdas de guía y contorneó la cabina para ir a proa a conferenciar con una ferroana muy alta.

El viento traía consigo compases de instrumentos de cuerda y canciones de otras aeronaves. Obi-Wan escuchaba con asombro a los músicos y cantantes. Aquellas ceremonias eran importantes, pero algo más flotaba en el aire: una sensación de renovación después de una larga y dura prueba.

Se preguntó si Vergere habría presenciado aquella prueba. ¿Había dejado algún mensaje para los Jedi que la seguirían? Si los dejó, Obi-Wan no los había encontrado.

Anakin se inclinó sobre la barandilla tejida de la barquilla colgante y contempló el río, delgado, blanco y rugiente incluso desde aquella altura. Vio criaturas lustrosas y pálidas tan gruesas como un sumergible gungan, y aproximadamente de la misma forma, deslizándose de un lado a otro por encima del río. Formas más pequeñas, oscuras y rápidas, se movían a su alrededor.

—Me encantaría ir en balsa por esas aguas —dijo Anakin.

—Es demasiado peligroso —le advirtió el piloto de la aeronave.

De unos dieciséis o diecisiete años estándar de edad, apenas un adulto para los ferroanos, permanecía de pie detrás de tres gruesas palancas de control en la parte posterior de la cabina, con las que dirigía el curso de la aeronave.

— ¿Nadie lo ha intentado? —le preguntó Anakin.

—Nadie que tuviera un gramo de cerebro. —El piloto sonrió—. Tenemos formas mejores de correr riesgos.

— ¿Como cuáles?

—Bueeeeeeno —empezó a decir el piloto, prolongando la palabra—, el Día de la Unión...

Gann volvió de la estrecha proa y lo miró fijamente. El piloto se estaba yendo de la lengua.

—Faltan diez minutos para que lleguemos —dijo Gann—. ¿Tenéis todo lo necesario?

Obi-Wan miró a Anakin, quien le guiñó el ojo y se palmeó la cintura.

—Sí—respondió Obi-Wan—. Pero me sentiría mucho más cómodo si estuviéramos más familiarizados con los procedimientos.

Gann asintió.

—Estoy seguro de ello —dijo—. Todo el mundo se sentiría más cómodo. Este día sólo hay un cliente, contándoos a ti y al muchacho como un equipo de socios. Así que estaréis solos en vuestro momento de la elección. Es lo único que se os puede decir... —miró al piloto—, porque cualquier otra cosa sería hablar demasiado.

El joven piloto asintió solemnemente.

Los otros pasajeros de la aeronave eran ferroanos, con fantasmagóricas pieles azul pálido, largas mandíbulas y ojos enormes. La mujer con la que había estado hablando Gann era más corpulenta y un tanto más musculosa que los hombres. Rodeó la cabina mientras se aproximaban a la plataforma de descenso suspendida de lianas y se presentó a Obi-Wan y a Anakin.

—Soy Sheekla Farrs, cultivadora e hija de Primeros —dijo con voz grave y profunda—. Gann os ha dejado a mí cuidado durante el resto del día.

—Sheekla —dijo Gann, inclinándose ligeramente y dando un paso atrás.

Farrs se inclinó sobre Obi-Wan, le olisqueó la cara y después volvió a erguirse con un brillo de discernimiento en los ojos entornados.

—No tienes miedo. —A continuación hizo lo mismo con Anakin, quien miró a Obi-Wan con cierta incomodidad—. Tú tampoco —concluyó Farrs.

—Me muero de impaciencia—dijo Anakin—. ¿Vamos a poder ver las naves?

Cuando Farrs rió, su profunda y grave voz se volvió aguda y muy musical.

—Hoy conoceréis a vuestros compañeros-semilla. Una vez hecho eso, diseñaréis vuestra propia nave. Mi esposo, Shappa, os guiará en esa labor.

El piloto desenganchó su aeronave del cable y la dejó enfilada hacia la sombra de una de las paredes de los riscos, después de lo cual la enganchó hábilmente a un cable secundario y la llevó hacia la zona de descenso. La cesta oscilaba entre un par de grandes protectores negros sostenidos por gruesos pilares. El cable tintineó cuando los protectores sujetaron a la cesta, haciéndola descender ligeramente antes de que los asistentes que esperaban en la plataforma abrieran la puerta. Una rampa fue bajada, y Sheekla Farrs les indicó que debían pasar delante de ella.

—Ha sido demasiado —le dijo Anakin a Obi-Wan mientras desembarcaban—. Si hay alguna clase de carrera de aeronaves aquí, ¿podríamos participar en ella?

— ¿Nosotros? —preguntó Obi-Wan.

—Claro. Seguro que harías un buen papel —dijo Anakin—. Aprendes muy deprisa. Pero... —meneó los hombros—. Necesitas tener más confianza en ti mismo.

—Comprendo —dijo Obi-Wan.

—Ahora estamos en Distancia Lejana —dijo Sheekla Farrs—. Aquí es donde nos encontramos con nuestros compañeros-semilla y los posibles clientes. Hay una ceremonia, por supuesto. —Le sonrió a Anakin—. Es muy solemne. La encontrarás muy aburrida.

Anakin arrugó la nariz.

—Pero conoceréis a lo que se convertirá en vuestra nave —añadió.

Anakin puso mejor cara.

—Y pasaréis por lo mismo que experimentó el magister, hace ya tantos años, cuando vio a Zonama estando solo y conoció a Sekot por primera vez.

— ¿Quién es el magister? —preguntó Anakin.

Sheekla Farrs volvió la cabeza hacia Obi-Wan para lanzarle una mirada que éste no supo cómo interpretar, aunque le pareció que encerraba tanto respeto como una advertencia.

—Es nuestro líder, nuestro consejero espiritual y el conocedor. Su padre fue el fundador de Distancia Media y el pionero de todo lo que hacemos aquí.

Gann se despidió, prometiendo reunirse con ellos más tarde, y Farrs los condujo al puente que unía la plataforma de descenso con un gran túnel excavado directamente en la pared rocosa. El agua goteaba a ambos lados de una larga pasarela suspendida por encima del suelo del túnel cuya superficie de lámina estaba humedecida por las filtraciones. Zarcillos verdosos se entrecruzaban sobre el suelo mojado formando una especie de parrilla. Todo era muy regular y muy ordenado, casi excesivamente geométrico.

—Los compañeros-semilla brotan de un Potencio —les explicó Farrs cuando estuvieron cerca del final del túnel.

Sorprendido por aquella palabra, «Potencio», Obi-Wan rebuscó en las profundidades de su memoria y se acordó de ciertas conversaciones que había mantenido con Qui-Gon Jinn antes de que el Maestro Jedi lo hubiera aceptado como su padawan.

Farrs abrió la puerta y los llevó a un gran patío descubierto. Troncos de boras más pequeños se inclinaban sobre el patio desde tres de sus lados. En el cuarto, las losas meticulosamente encajadas del suelo de piedra terminaban bruscamente en el abismo. Oyeron el ruido del río corriendo por debajo de ellos, aparentemente precipitándose al interior de una caverna subterránea.

—Si fracasáis, volverán al Potencio. Todo es conservado. Los compañeros-semilla son muy importantes aquí.

—No conozco esa palabra —le dijo Anakin a Obi-Wan—. ¿Qué es un Potencio?

En una ocasión Qui-Gon y Mace Windu tuvieron que vérselas con un grupo de aprendices muy prometedores, pero que no fueron aceptados como Caballeros Jedi. Cegado por la decepción y la ira, uno de ellos intentó crear su propia versión de los Jedi, reclutando «estudiantes» entre las familias aristocráticas de Coruscant y Alderaan. Qui-Gon había mencionado el Potencio, una concepción altamente controvertida de la Fuerza.

La teoría del Potencio fue considerada errónea por el Consejo, y abandonada. Ya ni siquiera se mencionaba a los padawans.

—Yo también tengo muchas ganas de descubrir su significado —dijo Obi-Wan.

«¡Y el cómo y el porqué la usan aquí!»

El patio contenía una multitud de celebrantes abigarradamente vestidos que, repartida en

grupos de cinco o seis personas, guardaba silencio. Anakin y Obi-Wan avanzaron lentamente siguiendo la indicación de Sheekla Farrs. Una mujer empezó a cantar suavemente: era la misma canción que había llegado hasta ellos desde las otras aeronaves.

En los ferroanos, la madurez oscurecía los cabellos de los hombres, pero no los de las mujeres. Dos hombres bastante mayores de cabelleras negro azabache fueron hacia ellos, sosteniendo fajines de los que colgaban unos frutos de color rojo sangre parecidos a las calabazas. El más alto de los dos deslizó el fajín alrededor del cuello de Obi-Wan, y el otro pasó el suyo por la cabeza de Anakin. Después todos se unieron a la canción, y los ecos del coro de voces hicieron vibrar las paredes de piedra del patio.

Farrs sonrió alegremente.

—Vuestro aspecto y vuestro olor les gustan. No tenéis miedo.

El más alto de los hombres dio un paso atrás y anduvo en un gran círculo, sacando el mentón hacia tres puntos de la rosa de los vientos de Zonama, y después se volvió Hacia Obi-Wan y extendió las manos.

—Tu ofrenda al Potencio —sugirió Farrs.

A una seña de Obi-Wan, Anakin metió la mano debajo de la túnica y sacó la bolsa que contenía los viejos lingotes de aurodio de la República. Se la entregó a Obi-Wan, quien a su vez se la entregó al anciano, el cual la aceptó con una sonrisa y una pequeña reverencia.

—Ahora os presentaremos a Sekot —dijo Farrs, recompensándolos con una radiante sonrisa en la que nada relacionado con el dinero podía tener cabida—. ¡Me siento muy, muy optimista!

CAPITULO 22

El largo viaje a través del hiperespacio estaba empezando a aburrir a Sienar. En aquel momento se encontraba sentado un sillón vuelto hacia un mamparo desnudo en los alojamientos del comandante a bordo del *Almirante Korvin,* pasándose distraídamente un pequeño cilindro metálico de una mano a otra mientras permanecía absorto en sus pensamientos.

Aunque la teoría del hiperespacio le fascinaba —y pese a que siempre estaba interesado en diseñar naves que pudieran ir más y más deprisa mediante aquella modalidad del viaje extradimensional—, probarlas personalmente le interesaba muchísimo menos. Las rutinas del mando encerraban todavía menos interés. Sienar prefería trabajar en solitario, y siempre había estructurado su vida de tal manera que pudiera pasar la mayor parte de su tiempo a solas, pensando.

Pero de pronto esa tendencia se había convertido en una mera debilidad más.

Hasta el momento se habían llevado a cabo tres inspecciones del *Almirante Korvin* y de las bodegas que contenían la mayor parte de su armamento. Con un plan empezando a cobrar forma dentro de su mente, aunque todavía estuviera en fase embrionaria, Sienar había ordenado una inspección personal e individual de los distintos sistemas de armamento —los androides que andaban, los androides que volaban, los androides que podían tanto andar como volar, los androides grandes y los androides pequeños, muchos no más grandes que su mano—, todos ellos tan tediosos cuando no quería tener nada que ver con aquellas máquinas. Por mucho parloteo vacío que le hubiera soltado Tarkin, Sienar conocía sus limitaciones y era muy consciente de ellas.

No podía olvidarse de los androides que se habían quedado tiesos como palos en Naboo, tan lentos a la hora de pensar como a la de disparar mientras eran controlados centralmente por sus estúpidos sosias orgánicos, esos eran los androides que, en última instancia, habían acabado con la Federación de Comercio.

Por mucho que intentara sentir entusiasmo por sus herramientas, Sienar no podía calmar aquel escozor intelectual que le decía que le estaban tendiendo una trampa. El problema era que no tenía ni idea de por qué le estaban tendiendo una trampa. ¿Quién podía beneficiarse del fracaso de aquella misión?

Se aproximaba el momento —suponiendo que pudiera llamarse momento a nada de cuanto ocurría a bordo de una nave que volaba vertiginosamente por encima del tiempo— en el que tendría que reunirse con Ke Daiv, el tallador de sangre al que habían nombrado «ayudante» suyo. Ke Daiv le daba escalofríos, pero al menos parecía inteligente y, a pesar de su fracaso contra los Jedi, lo suficientemente competente. Extrañamente, cuando Sienar se levantó de su sillón para pasear por su espacioso y bien provisto camarote, la posibilidad de que Ke Daiv fuera el encargado de ejecutarlo en el caso de que él fracasara a su vez no le inquietó en lo más mínimo.

Necesitaba más blindaje, y un aliado cuyos motivos entendiera y en los que pudiera confiar aunque sólo fuese en parte.

Se irguió. Había llegado el momento de comprobar el blindaje de Ke Daiv. Lo haría antes de lo previsto, y mientras todavía estaban incomunicados dentro del hiperespacio.

Eso requeriría ciertos preparativos previos.

Sienar sacó una pequeña caja de su maleta cerrada y codificada y la examinó bajo la intensa claridad que descendió del techo en cuanto pulsó un botón. Una mesita y un juego de herramientas surgieron del suelo delante del ventanal cerrado encarado hacia la proa que ocupaba la mayor parte de la pared en la sala de estar del comandante.

Las herramientas dispuestas encima de la mesa las había obtenido de los almacenes de la nave el día anterior. Sienar no tenía los dedos demasiado firmes, pero el trabajo de preparar la caja no era excepcionalmente delicado.

Una de las razones por las que Sienar tenía tan poca fe en los androides era que ya hacía mucho tiempo que había creado maneras de subvertirlos. Por razones particulares —y porque siempre había estado convencido de que los androides de combate abandonados a sus propios recursos acabarían fracasando—, nunca había comercializado aquellos artículos.

Dentro de la caja había un verbocerebro de androide de aduanas diseñado por él mismo y provisto de sus propios programas.

Rozó un botón de comunicaciones con la punta de un dedo, y una imagen del capitán Kett

cobró una «vida» de baja resolución ante él. Sienar podía ver a Kett, pero Kett no podía verlo.

—Envíe un baktoide modelo E-5, plenamente operacional y armado, a mis alojamientos.

Autómatas de Combate Baktoide había diseñado y manufacturado aquellos androides pesados y torpes como sustitutos del equipamiento estándar de la Federación de Comercio después de Naboo, y antes de su asimilación por la República. Sienar hubiese preferido un modelo más ligero, pero los E-5 tenían potencia de sobra y sus motivadores eran bastante buenos. En opinión de Sienar, eran los mejores de una especie mediocre; su falta de inteligencia constituía su mayor debilidad. Sus verbocerebros eran tan lentos como los de cualquier tanque. Pero después de todo, Baktoide estaba especializada precisamente en eso: transportes y tanques.

Sienar conocía bien al jefe de diseñadores. El muy imbécil adoraba los tanques.

Abrió la caja, sacó el verbocerebro e insertó un nuevo cilindro de programación en una ranura vacía. El rotador instalado dentro de la unidad empezó a zumbar inmediatamente, iniciando una rápida búsqueda de datos entre su irradiación de entradas.

Con aquello, Sienar se creía capaz de hacer que un E-5 bailara como una twi'lek.

Y con el E-5 modificado convertido en un mueble más de sus alojamientos, recibiría a Ke Daiv y le diría una o dos cosas sobre las personas —los humanos— para los que estaba trabajando.

Capítulo 23

La multitud se separó en silencio para dejar pasar a Obi-Wan y Anakin, que atravesaron el patio en solitario. Sheekla Farrs se quedó atrás y los vio acercarse a las enormes puertas de piedra y lámina. Las puertas giraron sobre sus goznes. Al otro lado del umbral había una gran cámara esférica descubierta, como el interior de una pelota a la que le hubieran rebanado la parte superior. El sol de última hora de la mañana deslizaba un óvalo resplandeciente a través del fondo de la cámara, que hervía con la agitación de millares de seres vivos: bolas cubiertas de pinchos un poco más pequeñas que una cabeza humana.

Obi-Wan observó aquel movimiento con cierta preocupación. Anakin, sin embargo, contempló a los millares de esferoides erizados de pinchos con una sonrisa en los labios.

—Estas bolas crecerán para convertirse en nuestra nave —le susurró a Obi-Wan.

—Eso todavía no lo sabemos —dijo Obi-Wan.

—Un Jedi puede percibir su destino, ¿no? —replicó Anakin.

—Un Jedí que haya completado su adiestramiento puede confiar en esos presentimientos, pero los cambios en la Fuerza pueden engañar a un aprendiz.

Anakin echó a correr y Obi-Wan se apresuró a seguirlo. El muchacho extendió los brazos como en un gesto de bienvenida.

Al otro extremo de la gran cámara, todos los organismos cubiertos de espinas interrumpieron bruscamente su crepitante agitación. Salvo por una brisa matinal que bajaba perezosamente de la abertura al cielo, el silencio llenó la sala.

— ¡Son compañeros-semilla! —gritó Anakin.

Las puertas se cerraron silenciosamente tras ellos. Estaban solos con los compañeros-semilla, si es que era aquello lo que eran. Obi-Wan se dijo que no debían llegar a conclusiones apresuradas, pero era obvio que Anakin no tenía absolutamente ninguna duda.

— ¿A qué estás esperando? —gritó el muchacho.

Su voz no creó eco alguno, ya que la gruesa alfombra de bolas de pinchos absorbía todos los sonidos.

—Deberíamos dejar que ellas tomaran la iniciativa —le aconsejó Obi-Wan en voz baja.

Anakin frunció el ceño impacientemente. De pronto volvió a ser un muchacho de doce años y nada más que un muchacho, como si los tres años de adiestramiento en el Templo se hubieran esfumado sin dejar rastro. Obi-Wan le puso la mano en la espalda y percibió la tensión que había en el cuerpo y los miembros del muchacho, como un animal joven, totalmente impenetrable a las sugerencias.

Por un momento aquella súbita desaparición de todos los aspectos de sus enseñanzas que acababa de presenciar en su padawan llenó de consternación a Obi-Wan. Era como si se encontrara detrás de un niño totalmente distinto a aquel que Qui-Gon había creído tan especial.

Anakin habló, sus palabras apenas audibles.

—Estoy preparado —añadió después, levantando la voz.

Sólo entonces comprendió Obi-Wan lo que estaba ocurriendo, y el vello de la nuca se le erizó de una manera como no lo había hecho en años, desde que se enfrentó y derrotó, aunque por muy poco, al extraño Sith rojo y negro con la espada de luz de doble hoja, Darth Maul, el Síth que había herido de muerte a Qui-Gon.

El muchacho se había aislado completamente de todas las vibraciones personales exteriores. Había entrado en el silencio de la Fuerza de una manera que Obi-Wan todavía encontraba excepcionalmente difícil de dominar, aunque no imposible, y el muchacho lo había hecho en fracciones de segundo.

Con el veloz genio natural de un niño, Anakin se había convertido en una antena silenciosa que escuchaba a las criaturas inmóviles dentro de la esfera.

Y las bolas de pinchos, a su vez e igualmente silenciosas, escuchaban a aquellos dos nuevos clientes en potencia con toda la abierta franqueza de otra variedad de infancia.

—Quieren algo de nosotros —sugirió Obi-Wan.

Anakin sacudió la cabeza. El aprendiz no estaba de acuerdo con el maestro, no por primera vez y, sospechó Obi-Wan, tampoco por última.

—No somos lo que esperaban —dijo Obi-Wan.

Anakin asintió.

Dos de las esferas erizadas de pinchos se desprendieron de la parte central de la pared y rodaron sobre sus compañeras hasta llegar al vacío en el cuenco del suelo, aquel espacio desierto que rodeaba a los dos humanos. Las bolas de pinchos rodaron lentamente, siguiendo una trayectoria serpenteante para acabar deteniéndose a unos centímetros de los pies del muchacho.

Más bolas de pinchos se desprendieron de la pared y las siguieron. En cuestión de momentos, Anakin y Obi-Wan se encontraron rodeados por diez compañeros-semilla, cada uno de los cuales producía suaves chasquidos y exudaba un delicioso aroma a flores.

—Lo aprueban —dijo Anakin mirando a su maestro—. Sienten que no tenemos miedo. —En los ojos del muchacho, el entusiasmo había sido enfriado por una nueva cautela—. Pero... Si nos aprueban, eso significa un autentico compromiso, ¿verdad?

—Supongo —dijo Obi-Wan.

—Para ellos tiene que ser algo muy serio.

—Tal vez.

Las diez bolas de pinchos retrocedieron y pusieron fin a sus nerviosos movimientos. El aire estaba impregnado por su aroma, que se había vuelto tan fresco y picante como la brisa de un mar salado.

—Ojalá Sheekla nos hubiera contado algo más —dijo Anakin, recorriendo la cámara con los ojos.

La atmósfera se estaba cargando de humedad, como si fuera a estallar una tormenta.

Las bolas de pinchos empezaron a vibrar sobre el suelo. Obi-Wan alzó la mirada hacia el final del muro y vio muchas más bolas bajando hacia ellos. Su decidido descenso pronto se convirtió en un frenético desplome. La alfombra de compañeros-semilla se disgregó a medida que docenas primero, y centenares de las esferas erizadas de pinchos después, se desprendieron del muro y cayeron para chocar con sus congéneres en el fondo del cuenco. Las bolas de pinchos rebotaron, silbaron y chasquearon, liberando una nube asfixiante de aroma entre eléctrico y floral.

— ¡Van a dejarse caer todas! —gritó Anakin y se volvió, pero no había ningún sitio al que poder huir. El muchacho se irguió y después se agazapó y extendió la mano hacia Obi-Wan—. ¡Esto va a ser serio! ¡Pero hagas lo que hagas, no tengas miedo!

Obi-Wan buscó instintivamente su espada de luz, pero aquello no habría servido de nada. Lo único que podían hacer era permanecer inmóviles espalda contra espalda y taparse la cara mientras todas las bolas de pinchos de la cámara caían al suelo en una cascada espinosa. Unos segundos después, el diluvio cayó sobre Anakin y Obi-Wan para golpearlos y bambolearlos implacablemente. Maestro y aprendiz extendieron las manos para impedir que sumergieran sus rostros. Pero el torrente los presionaba por todos lados, alzándose sobre sus cabezas y aplastándoles los dorsos de las manos contra los labios y la nariz. Fragmentos de caparazones de bolas de pinchos volaron por los aires, y una nube de polvo se elevó del confuso amasijo.

Anakin y Obi-Wan no podían moverse.

Y unos segundos después, ya ni siquiera podían respirar.

Capítulo 24

—Siento un gran respeto por la cultura de los talladores de sangre —le dijo Raith Síenar a la alta figura dorada que aguardaba en silencio en la antesala de los alojamientos del comandante.

Podía oír la lenta y suave respiración de Ke Daiv y los rítmicos chasquidos de las largas uñas negras de una mano que subía y bajaba rítmicamente, chocando unas con otras como campanillas de madera sacudidas por una brisa.

— ¿Por qué me has traído aquí? —preguntó Ke Daiv pasados unos momentos—. Es pronto en la misión.

— ¡Cuánta insolencia!

—Es mi manera de ser. Sirvo y obedezco, también a mi manera.

—Comprendo. Ponte cómodo, por favor —dijo Raith, retrocediendo y señalándole la sala de estar.

Ke Daiv dio medio paso adelante, y después titubeó y se inclinó ligeramente.

—No soy digno.

—Si *yo* digo que eres digno, entonces eres digno —le dijo Sienar al joven tallador de sangre, hablando con la dosis de firmeza justa para ser obedecido.

Ke Daiv volvió a inclinarse ante él y entró en la sala de estar. Los protectores de los ventanales aún estaban cerrados. El androide navegacional había predicho que todavía pasarían otras cuatro o cinco horas dentro del hiperespacio antes de que emergieran al espacio real.

—Siéntate, por favor —insistió Sienar.

Quería mantener en reserva su voz de mando. Presentía que Ke Daiv se mostraría más susceptible a su debido tiempo, después de que hubiera sido informado de unas cuantas cosas acerca de su situación... y de la de Raith Sienar.

Ke Daiv dobló delicadamente sus tres articulaciones y se arrodilló junto a la mesa de cristal, en vez de sentarse en el diván.

— ¿Se te ha tratado bien a bordo del *Almirante Korvin?* —preguntó Sienar.

Ke Daiv no dijo nada.

—Me preocupa tu bienestar —dijo Sienar.

—Se me alimenta y puedo estar a solas en un pequeño alojamiento reservado para mí. Como no formo parte de la tripulación, los humanos se mantienen alejados de mí, y eso es bueno.

—Comprendo. Podría decirse que hay una especie de muro, ¿hmmm?

—No más que en Coruscant. Mi pueblo es escaso en esa parte de la galaxia. Todavía no hemos dejado nuestra huella.

—Por supuesto. Personalmente, admiro a tu pueblo y espero que podamos intercambiar información útil para ambos —dijo Sienar.

Ke Daiv volvió la cabeza, y su rostro formó aquella desconcertante especie de hoja cortante cuando sus faldones nasales se unieron. Después se volvió lentamente hacia el androide E-5 inmóvil en un rincón. El androide dirigió su gruesa cabeza aplanada hacia ellos, los ojos rojizos reluciendo como ascuas, y alteró su postura para quedar encarado hacia el tallador de sangre.

— ¿Crees todo lo que se te ha dicho acerca de esta misión? —preguntó Sienar.

Ke Daiv volvió un ojo hacia él, pero mantuvo el otro fijo en el E-5.

—Se me ha dicho muy poco. Sé que no confías en mí.

—En ese aspecto estamos iguales —dijo Sienar—, Y en ningún otro, por supuesto. Sigo siendo el comandante. Soy tu jefe.

—Si tan seguro estás, ¿por qué recordármelo? —preguntó Ke Daiv secamente.

Sienar sonrió y extendió las manos hacia él en un gesto lleno de admiración.

—Puede que seamos iguales en otros aspectos. Tú tienes dudas, y yo tengo dudas. Sabes poco o nada sobre mí, o sobre lo que me estoy guardando.

Las articulaciones de Ke Daiv crujieron suavemente, y apartó la mirada del E-5. El androide no le asustaba en lo más mínimo.

— ¿Qué es lo que deseas saber?

—Tengo entendido que tienes un contrato con Tarkin.

—No puedes entender aquello que no sabes, y no puedes saber esto.

—Un poquito de respeto, por favor —le sugirió Sienar con *un* suave gruñido.

—Comandante —añadió Ke Daiv con otro chasquido de las articulaciones de su brazo.

—Háblame de tu acuerdo.

—No me importa morir. He caído en desgracia ante mi familia, y la muerte no es temida.

—No tengo intención de matarte, ni de permitir que mueras —dijo Sienar—. El androide esta aquí por si se da el caso de que hayas recibido instrucciones de matarme. Se encuentra totalmente sometido a mi control.

— ¿Por qué iba nadie a desear matarte? Eres el comandante.

— ¡Cuánta insolencia! —exclamó Sienar chasqueando la lengua—. Casi resulta admirable. Yo preguntare y tú responderás, por favor.

—Muestras debilidad en tus frases.

—No. Muestro cortesía y esa es mi cultura y la forma en que se me ha criado, y tú muestras ignorancia acerca de mí, y eso sí que es una autentica debilidad, Ke Daiv.

Ke Daiv guardó silencio una vez más y se volvió hacia el ventanal cerrado.

—Tienes otras debilidades. Tu contrato con Tarkin es cuanto te mereces, porque no conseguiste matar a un Jedi.

—Dos Jedi —le corrigió Ke Daiv.

—Un lapsus comprensible, pero aun así, una humillación para tus superiores y, supongo, para tu clan. ¿Esperas compensar dicha humillación triunfando en esta misión?

—Siempre espero el éxito.

Sienar asintió.

—Matar Jedi es un trabajo para rufianes, Ke Daiv. Los Jedi son fuertes y tienen sentido del honor, y respetan a todos los pueblos y sus costumbres. ¿Qué razón puedes tener para querer matarlos?

—No tengo honor en mi familia, y eso es cuanto puedo decir —repuso Ke Daiv.

—Antes de partir hice algunas investigaciones en Coruscant y descubrí que en el registro genealógico de los talladores de sangre figuras como «extendido», lo cual creo significa una especie de libertad condicional sometida a unas condiciones muy rigurosas. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí.

—Cuéntame cómo llegaste a encontrarte en esa situación. Es una orden.

—No puedo hablar de ello —dijo Ke Daiv.

—Sí desobedeces mi orden, puedo hacerte ejecutar... bajo las reglas de la Federación de Comercio en la que estos oficiales todavía creen y que todavía observan. Eso significaría que ya no tendrías ninguna posibilidad de redimirte y te pondría en la lista de exclusión permanente del Arte Más Allá de la Muerte. Ese es el final de la vida dentro del sistema de creencias de los talladores de sangre, una concepción realmente magnífica de la otra vida con la que, si quieres que te sea sincero, no me gustaría nada tener que interferir.

La cabeza de Ke Daiv descendió ligeramente, como si se inclinara bajo algún peso invisible.

—Has contactado con mi clan —dijo—. Me cubres de una vergüenza tan grande que nunca seré capaz de borrarla.

—No, no he contactado con tu clan —dijo Sienar—. Y no pretendo infligirte vergüenza alguna. Respeto a los talladores de sangre y sus costumbres, y ya tienes bastantes problemas. Pero te pido que escuches con mucha atención lo que voy a decirte.

Ke Daiv alzó la cabeza y sus faldones nasales se replegaron sumisamente hacia sus mejillas.

—Seguiste a tu presa hasta el fondo del pozo de residuos de Wicko y, lo cual es realmente notable, sobreviviste a los gusanos de la basura que moran en él —dijo Sienar—. Lograste salir de allí a pesar de que todo estaba en tu contra y comunicaste que habías fracasado. Eso demuestra una valentía digna de cualquier guerrero del clan, y una fidelidad al deber que supera a cuanto he oído contar en Coruscant desde hace bastantes décadas. Y sin embargo y a pesar de ello, corren rumores de que...

Sienar hizo una pausa melodramática y sacudió la cabeza con incredulidad.

—Corren rumores de que quizá no haya lugar para tu gente en el futuro de la República. De hecho, puede que no haya lugar en ese futuro para ninguna raza aparte de la humana. Personalmente, yo nunca apoyaría tales planes. ¿Y tú?

Ke Daiv miró fijamente a Raith Sienar.

— ¿Es verdad eso?

—Es lo que me dijo un viejo amigo y compañero de clase que parecía saber de qué hablaba.

— ¿Tarkin?

Sienar asintió y, usando su tono más persuasivo, adiestrado por años de hablar con compradores de flotas y armamento y agentes de embarque, dijo:

—Examina tus recuerdos de Tarkin y muéstrate en desacuerdo conmigo si debes hacerlo.

Ke Daiv cerró los ojos, los abrió y no dijo nada.

—Ahora hablemos, y veamos si hay planes acerca de los cuales podamos ponernos de acuerdo —dijo Sienar.

Y, por supuesto, a partir de aquel momento prácticamente todo lo dijo él.

Capítulo 25

Las enormes puertas de lámina y piedra volvieron a girar sobre sus goznes, abriéndose tan silenciosamente como la tenue corriente de murmullos que descendía por el cuenco abierto de la estancia contigua. La multitud congregada para la celebración había retrocedido hasta la periferia de la gran sala, dejando a Sheekla Farrs sola junto a las puertas. Gann se reunió con ella.

Atisbaron curiosamente dentro de la gran cámara redonda. Las bolas de pinchos que volvían a cubrir los muros estaban tan inmóviles como la piedra a la que se aferraban. En el fondo del cuenco, al final de una leve pendiente que se iniciaba en las grandes puertas, una pila de escombros se alzaba dos metros por encima del suelo.

Un suspiro surgió de la multitud.

Farrs pronunció dos nombres.

Obi-Wan Kenobi fue el primero en levantarse y se examinó a sí mismo con rápidos gestos. Tres bolas de pinchos seguían aferradas a él, una en cada brazo y otra en su pecho. Su presa era tenaz, y Obi-Wan no intentó desalojarlas, por mucho que quisiera hacerlo. Contempló los montones de pinchos desprendidos y caparazones que cubrían el fondo del cuenco, los residuos de la aterradora cascada, y vio un brazo asomando del montón más grande. Fue hacia él con un gruñido, cogió la mano de Anakin y lo incorporó.

Anakin estaba cubierto de pies a cabeza por las bolas de pinchos, con un total de doce. Su pulso era lento y regular, pero el muchacho había buscado refugio dentro de sí mismo para conservar oxígeno y evitar el shock que podía derivarse de las lesiones físicas, y tenía los ojos cerrados.

— ¡Grandes cielos! —exclamó Farrs—. ¿Se encuentra bien? Nunca habíamos visto tal...

Gann bajó corriendo la pendiente que llevaba al fondo de la cámara y ayudó a Obi-Wan a transportar al rígido muchacho cargado de esferas a través de las puertas. Lo acostaron encima de un almohadón traído por dos jóvenes asistentas. Todos tuvieron mucho cuidado de no desalojar a los compañeros-semilla. En cuanto vio a los clientes, la multitud volvió a exhalar un suspiro colectivo, y algunos murmuraron unas cuantas palabras como si estuvieran rezando.

—Grande es el Potencio, grande es la vida de Sekot...

—Todos sirven y son servidos, y todos se unen en el Potencio...

Obi-Wan trató de contener su ira y su preocupación, temiendo que si no lo hacía quizá revelaría su espada de luz y exigiría respuesta para unas cuantas preguntas.

— ¿Sabías que ocurriría esto? —le preguntó a Sheekla Farrs apretando los dientes.

El rostro de Farrs estaba lleno de consternación.

— ¡No! ¿Está vivo?

—Está vivo. ¿Les servimos de sustento?

Obi-Wan se llevó la mano a la bola de pinchos de su pecho. La criatura había atravesado su chaqueta y su túnica con un pincho para llegar a la piel que había debajo, pero Obi-Wan no sintió ninguna herida allí, meramente una molesta abrasión.

—No —dijo Gann, arrodillándose junto a Anakin—. No os chupan la sangre. ¡Tantos! Nunca habíamos visto tantos compañeros en un cliente...

—Tres es normal —lo interrumpió Farrs, terminando la frase por él—. Tú tienes el número normal. ¡Tu estudiante tiene que ser un joven realmente extraordinario!

— ¿Qué las impulsaría a hacerlo? —se preguntó Gann.

Los párpados de Anakin temblaron suavemente. Después el muchacho abrió los ojos y contempló a Obi-Wan desde las profundidades de una calma inefable. De alguna manera inexplicable, Anakin había logrado conservar aquella paz interior incluso cuando se enfrentaba a un terrible peligro.

—No estás herido —le dijo Obi-Wan—. Se aferran pero no hieren.

—Lo sé —dijo Anakin—. No son hostiles. Había tantas que querían unirse a nosotros..., ¡y todas a la vez!

Obi-Wan se volvió hacia Farrs.

—Ocultáis una verdad —le dijo.

Gann pareció sentirse culpable, pero Farrs sacudió la cabeza y dijo a las asistentas que

llevaran al muchacho a la sala de posreunión. Las dos jóvenes, no mucho mayores que Anakin, lo ayudaron a levantarse evitando tocar las bolas de pinchos, y el grupo fue hacia una pequeña puerta que había junto a un rincón. Anakin sonrió tímidamente a las muchachas.

Las cabezas de todos los presentes se volvieron hacia ellos para seguirles hasta que desaparecieron por la puerta.

Los muros de piedra de la pequeña estancia de techo bajo que había al otro lado tenían una abertura, un angosto ventanal que mostraba un trozo de cielo y el verde y púrpura de la vegetación.

—He de verificar algo... —murmuró Farrs, y los llevó hacia una mesita iluminada por una gran lámpara.

Farrs y Gann sacaron varios instrumentos de acero y cobre de un armario y midieron las bolas de pinchos de Anakin, después de lo cual pellizcaron los pinchos con que se aferraban al muchacho hasta que estos soltaron su presa con suaves suspiros. Cada bola de pinchos fue introducida en una caja de láminas, y las asistentas las etiquetaron con un círculo. Después le quitaron los compañeros-semilla a Obi-Wan y los guardaron en cajas marcadas con un cuadrado.

—Habrá una nave, y creo que será una nave muy densa y maravillosa —murmuró Farrs mientras comparaba sus mediciones con las de una carta enrollada en un soporte circular montado en un extremo de la mesa, después de lo cual habló en susurros con Gann durante unos momentos.

—Tres de estos compañeros-semilla han escogido a un cliente antes —dijo Farrs cuando hubieron acabado de hablar—. Esta vez uno de ellos te escogió a ti, Obi-Wan. Dos te escogieron a ti, Anakin.

— ¿A quién pertenecían antes? —preguntó Obi-Wan.

—No revelamos los nombres de nuestros clientes —dijo Gann.

—Así es —dijo Farrs—. No queríamos engañaros, pero...

—Este cliente no se quedó con nosotros el tiempo suficiente para que la nave pudiera llegar a crecer —dijo Gann, e intercambió otra mirada con Farrs—. Los compañeros-semilla volvieron al Potencio.

—Discúlpanos —dijo Sheekla Farrs—. Tenemos que volver a hablar, en privado. Descansad y tranquilizaros, os lo ruego. Las asistentas os traerán comida y bebida.

—Muy bien —dijo Anakin.

Después levantó los brazos y juntó las manos detrás de la cabeza. El muchacho volvió a sonreír, todavía más alegremente que antes, cuando Farrs y Gann salieron por la puertecita. Las asistentas retrocedieron con rostros solemnes.

—Veo que algo te divierte —dijo Obi-Wan.

—Me alegro de estar vivo —explicó Anakin—. Y tengo más que tú —añadió—. ¡Incluso más que Vergere!

Obi-Wan le puso un dedo en los labios para indicarle que no debían hablar de Vergere.

—No sabemos que ese otro cliente fuera ella.

— ¡Tuvo que ser ella! —dijo Anakin—. ¿Quién iba a ser si no?

Obi-Wan no dijo nada, pero sospechaba que el muchacho tenía razón.

—Y en cualquier caso, ¿cómo sabemos que más es mejor? —le previno.

—Siempre lo es —dijo Anakin.

Comieron en el frescor silencioso de la estancia: delgadas tortas marrones servidas en bandejas de piedra tallada, agua fresca en jarras de cerámica que sudaba condensación. Sus copas estaban hechas de lámina verde surcada por franjas rojas y el agua, fresca y pura, tenía un sabor ligeramente dulce. Anakin parecía feliz, incluso con ganas de echarse a reír. Miraba a Obi-Wan como si esperase que su maestro reventara aquella burbuja en cualquier instante.

Obi-Wan se reservó su opinión acerca de qué tal lo estaban haciendo hasta el momento y si habían hecho alguna clase de progresos.

Pasados diez minutos, Gann volvió solo. Anakin puso cara de consternación en cuanto vio la expresión sombría del ferroano.

—Hay una dificultad —les dijo Gann—. El magister es de la opinión que no deberíais pasar al diseño y la forja hasta que haya hablado con vosotros.

— ¿Y eso es bueno o malo? —preguntó Anakin—. ¿Podremos hacer la nave?

—No lo sé —dijo Gann—. El magister rara vez ve a nadie.

— ¿Cuándo vendrá? —preguntó Obi-Wan

—Vosotros iréis a él —dijo Gann secamente, haciendo girar los ojos en sus órbitas como si

eso debiera ser obvio—. E iréis a verlo cuando el magister lo crea conveniente. —Los contempló desde debajo de sus gruesas cejas fruncidas—. Mantendremos listos a vuestros compañeros-semilla y cuando volváis, si todo ha ido bien, iniciaremos el diseño y la conversión, y procederemos al templado y el moldeado.

Capítulo 26

El capitán Kett saludó cortésmente al comandante cuando este subió a la cubierta de navegación del *Almirante Korvin.*

—Nos estamos aproximando al punto de emersión —le dijo a Sienar.

Sienar asintió distraídamente.

Las cubiertas de los ventanales se hicieron a un lado, y Sienar dio media vuelta para no tener que contemplar el retorcido panorama de estrellas que desfilaba ante él.

—Inversión en las coordenadas fijadas —murmuró.

—Como usted ordene, señor—asintió Kett.

— ¿Cuál es el nivel de eficiencia de las instalaciones de duplicación de la nave, capitán Kett? —preguntó Sienar.

—Nuestro complemento astromecánico es capaz de efectuar muchas reparaciones de importancia en vuelo —le informó Kett.

El E-5 estaba operando bastante bien con sus nuevas capacidades, y el tallador de sangre reaccionaba favorablemente a su nueva perspectiva. Hasta el momento todo iba bien, pero aún quedaba mucha distancia por recorrer.

Sienar miró a Kett y le alargó una cajita de tarjetas de datos.

—Quiero que estos programas sean cargados en el manufactorio de la nave y que sean introducidos en todos los androides de combate. La programación será duplicada a partir de estas tarjetas de datos y a continuación deberá ser activada en cada unidad, sustituyendo a cualquier otra programación. Cualquier otra, capitán Kett. Y, naturalmente, llevaré a cabo pruebas de verificación.

La expresión educadamente cortés de Kett se convirtió en una mueca helada.

—Eso no está autorizado, señor. Va contra la política de la Federación de Comercio.

Sienar sonrió ante aquella recaída en las viejas costumbres.

—Cuando volvamos, todas nuestras armas serán entregadas a la República. Esta programación satisface todos los requisitos fijados por la República, y hará que el androide responda al control de la República.

—Aun así, no me parece correcto... —empezó a decir Kett.

—He recibido instrucciones personales de Tarkin, y no pueden ser más explícitas —dijo Sienar sin inmutarse.

Sabía que como comandante, y con el respaldo de Tarkin, su orden sería suficiente, por lo menos ahora que podía ejercer cierta influencia sobre la Fuerza.

Ahora que no tendría que enfrentarse a un infortunado accidente si hacía algo inesperado que no querían que hiciera.

El androide baktoide E-5 salió del turboascensor con paso sorprendentemente rápido y decidido y entró en el puente de la nave insignia. Después se detuvo justo debajo de la cubierta de navegación, claramente visible para todos los que se hallaban presentes en el puente. Su comportamiento no llevaba implícita ninguna amenaza, y no era más que una demostración de la nueva situación imperante a bordo. Normalmente, aquel androide no habría sido activado hasta la batalla.

Kett lo contempló con evidente preocupación.

—Entendido, señor —dijo finalmente.

—Y enséñeme los informes del servicio astromecánico en cuanto el trabajo este terminado —dijo Sienar, lamiéndose los dientes.

Kett lo miró en silencio durante un par de segundos, sin molestarse en tratar de ocultar su disgusto.

Sienar fingió no haberse dado cuenta y miró por el ventanal.

—Inversión —anunció el oficial de control del hiperimpulsor.

— ¡Espacio real! —gritó el capitán Kett en el mismo instante en que las estrellas volvían a la perspectiva correcta y el espacio y el tiempo recuperaban su dominio acostumbrado.

—Ya iba siendo hora —dijo Sienar con un suspiro.

Después accionó una palanca, y la cubierta de navegación avanzó a lo largo de sus ríeles hacia el gran ventanal hasta que el panorama ocupó todo su campo visual.

Sienar habría acogido con placer cualquier paisaje estelar, pero lo que estaba viendo en aquellos momentos era realmente muy, muy impresionante. La cinta desplegada hacia el exterior de los componentes de la gigante roja y la enana blanca llenaba sus ojos con ese extraño resplandor que sólo puede verse en los sueños. Semejante espectáculo era un raro privilegio.

Ahora que sus sistemas de armamento habían sido reforzados con una pequeña dosis de la sutileza y la creatividad que había estado buscando durante toda su vida, Sienar incluso se sentía capaz de disfrutar del espectáculo.

—El planeta hacia el que nos dirigimos está a la vista, y hemos iniciado una órbita de mantenimiento alrededor del sol amarillo del planeta —dijo Kett—. No nos aproximaremos más hasta que usted así lo ordene, comandante.

Kett, que seguía dando vueltas a sus opciones, no quería abandonar el puente.

Sienar no tenía nada en contra del pensamiento independiente, con tal de que no llegara a volverse demasiado independiente.

—Puede ejecutar mis instrucciones..., ahora —dijo, señalando la popa.

—Sí, señor.

Kett fue a toda prisa hacia el turboascensor, con los ojos parecidos a gemas hundidos en las cuencas metálicas del androide E-5 firme y ominosamente clavados en el hueco entre sus omóplatos.

Capítulo 27

El transporte aéreo sekotano los llevó al sur sobrevolando algunos de los paisajes más extraños que Obi-Wan Kenobi hubiera visto jamás. Volando a poco menos de mil metros de altura, la pequeña nave aplanada se deslizó con vertiginosa velocidad por encima de enormes boras de gruesos troncos con hinchadas hojas semejantes a globos que ondulaban y se bamboleaban al sentir su estela.

—Creo que los colonizadores usan esas hojas para fabricar sus aeronaves —dijo Anakin, mirando hacia atrás por el parabrisas que se curvaba alrededor del transporte abarcando casi todo su casco.

Obi-Wan asintió, absorto en sus pensamientos. Si los compañeros-semilla preferían a los Jedi, se imponía llevar a cabo algunas investigaciones. Sólo los organismos capaces de entrar en sintonía con la Fuerza podían detectar a los Jedi. Cada vez resultaba más evidente que las formas de vida de aquel mundo —Sekot, como llamaba Gann a la totalidad viva— eran muy especiales, y que se sentían fuertemente atraídas por su padawan.

—Esto es realmente precioso —dijo Anakin—. El aire huele de maravilla, y la jungla es magia total.

—No te encariñes demasiado con ella —le advirtió Obi-Wan.

—Nunca había estado en un lugar semejante.

—Acuérdate de lo primero que sentiste acerca de Sekot.

—No lo he olvidado —dijo Anakin.

—Hablaste de una sola ola, algo que estaba ocurriendo ahora o que ocurriría en el futuro.

—Sí —dijo Anakin, inclinando la cabeza hacia adelante para señalar la puerta que les ocultaba al piloto.

Obi-Wan alzó la mano.

—No puede oír lo que decimos, es importante que analicemos lo que está ocurriendo antes de que nos veamos involucrados más profundamente en ello.

—Esa sensación de una sola ola viene y va. Puede que me haya equivocado.

—No te has equivocado. Yo también la estoy percibiendo en este momento. Algo viene hacia nosotros muy deprisa, y es algo peligroso.

Anakin meneó la cabeza con expresión apenada.

—Espero que no ocurra nada antes de que hayamos podido hacer nuestra nave.

Obi-Wan entornó los ojos en señal de desaprobación.

—Me preocupa que estés perdiendo la perspectiva.

— ¡Hemos venido aquí para obtener una nave! —dijo Anakin, y se le quebró la voz—. Y para averiguar qué ha sido de Vergere. Ella no consiguió su nave, así que ahora es todavía más importante para nosotros. Eso es todo —concluyó, cruzándose de brazos.

Obi-Wan dejó que aquellas palabras flotaran entre ellos durante unos segundos antes de volver a hablar.

— ¿Qué significa la nave para ti? —preguntó con afable dulzura.

—Una nave que es capaz de adaptarse a sí misma a la necesidad de velocidad... ¡Uf! —dijo Anakin—. Para mí sería la amiga perfecta.

—Eso es lo que pensaba —dijo Obi-Wan.

—Pero no hará que me olvide de mi adiestramiento —le aseguró Anakin.

Una vez más, Obi-Wan tuvo la sensación de estar perdiendo el control de la situación. Antes de que Anakin se convirtiera en su aprendiz, Qui-Gon había alentado en el muchacho ciertas conductas que Obi-Wan no aprobaba. Y el que el Consejo y Thracia Cho Leem los hubieran enviado a aquel mundo estaba volviendo a tentar a Anakin de maneras que Obi-Wan encontraba bastante inquietantes.

—Vamos a donde nos envía la Fuerza —dijo Anakin en voz baja, anticipándose a la dirección de los pensamientos de su maestro—. No sé qué más podemos hacer aparte de observar y aceptar.

—Y luego actuar —dijo Obi-Wan—. Debemos estar preparados para el curso que aparece ante nosotros y ser receptivos a lo inesperado. La Fuerza nunca es una niñera.

—Cuando algo esté a punto de ocurrir, lo sabré —dijo Anakin con tranquila confianza—. Me gusta este planeta. Y a los seres vivos de aquí les gusto. Tú también les gustas. ¿No sientes que...,

que algo cuida de nosotros?

De hecho Obi-Wan lo sentía, pero la sensación no le parecía muy tranquilizadora. No sabía quién o qué podía desplegar semejante influencia sobre ellos, y especialmente sobre su padawan.

El viaje prosiguió durante otra hora. Anakin miró hacia el este y señaló una enorme cicatriz marrón en el paisaje que se perdía en el horizonte. Obi-Wan la había visto, o algo parecido, durante unos momentos desde el espacio, pero Charza Kwinn inició el descenso antes de que hubieran descrito una órbita completa alrededor de Zonama Sekot. La cicatriz era tan profunda que llegaba hasta el lecho rocoso. Una corteza rojiza rica en hierro se desplegaba como los bordes de una herida abierta sobre oscuras moles de basalto.

— ¿Que hizo eso? —preguntó Anakin.

—A juzgar por su aspecto no debe de tener más de unos cuantos meses de antigüedad —dijo Obi-Wan. Las delgadas hebras blancas de varias cascadas se deslizaban sobre las laderas rojas del acantilado para precipitarse al fondo de la garganta—. Parece una cicatriz de batalla.

La aeronave viró para poner rumbo hacia el sur, volando por entre las cimas de la cubierta de nubes o a través de ella. Un paisaje aparentemente interminable de volutas y nubarrones empezó a deslizarse por debajo de ellos.

Anakin se volvió en su asiento.

— ¡Mira! —exclamó con súbita excitación, y señaló hacía su derecha.

Estaban virando hacia el suroeste hacia una montaña negro rojiza que atravesaba las nubes, con sus suaves laderas casi desnudas de toda vegetación sekotana y su cima cubierta de nieve. Parecía un viejo volcán erosionado por el paso del tiempo.

—Dentro de tres minutos estaremos en la casa del magister —dijo el piloto—. Espero que hayáis disfrutado de una buena siesta.

Anakin miró a Obi-Wan y sonrió.

— ¡Estamos muy descansados! —dijo.

Volvieron a agacharse para salir del transporte y se encontraron en un campo de lava medio aplastada. A unos metros de ellos un sendero de losas llevaba a un magnífico palacio con apariencia de fortaleza construido con bloques amontonados alrededor de una gruesa torre central. Detrás del palacio, cuatro terrazas volcánicas derramaban agua teñida de naranja sobre unos grandes precipicios multicolores. El aire olía a las profundidades de Zonama —sulfuro de hidrógeno—, alternándose con brisas frescas que soplaban del sur.

Los bloques que circundaban la torre medían más de diez metros de alto por cincuenta de ancho, y sus paredes estaban llenas de ventanas que relucían como arco iris bajo la luz del crepúsculo. El promontorio sólo contenía unos cuantos zarcillos, apenas del grosor de un brazo, esparcidos entre las rocas y alrededor de las terrazas de las aguas minerales como trozos de hilo rojo y verde.

—El magister vive lejos de sus súbditos —observó Obi-Wan, frotándose las manos con el extremo de la túnica para extenderlas luego con las palmas hacia arriba al tiempo que inclinaba el mentón. Sus ojos barrieron el horizonte con una mirada tan sagaz como penetrante—, Y se las arregla con muy pocos asistentes. —Echando un vistazo a las hilachas de nubes que desfilaban sobre sus cabezas y las masas más oscuras visibles hacia el sur, Obi-Wan calculó que se encontraban a unos mil kilómetros por debajo del ecuador—. Costumbres peculiares. Parecen preferir que sus clientes dispongan de la mínima información posible y nunca sepan a qué atenerse.

—Al menos no nos han cacheado para ver sí vamos armados —dijo Anakin.

—Oh, pero creen haberlo hecho —dijo Obi-Wan.

— ¿Hiciste eso... sin que yo me enterara? —preguntó Anakin. Obi-Wan sonrió.

—Eres una continua fuente de sorpresas maestro —dijo Anakin, visiblemente impresionado—, Pero eso es lo que un aprendiz debería esperar de su maestro.

Obi-Wan enarcó una ceja.

—Formamos un gran equipo, ¿verdad? —dijo el muchacho con una súbita sonrisa mientras la expectación de la aventura le coloreaba el rostro.

—Desde luego —asintió Obi-Wan.

—Me alegro de que estés aquí. Me alegro de que seas mi maestro, Obi-Wan —dijo Anakin.

Se estremeció y después también se limpió las palmas en la túnica, extendió las manos y miró alrededor. Obi-Wan ya había descubierto hacía años que cuando estaba emocionado o se sentía incómodo, Anakin tanto podía ser muy expresivo como imitar lo que veía hacer a los demás.

El muchacho alzó la mirada hacia el reluciente torbellino de plasma que emanaba del lejano sistema estelar doble, oscurecido por cintas e hilachas de delgadas nubes altas. El sol de Zonama flotaba sobre el horizonte, convirtiendo el cielo en un tapiz llameante que no tenía nada que envidiar al espectáculo astronómico que se desarrollaba más allá de él.

—Ahora está ahí fuera. Se está aproximando.

— ¿Ves su forma con más claridad?

—Es un tiempo de prueba. Para mí.

— ¿Lo temes? —preguntó Obi-Wan.

Anakin sacudió la cabeza, pero siguió con los ojos fijos en el cielo rojo y anaranjado.

—Temo mi reacción. ¿Qué pasará si no soy lo bastante bueno?

—Confío en ti.

— ¿Y si el magister nos rechaza?

—Eso... parece otra cuestión, ¿no crees?

—Sí —dijo Anakin, pero insistió con juvenil terquedad, concentrado en lo que por el momento le parecía el más crucial de sus muchos problemas—. Pero ¿y si el magister no quiere darnos una nave?

—Entonces sabremos algo más de lo que sabíamos al venir aquí —dijo Obi-Wan pacientemente.

El título de «magister» implicaba una persona de grandes logros, y por mucho que escrutara el paisaje, Obi-Wan no estaba recibiendo ningún signo de una personalidad humana realmente impresionante.

Cabía la posibilidad de que los zonamanos pudieran ocultarse a sí mismos. Los Maestros Jedi podían escapar a la detección, incluso a corta distancia. A veces Obi-Wan era capaz de ocultar su presencia a alguien tan perceptivo como Mace Windu, pero nunca con una completa seguridad de que no sería detectado.

¿Implicaba eso que la persona que vivía allí podía engañar a un Jedi durante vanos minutos seguidos?

Unos globos luminosos colocados junto al sendero se encendieron e iluminaron el camino hasta el bloque más próximo y de menor altura de la morada del magister. Una pequeña figura apareció al final del camino y fue hacia ellos con los brazos cruzados.

Era una muchacha, más alta que Anakin pero no mayor, y llevaba una larga túnica sekotana verde de la clase que empezaba a resultarles familiar. La tela envolvía sus tobillos con su propia e incesante ondulación.

Anakin dio un paso atrás mientras la joven venía hacía ellos.

— ¡Bienvenidos! Me llamo Viento —dijo la recién llegada.

Sus largos cabellos eran tan oscuros como la piedra del sendero y aproximadamente del mismo matiz. Sus pupilas negras brillaban en la esclerótica dorada. Examinó a Obi-Wan con tenue aprobación, y Obi-Wan le devolvió su leve inclinación de mentón. Anakin no pareció ser considerado merecedor de que se le prestara mucha atención. Eso hizo que el muchacho apretara los puños, aunque en seguida volvió a abrirlos. A Anakin nunca le gustaba que lo ignorasen.

—Mi padre está aburrido y agradecerá cualquier distracción —dijo la muchacha—. Seguidme, por favor.

La hija los contempló desde la entrada al pequeño despacho del magister, donde sólo había un pequeño escritorio central y un asiento.

—Tengo cuatro hijas y tres hijos. Mis hijos y dos de mis hijas se están adiestrando en los alrededores de Zonama. Se ocupan de la defensa. ¿Quién mejor para ayudarnos que un Jedi?

El magister era bajo y nervudo, con un rostro largo y delgado y grandes ojos tan negros como los de su hija. El gris azulado de sus cabellos, no obstante, era más típico de un ferroano. No llevaba vestimentas sekotanas, sólo unos sencillos pantalones hechos de tela beige republicana y una holgada camisa blanca.

Había ido a su encuentro en la sala del último de los tres niveles de aquella parte del palacio. Los interiores de las tres estancias que habían visto hasta el momento eran sencillos hasta el punto de la austeridad, aunque los muebles, aparentemente fabricados fuera de Zonama, eran cómodos y estaban bien diseñados. Obi-Wan no estaba familiarizado con los estilos ferroanos, pero tuvo la impresión de que todos aquellos muebles eran del mundo natal del magister y habían sido llevados allí por los colonizadores originales.

—Mis asistentes de Distancia Media me han informado de que habéis pagado en aurodios —dijo el magister—. Eso bastó para delataros. Y después... vuestra experiencia con los compañeros-semilla confirmó mis sospechas.

Los últimos fulgores del crepúsculo rebotaron en las nubes doradas para entrar en la estancia a través de un tragaluz esférico, tiñendo de un dorado anaranjado el tablero del escritorio y un montón de extractos y lectores.

La habitación olía a cenizas, y también al eterno sulfuro de los manantiales.

—No pretendíamos engañar a nadie —dijo Obi-Wan.

—No os anunciasteis como Jedi —dijo el magister. Sus dedos se movían incansablemente, restregándose los unos contra los otros—. Bueno, nunca hubo ninguna necesidad de engañar. No tengo nada contra los Jedi. De hecho, les debo mucho. No tengo nada contra la República a la que sirven, y no tengo nada que esconder... excepto un planeta entero. Mi hogar. —Soltó una risita—. Eso es todo lo que estoy protegiendo.

Anakin permanecía relajado y preparado sin dar nada por sentado, tal como se le había enseñado a hacer. En cuanto vieron llegar al magister, Obi-Wan había alertado a su padawan con la más imperceptible de las señales de que a partir de aquel momento actuarían como Jedi, representantes de la orden y del Templo, pero en una modalidad discretamente defensiva.

Algo no iba bien. Algo estaba incompleto.

—Hemos venido aquí por otra razón —dijo Obi-Wan—. Estamos buscando a una...

El aire pareció rielar dentro de la gran estancia. Obi-Wan meneó la cabeza. Se disponía a hacer una pregunta y ésta había desaparecido súbitamente de la punta de su lengua, esfumándose sin dejar rastro.

—Nuestra forma de vida es preciosa para mí —dijo el magister calmosamente—. Como podéis ver, en Zonama Sekot tenemos algo único. Los clientes vienen aquí y luego se van con apenas una vaga idea del sitio en el que han estado. —Sonrió—. Aunque nuestros pequeños trucos no servirían de nada contra los Jedi, por supuesto. Y naturalmente, tenernos que confiar en aquellos que nos traen a nuestros clientes.

Una segunda muchacha entró en la estancia por una puerta que había en el otro lado. Era idéntica en apariencia a la primera, de la misma edad y estatura, y llevaba la misma larga túnica verde sekotana.

Anakin contempló a la segunda muchacha con cara de perplejidad. Las facultades críticas de Obi-Wan estaban funcionando a plena potencia. «Algo juega con nosotros —pensó—. O nos pone a prueba. Algo escondido.»

—Aun así, me complace que hayáis venido —prosiguió el magister—. Quería... Necesitaba veros personalmente. Y realmente parecéis ser lo que decís ser: un maestro y un aprendiz.

— ¿Has estudiado a los Jedi?

—No —dijo el magíster, torciendo el gesto como ante un recuerdo desagradable—. Yo era un estudiante prometedor. Hubo dificultades, de todas las cuales tuve la culpa yo... Malentendidos. Pero de eso ya hace cincuenta años.

Obi-Wan se dijo que el hombre sentado ante él no tendría más de cuarenta años. Pero después, viniendo de un lugar todavía más profundo que antes, llegó una pregunta: «¿Qué hombre? Sus expresiones faciales son tan sutilmente falsas como las de una marioneta».

El magister alzó las manos.

— ¡Sekot parece haberos cogido cariño! Todo ha quedado explicado. Sekot es sensible, y favorece a los Jedi... Muy bien. Os acepto como clientes. Podéis proceder. Y ahora os ruego que me disculpéis, pero tengo muchísimo trabajo. Confío en que vuestro trayecto de vuelta a Distancia Media sea lo más cómodo posible.

El magister le sonrió cariñosamente a Anakin y a continuación salió de la estancia.

— ¿Y eso es todo? —preguntó Anakin arqueando las cejas—. ¿No va a hacernos pasar por ninguna prueba? ¿Lo hemos conseguido?

Obi-Wan se presionó las sienes con el índice y el pulgar, intentando despejarse la mente, pero no logró atravesar cualesquiera que fuesen las ilusiones que los envolvían.

La segunda hija los escoltó hasta la salida del edificio en forma de bloque y por el sendero de piedra, que se había ennegrecido bajo la tenue claridad de los últimos momentos del crepúsculo. No dijo nada y apenas si los miró.

Obi-Wan se sintió tentado de alargar el brazo y tocarla, pero controló el impulso. No había

ninguna necesidad de revelar sus sospechas por el momento.

La estrella doble y el brazo más luminoso de la espiral habían quedado ocultos debajo del horizonte. Estrellas dispersas y tenues manchones y franjas de gas nebular asomaban por entre delgados velos de nubes que desfilaban rápidamente.

La brisa del anochecer los acarició con sus frescas y perfumadas ráfagas mientras la hija del magister los dejaba junto al transporte. Después la muchacha se volvió y fue con paso rápido y decidido hacia la silueta oscurecida de la morada del magister.

Había sido uno de los encuentros más extraños que Obi-Wan hubiera experimentado jamás. Extraño, insatisfactorio y nada revelador. No sabían mucho más que cuando llegaron. Obi-Wan intentó recordar con detalle lo ocurrido. NÍ siquiera se había molestado en tratar de persuadir al hombre humildemente vestido de que les contara algo más acerca de él o sobre Vergere, porque no estaba seguro de que la figura que veían pudiera decirles nada más.

El hombre y sus hijas no eran reales, y sin embargo la ilusión había sido poderosa y casi completamente convincente. Que Obi-Wan supiera, ningún ser vivo —ni siquiera un Maestro Jedi — podía engañar a dos Jedi a la vez. Ocultar, sí, y eso lo habían hecho tanto Qui-Gon como otros. Pero el Consejo sospechaba desde hacía mucho tiempo que los Sith sabían cómo disfrazarse a sí mismos para no ser detectados por los Jedi.

No obstante, Obi-Wan estaba seguro de que aquello no era ninguna conspiración de los Sith. Incluso con tiempo para pensar en la experiencia, lo que habían presenciado seguía sin estar nada claro.

—Bueno, puede que ahora sepamos por qué lo llaman el magister —dijo Anakin en voz baja mientras subían al transporte—. Quizá en realidad nadie llega a hablar con él, y así es como se protege a sí mismo.

Obi-Wan volvió a llevarse el dedo a los labios. No bastaba con persuadir al piloto de que no escuchara. El transporte formaba parte de Sekot y eso quería decir que también había pasado a ser sospechoso, y Obi-Wan dudaba de que pudiera utilizar de manera efectiva la persuasión y el engaño Jedi sobre el tejido vivo, la biosfera, de todo un planeta.

El transporte despegó del promontorio y volvió a llevarlos en dirección noreste, de regreso a Distancia Media.

«Por fin hemos encontrado a alguien que está a nuestra altura —pensó Obi-Wan sombríamente—. Quizá eso fue lo que le ocurrió a Vergere y ahora está escondida..., totalmente escondida a nuestros ojos.»

Después se volvió hacia su padawan, sentado enfrente de él, y movió los labios sin producir ningún sonido:

«No podemos acceder al pasado reciente del planeta. Observa la ruta del transporte: hace buen tiempo y no hay obstáculos de ninguna clase, y sin embargo estamos volando en zigzag. Quizá estamos evitando otra evidencia de la batalla, suponiendo que hubiera una batalla. No hemos podido evitar pasar por encima de esa cicatriz, porque era demasiado grande.»

Anakin estaba de acuerdo. «Alguien está escondiendo algo. Pero ¿por qué darnos ocasión de ver la señal?»

«El magister puede haber pensado que la vimos desde la órbita, pero no quiere que las cosas resulten demasiado obvias. No —murmuró Obi-Wan con los ojos entornados—. El magister cree que no tiene nada que temer de los Jedi. Pero quizá se avergüence de alguna debilidad pasada, algo que estuvo a punto de convertirse en una derrota. Ahora estoy especulando.»

«¡Y de qué manera! —dijo Anakin con un leve vaivén de una mano, y se volvió hacia adelante—. Al menos nos permitirán hacer la nave.»

Obi-Wan no encontró consuelo alguno en ello. «Los débiles mienten para sobrevivir. ¿Qué podría hacer que un planeta entero se sintiera débil..., aquí fuera, aislado, en el límite de la nada?»

Anakin meneó la cabeza. Aquello quedaba fuera de los límites de su experiencia. El muchacho suspiró. «Apuesto a que tiene mucho que ver con Vergere y con el porqué vino aquí.»

Capítulo 28

Distancia Media estaba mucho más calmada que antes, en un agudo contraste con la celebración que había dado inicio a la ceremonia de la elección. La gente se ocupaba de sus quehaceres en las terrazas, yendo de un lado a otro como si aquél fuera un momento como cualquier otro. Desde el parapeto de su apartamento, Obi-Wan contemplaba cómo las linternas nocturnas parpadeaban al otro lado del desfiladero y escuchaba las voces lejanas mientras sus tres compañeros-semilla se aferraban a él como a un padre perdido hacía mucho tiempo y finalmente recuperado.

Anakin apenas durmió aquella noche. Su cama vibraba con la suave agitación de doce compañeros-semilla que se disponían a eclosionar. Las semillas no estaban acostumbradas a verse separadas de un cliente después de la elección y se habían puesto un poco nerviosas, aunque Sheekla Farrs les dijo que no era nada excesivamente serio y no tardarían en olvidarlo. Las esferas se removían sobre la delgada manta maullando quejumbrosamente y de vez en cuando caían al suelo con tenues chasquidos, después de lo cual empezaban a protestar pidiendo que las recogieran.

Las semillas se estaban partiendo por un lado, mostrando una carne firme y blanca cubierta por una gruesa capa de suave pelaje. Los pinchos se habían agrupado para formar tres rígidos pies en un lado, y a lo largo de la hendidura por la que se estaba abriendo el caparazón, se curvaban sobre sí mismas y empezaban a marchitarse.

* * *

Por la mañana, después de que el muchacho y Obi-Wan hubieran superado la prueba de ser inspeccionados por el magister, o eso pensaba Gann, les entregaron las llaves de Distancia Media. Gann también les dio túnicas de clientes rojas y negras claramente visibles entre todas las túnicas verdes, y se les dio acceso a la pequeña biblioteca del valle, la cual se alzaba por encima del risco en el tronco de un inmenso y viejo bora.

Aunque no dispondrían de mucho tiempo para visitar la biblioteca, ni para recorrer los alrededores de Distancia Media. La fase de diseño no tardaría en empezar. Sheekla Farrs les explicó que su esposo, Shappa, se encargaría de guiarlos a través de ella.

Después las semillas serían combinadas y enviadas a los misteriosos manufactores sekotanos llamadas jentaris, de los que apenas se les había dicho nada. Gann les informó de que los jentaris sólo harían una nave, pero viniendo de quince semillas, Gann creía que había muchas probabilidades de que fuese una nave bastante especial.

—La dotación normal es de tres o cuatro —dijo con sutil desaprobación.

Gann era un hombre de firmes convicciones, un devoto creyente en la tradición.

Anakin soportó los maullidos, la caída de los pinchos y el incesante ir y venir de sus nerviosos compañeros, sabiendo que se encontraba un poco más cerca de su meta de volar en la nave más veloz de la galaxia.

Aunque para eso hubiera tenido que pasar la noche en vela.

Obi-Wan salió de su habitación, seguido por sus tres compañeros-semilla y con un aspecto tan exhausto y preocupado como se sentía el muchacho. El maestro saludó a su Padawan con un gruñido mientras les servían un desayuno especial en la terraza exterior.

Se sentaron en cómodos asientos de lámina y bebieron un zumo dulce que ninguno de los dos pudo identificar, y Obi-Wan no tardó en husmear el aire y dijo:

—Olemos distinto.

—Nos están preparando para el próximo paso —dijo Anakin—. Si vamos a guiar a los compañeros-semilla, tenemos que oler como es debido.

A Obi-Wan no le hizo mucha gracia la idea de que estuvieran alterando su química interna, pero la reacción de Anakin le preocupó todavía más.

—Ojalá hubiera menos misterio aquí —dijo.

Anakin sonrió, y Obi-Wan supo que el muchacho estaba haciendo un considerable esfuerzo de voluntad para no exclamar «¡Ya me lo imaginaba!». En vez de eso dijo:

—Apuesto a que el olor es temporal.

Su nuevo olor hacía que los compañeros-semilla parecieran encontrarlos irresistibles y los impulsaba a tratar de mantenerse todavía más cerca de ellos que antes, suponiendo que eso fuera posible. Algunos de ellos se habían desprendido completamente de sus antiguos caparazones para

convertirse en pálidas bolas de forma un poco aplanada, con dos gruesas patas delanteras bastante separadas, dos puntos negros por ojos entre ellas y dos patas más pequeñas detrás. Todas las patas estaban equipadas con pinzas provistas de tres palpos que eran capaces de asestar un pellizco notablemente fuerte.

A primera hora de la tarde, cuando Gann y Sheekla Farrs vinieron en su busca, la situación era casi insostenible. Los compañeros-semilla correteaban frenéticamente por los alojamientos y tan pronto se colgaban de las paredes y el techo como volvían corriendo con Obi-Wan o Anakin para pegarse a ellos, soltando estridentes chillidos de inquietud cuando otro compañero-semilla se interponía en su camino, cosa que ocurría con frecuencia.

Farrs sonrió ante toda aquella conmoción como una madre entrando en el cuarto de los niños. Gann contempló la situación con cierta preocupación, ya que estaba planeando la próxima fase del proceso y se preguntaba cómo se las iba a arreglar para transportar a tantos compañeros-semilla de la manera ritualmente aceptada.

Farrs se burló de su tozudez.

—El ritual debe adaptarse —dijo—. Usaremos una aeronave más grande.

— ¡Pero los colores...! —protestó Gann.

—Todo el mundo lo sabrá, y todo el mundo lo entenderá.

Eso no pareció tranquilizar demasiado a Gann. Finalmente, empuñó un pequeño comunicador e hizo los arreglos necesarios para que colgaran una barquilla más grande de la estructura de globos de la aeronave roja y negra.

Anakin consiguió recoger y conservar a todos sus compañeros, aunque unos cuantos se le cayeron cuando salieron por la puerta. Las bolas trotaron tras él, maullando y gimoteando. Con sólo tres Obi-Wan tuvo menos problemas, aunque las esferas no paraban de removerse encima de sus ropas, trepando por sus pantalones *y* su túnica y deteniéndose unos instantes sobre sus hombros o su cabeza para atisbar con sus minúsculos ojos-puntos mientras se agarraban dolorosamente alrededor de las orejas con sus palpos.

Ver a los jóvenes Jedi jugando con sus mascotas había permitido que Obi-Wan se hiciera cierta idea de cómo se comportarían los niños en presencia de otros seres más avanzada su vida. Nunca había visto más contento a su padawan. Anakin, pensó, sería paciente y delicado, un auténtico contraste con el frecuentemente revoltoso joven que era en aquellos momentos.

El muchacho les habló cariñosamente a sus compañeros-semilla y finalmente, siguiendo su ejemplo, Obi-Wan también consiguió calmar a los suyos. Sheekla les dijo que todavía habría una separación más antes de que subieran a la aeronave.

El arquitecto de la nave, Shappa, el esposo de Sheekla, había conseguido hacer un hueco en su apretada jornada laboral para verlos aquella mañana.

—Ahora iremos allí—dijo—. Shappa está convencido de que su tiempo es muy valioso y, para mantener la paz, siempre le sigo la corriente.

—A ver si lo adivino —dijo Anakin con ojos chispeantes—. ¡Pasa la mayor parte del día pensando en naves!

—Pensando no, soñando —dijo Sheekla con un bufido—. Las naves son su vida. El magister hizo de él un hombre feliz cuando le encargó ese trabajo.

Anakin y Obi-Wan fueron por una estrecha pasarela que circundaba los grandes ventanales del despacho de Shappa Farrs. Empujaron una puerta de lámina y cristal y entraron en la pequeña y atestada sala de diseño, situada al extremo de una terraza desde la que se dominaba el desfiladero y a la que el sol de mediados de la mañana inundaba de luz.

Shappa Farrs estaba sentado en un taburete muy alto en el centro de una mesa de dibujo de forma semicircular, la cabeza envuelta en un casco de diseño mientras trazaba grandes arcos con el repliescríba que empuñaba en la mano izquierda; la única que tenía, ya que le faltaba el brazo derecho. Anakin vio que la mano sólo contaba con dos dedos y un pulgar.

—Trabajar con los jentaris debe de ser peligroso —le susurró a Obi-Wan.

Shappa alzó la cabeza y examinó la sala durante unos momentos, pese a estar cegado por el casco, como sí buscara a la persona que había hablado. Después sonrió con una enorme sonrisa que reveló un montón de dientes y se quitó el casco.

—Oh, nada de eso —dijo con una risa melodiosa—. Pero el forjar y dar forma sí que pueden dejarte sin extremidades. Los forjadores y moldeadores nunca me enseñaron cómo había que

manejar sus herramientas, así que ahora trabajo aquí. No dejan que me acerque a los pozos porque temen que pierda una pierna o la cabeza. —Se levantó y los saludó con una gran reverencia—. Bienvenidos a mis dominios. ¿Qué os parece si hoy creamos algo único y muy hermoso?

Shappa Farrs era flaco y no muy alto, e iba inmaculadamente vestido. Su cara era delgada y un poco achatada, con la nariz sobresaliendo apenas entre unos pómulos prominentes, y los años le habían ennegrecido los cabellos casi por completo. Saliendo de detrás de su escritorio, contempló a los Jedi con los ojos muy abiertos y expresión divertida.

Vio a Sheekla acechando detrás de la puerta, donde estaba hablando con Gann, y se inclinó bruscamente hacia adelante con el cuello extendido. Después aleteó con el brazo y emitió una especie de agudo graznido.

— ¿Estabas al acecho, querida mía?

—No hagas eso —dijo Sheekla, torciendo el gesto y entrando en la sala—. Pensarán que estás loco. Y lo está, ¿sabéis? Está completamente loco.

Gann la siguió de tan mala gana como si entrara en una tienda llena de ropa interior femenina.

—Sabe cómo soy y sin embargo me ama —dijo Shappa con maliciosa satisfacción—. En el fondo de su corazón, tengo el doble de cerebro y de cuerpo que cualquier otro hombre, a pesar de que estoy mutilado. En cuanto a Gann... ¡Él es mi relación con cuanto hay de práctico en Zonama Sekot! ¡Tan tímido! ¡Tan temeroso de los oscuros secretos de la vida sekotana! Para él, es como volver la mirada hacia el interior del útero.

La expresión de Gann se volvió todavía más hosca, pero no dijo nada.

—Entrad, entrad todos —canturreó Shappa—. Todos sois bienvenidos.

El escritorio estaba lleno de pilas de plastiláminas y viejos discos de información, no vistos en Coruscant desde hacía siglos salvo en los museos. Shappa se volvió hacia Anakin y después miró a Obi-Wan.

—Tú pagas y el vuela, ¿verdad? —le preguntó.

—Compramos la nave espacial juntos —dijo Obi-Wan—. Y él la pilotará.

—Apuesto a que en este mismo instante vuestros compañeros-semilla se están comiendo la tapicería del sofá de mi sala de espera —dijo Shappa—. No puedo permitir que entren aquí. Les encanta comerse las láminas y tirar los discos. Pero no os entretendremos más de un par de horas. —Volvió a centrar su atención en Anakin—. ¿Te gustaría ver lo que es posible?

El rostro de Anakin resplandeció de entusiasmo.

—Por eso he venido —murmuró.

—Posible, quiero decir, en naves, jovencito, únicamente en naves —añadió Shappa, retrocediendo levemente ante la respuesta del muchacho—. Veo que el chico tiene apetito. Muy bien, pues vamos a darle de comer. ¡Toma! —Extendió la mano y cogió una plastilámina cambiante de grandes dimensiones que crujió entre sus dedos—. Aguanta esto —le dijo a Gann, y éste sujetó la plastilámina por un extremo mientras Shappa la desenrollaba con dedos tan diestros corno veloces.

Los trazos rojos y marrones que cubrían la plastilámina formaban el minucioso diseño de una soberbia nave estelar, toda ella curvas compuestas y delicadas protuberancias, con los motores ubicados dentro de gráciles módulos y la superficie sombreada con un arte maravilloso para que pareciera tan lisa y apretadamente suave como la piel de un shellava maduro. A juzgar por la escala, la nave medía treinta metros de longitud con una envergadura alar —aunque las alas no podían distinguirse del fuselaje— de aproximadamente tres veces esas dimensiones.

—Ya hace algún tiempo que quería hacer una nave como esta, pero hasta el momento sólo era un sueño —dijo Shappa—. Ninguna semilla quiere llegar a volverse tan complicada, y los clientes sólo me traen tres o cuatro semillas. Pero para vosotros...

Sonrió y deslizó los dedos sobre el dibujo. Activada por su roce, la plastilámina fue produciendo distintas perspectivas y un esbozo tras otro emergió de la superficie porosa en la que estaba almacenado, cobrando vida al sentir la orden del artista.

Anakin silbó.

—Esto es feroz —comentó.

—Es un gran elogio —tradujo Obi-Wan para un Shappa perplejo.

—Sí. Me traéis quince semillas, la mayor dotación jamás vista para una nave.

— ¿Podrás trabajar con tantas? —preguntó Gann.

— ¿Que si podre? —exclamó Shappa, y un estremecimiento de pura energía nerviosa recorrió

todo su cuerpo—. ¡Espera y verás! La mejor nave sekotana jamás creada. Una maravilla.

—Le dice eso a todo el mundo —les advirtió Sheekla.

—Pero esta vez hablo en seno. —Shappa le ofreció el extremo de la plastilámina cambiante a Obi-Wan y rozó el hombro de Anakin con las puntas de los dedos—. ¿Sabes dibujar? —preguntó—. Dispongo de un segundo casco. Y de un tercero. Venid, clientes. Estoy seguro de que tenéis vuestras propias ideas.

—Estoy seguro de ello —dijo Obi-Wan con una inclinación de cabeza a Anakin.

—Juntemos cabezas y cascos y empuñemos nuestros escribas como si fueran... ¿espadas de luz, no? Soñemos en el aire. Todo acabará cobrando forma sobre las plastiláminas cambiantes. Nuevos diseños sustituirán a los viejos. Será como hacer magia, joven Anakin Skywalker.

—Yo no necesito hacer magia —dijo Anakin solemnemente.

Shappa rió un poco nerviosamente,

—Y apuesto a que tú tampoco —le dijo a Obi-Wan. Obi-Wan sonrió—. Lo había olvidado. Sois Jedi. Bueno, entonces nada de magia. Pero misterio sí que habrá, y en abundancia. Dudo que los forjadores y los moldeadores estén dispuestos a revelar todos sus secretos ni siquiera a vosotros, mis queridos Jedi.

Sacó un par de cascos de diseño de un cajón, se los pasó a Anakin y a Obi-Wan y acercó dos taburetes a la periferia de la mesa. Mientras el aprendiz y el maestro tomaban asiento, Shappa se encaramó a su taburete, que era un poco más alto que los suyos, dio una palmada sobre la mesa y dijo:

—¡Ahora os toca a vosotros!

—Queremos un diseño resistente y en el que se pueda confiar —le recordó Obi-Wan a Anakin, y Anakin arrugó la nariz.

Shappa cogió su casco, lo sostuvo sobre su cabeza y contempló en silencio durante unos segundos primero a Obi-Wan y luego a Anakin con el rostro vacío de toda expresión. Después frunció los labios y dijo:

—Todo está en la mente de los dueños. A veces lo único que tenemos que hacer es descubrir quiénes somos en realidad, y las naves, las hermosas naves, estarán allí, como visiones de un amor perdido.

—Tú no tienes ningún amor perdido —dijo Sheekla, muy divertida—. Sólo me tienes a mí. Nos casamos cuando éramos muy jóvenes —le explicó a Obi-Wan.

—Sólo era una figura retórica —dijo Shappa—. Permíteme mis entusiasmos.

El resto de la mañana transcurrió rápidamente. Obi-Wan descubrió que el proceso de diseño era profundamente absorbente, y acabó tan concentrado en él como su padawan, cuya participación no podía ser más intensa. También descubrió que el arquitecto le parecía más y más impresionante a cada minuto que pasaba. Debajo de la superficie felizmente alocada de Shappa acechaba una poderosa personalidad. Obi-Wan ya se había encontrado con algunos casos similares en el curso de su vida, grandes artistas que en cierto sentido parecían concentrar la Fuerza a su alrededor, colaborando con ella a un nivel tan profundo como instintivo.

Durante una sesión de adiestramiento con Qui-Gon y Obi-Wan, Yoda había dicho: «Un artista es la Fuerza. ¡No felices debe hacernos eso, porque mirad lo que los artistas hacen! Impredecibles son, como niños».

Bajo la experta aunque excéntrica guía del gran arquitecto de Zonama Sekot, Obi-Wan sintió volver gradualmente su propia sensación de libertad juvenil, y se encontró pasando continuamente de la estructura interna de la soberbia nave que iba cobrando forma en el espacio al que accedían sus tres cascos al espacio de su propia memoria.

Un recuerdo de un tiempo antes de que se convirtiera en aprendiz de Qui-Gon. Juventud: difícil, pesada e incómoda, más brillante que un millar de soles. Una juventud llena de sueños de viajes y naves veloces y gloria ilimitada, un futuro infinito de desafíos y nuevas capacidades y, a su debido tiempo, conocimiento y sabiduría.

No era distinto de Anakin Skywalker.

No en nada que importara de verdad.

«¡Ah, sí pudiera creerlo!», pensó Obi-Wan.

Capítulo 29

El tallador de sangre presentó su informe a Raith Sienar en una pasarela suspendida del techo del hangar donde estaba almacenada la mayor parte del escuadrón de androides de combate. Todavía se encontraban demasiado lejos de Zonama Sekot para poder llevar a cabo observaciones detalladas, por lo que Sienar había enviado a Ke Daiv al planeta a bordo de una nave espía biplaza de la flota provista de toberas camufladas, parte de la dotación de pequeños navíos auxiliares del *Almirante Korvin.* Ke Daiv había subido a la nave espía con un piloto seleccionado por Sienar entre el personal más experimentado de la Federación de Comercio.

—Fuimos allí y volvimos sin ser detectados —dijo Ke Daiv—. El planeta está medio cubierto de nubes.

— ¿No hicisteis ningún intento de ver por debajo de las nubes?

—Examinamos lo que era inmediatamente visible y nada más —confirmó Ke Daiv.

Sienar asintió.

—Excelente. A juzgar por lo que me han contado, todo el planeta posee un elevado nivel de sensibilidad.

—Hay pocos detalles visibles en el hemisferio sur —prosiguió el tallador de sangre—. La cima de una montaña solitaria atraviesa las nubes, un antiguo volcán: nada más.

—Sí —dijo Sienar, asintiendo como si todo aquello fuera familiar para él.

—El hemisferio norte se halla comparativamente libre de nubes, aunque las tormentas se desplazan de sur a norte, dejando caer grandes cantidades de lluvia y un poco de nieve.

—Naturalmente —dijo Sienar frunciendo el labio.

Ke Daiv hizo una pausa llena de indignación, como si temiera estar aburriendo al comandante, pero Sienar levantó la mano.

—Continúa.

—Hay signos de lucha reciente: un mínimo de quince fracturas en la corteza de más de tres kilómetros de anchura de origen no natural. Las nubes del sur ocultan la mayor parte, pero vi largas franjas de un nivel bastante más bajo en la capa de nubes a lo largo del ecuador, lo cual significa que tiene que haber hendiduras de muchos kilómetros de profundidad. Quizá hayan sido causadas por armas orbitales de grandes dimensiones, aunque de una potencia y un tipo con los que no estoy familiarizado.

El rostro de Sienar perdió toda expresión. Estaba pensando.

— ¿Estás seguro de que no son una excavación? ¿Algún proyecto de construcción a gran escala, tal vez?

—No —dijo Ke Daiv—. En la hendidura visible por encima del ecuador hay bordes irregulares, zonas ennegrecidas y terreno desmoronado. Pero en el hemisferio norte había muchas elevaciones, de gran tamaño y forma rectangular, que se encontraban considerablemente alejadas de las regiones habitadas. Todas esas elevaciones muestran un tamaño uniforme, de cuatrocientos kilómetros por doscientos, y se hallan cubiertas por una densa capa de vegetación.

Sienar ladeó la cabeza y clavó el pulgar en su barbilla. Después agitó la mano y el pulgar, como si estuviera tratando de localizar algo escondido detrás del hueso de su mandíbula.

— ¿Viste el valle de las factorías?

—Sí —dijo Ke Daiv—. Aunque llegados a ese punto, pensamos que sería mejor volver para evitar ser observados.

—Bien hecho. Háblame del valle.

—Mide mil kilómetros de longitud por tres de ancho y está limitado a ambos lados por frondosas masas de vegetación, mucho más grandes que cualquier otra de las que pudimos ver.

—Jentaris —murmuró Sienar—. Qué no daría yo por tener ese valle instalado en otro mundo, en algún emplazamiento más práctico —dijo con voz pensativa—. ¿Viste alguna nave?

—No. El valle estaba muy ocupado fabricando objetos de grandes dimensiones: no eran naves, pero podrían ser componentes de naves o equipo. Algunos estaban siendo transportados hacia el extremo sur del valle, donde desemboca en un río muy caudaloso. Varios transportes estaban estacionados allí esperando, algunos ya cargados. De pronto, y sin previo aviso, el valle se cubrió de enormes ramas y brotes vegetales que no dejaban ver nada. No creía que estuviéramos

siendo observados, pero aquello me preocupó lo suficiente para decidir que debíamos regresar.

—Excelente, excelente —dijo Sienar.

Ke Daiv no reaccionó. Entre los talladores de sangre, los elogios y los insultos apenas se diferenciaban los unos de los otros: ambos podían llevar a un duelo. Pero Ke Daiv había colocado a Sienar en una categoría especial que quedaba fuera de la etiqueta normal de los talladores de sangre.

—Ahora debemos dar el paso siguiente, y éste es crucial. Tenemos que actuar con rapidez. Tarkin te informó de que intentaríamos capturar una nave, ¿verdad?

—Sí.

—Tarkin no tenía la más remota idea de lo difícil que puede resultar eso: la gente como él cree que el poder es más veloz que la razón. Está demasiado acostumbrado al dinero para caer en la cuenta de lo útil que puede llegar a ser.

—El poder —repitió Ke Daiv.

—Olvídate del poder por ahora. Eres tan eficiente que voy a rebelarte otra parte de mi no-tan-pequeño secreto.

Ke Daiv parecía una estatua de piedra inmóvil en la pasarela. Debajo de ellos, los androides estaban siendo activados y preprogramados. El estrépito de millares de diminutos motores zumbando y tintineando dificultaba considerablemente la audición incluso en lo alto de la pasarela, pero los faldones nasales del tallador de sangre también operaban como captadores de sonidos. Ke Daiv se inclinó hacia adelante para captar las palabras de Sienar.

—Tenemos con nosotros una preciosa navecita espacial estacionada en su propio hangar de este navío insignia. No forma parte de la dotación normal: es una de mis naves particulares, obviamente el vehículo de un individuo acomodado. Su identidad ha sido borrada, pero está esperando un nuevo propietario. —Sienar sonrió al pensar en lo difícil que resultó conseguir que Tarkin aprobara aquella adición. Había intentado sugerirle, fingiendo una especie de enfado infantil, que el verse privado de todos sus juguetes lo volvería menos efectivo como líder, Tarkin acabó mostrándose de acuerdo sin molestarse en tratar de ocultar que eso volvía todavía más despreciable a su antiguo compañero de clase—. Un dueño rico y bien educado —prosiguió Sienar —, que se ha tropezado por casualidad con uno de los pilotos y representantes de ventas autorizados de Zonama Sekot, y que lo ha convencido de su riqueza y de que está sinceramente interesado en el arte del diseño de naves espaciales. Un experto, ¿comprendes? Y tú serás ese experto. Antes de partir de Coruscant investigué a fondo, y sé que provienes de una familia influyente.

—Poderosa, no rica —le corrigió Ke Daiv con un tenue siseo, porque aquel humano conseguía sacarlo de sus casillas incluso después de haber sido incluido en una categoría protegida.

—Sí, ciertamente, dado que la concentración de recursos es una especie de pecado entre los de tu especie. Bien, pues ahora tienes pecados de sobra para trabajar con ellos: tienes a tu disposición más de seis mil millones de créditos, en bonos de la República a los que nadie podrá seguir la pista. Es una suma más que suficiente para comprar una nave sekotana.

Los ojos de Ke Daiv se empequeñecieron a medida que se hundían en su cráneo. Aunque era constitucionalmente incapaz de sentirse impresionado por el dinero, sabía cuánto eran seis mil millones de créditos y lo mucho que esa suma impresionaría a otros.

— ¿Cómo sabes tantas cosas sobre Zonama Sekot?

—Eso no es asunto tuyo —respondió Sienar afablemente, disfrutando de las reacciones de Ke Daiv mientras se decía que la constante sensación de estar pisando terreno peligroso era muy estimulante.

Sin mostrar la menor inquietud, como si estuviera trabajando con un animal asustado y supiera cuándo podía darle la espalda y cuándo no debía hacerlo, Sienar se inclinó sobre la barandilla para contemplar las armas Xi Char. Los elegantes y potentes cazas estelares androides estaban almacenados en largos bastidores rodantes, con sus barquillas terminadas en garras colapsadas y retraídas hacia dentro. Unidades astromecánicas desplazaban los bastidores de un extremo a otro del hangar para llevarlos a los esbeltos navíos de descenso de color gris oscuro provistos de sistemas de camuflaje.

El *Almirante Korvin* contenía tres navíos de descenso, cada uno de los cuales transportaba diez de los versátiles cazas estelares. Con sus esbeltas barquillas que podían dividirse, rotar y convertirse en patas, aquellos androides eran flexibles e ingeniosos y disponían de un poderoso armamento. Quizá fueran los mejores sistemas de armamento controlados centralmente de la Federación de Comercio.

Dentro de las grandes bocas de los módulos de armamento de los navíos de descenso, los tambores de carga giraban con un sordo traqueteo. Los cazas estelares eran rápidamente conectados a los enormes discos de los tambores para ser desplegados justo encima de la atmósfera del planeta mediante una rápida serie de salvas. Los tambores, a su vez, eran montados en rotores verticales. Cuando los cazas estelares fueran lanzados, saldrían de los módulos como balas disparadas de un cilindro rotatorio. Cuando un tambor hubiera quedado vacío, sería eyectado al espacio y el tambor siguiente avanzaría por el rotor para ocupar su puesto.

Sienar admiraba a los ingenieros de Xi Char que habían diseñado y construido los cazas estelares, pero dudaba que los androides fueran a resultar decisivos.

Una feroz batalla acababa de ser librada, y al parecer terminó con la victoria de los lugareños. Lo que había dejado aquellas terribles señales sobre la superficie del planeta, fuera lo que fuera, ya no existía. —Me gustaría presentarte a tu patrocinador en Zonama Sekot, el representante autorizado, en mis alojamientos, dentro de una hora —le dijo Sienar al tallador de sangre.

Ke Daiv tal vez sintiera curiosidad —las emociones o los impulsos apenas dejaban huella en el rostro del tallador de sangre de noble cuna—, pero se limitó a inclinar la cabeza y juntar sus faldones nasales, volviendo a crear aquella hachuela tan desconcertante que indicaba respeto y sumisión, así como —con ciertos cambios de color— rabia, ira y la firme determinación de matar.

Capítulo 30

La aeronave ritual negra y roja los llevó más allá de las últimas viviendas de Distancia Media y por un estrechamiento del desfiladero. A aquella distancia hacia el noroeste, los muros rocosos estaban húmedos y resbaladizos pero se hallaban casi totalmente desnudos de vegetación sekotana. Los boras no podían encontrar ningún asidero en aquella zona. Velos de nubes se precipitaban al interior del desfiladero y saturaban de humedad el aire alrededor de la barquilla.

Anakin estaba inmóvil en la proa, con un pie apoyado sobre una de las muescas del maderamen en una postura heroica. Sus compañeros-semilla se habían agrupado a su alrededor, inmóviles por una vez, para atisbar por encima de la barandilla con sus penetrantes ojillos negros como si estuvieran contemplando su futuro.

Obi-Wan esperaba a dos pasos por detrás de Anakin, permitiendo que el muchacho disfrutara de aquel momento. Sospechaba que en los próximos días no habría demasiadas alegrías. Lo que Anakin había detectado hacía unos días —y llamado «una sola ola»— ya estaba cargando el espacio que los rodeaba con la sensación de un inminente y descomunal cambio en la Fuerza, que Obi-Wan sólo podía describir como un vacío. Ni Qui-Gon ni ningún otro Maestro Jedi habían hablado jamás de tales cosas. El hecho de que el cambio procediera de Zonama Sekot, no obstante, no resultaba tan evidente para Obi-Wan como lo había sido para Anakin. «Percibo algo que se encuentra muy cerca y que ha sido activado por algo de fuera. Pero Anakin tiene razón: será una prueba muy dura.»

Los cables de guía de la aeronave se flexionaban bajo la presión de los vientos que subían del profundo desfiladero y las aguas que corrían por debajo de ellos. La piloto estaba teniendo ciertas dificultades para impedir que la aeronave ejerciera una tensión excesiva y rompiera los cables. Entre aquellos vientos y con tan poco espacio para maniobrar, bastarían un par de minutos para que la aeronave se hiciera pedazos contra los resbaladizos muros de roca cortada a pico..., ¡lo cual sería un fin realmente ignominioso para un grupo de clientes!

Aquella clase de peligros nunca inquietaban demasiado a Obi-Wan: eran inmediatos y manejables, si se confiaba en el artefacto y en su piloto, y la joven que lo pilotaba parecía lo suficientemente experimentada. Ninguno de los otros pasajeros —ni Gann, ni Sheekla Farrs ni los tres asistentes— mostraban señales de alarma. De hecho, parecían sentir el mismo extraño júbilo que se había adueñado de Obi-Wan.

Anakin miró atrás y sonrió a su maestro.

—Las semillas están temblando. ¿Sientes cómo tiemblan? ¡Saben que algo grande está ocurriendo!

Gann se agarró a la barandilla con ambas manos *y* se acercó un poco más a Obi-Wan.

—El muchacho tiene un don natural —dijo por encima del rugir del viento—. Sólo puede haber un piloto. ¿Habéis decidido cuál de vosotros pilotará la nave?

—El muchacho será el piloto —dijo Obi-Wan, sabiendo que nunca podía esperar igualar las capacidades de Anakin en aquel aspecto.

Gann asintió aprobadoramente.

—Sí, obviamente ha de ser él —dijo—. ¡Pero tiene tantos compañeros! Nunca habíamos reunido a tantos. —Meneó la cabeza con cierta consternación—. No sé cómo os las vais a arreglar para controlarlos. Tengo muchas ganas de oír qué dirá Shappa Farrs.

Los muros del desfiladero se separaron un poco más, y la aeronave se aproximó al borde este. Sus cables de guía colgaban de largas ramas sin hojas extendidas por los boras de troncos nudosos y retorcidos que crecían junto al precipicio. La piloto mantuvo una tensión uniforme en los cables mediante una serie de diestras maniobras.

El rugir del río se fue debilitando con el ensanchamiento del desfiladero, y el viento también amainó. La barquilla oscilaba suavemente.

Los compañeros-semilla de Anakin empezaron a ponerse más y más nerviosos conforme la aeronave sobrevolaba algunas de las congregaciones de criaturas sekotanas más espectaculares que habían visto hasta el momento. Con más asideros disponibles en las paredes del precipicio, los boras y otros organismos habían esculpido terrazas similares a las que sostenían las casas de Distancia Media. En su estado natural, las terrazas acogían densas junglas. Moviéndose como acróbatas,

enormes trepadores de largos miembros fueron izándose lentamente por encima del dosel mediante delgadas garras que usaban para agarrarse a las lianas. Aves provistas de caparazones traslúcidos revoloteaban sobre enormes flores que desplegaban sus corolas al sol. Unos minutos después, las flores recogieron sus espectaculares pétalos, se desprendieron de los boras y treparon lentamente por los zarcillos colgantes para dirigirse hacia terrazas superiores más brillantemente iluminadas.

Anakin fue calmando a sus compañeros-semilla con susurros tranquilizadores mientras absorbía la variedad de Sekot.

Una joven salió de la pequeña cabina de la barquilla y pasó junto a Obi-Wan con una cortés sonrisa. Su atención estaba centrada en Anakin, y se detuvo junto a él. Obi-Wan la observó con interés, entre otras cosas porque era el vivo retrato de las ilusorias hijas gemelas del magister.

Aquella muchacha, sin embargo, era sólida y real.

Una semilla se deslizó por el brazo de Anakin en una serie de pequeños saltos y hundió dolorosamente sus palpos en su carne. Anakin hizo una mueca, se volvió para depositar nuevamente a la semilla encima de su hombro y vio a la muchacha. Sus ojos se abrieron como platos.

— ¿Nos conocemos? —preguntó ella, interrogando al muchacho con un delicioso fruncimiento de ceño.

—Me resultas familiar —dijo Anakin.

—Oh, en ese caso quizá fuera alguna de las cosas de padre —dijo ella, asintiendo como si aquello lo explicara todo—. De vez en cuando proyecta hologramas míos en distintos sitios. Como si pusiera matas con flores para hacer bonito, ¿entiendes? No lo soporto.

— ¿Y cómo hace eso? —preguntó Anakin, pero la joven optó por no contestar a su pregunta.

—Sheekla me ha pedido que te explique algunas cosas sobre las distintas clases de boras que hay por aquí.

— ¡Por fin! Todo es tan misterioso...

—Secretos profesionales, ya sabes —dijo la muchacha—. A veces es un rollo. ¿Cómo te llamas? Padre siempre se olvida de que cuando no estoy allí en carne y hueso no puedo conocer a la gente.

Anakin no supo qué decir y miró más allá de ella, pidiendo ayuda a Obi-Wan. La joven también miró por encima de su hombro. — ¿Es tu padre?

—No —dijo Anakin—. Es mi maestro. ¿Tu padre no te lo ha contado?

—Hay muchas cosas que mi padre no me cuenta, y muchas cosas que no sabéis sobre mi padre. De hecho no lo he visto desde hace meses, desde que...

Sus ojos parecieron velarse por un instante, y después volvieron a brillar.

—Me llamo Anakin Skywalker, y éste es Obi-Wan Kenobi.

—Vivo en Distancia Media con mi madre y mi hermano pequeño, pero en realidad él todavía es un bebé. Padre nos envía mensajes de vez en cuando. Y de todas maneras, no puedo explicártelo todo ahora. Tal vez más tarde. Se supone que he de hablarte de los boras, y de dónde proceden y de lo que hacen una vez que han sido forjados y templados. Tú también puedes escuchar —añadió, mirando a Obi-Wan

—Gracias —dijo Obi-Wan.

—Por cierto, me llamo...

—Viento —dijo Anakin.

La joven se echó a reír.

¡Te equivocas! Ésa es una de las bromas de mi padre. Mi verdadero nombre es Jabitha. Padre lo sabe todo sobre el adiestramiento Jedi —dijo Jabitha solemnemente—. Hace un año me contó que cuesta muchísimo llegar a ser un Caballero Jedi, y eso quiere decir que debéis de ser especiales. —Acarició una semilla—. Ellas así parecen pensarlo. Eres muy popular. —Respiró hondo—. La existencia de boras empieza con las semillas. Cada bora crea semillas a mediados de nuestro verano, que es cuando las tormentas llegan del sur y traen la lluvia. La mayoría de las semillas parten hacia la espesura, el tampasi, en el antiguo lenguaje ferroano. Boras quiere decir «árboles» y tampasi quiere decir «bosque», pero en realidad no son ni árboles ni bosques.

—Comprendo —dijo Anakin.

Las semillas que no paraban de vibrar se habían convertido en una auténtica distracción, y su incesante agitación estaba empezando a hacer que le doliera la cabeza.

Jabitha repartió palmaditas entre algunas de sus inquietas semillas que produjeron una especie

de suave tamborileo. Las caricias de la joven parecieron calmarlas por el momento.

—Las semillas echan raíces en un terreno de cría protegido por los boras más viejos. Después pasan por la forja. ¡Eso sí que es algo digno de verse! Los boras dejan caer ramas muertas y viejas hojas secas y esa especie de gránulos especiales que se esparcen por el terreno de cría, hasta que todo el área queda cubierta. Después las semillas cavan el suelo y comen y comen y comen durante horas, creciendo constantemente. Cuando han llegado a ser lo bastante grandes, los boras viejos llaman al rayo para que caiga del cielo: sí, les basta con alzar las ramas para llamarlo y hacer que venga. ¡Porque las ramas tiene las puntas de hierro! El rayo baja y prende fuego a lo que queda del terreno de cría, y es como si las semillas se cocieran dentro de él, aunque eso no las mata. Algo cambia y entonces se parten. Las semillas se expanden hacia fuera, casi como si estallaran, produciendo esas formas de burbujas hinchadas, con delgadas paredes de tejido parecidas a la lámina, sólo que están más vivas y son todavía más maleables.

Otros boras llamados templadores tienen unos largos brazos en forma de palas que usan para esculpir las semillas que han estallado y darles forma. El aire queda impregnado de ese olor perfumado, como pasteles en un horno... Es muy complicado, pero cuando han terminado, las semillas se convierten en distintas clases de boras y pueden salir del terreno de cría y ocupar sus puestos en el tampasi.

— ¿Cuándo aprendieron los colonizadores a controlar el moldeado? —preguntó Obi-Wan.

—Antes de que yo naciera —dijo Jabitha—. Mi abuelo fue el primer magister. Él y mi abuela estudiaron a los boras y se hicieron amigos de ellos (esa historia sí que es realmente larga), y se les permitió asistir a los cambios en un terreno de cría del tampasi. Pasado un tiempo, los boras los invitaron a colaborar con ellos como moldeadores, pero tardaron veinte años en aprender el oficio. Después se lo enseñaron a mi padre. Unos años después, el resto de los colonizadores llegó de Ferro.

—La imagen que vimos de ti en la casa del magister no era un holograma —dijo Obi-Wan—. Era una imagen mental proyectada por alguna voluntad realmente extraordinaria.

Jabitha pareció sentirse un poco incómoda.

—Entonces supongo que fue cosa de mi padre —dijo, y se volvió para echar un vistazo por encima de la barandilla de la barquilla—. Esos de ahí son boras del tipo salvaje —dijo—. Los llamamos rebeldes porque no mantienen ninguna clase de relación con los terrenos de cría. Viven de lo que pueden encontrar en los campos comunales.

Anakin volvió a ver formas triangulares que surcaban los aires, así como cilindros reptantes de muchas patas, más grandes que un humano, que entraban y salían de las cuevas de las paredes del valle. Pequeñas aves destellaban en la sombra del valle como los fuegos fatuos nocturnos de Tatooine. Oscuros tentáculos surgían bruscamente de las sombras acumuladas debajo de los promontorios para tratar de atraparlas.

Aquella parte del valle parecía haber abrazado un ciclo de vida planetaria mucho más familiar, aquel en el que todo se reducía a comer y ser comido.

— ¿Nunca se reúnen con los boras comunales? —preguntó Anakin.

—No. Los llaman los perdidos —dijo Jabitha—. Padre cree que algunos de ellos escaparon de los terrenos de cría incendiados y que después se les dio forma en otro sitio, quizá con la intervención de otros rebeldes. Pero son útiles. Creo que obligan a las comunas a mantenerse en guardia. A veces hacen incursiones y roban semillas, para comérselas o para criarlas como suyas. Incluso he visto nubes de tipos-salvajes más pequeños llegar de pronto durante el forjado, antes de que se llame al rayo, y llevarse las ramas, restos y gránulos que tenían que servir para las semillas. En realidad no hay muchos, pero esta parte del valle está llena de ellos.

— ¿Has dado forma alguna vez? —preguntó Anakin.

—Hace un par de años ayudé a mi madre a hacer nuestra casa. Teníamos tres compañeros-semilla con los que mi madre se había vinculado, y la ayude a usar los talladores y los estímulos... ¡Pero nos estamos adelantando a los acontecimientos!

Anakin sacudió la cabeza.

—Suena muy emocionante. Pero sigo sin entender cómo podéis convertir semillas en naves espaciales.

—Debes tener paciencia —dijo Jabitha petulantemente, y miró a Obi-Wan—. Mi padre hizo la primera nave espacial cuando era un muchacho. Usaron los motores de su nave-colonia original. Eso fue justo después de que mi abuelo partiera en busca de más colonizadores. Queríamos tener a

gente de todas clases.

—Sólo hemos conocido ferroanos —dijo Obi-Wan.

—Hay otros, y ahora son bastante numerosos. Trabajan en el valle de las factorías.

— ¿Por qué tu padre decidió vender esas naves espaciales?

Jabitha pasó por alto la pregunta de Obi-Wan.

— ¡Mirad! Ya estamos llegando.

Sheekla Farrs fue a la proa mientras la aeronave era dirigida hacia un espolón de atraque y amarrada a él. Jabitha saltó a la plataforma salvando ágilmente la barandilla y ayudó a Anakin a bajar de la barquilla, pero dejó que Obi-Wan se las arreglara por sí solo. Anakin parecía muy interesado en todo lo que la joven tenía que decirle.

Jabitha podía llegar a convertirse en una distracción para Anakin, pero Obi-Wan decidió que probablemente la distracción sería beneficiosa. Haría que dejara de pensar en las naves y le ayudaría a entender mejor las relaciones sociales. Con excepción de las horas que pasaba con los otros afiliados y auxiliares, la educación social de Anakin había sido fragmentaria en el mejor de los casos. Unos cuantos encuentros normales con gente de su edad podían serle de gran ayuda, y aquella muchacha parecía refrescantemente normal. «¡Cuando está físicamente presente, al menos!»

Pero todavía había muchas preguntas sin respuesta que continuaban preocupando a Obi-Wan. Seguían sin estar más cerca que antes de entender lo que le había ocurrido a Vergere.

La noche anterior, mientras Anakin dormía, Obi-Wan había visitado la biblioteca, donde intentó impedir que sus compañeros-semilla royeran los textos. La biblioteca no le había dicho nada de lo que necesitaba saber.

Obi-Wan Kenobi odiaba los enigmas, los acertijos y las complicaciones innecesarias. Como Anakin —y Qui-Gon— le había recordado con tanta frecuencia, era un hombre tirando a lineal. Pero una cosa sí que la entendía muy bien.

La Fuerza nunca era una niñera.

Capítulo 31

Aunque a veces era un hombre muy paciente, Raith Sienar ardía en deseos de seguir adelante con aquella misión. El instinto le decía que el tiempo era esencial, que un mundo tan expuesto, y con un secreto tan valioso, era como un despojo maduro bajo un cielo lleno de carroñeros alados.

Sienar nunca había tenido que enfrentarse con unos carroñeros alados, naturalmente. Prefería las comodidades de alta tecnología de un planeta desarrollado cuyo salvajismo hubiera sido domado hacía ya mucho tiempo. Pero era un hombre educado, y sabía reconocer a un carroñero, en cuanto lo veía.

En aquel momento, Sienar se sentía como un carroñero.

El primero de muchos.

Bajó la mirada hacia la pequeña imagen de Kett que acababa de surgir de la nada para cobrar una tenue vida azulada encima de su mesa de mando.

— ¿Sí, capitán?

Kett parecía un poco incómodo.

—He ejecutado sus órdenes y enviado al tallador de sangre a bordo de su nave, comandante.

— ¿Todo ha ido bien?

Sienar había presentado a Ke Daiv a su «piloto» patrocinador en el pequeño muelle de atraque para lanzaderas dentro del que habían cargado el vehículo privado. A Ke Daiv no parecía haberle gustado demasiado la perspectiva de tener que trabajar con un androide. Sienar no se había molestado en explicarle cómo había llegado a adquirir aquel androide, o cómo éste se había convertido en un patrocinador de clientes para Zonama Sekot. Ciertos secretos no estaban hechos para ser revelados.

—Sí, señor.

— ¿Y ahora ya se encuentra lejos, siguiendo un rumbo hacia Zonama Sekot?

—Sí, comandante.

— ¿Y nadie del planeta ha detectado nuestro escuadrón, a esta distancia dentro del sistema?

—No, comandante.

Sienar dejó escapar un suspiro de alivio.

—En ese caso, esperaremos a tener noticias de Ke Daiv antes de efectuar nuestro próximo movimiento. Parece un poco preocupado, capitán Kett

— ¿Puedo hablarle con franqueza, comandante?

—Desde luego. Hágalo, se lo ruego.

—Nada de todo esto está de acuerdo con nuestras órdenes originales tal como me fueron expuestas por Tarkin.

— ¿Y?

—Espero que mi sinceridad no le parezca ofensiva, comandante. Estamos pasando por un momento muy delicado. Antes mis naves formaban parte de una fuerza defensiva honorable y efectiva a la que se le había asignado la misión de proteger las naves pertenecientes a la Federación de Comercio. Tenemos un historial de siglos en el que no hay ni una sola mancha.

—Eso es algo de lo que pueden estar orgullosos, capitán.

—No sé cómo seremos tratados cuando pasemos a formar parte de las fuerzas defensivas de la República. Espero que la integración se llevará a cabo sin problemas, y que podré continuar mi honorable carrera.

«Y ese historial siempre hace demasiado hincapié en el honor —pensó Sienar—. Tomasteis parte en la peor transgresión de la Federación de Comercio. Tú mismo, capitán Kett, amenazaste a sistemas planetarios enteros con tus desintegradores, arrancaste concesiones, escoltaste cargamentos de máquinas y drogas de contrabando, y transportaste inmigrantes cuyos cuerpos estaban recubiertos de armas biológicas de acción retardada... Tendrás suerte si gente como Tarkin consigue desviar la atención del brazo senatorial de la justicia y salvarte de un juicio sumarísimo por crímenes de guerra.» Pero siguió contemplando al capitán con expresión afable y ojos llenos de simpatía.

—No confío en ese tallador de sangre, señor. Su pueblo es famoso por su temperamento imprevisible y su tendencia a jugar sucio.

—Fue escogido personalmente por Tarkin. Sus órdenes dejan muy claro que debe disfrutar de una cooperación total en cualquier cosa que pueda hacer.

«Incluido el asesinar a su comandante en el caso de que las cosas salgan mal.»

—Ya lo sé, señor.

—Entonces ¿a dónde quiere ir a parar, capitán Kett?

—Deseo comunicarle mi preocupación, señor.

—Tomo nota de ella. Espero que mantendrá su vigilancia.

—Sí, señor.

Sienar cortó la conexión y la imagen se desvaneció con un tenue pitido.

Usar al tallador de sangre como cliente no era una estratagema excesivamente brillante, pero serviría. A juzgar por todo lo que le había sonsacado al piloto de la nave sekotana desactivada que guardaba en su hangar de las profundidades de la ciudad, antes de que ese piloto muriera...

Cosas que Sienar no había revelado a Tarkin, llegando al extremo de mentirle acerca de cómo había obtenido aquella nave. Hechos que había descubierto mucho antes de que Tarkin, tan artero y retorcido como de costumbre, tratara de involucrar a Sienar en aquella conspiración descabellada y demasiado obvia.

Basándose en lo que el piloto de Gensang había dicho durante su agonía, en el curso de la cual fue estimulado a hablar mediante las sutiles drogas de Agrilat, Sienar llegó a la conclusión de que los colonizadores de Zonama Sekot andaban detrás de algo, o que eran simplemente gentes muy codiciosas; de que habían descubierto un tesoro de increíbles proporciones y, en vez de organizar una explotación juiciosamente administrada, con guerras de pujas orquestadas entre miembros de la Federación de Comercio, habían seguido un camino decididamente arriesgado, satisfaciendo los deseos de los niños ricos y mimados de la galaxia y embarcándose en una notable pero en última instancia fútil mascarada para ocultarse a sí mismos.

Los colonizadores necesitaban capital para comprar cosas, cosas muy caras. Necesitaban obtenerlo deprisa y discretamente, y debían tenerlo lo más pronto posible.

El piloto, un ladrón de especia de Gensang que acababa de enriquecerse y cuyos antepasados llevaban más de mil generaciones dedicándose al contrabando sin demasiado éxito, se había hecho con un curioso modelo de androide de protocolo compacto en un palacio del juego de Serpine.

Aquel androide había llegado a manos del piloto de Gensang gracias a un joven rodiano tan temerario como asombrosamente rico durante una partida de entrega total a vida o muerte. El destino del joven rodiano no fue la vida. Lo que hizo fue lanzar una bola-joom tallada en un rubí tan grande como un puño por el clásico tobogán en espiral, después de lo cual la bola-joom cayó dentro de la boca de un viejo passar muy quisquilloso que babeaba veneno. A continuación el passar balbuceó con su asquerosa voz burbujeante una profecía insultante para el extremadamente supersticioso emperador-gobernador de Serpine, y los escandalizados guardias del palacio hicieron pedazos al rodiano. Todas sus posesiones, incluida su nave espacial llena de bonos al portador, fueron entregadas al gensang, quien no podía creer en aquel golpe de suerte.

El pequeño androide que formaba parte del botín contó una historia fantástica a su nuevo

dueño. El androide afirmaba estar plenamente cualificado para llevar clientes a un mundo misterioso que fabricaba las naves espaciales más rápidas etc., etc., etc., un viaje que el rodiano no había vivido el tiempo suficiente para efectuar.

El gensang quedó muy intrigado. Superó el sorprendente test socio-psicológico al que le sometió el androide, le enseñó una parte de su tesoro en bonos, más que suficiente, y fue advertido de que experimentaría la mayor aventura de su vida en un mundo exótico, algunos detalles de la cual olvidaría casi por completo poco tiempo después.

El gensang tuvo la inmensa mala suerte de comprar su nave sekotana y tropezarse con unos ladrones. Estos se llevaron al gensang, el androide y los restos en rápido proceso de desintegración de la nave y los vendieron a los agentes de Sienar por una suculenta suma. Después los agentes de Sienar mataron a los ladrones.

Así era el interminable ciclo de la codicia y el dinero. El pueblo del tallador de sangre quizá hiciera bien al sentir tamaño desdén hacia la riqueza.

Sienar yacía sobre el estómago junto al ventanal de la sala de estar, nuevamente abierto a las estrellas y con Zonama Sekot eternamente visible. Antes de su comunicación con Kett, había terminado una cena ligera de galletas y ponche de vino alderaaniano, uno de los pocos gustos que compartía con Tarkin.

Generalmente apenas prestaba atención a la comida y la bebida, y casi nunca se sentía tentado por los demás placeres de la carne. Lo que realmente le hacía hervir la sangre era el poder. El poder de diseñar y construir cosas extraordinarias. El poder de hacer que tus viejos amigos lamentaran haber tratado de engañarte con un doble juego tan burdo.

«Yo, que he construido naves para los seres más poderosos de la galaxia... ¡Yo, de entre todas las personas, manipulado por un aprendiz de soldado de segunda categoría que se ha engañado a sí mismo hasta convencerse de que ve la forma de un nuevo orden con más claridad que su superior intelectual!»

La mera idea frunció sus labios e hizo que sus ojos se entornaran hasta convertirse en dos oscuras rendijas.

Sienar había permitido que el androide de protocolo sometiera al tallador de sangre a sus pruebas. Tal como sospechaba, el tallador de sangre las superó sin dificultad: la elegancia, la educación, una buena familia y la visión de tantísimos créditos esparcidos sobre el suelo de la cabina del comandante casi hicieron estallar los pequeños circuitos del androide.

¡Qué locos tenían que estar los líderes de aquel mundo perdido para confiar tales juicios a un androide de protocolo!

En aquellos momentos el androide iba hacia Zonama Sekot con Ke Daiv a bordo de la nave estelar particular de Sienar. Si Ke Daiv volvía con una de las maravillosas naves del planeta, Sienar ya tenía preparadas todas las herramientas quirúrgicas y de borrado mental necesarias para convertir al tallador de sangre en su propio chófer personal. Analizaría el navío viviente sekotano, aprendería sus secretos y le daría la vuelta al juego de Tarkin con tan vertiginosa rapidez que su antiguo amigo nunca se recuperaría.

Y eso quizá le proporcionaría el poder y la influencia necesarios para hacer sus propios tratos con cualquier nuevo poder político emergente.

Delicioso. Absolutamente delicioso. Mucho mejor que incluso el más selecto de los vinos de Alderaan, calentado en la más delicada copa de cristal de motas doradas encima de un pequeño fuego de madera almizclada,

Sienar dejó escapar otro prolongado suspiro. El juego se había vuelto realmente interesante. «Mi querido capitán Kett —pensó—, mi honor no es más puro que el tuyo. Pero al menos yo no soy un hipócrita.»

Capítulo 32

No tardaron en descubrir que llegar a la rampa de atraque sólo era el principio de un nuevo tramo de su viaje. Anakin, Obi-Wan, Jabitha y Gann bajaron por los escalones tallados en la pronunciada pendiente rocosa de un tubo volcánico hasta llegar a una caverna de techo bastante bajo iluminada por la tenue claridad de varias linternas.

Desde allí podían oír el sonido de un curso de agua.

—Un río subterráneo —dijo Anakin.

Jabitha asintió, extendió la mano y le acarició la coronilla. El muchacho se encogió sobre sí mismo y Jabitha sonrió.

— ¡Sólo es una manera de decir lo listo que eres! Pero todavía tendremos que recorrer cierta distancia antes de llegar al río.

A Obi-Wan nunca le habían gustado las profundidades subterráneas. Aunque nunca lo hubiese admitido ante nadie, prefería el espacio abierto a las entrañas de un planeta.

Unos veinte minutos después salieron por el final del tubo para encontrarse en una gran estancia redonda excavada en el basalto. Una losa de piedra entraba en las veloces aguas que fluían alrededor de ella con un gruñido gutural. Salpicaduras frecuentes y regulares oscurecían la áspera superficie de la roca. Una esbelta embarcación flotaba lejos de las salpicaduras a la sombra de la losa. Delante de ellos, apenas podían entrever una abertura que seguía profundizando en la corteza del planeta.

Subieron a la embarcación y dos ayudantes la apartaron del atracadero. Después Gann empuñó una pértiga para sacarlos de la zona de calma y entrar en la veloz corriente. El río los llevó rápidamente por el ancho canal oscuro.

Los compañeros-semilla estaban muy quietos, y Anakin temió que se hubieran mareado o incluso que estuvieran muertos. Jabitha le aseguró que no era ese el caso.

—Saben que vamos a ver a los forjadores y moldeadores —dijo—. Es un momento muy importante para una semilla.

— ¿Cómo lo saben? —preguntó Anakin.

—Este río alimenta las factorías del valle —dijo ella—. Hace millones de años que sus aguas llevan semillas. Simplemente lo reconocen.

— ¿Qué son los jentaris? —preguntó Obi-Wan.

—El abuelo fue el primero en adiestrarlos. ¡Los adiestró o los creó, o ambas cosas! Son unos moldeadores enormes que trabajan para nosotros y con nosotros. Ya lo verás —dijo Jabitha, que parecía sentirse muy orgullosa de ellos.

A medida que sus ojos se iban acostumbrando a la oscuridad, pudieron ver largas líneas rojas que brillaban en el techo del túnel, muy por encima del agua. Gann paseó el haz de una linterna por encima de la roca, revelando gruesos haces de zarcillos rojos y negros.

—Sekot los despliega a través de los ríos, los túneles y las cavernas —dijo reverentemente—. Todas las partes del planeta están interconectadas.

—Salvo el sur —dijo Jabitha en voz baja y suave.

— ¿Y por qué allí no? —quiso saber Obi-Wan.

—No lo sé —dijo ella—. Padre dijo que allá abajo todo había terminado.

—Allí es donde está su casa —dijo Anakin.

Gann decidió intervenir.

—El sur murió de una enfermedad hace unos meses, y todo el hemisferio pereció —murmuró.

Su rostro había adquirido un aspecto ceniciento, y sus facciones parecían ondular bajo las luces oscilantes de la linterna de la embarcación y su antorcha.

«Le tiemblan las manos», observó Obi-Wan.

— ¿Fue una guerra? —preguntó Anakin.

Gann tensó los músculos de las mandíbulas y meneó la cabeza.

—No —dijo—. Sólo fue una enfermedad.

—No deberías seguir hablando de eso —dijo Jabitha—. Ni siquiera yo sé qué ocurrió allá abajo.

— ¿Tu padre lo sabe? —preguntó Obi-Wan.

Jabitha le lanzó una mirada velada en la que había bastante ira. Sería mejor no insistir en el asunto.

El viaje por el río duró varias horas. Anakin y Jabitha se habían sentado en el banco de popa y hablaban. Obi-Wan permitió que sus ojos fueran siguiendo el curso de los zarcillos que relucían como conchas trazadoras paralizadas en plena huida.

Fuera cual fuese su destino, un transporte aéreo sekotano habría podido llevarlos allí en unos cuantos minutos. Los colonizadores esperaban poder ocultar algunos secretos a sus clientes, o quizá comprendían el valor del ritual.

Personalmente, Obi-Wan siempre había encontrado aburridos los rituales. El adiestramiento Jedi se hallaba notablemente libre de ellos, y sólo los momentos de mayor importancia venían marcados por alguno.

Cuando la conversación con Anakin languidecía, Jabitha se entretenía resolviendo los complejos rompecabezas geométricos de una pequeña caja de lámina que llevaba debajo de la capa. Cuando dejó la caja encima del banco de la embarcación, Anakin vio que una esquina de ella se unía a la lámina del banco. Y cuando Jabitha terminaba un rompecabezas, las piezas se alteraban a sí mismas para adquirir nuevas formas. La muchacha nunca tendría que resolver el mismo rompecabezas dos veces.

Comunicación, coordinación, contacto constante: aquellas personas habían logrado hacerse con el control de una maravillosa red de seres vivos que parecían estar tan íntimamente relacionados entre sí como una inmensa familia.

¡Qué devastador tenía que haber sido para ellas que literalmente la mitad de la familia muriese a causa de una enfermedad! O enfrentarse a la destrucción causada por las misteriosas energías que habían arañado el planeta hasta poner al descubierto el lecho rocoso a lo largo del ecuador.

Aquel viaje quizá estuviera siendo tan tortuoso no debido a un innecesario sentido del ritual, sino a causa del miedo.

Capítulo 33

Su nave ha llegado a la meseta norte —le dijo el capitán Kett a Sienar—. Hemos recibido una señal de baliza láser enviada por el mismo Ke Daiv. El androide de protocolo ha verificado sus credenciales y lo ha presentado, y ahora Ke Daiv está esperando ser transportado a Distancia Media.

Kett precedía al comandante por el pasillo brillantemente iluminado que llevaba al hangar de lanzaderas del *Almirante Korvin.*

Sienar acogió la noticia con un distraído asentimiento de cabeza. Se disponía a inspeccionar el escuadrón. Si Ke Daiv no conseguía comprar una nave sekotana, el próximo paso sería obviamente tarkiniano: una exhibición de diplomacia del poder a distancia mínima.

Sienar se permitió una fugaz visión en la que cambiaba un destructor de la República por todas las naves de su escuadrón. «Preferir lo enorme e impresionante no es nada propio de ti. ¿Estás empezando a pensar igual que Tarkin? ¿No estás seguro de que Ke Daiv consiga cumplir su misión? La sutileza se alzará con la victoria. Tienes lo que necesitas.»

Confiaba en que podría lograr que aquello de lo que disponía pareciese una amenaza muy tangible, dadas las circunstancias. «Algo ya los ha quemado. Y quien ya se ha quemado una vez, quizá tenga el doble de miedo al fuego que antes... A menos que se hayan enfrentando a una amenaza todavía más grande y lograran salir triunfantes.»

Pero Sienar no veía cómo aquello podía ser posible. El planeta sólo estaba ligeramente desarrollado y tenía muy poca población. Prácticamente era territorio virgen. ¿Quién iba a tomarse la molestia de organizar una invasión para dejar unas cuantas señales en un planeta?

Subieron por la corta rampa y entraron en la diminuta lanzadera.

Kett se tomó con filosofía el prolongado silencio. Empezaba a acostumbrarse al estilo de su comandante, aunque no le gustaba. Sienar recogió su larga capa y se sentó en el sillón central, donde tendría una buena visión del paisaje estelar que avanzaba lentamente más allá de la larga proa ahusada de la lanzadera.

— ¿Alguna cosa más sobre esas hendiduras?

—No, señor.

— ¿Cicatrices dejadas por una batalla? —murmuró Sienar con voz pensativa, porque le habían recordado los cortes practicados a lo largo de la carne operada por un experto cirujano.

—Creo que acabarán resultando ser anomalías geológicas —dijo Kett.

—Mantenga distancia de escuadrón y reduzca al mínimo todas las comunicaciones entre las naves —dijo Sienar—. Quiero que nadie examine ese planeta. No estarnos aquí. Envíe una directriz específica a todas las naves recordándoselo.

—Sí, señor.

—Estamos muy cerca —dijo Sienar, pasándose las manos por los codos para descubrir que estaban inexplicablemente mojados de sudor—. No tolerare ningún error.

Capítulo 34

Una tenue claridad verdosa rezumaba del extremo del túnel como espeso jarabe. El río había reducido la velocidad de sus aguas a un suave flujo bamboleante conforme se ensanchaba la caverna. Gann guiaba la embarcación con algún que otro vaivén de la pértiga que empuñaba con confiada destreza. Pasaron por debajo de una cornisa natural festoneada de zarcillos verdes y rojos. Un espacio abierto había sido mantenido vacío en lo alto de la cornisa, y Gann y los dos ayudantes les pasaron los cabos a dos ferroanos vestidos de negro y gris.

La embarcación fue remolcada y acabó pegada a los protectores del muelle como un animal que frotara su hocico contra una vieja amistad.

Obi-Wan fue hacia la proa y vio que su padawan se había quedado dormido. La larga noche había acabado pudiendo con él. Anakin dormía profundamente, rodeado por sus compañeros-semilla, todos ellos inmóviles. Su rostro estaba deliciosamente tranquilo y vacío de toda expresión, las cejas rectas y los labios entreabiertos por una respiración lenta y regular que lo convertía en una obra de arte viviente tan sencilla como profunda. Sentada junto a su cabeza, Jabitha acariciaba los sedosos cabellos del muchacho con la mano y miró a Obi-Wan, el labio inferior presionado entre los dientes.

—Es muy guapo —dijo—. ¿Por qué no le dejamos dormir un rato? Hay tiempo de sobra.

Anakin dormía como un bebé en presencia de la muchacha. Eso era significativo. Obi-Wan sabía que solía tener pesadillas. Dormido, Anakin parecía mucho más joven. Obi-Wan no tuvo que esforzarse demasiado para traer a su memoria al niño de nueve años que se había convertido en su aprendiz, ahora dos palmos más alto pero con los mismos rasgos regulares y agradables y la nariz un poco más grande.

«Echa de menos a la hembra. Thracia Cho Leem lo sabía.»

Obi-Wan extendió el brazo hacia él y después titubeó. Sintió un intenso impulso de no despertar al muchacho, de permitir que siguiera durmiendo así para siempre, absorto en la espera eterna de una gran aventura mientras soñaba un sueño interminable de alegría y triunfo personal. La emoción contenía demasiado sentimentalismo y debilidad para que pudiera ser tolerada, pero Obi-Wan se permitió sentirla. «Así es como se siente un padre cuando contempla a su hijo dormido y se preocupa por su incierto futuro —pensó—. No quiero verlo fracasar. Pero perder a este muchacho sería muchísimo peor. Casi prefiero detener el tiempo aquí, y detenerme a mí mismo con él, antes que enfrentarme a eso.»

Alguien familiar parecía estar inmóvil junto a su hombro y, absorto en aquella emoción tan poco propia de un Jedi, dudando de sí mismo y súbitamente lleno de desconcierto, Obi-Wan murmuró:

—No es más especial que cualquier otro niño, ¿verdad?

—Para ti lo es —contestó una voz que parecía hablar en susurros—, Y ahora lo sabes.

Obi-Wan giró sobre sus talones y vio venir a Gann. La voz que acababa de oír no era la de Gann.

—Hora de irse —dijo Gann, escrutando el rostro perplejo y extrañamente empalidecido de Obi-Wan—. ¿Ocurre algo?

—No.

Reprimiendo un leve estremecimiento, Obi-Wan puso la mano sobre el hombro de Anakin y lo sacudió suavemente. Anakin, como siempre, emergió del sueño profundo en un instante para volver a estar alerta y vigilante. Sus compañeros-semilla se removieron y volvieron a agarrarse a su túnica y sus pantalones.

Las semillas de Obi-Wan se encaramaron a sus hombros y su pecho, y juntos, maestro y aprendiz bajaron de la larga embarcación. Gann y Jabitha los siguieron.

—He soñado que estaba con Qui-Gon —dijo Anakin—. Me estaba enseñando algo... He

olvidado el qué. —El muchacho sonrió y estiró los brazos—. Me dijo que te diera recuerdos suyos. Dijo que siempre cuesta mucho hablar contigo.

Anakin corrió hacia la rampa y subió a la cornisa de piedra.

Obi-Wan se quedó inmóvil, como aturdido por un golpe, y después apretó las mandíbulas y siguió a su padawan.

Un redoble de tambores y la música de muchas cuerdas suavemente pulsadas bajaban por el pozo. Detrás de aquella música muchas graves voces masculinas entonaban una laboriosa especie de cántico.

—Nos esperan —dijo Gann ansiosamente—. ¡La forja está a punto de empezar!

Jabitha echó a andar junto a Anakin.

— ¿Estás nervioso? —preguntó.

— ¿Por qué iba a estarlo? —preguntó Anakin a su vez, haciéndose el valiente.

—Porque eres el cliente más joven que ha habido jamás —dijo ella—. Y porque si triunfas, tu nave quizá sea la mejor que se haya hecho nunca.

—Ah, claro —dijo Anakin, respirando hondo—. Sí, supongo que es para estar un poco nervioso.

Jabitha sonrió y le pasó el brazo por los hombros. Una mueca de dignidad juvenil envaró el rostro de Anakin y aunque no había mucha luz, Obi-Wan detectó un tenue rubor en sus mejillas. Mientras subían, dejaron atrás dos coros de ferroanos que tocaban pequeños tambores y allutas de cuerdas. Los hombres cantaban iluminados por linternas eléctricas, y sus voces siguieron a los cuatro recién llegados hasta el final del conducto.

— ¿Verdad que son magníficos? —preguntó Jabitha.

—Si tú lo dices... —murmuró Anakin.

Capítulo 35

—Este es el comienzo del valle-factoría —dijo Gann cuando llegaron al final del último largo tramo de peldaños.

La carga extra de compañeros-semilla de Anakin se había vuelto particularmente pesada después de la subida. Jabitha se había adelantado, llegando a lo alto antes que ellos, y vino a su encuentro con el rostro iluminado por una gran sonrisa.

Anakin alzó los ojos hacia las gruesas ramas arqueadas de los boras que se entrelazaban en una densa espesura a cien metros por encima de sus cabezas, formando el techo de una inmensa sala. Los rayos de sol se filtraban a través del grueso dosel, produciendo una fantasmagórica claridad teñida de verde que se derramaba sobre una calzada de piedras. La calzada se extendía varios kilómetros por entre muros rectos formados por largas columnas octagonales de lava pegadas unas a otras.

Muchos peñascos marrones desprendidos habían quedado atrapados en aquellas paredes antes de que se solidificaran, interrumpiendo la estructura regular de postes dispuestos en empalizada. Algunos de los peñascos, tan grandes como la habitación de Anakin en el Templo, se habían resquebrajado, revelando huecos en los que masas de brillantes cristales verdes y anaranjados estaban tan apiñados como las agujas en la almohadilla de coser de Shmi. A lo largo de las paredes, gruesos zarcillos negros surcados por franjas rojas asomaban entre las losas octagonales que pavimentaban la calzada, haciéndolas a un lado y extendiéndose durante docenas de metros para unirse con los troncos de los boras. Zarcillos más pequeños surcados por franjas verdes emanaban de los tallos grandes y se enroscaban dentro de los peñascos huecos, como si estuvieran descansando antes de hacer un último esfuerzo.

El aire debajo del dosel estaba saturado de humedad y se hallaba a la temperatura de la sangre, por lo que costaba respirarlo. Estaba lleno de intensos aromas: flores y pasteles, vino y cerveza, y un intenso olor subyacente a suelo.

—Las piedras ya estaban aquí antes de que llegáramos —dijo Jabitha, el rostro solemne entre la penumbra teñida de verde—. Y los boras también estaban aquí. El año pasado, padre decretó una nueva regla: cuando la factoría empieza a trabajar, los boras ocultan lo que estamos haciendo por si alguien nos pilla desprevenidos.

—Tu padre es un hombre brillante —dijo Gann solemnemente.

Obi-Wan volvió a fijarse en cómo palidecía cada vez que hablaban del pasado reciente.

Un súbito estrepito como de clarines gigantes descendió por entre los muros de piedra, seguido por fuertes ráfagas de aire todavía más húmedo y cargado. Los enormes troncos de los boras se agitaron y temblaron por encima de ellos, y las ramas se removieron y crujieron con un sonido parecido al de muchas voces sibilantes. Fragmentos de piel de bora se desprendieron de ellas para caer sobre la calzada.

Sus compañeros-semilla se estremecieron violentamente.

—No pueden esperar mucho más —dijo Gann,

Anakin no podía creer que realmente estuviera allí. Aquel sitio le parecía tan familiar que se preguntó si no habría soñado con él. A cada paso que daba tenía la sensación de ser dos personas, una que había estado allí antes y que conocía tan bien todo aquello, y un muchacho nacido en otro mundo muy, muy alejado. No estaba muy seguro de cuál ocupaba el primer plano en un momento dado, de cuál llevaba a cabo todo aquel andar y pensar. Miró a Obi-Wan y por un instante no pudo recordar quién era aquel hombre vestido con una túnica ritual sekotana que andaba junto a Gann.

Pero Anakin se lanzó sobre aquellos yo y los obligó a unirse, usando la disciplina Jedi para agudizar y unificar su consciencia, y para unificar los niveles de pensamiento subconscientes al tiempo que los llamaba al orden a todos.

A todos salvo la capa más profunda y privada, aquella que rozaba el no-yo. Era allí donde acechaba aquel otro con sus vagos recuerdos oscuros e independientes.

Anakin decidió que no era el momento más adecuado para comunicar aquella anomalía a su maestro, pero de pronto se vio interrumpido. Lo que parecían enormes insectos rojos, verdes y negros venían hacia ellos por la calzada. Sus cuerpos eran anchos y un tanto aplanados, con tres patas a cada lado y una séptima pata en el centro de la parte delantera. Dos largas protuberancias grises parecidas a espinas sobresalían junto a la pata central para elevarse por encima del cuerpo. Aquellas criaturas parecían haber nacido para transportar cargas pesadas.

Encima de cada una de ellas, un hombre robusto de piel sucia y tiznada montaba a la criatura sentado a horcajadas entre las protuberancias, a las que se agarraba con manos cubiertas por gruesos guantes negros.

— ¿Son jentaris? —preguntó Anakin.

—No —dijo ella con una suave carcajada—. Son carápodos. Los hombres que los montan son forjadores.

— ¿Y los carápodos están vivos?

—Mayormente sí, aunque algunos de ellos son en parte máquinas —dijo Jabitha, que no apartaba los ojos de las criaturas de muchas patas que tenían delante.

Gann bajó la mirada hacia Anakin.

—Te dejamos aquí con los forjadores. Ellos prepararán tus semillas y te llevarán a los moldeadores y los jentaris. —Se le veía triste y un poco resentido—. Nunca he ido más allá de este lugar. Tal es la voluntad del magister.

— ¡Buena suerte! —dijo Jabitha—. ¡Me reuniré con vosotros al otro extremo!

Volvió a los escalones con Gann y lanzó una última mirada a Anakin por encima del hombro, los ojos brillantes y los labios firmemente apretados. Después bajó rápidamente.

—Estoy empezando a cansarme de tanta ceremonia y tanto misterio —dijo Obi-Wan—. Y ya estoy harto de pasar de mano en mano como si fuera un montón de ropa vieja.

—Pues yo lo encuentro mágico total —dijo Anakin. Y no mentía. Era muy emocionante y además lo ayudaba de una manera que no podía expresar con palabras, porque le permitía visualizar la tarea que los aguardaba. Aun así, sabía que Obi-Wan sospechaba que allí estaba ocurriendo algo raro, y que tenía sus razones para ello. Anakin frunció el ceño—. Estoy muy emocionado, y al mismo tiempo tengo un poco de miedo. ¿Por qué me siento así, maestro?

—Esas semillas nos están hablando —dijo Obi-Wan—. Algunas de ellas ya han estado aquí antes, puede que con Vergere.

—Claro —dijo Anakin—. ¡Las semillas! ¿Por qué no se me ha ocurrido pensar en eso?

—Porque llevas tantas encima que te están inundando —dijo Obi-Wan—. Ojalá dispusiera del equipo necesario para medir sus niveles de midiclorianos —murmuró, y una expresión curiosamente introspectiva apareció en su rostro.

—Serían muy altos —dijo Anakin, empujando suavemente el brazo de Obi-Wan con un dedo, como hubiera podido hacer un profesor cuando un estudiante no le prestaba atención.

Obi-Wan enarcó una ceja.

—Pero no tanto como los tuyos, me parece —dijo, y sacudió la cabeza—. Escúchalas, pero controla tu conexión con la Fuerza, padawan. No olvides quién y qué eres.

—No —dijo Anakin, un poco avergonzado de sí mismo.

Los carápodos estaban a unas decenas de metros del sitio en el que se habían detenido a esperarlos, solos, bajo el tembloroso dosel arqueado de los boras. Anakin se quitó el polvo de los ojos y juntó las manos delante de él, como si estuviera empuñando una espada de luz de adiestramiento. Cada carápodo tenía la altura de un hombre en la articulación principal de cada pata. Destellos metálicos brillaban aquí y allá en sus cuerpos, como si los organismos vivos de Sekot se hubieran fusionado con el acero.

La expresión que Anakin acababa de ver aparecer en el rostro de su maestro iba volviéndose más y más peculiar a cada momento que pasaba.

— ¡Algo te está distrayendo, maestro! —gritó el muchacho.

Los carápodos se detuvieron a su alrededor, pero Obi-Wan apenas si les prestó atención.

—Vergere —dijo finalmente—. En las semillas... Ha dejado un mensaje...

Obi-Wan se irguió y recuperó la compostura en el mismo instante en que uno de los jinetes bajaba de su montura y venía hacia ellos con expresión sombría y resuelta.

— ¿Qué nos dice? —preguntó Anakin en voz baja.

—Vergere se ha ido de Zonama Sekot para seguir la pista de un misterio todavía mayor.

— ¿Qué?

—El mensaje no está muy claro. Algo sobre seres desconocidos para los Jedi que viven más allá de los límites. Tuvo que actuar muy deprisa.

El rostro de gruesa piel llena de arrugas del jinete parecía haber sido aplastado y requemado por el sol, y sus ojos eran de un color avellana rojizo, como si estuvieran llenos de fuego.

— ¿Clientes? —preguntó en el básico galáctico con acento más marcado que habían oído en Zonama Sekot hasta aquel momento.

—Sí —dijo Anakin, dando un paso adelante y sacando el mentón como si quisiera proteger a Obi-Wan.

— ¿Las gentes del magister os han dejado aquí?

—Sí.

—Montad —ordenó secamente el jinete, sonriendo burlonamente y señalando la primera articulación en forma de peldaño de la pata central del carápodo—. ¡Lleváis retraso! ¡Estamos preparando nuestro último cargamento!

El jinete miró arriba mientras Anakin y Obi-Wan subían a la espalda de la estable montura, y sus ojos se abrieron como platos.

—Somos vuestros forjadores. ¡Cuadrilla, en fila! —gritó, y los carápodos y sus jinetes se alinearon en una apretada hilera.

Docenas de carápodos sin jinete llegaron corriendo velozmente desde el borde del valle para bajar por rampas que flanqueaban la escalera de caracol que llevaba al río. Debían de haber venido del tampasi, y sobre sus anchas espaldas planas transportaban montones de follaje de boras, tallos rotos, ramas, hojas-globo deshinchadas y restos de corteza reseca que crujían mientras eran sostenidos por sus patas laterales levantadas.

Los carápodos cargados de alimento para los fuegos pasaron corriendo junto a ellos entre una cacofonía de llamadas semejantes a redobles de tambor, empujando a sus congéneres que aguardaban inmóviles en la hilera.

Al mismo tiempo, en las alturas, otras criaturas obviamente emparentadas con los carápodos pero con distintos sistemas de miembros capaces de aferrar, bajaron por la parte inferior del dosel arqueado de boras, transportando más restos en cestas que colgaban de sus cuerpos.

—Combustible para forjar —dijo el forjador mientras ocupaba su puesto entre los espolones del carápodo—. ¡Esa es la última carga! ¡Ahora en marcha, y metamos nuestras semillas antes de que empiecen con otras más grandes!

Los carápodos volvieron grupas y siguieron al rebaño moviéndose con un galopar notablemente fluido y cómodo, sus patas retumbando con un ritmo hipnótico sobre el suelo de la calzada de piedra.

Anakin volvió a mirar a Obi-Wan. Su maestro, el rostro firme y decidido, parecía haber recuperado el control de sí mismo. El muchacho escuchó las voces de sus semillas. Con entusiasmo y alegría, le estaban prometiendo una amistad sin igual y una incomparable belleza vital.

Pero mientras las escuchaba, Anakin comprendió otra cosa: «¡No saben qué es lo que van a hacer!».

Capítulo 36

Los carápodos trotaron hasta el lugar en el que terminaban las columnas de piedra, donde fueron detenidos por los moldeadores. Allí, más allá de la calzada de basalto, el valle-factoría se ensanchaba hasta convertirse en una llanura cubierta de zarcillos apretadamente entrelazados que parecían haber sido dispuestos sobre el suelo como fichas en algún juego de tablero. Los carápodos cargados de combustible se adelantaron, pasando por entre inmensos pilares de roca esculpida por el agua, cada uno de ellos de varios centenares de metros de altura, que servían como soportes a la bóveda verde de los boras.

Era el espacio cerrado más grande jamás visto por Anakin. Las nubes se acumulaban alrededor de los extremos de los pilares, y en la lejanía, a kilómetros de allí, una gruesa capa de niebla suspendida debajo del dosel entrelazado empezaba a condensarse para caer bajo la forma de lluvia.

—Aquí tenemos los pozos de forjado —les explicó el forjador de rostro enrojecido. Bajó del carápodo y señaló el punto en el que grandes humaredas surgían de pozos iluminados por fulgores rojizos cerca de los muros del valle. Después alzó la mirada para contar compañeros-semilla, moviendo los labios mientras señalaba con el dedo—. Tienes un montón de ellos, muchacho. ¿Qué te dicen? ¿Los oyes?

Anakin asintió.

— ¿Y bien? Cuéntaselo a tu forjador.

—Dicen que tienen muchas ganas de empezar.

—Eso es lo que me gusta oír. Dámelos y sígueme.

Anakin cogió sus doce semillas y las separó delicadamente de sus ropas. Cada una emitió un tenue graznido, pero no intentó agarrarse a ellas. Anakin se las pasó al forjador, quien las lanzó a la espalda del carápodo.

—Ellos cabalgan y tú caminas —anunció el forjador, y después recogió los tres compañeros-semilla de Obi-Wan—. El que más y el que menos —añadió con un bufido—, ¡Que sean como una sola para los clientes que nos las confían, eso es lo que hay que hacer! Es una suerte que me tengáis a mí en vez de a ellos. —Extendió el pulgar por encima del hombro para señalar a los otros forjadores, que se echaron a reír. Su forjador bufó y les devolvió las risas—. Son unos aficionados comparados conmigo. ¡Yo puedo forjar a quince como si tal cosa y persuadirlas de que se unan!

— ¡No os creáis nada de lo que diga el fanfarrón! —gritó otro forjador.

— ¡Suerte tendréis si acabáis con una carretilla!

—Ah, os están obsequiando con la experiencia completa —gruñó su forjador—. Da igual, da igual. Todos somos brotes. —Los contempló con los ojos entrecerrados y se frotó los brazos, desprendiendo los trocitos de caparazón blanco dejados por muchos compañeros-semilla. Los fragmentos flotaron a su alrededor como copos de nieve y acabaron cayendo al suelo—. El viejo magister nos divide en las gentes de arriba del valle y las gentes de abajo del valle. Nosotros estamos abajo, y conocemos este fin de trayecto mejor que nadie. Nos seleccionó uno a uno y nos dijo que formáramos familias, los ferroanos tierra arriba y los langhesis tierra abajo. Sabemos cuál es nuestro sitio. El magister hizo bien.

Anakin sabía algunas cosas sobre un pequeño y antiguo planeta llamado Langhesa, uno de los muchos que había estudiado en la sala de mapas del Templo en Coruscant. Cien años antes había sido invadido por los tsinimals, que esclavizaron a los nativos y los obligaron a emigrar en masa a otras partes de la galaxia. Los langhesis se habían especializado en la agricultura y las artes vitales, aprendiendo cómo moldear los elementos de la vida para darles nuevas formas nunca vistas, y llevaban mucho tiempo suministrando mascotas exóticas a las familias ricas de toda la galaxia.

Los tsinimals, delicados e intolerantes, estaban firmemente convencidos de que las artes vitales de los langhesis eran un pecado contra sus dioses. La piratería y las conquistas galácticas, no obstante, dejaban totalmente indiferentes a los dioses de los tsinimals.

—Pero los detalles carecen de importancia. ¡Tendréis vuestra nave, y después los de las tierras de arriba traerán un olvido! Aun así, disfrutaréis de la experiencia completa. Os acordaréis de los pozos de forjado. Y por cierto... —Sonrió burlonamente, convirtiendo su rostro en una grotesca máscara rojiza—. Me llamo Vagno. ¡Os acordaréis de mí!

Capítulo 37

Parece que hay ciertas dificultades en Zonama Sekot —dijo el capitán Kett, subiendo al puente de navegación con un mensaje descifrado de Ke Daiv que entregó a su comandante.

Sienar leyó el mensaje con el rostro vacío de toda expresión, y después un súbito fruncimiento de ceño oscureció su frente y miró a Kett como si él pudiera tener la culpa de todo.

Kett entrecerró los ojos en una reacción defensiva.

—Ha sido rechazado —dijo Sienar—. Los compañeros-semilla decidieron que no les gustaba y le destrozaron toda la ropa a mordiscos.

Kett no tuvo que fingir ignorancia.

—No podemos confiar en Ke Daiv —concluyó Sienar.

—También tengo un mensaje de Tarkin —dijo Kett con un temblor de los labios, y le entregó el segundo pequeño cilindro.

El comandante leyó el breve mensaje en el visor protegido.

—Empieza a ponerse nervioso. Quiere saber cómo está yendo todo —dijo después frunciendo los labios.

— ¿Pasamos a una órbita diplomática, o a una de negociación? —preguntó Kett—. Todos los sistemas y androides están preparados. Pasar a la acción inmediatamente podría ser el mejor cimiento para una réplica.

—Lo sería, si yo fuese Tarkin —dijo Sienar, contemplando al capitán con astuta malicia—. Pero no he venido aquí para jugar a la política. No hay tiempo. Ke Daiv sigue teniendo sus instrucciones, y le concederé otro día.

Sienar se preguntó si no estaría cometiendo una estupidez al apostarlo todo a la carta del tallador de sangre. ¡Pero no tenía elección! Algo le decía que una acción masiva por su parte sería un grave error.

—Señor, si no actuamos pronto corremos el riesgo de ser descubiertos incluso por los sensores más primitivos. El elemento de sorpresa...

— ¿Hemos detectado algún sistema de armamento en Zonama Sekot con nuestros sensores pasivos?

—No, señor, pero nunca había tenido que limitarme a depender de los sensores pasivos. Su capacidad de detección es limitada y...

—El planeta lleva décadas confiando en el sigilo. Podrían haber llegado a sentirse tan seguros que no han creído necesario adoptar otras medidas —repuso Sienar, al tiempo que se decía que no debía contar con ello.

—Señor, he estado pensando en esos signos de daños causados por una batalla que muestra la superficie del planeta...

—Yo también he estado pensando en ellos, capitán Kett ¿Y a qué conclusiones ha llegado?

—A la de que no pueden haber sido producidos por ninguna de las armas que conozco, señor. La firma de los cañones turboláser y las armas de protones deja un tipo de residuos muy distintos en los objetivos rocosos. Esas hendiduras podrían haber sido causadas por disgregadores de neutrones, lo cual en teoría sí que dejaría ciertos residuos que podrían ser detectados, pero hasta el momento en toda la galaxia conocida nadie ha conseguido llegar a controlar semejantes armas.

Sienar le escuchó como si estuviera asistiendo a una conferencia dada por un colegial, pero después desvió la mirada y mantuvo un silencio lleno de frustración mientras su fruncimiento de ceno se volvía un poco más marcado. Sus dedos subieron y bajaron sobre la barandilla, con las largas uñas produciendo un chasquido claramente rítmico.

— ¿Piensa que ocultan semejantes armas y que hace poco libraron una guerra? —preguntó, sin molestarse demasiado en ocultar su satisfacción.

—No, señor. La pauta recuerda más bien a la de un ataque preventivo, o una exhibición de fuerza realmente espectacular, después del cual no se hizo nada más. Si las fuerzas políticas del

planeta han tenido que enfrentarse recientemente a semejante desafío, entonces ese estado de paz aparente y la ausencia total de armas visibles me parecen sencillamente inconcebibles. Hemos estado escuchando las comunicaciones del planeta desde nuestra llegada, y el silencio es total. Todos los sistemas de comunicación están canalizados de una manera muy eficiente y se encuentran protegidos. La única conclusión a la que me siento autorizado a llegar es que hay demasiadas cosas que no sabemos.

Sienar no era ningún estúpido. Oír sus propias conclusiones en labios de otro no lo tranquilizó demasiado, pero si iba a sobrevivir a aquella misión con su estatus y su reputación intactos, el que lo tranquilizaran era la última de sus preocupaciones.

Tecleó una rápida contestación en un cuaderno de datos protegido y se lo alargó a Kett.

Kett se quedó inmóvil como si albergara la esperanza de que se le fuera a comunicar el contenido del mensaje. Sienar le dio la espalda, y Kett abandonó el puente de navegación.

En el cuaderno de datos había escrito: «Tu agente ha intentado asesinarme y fracasó. Le he asignado una misión-de-honor suicida. He descubierto algo inesperado y realmente maravilloso. Seguiré adelante con mis propios planes. No necesito ayuda».

Sienar sonrió. Indudablemente eso haría que Tarkin viniera corriendo con la fuerza más grande que pudiera reunir, pero pasarían días antes de que llegara, y para aquel entonces Sienar ya habría ejecutado todos sus planes y reunido a todas las fuerzas que estaban a su disposición.

Y siempre quedaba el plan de reserva representado por el tallador de sangre.

Si daba resultado, dispondrían de una nave sekotana intacta, de un piloto vivo —y muy asustado—, y quizá de incluso dos Jedi, aunque Sienar esperaba poder evitar tener que vérselas con ellos.

Porque sabía de lo que eran capaces los Jedi.

Capítulo 38

Anakin contempló con receloso temor cómo Vagno arrojaba sus compañeros-semilla al mismo profundo pozo. La noche había caído sobre el dosel arqueado, y la única luz procedía de las linternas empuñadas por los ayudantes de los moldeadores o colgadas de palos clavados en el suelo, y de las lejanas hogueras dispersas por los alrededores del valle.

—Algunos de los pozos son enormes —le dijo Anakin a Obi-Wan—. Me pregunto qué harán allí.

—No creo que hagan nada mientras haya clientes cerca —dijo Obi-Wan.

Su forjador había dicho «antes de que empiecen con los más grandes». ¿Grandes qué?

Los ayudantes de Vagno esperaban junto a su pozo, que tendría unos veinte metros de diámetro. Cada integrante de la cuadrilla iba provisto de una pértiga metálica rematada por una larga especie de guadaña tan afilada como una navaja.

Los carápodos descargaron sus cargamentos de combustible —los restos del tampasi superior — encima de los compañeros-semilla, y Vagno ordenó a su cuadrilla que igualara los montones e hiciera agujeros con sus largas hojas. Después inspeccionó el pozo, miró a Anakin y Obi-Wan desde el centro, los obsequió con una sonrisa llena de dientes al tiempo que levantaba un pulgar y trepó ágilmente por el montón de restos.

—Necesitamos gránulos aquí, y aquí —les dijo a sus hombres, y cestas llenas de pequeñas esferas rojas, cada una de las cuales era tan redonda y lisa como una vaina de protanuez, fueron vaciadas dentro de los agujeros—. Vuestras semillas están muy calladas —dijo Vagno con voz pensativa en cuanto hubieron terminado—. Es el momento del destino.

— ¿Cuántas sobreviven? —preguntó Anakin con la garganta reseca.

Aún podía sentir los distintos sabores de las voces de las semillas en su mente, aquellos últimos vestigios de su necesidad y su afecto.

—La mayoría. No te preocupes. Nos aseguramos de que el calor se mantenga repartido. Es mejor aquí que en el tampasi. Y recuerda: es la manera de Sekot.

Anakin había esperado que Vagno le dijera que todas sobrevivían. El muchacho se acuclilló junto a Obi-Wan y empezó a jugar con un palo. Vagno fue hacia él, lo miró y señaló el palo, pidiéndole que lo tirara al pozo.

—Es nuestra manera de hacer las cosas —dijo—. El suelo tiene que estar limpio.

Dispersos por el valle, otros clientes —Anakin contó tres, cada uno a medio kilómetro o más de los otros— contemplaban cómo sus compañeros eran cubiertos de combustible.

— ¿Cuántos clientes nuevos hay? —preguntó Anakin.

—Tres, aparentemente —dijo Obi-Wan—. Veo otros tres pozos activos.

—Ah, sí—dijo Anakin—. ¡Me siento tan nervioso!

—La conexión con las semillas —dijo Obi-Wan—. Ten cuidado.

— ¿De qué?

—Están a punto de ser transformadas. Aquí nadie sabe qué es lo que sienten las semillas durante ese proceso..., pero puede que tú y yo lo descubramos.

—Oh —dijo Anakin tragando saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta y, poniéndose en pie, se sacudió los pantalones y el borde de la túnica.

Vagno terminó su inspección. Dirigió el haz de su linterna hacia arriba, y Anakin vio una forma circular, como una especie de grueso aro, descendiendo del dosel. Unos cuantos carápodos iban bajándola poco a poco mediante gruesos zarcillos. A medida que descendía sobre el pozo, varios miembros se desplegaron desde la parte inferior y revelaron toda una serie de utensilios, algunos aparentemente naturales y otros hechos de metal.

Anakin conocía muchas culturas que habían combinado las formas orgánicas con la tecnología. Los gungan eran unos auténticos maestros en ese arte, pero ellos nunca habían

construido naves interestelares. Aun así, la mayoría de aquellos procedimientos eran mantenidos en secreto..., y dentro de unos instantes iba a presenciar, ya que no a entender, cómo se las ingeniaban los zonamanos para obtener unos resultados todavía más asombrosos. Si aún fuese el muchacho que Qui-Gon había liberado en Tatooine, Anakin se habría sentido orgulloso. El adiestramiento Jedí, entre otras cosas, le había enseñado los peligros del orgullo. En vez de orgullo, sentía una intensa curiosidad.

Para Anakin, la curiosidad era la expresión más profunda de una conexión con la Fuerza viva.

Miró a su maestro. La expresión de Obi-Wan mostraba tanto preocupación como curiosidad. Anakin podía sentir la llama cubierta del espíritu controlado de su maestro y, aunque más ordenada, en su núcleo no era tan distinta de la suya.

El círculo descendente de afiladas herramientas se detuvo y varias válvulas se abrieron entre las extremidades colgantes, todas las cuales se doblaron o retrajeron, haciendo temblar el aro. Vagno soltó un grito, y los hombres de su cuadrilla alzaron las pértigas y todos tocaron simultáneamente el aro, alrededor de todo el perímetro del pozo, con el plano de sus largas hojas.

De las válvulas abiertas descendió un fluido aromático que hizo que a Anakin le picara la nariz. El muchacho retrocedió en el mismo instante en que Vagno plantaba firmemente los pies delante de ellos.

El forjador sacó de su grueso cinturón un pábilo y un trozo de pedernal e inflamó el pábilo con un golpe del pedernal.

—Sólo por si acaso —dijo—. Esta parte puede ser complicada.

El aro ascendió rápidamente.

Con un cántico en langhesiano, la cuadrilla extendió sus hojas y miró hacia arriba. Un agujero de unos cien metros de diámetro acababa de abrirse en la espesura superior. Negras masas de nubarrones hervían encima del agujero.

Anakin vio brotar de la circunferencia del agujero una serie de largos zarcillos de puntas relucientes. Otros agujeros se abrieron encima de otros pozos por todo el valle. Un súbito olor a electricidad impregnó el aire.

—El tampasi controla el clima —le murmuró a Obi-Wan.

—Buena conclusión —asintió Obi-Wan.

Vagno frunció el ceño y echó el brazo hacia atrás en una actitud de tensa espera. Después volvió la cabeza y, con una mano, indicó a Anakin y Obi-Wan que hicieran lo mismo.

Los hombres de su cuadrilla alzaron las pértigas, y ellos también entrecerraron los ojos y apartaron la mirada del pozo.

La tensión que flotaba en el aire se volvió insoportable. Los cabellos de Anakin crujían suavemente y las ropas se le pegaron a la piel, retorciéndose como si estuvieran vivas. Los globos oculares parecían querer salírsele de las órbitas para bailotear por encima de sus mejillas. La sensación era horrible y Anakin sintió deseos de gritar.

Simultáneamente, rayos anaranjados tan abrasadores como el sol cayeron de las gruesas capas de nubarrones, danzaron a lo largo de los zarcillos terminados en puntas de hierro alzados hacia ellos y se desplomaron sobre los pozos en un chisporroteante estallido de rabia. Los rayos corrieron por las herramientas levantadas de los forjadores de Vagno, moviéndose más deprisa de lo que podía seguirlos la vista y empujando las pértigas hacia atrás a pesar de que los hombres las sujetaban con toda la fuerza de sus robustos brazos.

La cuadrilla gritó como un solo hombre y adelantó las pértigas para empujar con ellas, y los haces convergieron sobre el pozo.

Vagno rió alegremente y tiró al suelo el pábilo encendido, que ya no era necesario.

— ¡Es un fuego celestial! —gritó—. ¡El mejor que puede haber!

La conflagración allí donde habían caído los rayos era intensa. El acelerador del aro difundió la ignición en menos de un segundo, y todo el montón de gránulos y combustible alzó su llamarada sobre la negrura humeante. En cuestión de segundos, la pira lanzó llamas al cielo hasta una altura de al menos cuarenta metros, iluminando la parte inferior del dosel y todas las criaturas y seres-

máquina que correteaban por él. Todo el dosel pareció cobrar vida en una repentina erupción de movimiento.

Anakin se sentía como si estuviera dentro de una colonia gigante de myrrmns.

Y de pronto percibió las voces de las semillas. «'Tienen miedo. El calor las está cociendo. Sus caparazones se están friendo.»

La mayor parte del calor se elevaba en ondulantes cortinas de aire, pero conforme el combustible ardía y las ascuas se iban aposentando, las semillas iban siendo cocidas como caparazones de azúcar metidos en la hoguera de un campamento.

Perversamente, Anakin se estremeció como si tuviera mucho frío.

Obi-Wan le rodeó los hombros con un brazo. Anakin vio que el rostro de su maestro estaba perlado de sudor. Él también podía sentir las semillas en el fuego.

— ¿Ocurre algo?—preguntó Vagno, el rostro reluciente chorreando sudor bajo la claridad amarilla del luego como si formara parle de las llamas, un ascua perdida a la que se hubiera dado forma humana que fue hacia ellos para mirarlos fijamente.

—Estamos bien —dijo Obi-Wan.

Pero Anakin no se sentía nada bien. Quería hacerse un ovillo y esconderse, o echar a correr, pero sabía que las semillas ya no tenían patas ni manera alguna de escapar, aun suponiendo que quisieran hacerlo.

—Nunca he perdido a un cliente. No temáis, no temáis —dijo Vagno.

Las semillas estaban muy asustadas, pero no se movían bajo su carga de ascuas y llama. Aquello era valor, y también la conciencia del azar o el destino.

Las semillas eran mucho menos inteligentes que un humano —en realidad no pensaban por sí mismas—, pero cada una contenía el potencial de la consciencia y la inteligencia. El fuego estaba haciendo que esa consciencia saliera de las profundidades en las que había permanecido escondida.

«Esto también te ocurrirá a ti.»

Anakin dio un respingo. No estaba soñando.

«Este es tu destino, tu futuro.»

Obi-Wan no había dicho nada. Anakin sabía de dónde procedía la voz y a quién pertenecía, pero no podía creer lo que sabía.

«Habrá calor y muerte y resurrección. Una semilla despertará. ¿Arderá o brillará? ¿Pensará y creará, o se dejará gobernar por el miedo y la destrucción?»

Y la voz se calló.

El brazo de Obi-Wan se tensó sobre los hombros de Anakin, como si quisiera proteger al muchacho.

—La ola no es lo que esperábamos —dijo.

Anakin clavo los ojos en las llamas, su yo interior súbitamente tranquilo. Las semillas estaban cambiando. Ya no tenían miedo.

— ¡Estallarán como bombas! ¡Atrás, atrás!

Vagno empujó a Obi-Wan y Anakin hacia atrás en el mismo instante en que la primera explosión lanzaba una nube de ascuas al aire. Las chispas llovieron a su alrededor, abriendo pequeños agujeros en sus túnicas.

Por un momento Anakin pareció un demonio, con sus cabellos desprendiendo hililIos de humo. Obi-Wan apagó los pequeños incendios con rápidos pero suaves manotazos.

Una, dos, tres... De pronto hubo muchas explosiones, demasiadas para que pudieran ser contadas. Pero Anakin sabía que todas las semillas habían sobrevivido, y que todas habían sido despertadas por las llamas.

— ¡Va a ser una nave fabulosa! —se entusiasmó mientras se daba palmadas en las rodillas—. ¡Va a ser la nave más grande jamás hecha!

—Todavía no —dijo Vagno con una hosca sonrisa—. Ahora tienen que ser recogidas, templadas y moldeadas. ¡Les enseñaremos los secretos de los mundos exteriores! Venid. Vamos a remover las cenizas. —Los hizo retroceder con las manos hasta detenerlos junto a un carápodo vacío

—. ¡Y no os acerquéis! Algunas de las semillas estallan dos veces.

Capítulo 39

Obi-Wan se sentía mareado y un poco enfermo. Nunca había experimentado una alteración tan extraña en su conciencia de la Fuerza viva. El hecho de que la alteración estaba centrada en Anakin no podía ser más evidente, pero algo en el lugar donde se encontraban —en el mismo planeta— había dotado al efecto de una intensidad y una nitidez especiales.

Casi podía convencerse a sí mismo de que si Mace Windu, Yoda o cualquier otro Maestro Jedi hubieran estado en Zonama Sekot, la alteración —la forma de aquella extraña ola del destino— también los habría sorprendido.

Y aquellas circunstancias sin precedentes tal vez explicaran su repetida percepción de la presencia de Qui-Gon.

Obi-Wan había visto cómo su maestro era empalado por el zumbante resplandor de la espada de luz de Darth Maul, y entonces la Fuerza no había sido amable o considerada. El cuerpo de Qui-Gon no se había esfumado: había mostrado la verdad de la muerte, del brusco corte de todas las conexiones con la carne.

Y así era como debía ser. La Fuerza tenía una forma, y la muerte era una parte inevitable de esa forma. Obi-Wan quizá aún no había madurado lo suficiente para renunciar a todo sentimiento y todo amor hacia su maestro y decirle adiós para siempre.

Vagno y su cuadrilla estaban removiendo las cenizas del perímetro del pozo. El aro dependiente de extremidades y herramientas descendió un poco más con el lento apagarse de las llamas, y una especie de gruesas palas de remo ennegrecidas bajaron para ayudarlos a mezclar las ascuas. Remolinos de humo y ceniza giraban en la oscuridad elevándose hasta muy arriba, y los puntitos rojos de las ascuas parpadeaban como ojos de fieras.

En otro lugar por debajo del enorme dosel, en el valle-factoría, nuevos fuegos aparecieron de repente. A kilómetros de distancia y medio escondido por las pequeñas elevaciones del terreno, Obi-Wan pudo ver que el mismo dosel resplandecía con el fuego de fraguas mucho más grandes que las suyas. Nuevas semillas estaban siendo forjadas, demasiadas para satisfacer a unos cuantos clientes llegados de otros planetas. El valle estaba lleno de fraguas como aquéllas, docenas, incluso centenares de ellas.

«Los grandes están siendo hechos ahora ante nuestros mismos ojos», pensó Obi-Wan.

Vagno se puso unas botas más gruesas que protegió con unas fundas a prueba de fuego y saltó al pozo. Lanzó al aire nubes de cenizas calientes y rió mientras seguía buscando hasta encontrar algo de gran tamaño, quizá unas veinte veces más grande que una semilla. Cambió su herramienta por una pala de hoja plana que hundió en la ceniza, sacando de ella un gran disco plano curiosamente ribeteado, inmóvil, gris y tiznado. Vagno limpió una parte de la ceniza y su mano reveló un palmo de superficie de un blanco perlino. Su cuadrilla cogió el disco por el ribete y, manejándolo sin ningún miramiento, lo lanzó a la espalda de un carápodo. Vagno investigó, descubrió y volvió a reír, sacó otro disco, y una vez más la cuadrilla lo cogió y lo cargó.

Anakin miró a Obi-Wan con los ojos iluminados por la alegría. Las quince semillas habían sido forjadas, y hasta la última de ellas había sobrevivido. Cada una había estallado en el calor, extendiéndose hacia fuera para formar los discos ribeteados que estaban siendo cargados en el carápodo que esperaba detrás de ellos.

Y de pronto el muchacho puso cara de horror.

—No las siento —dijo—. ¿Todavía están vivas?

Obi-Wan no pudo responder a esa pregunta. La experiencia que acababa de vivir era tan intensa que casi se le había subido a la cabeza. Se sentía como un muchacho, perdido en el shock, el asombro y un irritante cosquilleo de miedo.

«¡Por fin conoces el espíritu de la aventura!»

Obi-Wan cerró los ojos, como intentando rechazar la voz. Echaba intensamente de menos a

su maestro, pero no permitiría que una fantasía descabellada ensuciara el recuerdo de Qui-Gon.

—La aventura... —dijo Anakin. El muchacho cabalgaba sobre el carápodo junto a Obi-Wan. Vagno los estaba conduciendo a través del valle, guiándolos en una serie de rodeos alrededor de algunos enormes pilares esculpidos por el río hacia una hendidura más estrecha y oscura que había en el lado sur—. ¿La aventura es lo mismo que el peligro?

—Sí —dijo Obi-Wan, en un tono un poco demasiado seco—. La aventura es la falta de planificación, el fracaso del adiestramiento.

—Qui-Gon no pensaba lo mismo. El decía que la aventura es crecimiento y desarrollo, y que la sorpresa es el don de ser consciente de los límites.

Por un instante, Obi-Wan sintió un fugaz deseo de cruzarle la cara al muchacho en castigo a su blasfemia. Eso habría sido el fin de su relación como maestro y aprendiz. Obi-Wan quería que esa relación terminara. No deseaba la responsabilidad y, a decir verdad, no quería estar cerca de alguien tan sensible, tan capaz de hacerse eco inocentemente de cuanto se ocultaba en lo más profundo de su ser.

En una ocasión Qui-Gon le había dicho esas mismas cosas, pero Obi-Wan las había olvidado.

Anakin clavó los ojos en su maestro.

— ¿Lo oyes? —preguntó.

Obi-Wan meneó la cabeza.

—No es Qui-Gon —dijo secamente.

—Sí que lo es —dijo Anakin.

—Los maestros no regresan de la muerte.

— ¿Estás seguro? —preguntó Anakin.

Obi-Wan volvió la mirada hacia el sur para contemplar las oscuras fauces de la hendidura. Allí no había fraguas. En vez de fuegos, una fría luz azul parpadeaba encima de las húmedas paredes de piedra, y largos zarcillos reptaban como serpientes sobre los muros y el suelo arenoso salpicado de rocas.

— ¡Los clientes nunca vuelven! —les gritó Vagno mientras andaba junto al carápodo, martilleando el suelo con sus robustas piernas. Dio un salto y alzó su hoja hacia el cielo—. ¡No se acuerdan, y si se acuerdan, tienen demasiado miedo! ¡Pero yo y mi cuadrilla vivimos aquí! ¡Somos los hombres más valientes del universo!

Y en aquel momento, Obi-Wan no podía estar más de acuerdo con él.

Capítulo 40

Vagno les presentó al jefe de la cuadrilla de moldeado, un hombre alto y nervudo llamado Vidge. Allí donde Vagno era achaparrado y rojizo, Vidge parecía una pálida hilacha de neblina nocturna en la que brillaban dos grandes ojos húmedos. Incluso sus ropas estaban mojadas y manchadas por salpicaduras de una reluciente sustancia viscosa que hacían que pareciese una criatura sacada de las profundidades de algún océano.

—Has traído tantos... —se quejó con voz sepulcral mientras contaba los discos amontonados sobre los tres carápodos—. ¿Qué vamos a hacer con quince?

Vagno respondió con un expresivo encogimiento de hombros. Vidge se volvió para observar a Anakin con expresión lúgubre, y después miró a Obi-Wan.

— ¿Pagasteis más a los de tierra arriba para conseguir tal cantidad de semillas?

— ¡Nada de preguntas! —gritó Vagno—. ¡Es hora ya de pintar y dar forma!

Vidge alzó las manos en un burlón gesto de rendición y se volvió hacia su cuadrilla, todos ellos altos, mojados e insustanciales. Sus hombres empuñaban distintas herramientas, largos y gruesos pinceles y palas de bordes irregulares. Detrás de ellos se alzaba un gran almacén hecho de planchas de lámina toscamente unidas, que parecían a punto de derrumbarse tras haber sido corroídas por años de continuo uso. Vidge agarró al carápodo más cercano por su pata central y tiró de él para llevarlo al almacén. La criatura se resistió desganadamente, al igual que hicieron las otras dos, que fueron obligadas a avanzar por la cuadrilla de Vidge.

Vagno no se movió.

—Éste no es mi sitio. El arte de este lugar es distinto —dijo con repentina humildad mientras les indicaba que debían seguir a Vidge.

El almacén vibraba con los ecos de los suspiros y un sordo burbujeo. Los zarcillos asomaron por detrás de los bordes y se extendieron, planos y gruesos, y en sus extremos crecieron frutos nunca vistos: hinchados, traslúcidos y llenos de un espeso fluido reluciente que se arremolinaba lentamente dentro de ellos, removido por órganos en forma de tornillo situados en el centro de cada fruto.

Anakin y Obi-Wan ayudaron a la cuadrilla de Vidge a descargar los discos-semilla y a colocarlos en hileras verticales sobre bastidores dispuestos junto a la plataforma de moldeado. Allí, encima de un elevador circular de unos diez metros de diámetro, Vidge y dos ayudantes alzaron un cuchillo de larga hoja y cosecharon uno de los frutos, rebanándolo a lo largo de una sección lateral con tres rápidos cortes. El fluido resplandeciente que contenía rezumó del fruto y se deslizó con un lento retorcimiento por la plataforma, llenándola con una neblina de flexibles agujas blancas.

Un carápodo enorme salió de las sombras por una puerta situada en la parte de atrás del almacén. Su espalda sostenía una estructura de metal y plástico, aparentemente un armazón para su nave espacial.

—Una estructura ya preparada, enviada aquí por Shappa Farrs —dijo Vidge con voz tan apesadumbrada como si estuviera anunciando la muerte de un amigo muy querido—. El moldeado hace que cobre vida.

Otro carápodo, protegido por gruesas planchas metálicas unidas a un escudo de tela, transportaba objetos que Anakin reconoció de inmediato: dos motores de nave espacial ligera Haor Chall del tipo siete de la clase Plata, así como un núcleo de unidad hiperimpulsora que costaba mucho dinero. Anakin vio que tanto en los motores como en el núcleo de la unidad algunas partes estaban inexplicablemente ausentes, al tiempo que otras habían sido modificadas.

Y un tercer carápodo, mucho más pequeño —apenas del tamaño de Anakin— fue con paso rápido y decidido hacía la luz verdosa que emanaba de las paredes del almacén. Aquella criatura transportaba una delicada estructura cristalina que Anakin no reconoció.

Obi-Wan, no obstante, sí que la reconoció. Hacía cientos de años que se hablaba de los circuitos organiformes, que se suponía habían sido desarrollados en aquellos mundos del Borde más

avanzados tecnológicamente que seguían resistiéndose a establecer vínculos tanto con la República como con la Federación de Comercio. Sólo eran rumores..., hasta aquel momento.

— ¿Qué es eso? —preguntó Anakin, fascinado por las curvas relucientes y la continua actividad de los circuitos.

—Creo que es el mediador que integrará nuestra nave, la interfaz entre lo vivo y la máquina —dijo Obi-Wan.

Lo primero que hizo Vidge fue separar y recoger un grueso glóbulo de fluido del fruto. Volviéndolo de un lado a otro, lo lanzó al aire y lo recogió con su larga pala, moldeándolo hasta convertirlo en una bola. Después lo dejó caer habilidosamente sobre la espalda del carápodo más pequeño donde, con un siseo, se esparció por encima del circuito organiforme. Separando unos cuantos glóbulos más, Vidge los esparció sobre los bordes de cada uno de los blancos discos-semilla a medida que sus ayudantes se los iban pasando. Allí donde se posaba la gelatina, los discos se volvían de un púrpura oscuro y los bordes empezaban a curvarse al tiempo que desarrollaban sinuosos tentáculos que parecían buscar algo.

Después el moldeador analizó con atenta mirada la estructura colocada encima del carápodo de mayores dimensiones.

—No es suficiente —gruñó—. Shappa nunca nos dice lo que necesitamos saber. Traed un segundo armazón —añadió, volviéndose hacia su cuadrilla.

Sus hombres intercambiaron miradas dubitativas y conferenciaron en voz baja.

— ¡Quince placas forjadas, demasiadas para una sola estructura! —anunció Vidge—. ¡Necesitamos dos estructuras!

— ¿Van a hacer dos naves? —le preguntó Anakin a Obi-Wan.

—No lo creo —dijo Obi-Wan, aunque no podía estar seguro.

—Ahora tenemos que actuar con rapidez —anunció Vidge, hablando en el mismo tono pausado y sepulcral de antes—. ¡A los jentaris!

Anakin y Obi-Wan subieron a la espalda del enorme carápodo mientras un segundo armazón era depositado junto al primero.

Vidge les dio sus instrucciones. A partir de aquel momento cabalgarían dentro de los armazones, sentados sobre gruesas vigas planas entre los miembros principales de forma ovalada, rodeados por una red flexible de soportes y sujeciones entrecruzadas.

—Así es como se hace.

Anakin ocupó su posición dentro de una estructura y Obi-Wan tornó asiento dentro de la otra. Las estructuras crujieron y tintinearon encima de la espalda del carápodo.

Todo el almacén olía a flores y a pan en proceso de cocción, y a otras cosas menos agradables, olores que marearon a Anakin. Se sentía como si el sueño se hubiera vuelto excesivo para él, como si de pronto todo fuera demasiado intenso. Su estómago no paraba de dar saltos mortales.

Obi-Wan sentía las mismas náuseas incipientes, pero mantuvo centrada su atención en el lento ir y venir de Vidge por entre los tres carápodos que transportaban los componentes de la nave sekotana. Los carápodos salieron por la parte de atrás del almacén para volver a las relucientes sombras marinas de la hendidura. Sombras más oscuras se elevaban a cada lado como gigantes inmóviles, las espaldas pegadas a los muros de la hendidura con más gigantes encima de sus anchos hombros para trepar centenares de metros hacia una cinta de noche, una estrecha franja de dosel en la que unas cuantas estrellas solitarias brillaban por entre las ramas entrelazadas.

Anakin se sentía como un insecto a punto de ser aplastado. Incluso con los moldeadores corriendo de un lado a otro y andando junto a ellos, el muchacho había perdido la confianza. Ni siquiera el recuerdo de las palabras de Qui-Gon —suponiendo que vinieran de Qui-Gon y no de su fértil imaginación— podía reconfortarlo. Aquello era inquietante y aterrador: ¿realmente había gigantes a cada lado? Quizá hubiera drogas flotando en el aire. Quizá todo fuera una ilusión y algo horrible estaba a punto de ocurrirles a él y a su maestro. Anakin sintió que se le formaba un nudo en la garganta y hundió el mentón en el pecho, recurriendo a los ejercicios que había aprendido hacía dos años: control del miedo corporal, control de los ritmos hormonales y la química animal.

El miedo de la mente —su peor enemigo, la debilidad más profunda y oscura de Anakin Skywalker— era otro problema, uno que no estaba seguro de poder vencer jamás.

Obi-Wan podía sentir el desfallecimiento de la hasta aquel momento casi ilimitada confianza de su Padawan. Él, en cambio, se sentía sorprendentemente tranquilo. Los olores le molestaban, pero no eran peores que los de algunos lugares muy poco acogedores en los que había estado junto a Qui-Gon y donde había cumplido con sus obligaciones sin inmutarse.

Anakin sintió cómo el armazón se inclinaba hacia adelante cuando el carápodo fue bruscamente detenido por la cuadrilla de Vidge. Su jefe trepó con lenta agilidad por su espalda basta detenerse junto a ellos y agitó su instrumento de hoja plana por encima de su cabeza, permitiendo que los vapores del interior gelatinoso del hinchado fruto se disiparan en oscuras vaharadas purpúreas.

Los ayudantes de Vidge pasearon los intensos haces de sus linternas por las sombras de los gigantes, y Anakin vio no brazos y piernas sino gruesos troncos de color púrpura y verde, brillos metálicos, destellos de otras sustancias artificiales, suplementos, adiciones a los creadores naturales de los boras y el tampasi.

Los vapores purpúreos se elevaron entre los gigantes. Los miembros se agitaron y las articulaciones crujieron.

—Ocurra lo que ocurra, no salgáis del armazón —dijo Vidge, y después les entregó máscaras respiratorias similares a la de uso habitual entre los Jedi que llevaban escondida debajo de sus túnicas—. Ahora vamos a cargar los motores, el núcleo y los circuitos organiformes. Después irán siendo desplazados a lo largo de los armazones hasta que llegue el momento de ubicarlos, y las naves serán hechas a vuestro alrededor. Las semillas os harán parte de sus sueños de crecimiento. Os harán preguntas. —Vidge se inclinó hacia adelante para mirar fijamente a Anakin—. Y te plantearán ciertas exigencias. Esto es crucial. Si no eres capaz de proporcionarles la guía necesaria, entonces la nave no será hecha.

—No fallaré —dijo Anakin.

La cuadrilla de Vidge transfirió los motores, el núcleo y los circuitos a unos jentaris más pequeños. Gruesas ramas los llevaron hacia las alturas, como grúas gigantes en un hangar de mantenimiento para naves estelares.

— ¿Y tú? —le preguntó Vidge a Obi-Wan—. ¿Tú también?

—No fallaremos —dijo Obi-Wan.

—Sólo habrá una nave, a menos que me haya equivocado —dijo Vidge dulcemente—. Y hasta el momento nunca me he equivocado.

Retrocedió. Más ramas enormes descendieron desde los lados de la hendidura y alzaron los armazones sobre el sucio, elevándolos por encima de los carápodos y los moldeadores.

— ¡Los jentaris! —gritó Vidge, y todos los moldeadores agitaron sus instrumentos al unísono —. ¡Los creadores de Sekot!

— ¡Sujétate! —gritó Obi-Wan.

Ahora les tocaba a ellos. Las ramas descendieron, elevándolos junto con los armazones, y fueron pasándolos de un jentari al siguiente junto con pilas de discos-semilla pintados y forjados. Otras ramas disponían los discos a lo largo de los armazones, colocándolos con golpes tan bruscos que casi desalojaban a los pasajeros. Las semillas reaccionaron al instante y empezaron a unirse y crecer, moldeándose y cobrando forma.

Las dos estructuras fueron unidas. Los motores, introducidos en sus soportes. Discos-semilla deslizaron tejidos de bordes purpúreos sobre las líneas de unión, y las chispas saltaron por los aires mientras las puntas de los haces láser revoloteaban de un lado a otro.

Y su viaje empezó.

Fueron trasladados de rama en rama hacia las profundidades de la hendidura, con los armazones chirriando, los fluidos de los tejidos de las semillas y los jugos de tratamiento fluyendo y chasqueando a su alrededor conforme se adentraban en el reino de los jentaris. Sus ojos apenas si podían seguir el proceso.

Mil movimientos y conexiones tenían lugar a cada segundo en la periferia de los armazones unidos. La nave empezó a cobrar forma como por arte de magia alrededor de Obi-Wan y Anakin. Los gigantes los pasaban todavía más rápidamente que antes de una rama a otra, manejándolos con tanta facilidad como si se los pasaran de una mano a otra y produciendo extraños sonidos que hacían pensar en centenares de voces entonando profundos cantos geológicos.

— ¡Los jentaris son seres compuestos! ¡Son organismos cibernéticos! —gritó Obi-Wan—. ¡Los magísters deben de haberlos criado y los han colocado aquí para que trabajen para ellos!

Anakin no se hallaba en condiciones de asimilar ninguna explicación racional. Sus discos-semilla, sus antiguos compañeros-semilla, le estaban preguntando qué quería. Repasando rápidamente el catálogo de diseños de Shappa, le ofrecían planos para naves pasadas, sueños de lo que podrían llegar a ser las naves futuras dentro de un siglo más de nuevos progresos y descubrimientos. El diseño de Shappa no era definitivo e irrevocable, porque Sekot también haría su contribución.

Anakin Skywalker se encontraba en un ciclo muy especial. Pasado un rato, en su momento y a su manera, Obi-Wan se reunió con él, y juntos escucharon a los discos-semilla y a los jentaris.

En un torbellino de velocidad y preguntas, maestro y aprendiz perdieron toda noción del tiempo.

El armazón y los nuevos dueños de nave descendieron rápidamente por la hendidura, envueltos en chispas, vapores, tejidos ondulantes y fragmentos minuciosamente recortados de metal y plástico.

Menos de diez minutos después, se encontraban a más de veinte kilómetros del almacén y los moldeadores, y el momento del acabado estaba cada vez más cerca.

El trayecto a través de los jentaris se fue volviendo más lento.

Su aturdimiento se disipó. La percepción fue regresando lentamente.

— ¡Uf! —exclamó Anakin cuando pudo volver a respirar—. ¡Eso ha sido increíblemente feroz!

—Uf—asintió Obi-Wan.

Un deleite primigenio que no dejaba cabida a nada más se adueñó de Anakin. No podía pensar en nada que no fuera la nave sekotana. Obi-Wan pudo verlo en los ojos del muchacho mientras flotaban por encima de las líneas iridiscentes del interior de la nave. Los tonos verdes, rojos y azules relucían como una capa de rubí y esmalte mineral de color esmeralda, y sin embargo no se limitaban a ser un resplandor muerto, sino que también aportaban una palpitante cualidad de la luz que significaba juventud y vida.

— ¡Qué feroz! —gritó Anakin con aprobación—. ¡Está aquí! No puedo creer que realmente esté aquí.

—No parece terminada —observó Obi-Wan.

Un fugaz fruncimiento de ceño ensombreció el semblante de Anakin.

—Ya sólo faltan unos cuantos detalles de nada —dijo—. Después volará. ¿Y has visto ese núcleo de hiperimpulsión? ¡Me muero de ganas de averiguar que le han hecho y cómo lo han modificado!

Capítulo 41

La primera señal de que algo podía ir mal llegó bajo la forma de un estremecimiento mecánico del E-5 de Raith Sienar. El androide de combate centinela montaba guardia en un rincón del camarote del comandante, con sus sentidos pendientes de todas las conexiones de entrada instaladas en él.

Sienar entró en la zona de visualización envuelto en un albornoz ceñido a la cintura, preguntándose a qué venían todos aquellos suaves zumbidos y chasquidos.

—Descanso —le ordenó al androide cuando vio que estaba teniendo dificultades.

El androide adoptó una posición de espera, aliviando con ello una parte de la tensión que hacía vibrar sus miembros. A pesar de ello, siguió siendo una lamentable masa de metal tembloroso.

Sienar fue al dormitorio en busca de las maletas de sus efectos personales y cogió un pequeño analizador holográfico. El detector no pudo encontrar ningún problema en los mecanismos externos del androide. Aun así, cada vez que el E-5 hacía otro intento de volver a adoptar una postura activa, toda su estructura metálica crujía y tintineaba como una vieja campanilla de hierro enfrentada a una fuerte brisa.

—Autoanálisis —ordenó Sienar—. ¿Qué ocurre?

El androide respondió con una serie de zumbidos y gemidos demasiado estridentes y veloces para que el instrumento de Sienar pudiera entenderlos.

—Repite el análisis.

El androide se apresuró a obedecer la orden y el analizador volvió a fracasar. Era como si el androide estuviera hablando un lenguaje totalmente distinto, lo cual era prácticamente imposible. Nadie lo había manipulado, y Sienar lo había programado personalmente. Además de ser todo un experto en dichas tarcas, Sienar también era un buen ingeniero.

Además poseía un cierto sexto sentido para todo lo que estaba relacionado con las naves, y la súbita serie de pequeñas vibraciones que percibió a través de las suelas de sus zapatillas le pareció inequívocamente extraña y fuera de lugar. Antes de que pudiera solicitar un informe del puente, la imagen del capitán Kett apareció en el centro de la zona de visualización, de tamaño natural y teñida por las tonalidades rojas de la alarma.

—Comandante, cinco androides de combate han salido inesperadamente del hangar de armamentos. ¿Ordenó un ejercicio de preparación... sin comunicármelo?

—No he dado tal orden.

Kett pareció escuchar a alguien. Se volvió hacia Sienar —al que seguía sin poder ver, ya que Sienar había tapado los proyectores de su sala para la noche—, y siguió hablando, la voz temblorosa a causa de la ira.

—Señor, detección pasiva (de hecho, tenemos un avistamiento visual) informa de que cinco cazas estelares androides han salido de la escotilla de carga de estribor del *Almirante Korvin* y están siguiendo una trayectoria directa hacia Zonama Sekot. Ya he desactivado a los otros androides y enviado a mis ingenieros al hangar de armamento. Ninguno más escapará.

Sienar fue digiriendo todo aquello como si Kett se hubiera limitado a anunciarle un cambio en el menú de mañana. Sin decir nada, y dejando que la imagen de Kett flotara sobre el suelo de la cabina entre tenues parpadeos luminosos, Sienar se volvió lentamente hacia el E-5.

— ¿Instaló mi programa en todos los cazas estelares? —le preguntó al capitán.

—Seguí sus órdenes al pie de la letra, comandante.

Los labios de Sienar se fruncieron en una breve maldición silenciosa. Había subestimado a Tarkin. Estaba claro que Tarkin había modificado los androides —a todos ellos— mediante bloques de subcódigo ocultos que contenían programas especiales. Sienar no se había molestado en buscarlos, y había creído que ciertas cosas eran exactamente lo que parecían ser.

¿Quién había jugado con quién?

—Destruya los cazas estelares —dijo, tratando de conservar la calma.
—Eso revelará nuestra presencia, comandante.
—Si no los destruimos, los cazas se encargarán de revelar nuestra presencia por nosotros. No quiero que haya unidades incontroladas actuando ahí fuera.
—Sí, señor.
Kett hendió el aire con una mano. Otra vibración recorrió el casco de la nave: las baterías turboláser acababan de entrar en acción contra objetivos cercanos.
—Hemos interceptado a uno de los cinco —dijo Kett—. Los otros están fuera de nuestro radio de alcance. Enviaré...
—No. Espere. Barra todo el sistema con sensores activos, capitán Kett. Infórmeme inmediatamente de los resultados.
—Sí, señor.
Sienar desenfundó su pistola láser y fue hacia el tembloroso E-5 con cierta inquietud. Se preguntó si los subcódigos de Tarkin incluirían órdenes de asesinar. A decir verdad, no obstante, Sienar ni siquiera podía estar seguro de que tales subcódigos existieran..., y necesitaba averiguarlo rápidamente.
—Elimina la integridad de tu blindaje. Desactiva y desconecta todas las fuentes de energía, extinguiéndolas por completo —ordenó al tiempo que emitía un código de autorización mediante su analizador.
El androide obedeció sus instrucciones sin ofrecer ninguna clase de resistencia, lo cual quería decir que cualquier programa presente en un subcódigo no había despojado de todo su control a la inteligencia principal.
Mientras el E-5 se encogía desmadejadamente sobre sí mismo con un tenue aullido lleno de cansancio mecánico, Sienar se puso un respirador y aplicó el haz de su láser al caparazón exterior del androide. Unos minutos después ya había llenado el camarote del comandante de una densa humareda, activando alarmas que ignoró resueltamente.

Capítulo 42

Los trabajadores del final del valle-factoría ayudaron a Anakin y a Obi-Wan a salir de la nave estelar sekotana que acababan de construir y los llevaron a una plataforma que circundaba la estación de acabado. Estaba amaneciendo, y la oscuridad aún cubría el valle a pesar de que por fin habían salido de debajo del dosel. El resplandor de las estrellas y los gases luminiscentes y la ubicua rueda de fuego rojo y púrpura proyectaban vagas sombras coloreadas sobre la plataforma tenuemente iluminada.

Su nueva nave reposaba sobre una cuna de zarcillos jentari, meciéndose suavemente debido a su veloz creación o quizá —el muchacho no pudo evitar pensarlo— estremeciéndose con su propia energía juvenil.

Anakin nunca había visto una nave más hermosa. El casco del pequeño navío estelar relucía tenuemente con una delicada claridad interior, y retazos de luminosidad oceánica parecían ir y venir bajo su reluciente piel verdosa. Anduvo alrededor de ella por la plataforma, con Obi-Wan junto a él, y juntos contemplaron la nave en cuya creación habían tenido un papel tan sustancial.

—Me pregunto si se sentirá sola —dijo Anakin.

—No puede soportar estar separada de nosotros más de unos minutos —dijo Obi-Wan—. Además, todavía tienen que hacer los últimos...

—Lo sé, lo sé —dijo Anakin—. Sólo me lo preguntaba.

La incapacidad de su maestro para entender a qué se refería le irritaba. La nave llenaba sus ojos y su corazón, hasta tal punto parecía formar parte de él.

Los trabajadores y artesanos de aquel extremo del valle volvían a ser ferroanos, y vestían largas túnicas negras ribeteadas de azul nebular. iban y venían por la plataforma de lámina, sus pies calzados con zapatillas produciendo tenues sonidos entre la oscuridad, y los jóvenes ayudantes —la mayoría de los cuales no tendrían muchos más años que Anakin— dirigían los haces de diminutas linternas eléctricas hacia las partes de la nueva nave que deseaban examinar.

Aquel extremo del valle estaba lleno de columnas de piedra. Casas, el edificio administrativo, cobertizos de ingeniería y almacenes ocupaban otros pilares cercanos, y una densa red de puentes formados por zarcillos vivientes y lámina los conectaban.

Un transporte sobrevoló la plataforma y se posó sobre un pilar de roca a unos cincuenta metros de distancia.

Obi-Wan le dio una palmadita en el hombro a Anakin como intentando decirle que no carecía de sentimientos, que lo entendía, y volvió la mirada hacia el oeste para ver si podía entender toda la otra actividad que habían visto en el valle-factoría.

Un gigantesco proyecto oculto estaba en marcha, de eso no le cabía duda, y probablemente involucrase a todo Zonama Sekot. Los magisters habían conseguido someter a su voluntad a los peculiarmente ordenados organismos interconectados del planeta. Obi-Wan se preguntó si Sekot y los colonizadores de Zonama no compartirían algún interés que exigía una cooperación todavía más extensa y con más labores de construcción.

Anakin apenas podía tenerse en pie. Nunca se había sentido tan cansado, ni siquiera después de una carrera, y por eso sintió un gran alivio cuando pudo reunirse con Obi-Wan en un gran sofá mientras el jefe de los artesanos de aquel extremo del valle-factoría les traía una bandeja con refrescos y un fajo de planos.

—Me llamo Fitch —se presentó el ferroano. Era más bajo que los otros y más robusto, y tenía los cabellos muy negros. Su rostro brillaba con fantasmagórica palidez bajo la luz de las estrellas—. Tenéis una nave extraordinaria —añadió con su propia dosis de orgullo—. Dentro de un par de horas mi gente la habrá terminado. Los jentaris han hecho bien su trabajo: no hay costuras ni huecos que llenar, y el interior está prácticamente terminado. Ahora ya sólo falta añadir el instrumental no sekotano habitual, y la nave cumplirá todos los requisitos de la República.

— ¿De dónde habéis sacado el núcleo hiperimpulsor? —preguntó Anakin después de haber apurado su vaso de agua dulce—, ¿Lo habéis fabricado aquí? Nunca había visto un núcleo parecido.

—Disponemos de otras fuentes —dijo Fitch con una sonrisa—. La velocidad de la nave depende en parte de esos núcleos, pero también de la manera en que los conectamos al corazón de la nave..., y a vosotros. Los próximos dos días los pasaréis aprendiendo a manejar la nave. Os alojaréis aquí. No os alejaréis mucho de ella, no durante las próximas cuarenta y ocho horas. Si lo hicierais, la nave moriría: se iría pudriendo de adentro hacia afuera, igual que os ocurriría a vosotros si os sacaran el cerebro del cráneo.

—Pero yo no soy el cerebro de la nave —dijo Anakin—. Puedo sentir cómo ella piensa por sí misma. Todos los compañeros-semilla se han unido y están pensando por sí mismos, ¿verdad?

Fitch miró a Obi-Wan.

—Qué chico tan listo. ¿Va a ser el piloto?

—Será el piloto —confirmó Obi-Wan.

—Tienes razón, muchacho —dijo Fitch—. No eres el cerebro, joven dueño, no en el sentido literal del término. La nave piensa por sí misma, al menos en cierta manera, pero te necesita mientras sea joven y mientras la estamos acabando, porque de lo contrario se sentiría..., digamos que se sentiría un poco confusa. Igual que un bebé, ¿entiendes? Ahora sois sus guardianes.

Fitch se levantó y cruzó la plataforma hasta la cuna, que había elevado un poco a la nueva nave para que pudieran inspeccionar su parte inferior. Los artesanos entraban por la escotilla cargados con equipo familiar para ambos Jedi: comunicaciones subespaciales, compactas cajas de instrucciones para la coordinación con los androides de reparaciones no sekotanos, sistemas de control y mandos remotos necesarios para entrar en órbita alrededor de los planetas con más tráfico, transductores y sistemas de señalización de emergencia, reguladores de hiperimpulsión, paneles de control, dos literas de aceleración para pasajeros, y docenas de pequeños componentes aparentemente no relegados a los compañeros-semilla y los jentaris.

Con la nave elevada a tal altura, por fin podían verla toda ella de un solo vistazo, y la intensa admiración que se adueñó de Obi-Wan no tenía nada que envidiar a la que estaba sintiendo su padawan.

De joven, Obi-Wan se había sentido casi tan fascinado por la maquinaria como Anakin. Él también había construido modelos de naves y soñado con ser piloto, pero con el tiempo y la edad, y bajo la guía de Qui-Gon, había integrado aquellos impulsos en una visión más grande del yo y el deber.

Pero nunca había llegado a perder el sueño. Su yo de los doce años, mantenido a raya desde hacía tanto tiempo por los rigores de ser un Caballero Jedi, se reunió con Anakin encima de aquella plataforma, y juntos, maestro y padawan, anduvieron alrededor de la nave sekotana —su nave— y hablaron en voz baja y llena de admiración.

— ¿Verdad que nunca ha habido una nave más hermosa? —murmuró Anakin con los ojos muy abiertos.

—No cabe duda de que es la más esbelta y elegante que he visto jamás —dijo Obi-Wan.

El casco era ancho y bajo en la quilla, con tres grandes lóbulos como tres lisos guijarros ovalados que hubieran sido unidos y cuidadosamente moldeados. El borde de guía del casco era tan afilado como un cuchillo, y el resplandor interno de la nave aún estaba concentrado allí, haciendo que el filo reluciera con una suave fluorescencia en la penumbra. Los bordes de seguimiento eran menos afilados, y a lo largo de los dos lóbulos posteriores se hallaban interrumpidos por toberas motrices, intercambiadores de calor y conductos de escudo. No había armas. La nave medía unos treinta metros de ancho por veinticinco de largo, y vista desde delante, sus dos lóbulos posteriores formaban un dihedro de unos quince grados.

Cuando estaban a punto de completar su recorrido, dos grandes ventanales se dilataron ante ellos, abriéndose como dos ojos incrustados en rendijas del lóbulo delantero. Un técnico los contempló por uno de ellos y sonrió a los nuevos dueños, alzando un pulgar en señal de

aprobación.

— ¡Piensa en todos los lugares a los que podemos ir con ella! —dijo Anakin.

—Si el Templo nos deja ir a algún sitio —dijo Obi-Wan.

—Nos dejarán. Querrán que la saquemos al espacio para ver que es capaz de hacer. Sé que lo querrán.

Obi-Wan no estaba tan seguro, pero no era el momento más adecuado para hablar de ello. Había terminado su inspección —la parte del asombro y la admiración, al menos—, y se plantó delante de la nave sekotana con los brazos cruzados. Centrando todos sus sentidos, Obi-Wan permitió que la Fuerza recuperase su ascendencia.

—Anakin —murmuró.

Su padawan se volvió hacia él, el rostro súbitamente serio.

—Lo sé —dijo—. Lo percibo.

—El punto central de la ola —dijo Obi-Wan—. Tu prueba, creo.

El padawan palideció.

— ¿No podría esperar... hasta que hayamos volado en la nave?

Obi-Wan no respondió. Anakin se miró las manos, las cerró y volvió a abrirlas.

—Está bien —dijo—. Es como tiene que ser, y lo acepto.

— ¿De veras, padawan? —preguntó Obi-Wan con dulzura.

—Es aquello para lo que nos hemos preparado.

— ¿Sientes eso como una verdad o... lo dices sólo para que no me enfade?

—Yo nunca miento —dijo Anakin, mirándolo a los ojos mientras el color volvía a su rostro.

—Nunca has mentido a otros. Pero no hay mentira peor que mentirse a uno mismo.

—Pero la nave... ¡Somos responsables de ella! Está viva, Obi-Wan. ¡Sin nosotros morirá!

Un segundo transporte pasó por encima de ellos y se posó en una columna cercana. Mientras Fitch iba y venía alrededor de la nueva nave y conferenciaba con sus técnicos, Obi-Wan vio a Sheekla y a Shappa Farrs, Gann y Jabitha encaminándose hacia la plataforma por un puente.

Jabitha se detuvo delante de Anakin, sonrió y le palmeó el hombro con orgullo.

— ¡Es preciosa!

Anakin ladeó la cabeza, asintió y después lanzó una mirada llena de preocupación a Gann.

—Hemos tenido dificultades —dijo Gann con voz cansada y expresión sombría—. Un cliente ha causado senos daños en Distancia Media. Hirió a algunos de los nuestros y escapó. Pero eso no es lo peor: hay un escuadrón de invasión dentro de nuestro sistema. Cuatro pequeñas naves vienen hacia Zonama Sekot. Tememos que sean cazas. Alguien os ha seguido hasta aquí. O... los habéis traído deliberadamente.

Sheekla y Shappa se habían detenido a unos pasos de distancia, pero de pronto Sheekla vino hacia ellos.

—Hemos enviado un mensaje al magister—dijo—. La nave no podrá ser entregada hasta que oigamos su respuesta.

—No hemos tenido nada que ver con traer naves aquí —dijo Obi-Wan—. Pero si hay una fuerza hostil cerca... ¿Cómo os defenderéis? Tal vez podríamos ayudaros.

—No confiamos en nadie, ni siquiera en los Jedi —dijo Sheekla Farrs, el rostro pétreo e impasible—. La experiencia nos ha enseñado a ello.

— ¡Hemos de estar con la nave! —gritó Anakin.

—Estaréis cerca de la nave —dijo Gann—. De hecho, no os moveréis de aquí. Pero la nave no saldrá de Zonama. Todavía no tenemos muy claro en qué consiste la amenaza. Puede que sea pequeña: algunos comerciantes, una banda de piratas.

—Sospecho que no son piratas —dijo Obi-Wan, y Anakin asintió.

—Y entonces ¿por qué tan pocos? —preguntó Gann, volviéndose hacia Obi-Wan—. No tiene sentido. Una fuerza invasora de la Federación de Comercio nos rodearía con una flota. Puede que se trate de un error, o quizá han tenido alguna avería.

Obi-Wan meneó la cabeza.

—Sólo podremos ayudaros si nos decís ciertas cosas.

Jabitha retrocedió con los ojos muy abiertos, asustada por el cariz que estaba tomando aquella conversación. Shappa pasó por entre Gann y Sheekla Farrs.

—Creo que podemos confiar en estos Jedi —dijo—. Quizá haya llegado el momento de contar la historia de Vergere...

Obi-Wan pensó en el breve mensaje transportado por las semillas, aquella comunicación de que Vergere había tenido que irse de Zonama Sekot para seguir la pista de un misterio aún mayor.

— ¡No! —gritó Gann—. ¡Debemos dejar que sea el magíster quien decida!

— ¡Hace meses que nadie ha visto al magíster! —replicó Shappa—. Imparte sus órdenes desde la montaña, y en muchas ocasiones deja que seamos nosotros quienes decidamos lo que hay que hacer. Ni siquiera su hija lo ha visto.

— ¡El magíster está al mando! ¡Siempre lo ha estado, y siempre lo estará!

Los dos ferroanos parecían estar a punto de enzarzarse a puñetazos. Fitch se sintió avergonzado por su pérdida de dignidad.

— ¿Qué ha sido de Vergere? —preguntó Obi-Wan, extendiendo un brazo entre los dos hombres.

—Nadie lo sabe —dijo Sheekla Farrs, y su voz resonó nítidamente por encima de los gruñidos que empezaban a extenderse entre los técnicos inmóviles en la plataforma—. Temíamos que pensarais que la habíamos asesinado.

— ¡Desde que llegaron los Extranjeros Lejanos hemos vivido bajo la sombra del miedo! —dijo Shappa—. Ellos fueron los primeros que desafiaron nuestro modo de vida.

— ¿Quiénes son los Extranjeros Lejanos? —preguntó Obi-Wan.

— ¿No lo sabes? —Sheekla pareció asombrarse de que un Jedi pudiera estar tan pésimamente informado—. La Jedi... —empezó a decir, y después se calló y se tapó la boca con la mano.

Gann estaba fuera de sí.

— ¡El magíster debe decidir! —insistió.

—Entonces llévanos ante él —dijo Obi-Wan, irritado por toda aquella confusión y presintiendo que no podían perder más tiempo—. Que él nos lo diga personalmente.

Un momento de silencio entre los ferroanos.

— ¿Confiamos en los Jedi? —les preguntó Shappa—. Si la Federación de Comercio está aquí...

—Entonces están operando ilegalmente, y a todos los efectos prácticos es como si fueran piratas —dijo Obi-Wan—. La Federación de Comercio está entregando todas sus armas y naves al Senado. La ley central vuelve a imperar en la República.

—Eso es lo que nos han dicho nuestros factores comerciales —murmuró Sheekla Farrs—. Pero como Zonama queda tan lejos de todo eso, no le dimos más importancia.

—El magíster debe ser consultado —insistió Gann, pero su voz se estaba debilitando. Se retorció las manos, al borde de la desesperación—. Esa ha sido siempre nuestra ley.

Anakin, que no se había apartado de la nave sekotana, acariciaba su superficie con la mano. Tenía los ojos entrecerrados y parecía absorto en un sueño, quizá un sueño de vuelo. Obi-Wan lo llamó por su nombre, pero el muchacho no reaccionó.

— ¡Anakin! —volvió a llamarlo Obi-Wan, alzando la voz y utilizando un tono más imperioso.

El muchacho salió de su ensoñación dando un respingo.

—Corremos peligro —dijo, y su voz apenas era un susurro—. Deberíamos irnos de aquí.

Obi-Wan no necesitaba más advertencia, pero se detuvo cuando más ferroanos vinieron corriendo por el puente llamando a Gann.

— ¡Hay otra! —gritaron al unísono.

— ¿Otra qué? —preguntó Gann.

— ¡Una segunda flota dentro del sistema, todavía más grande que la primera!

— ¡Ahora, Obi-Wan! —gritó Anakin.

Obi-Wan miró hacia arriba y vio dos destellos de luz que descendían rápidamente por el cielo. Estaban abandonando la órbita, y aún dejaban tras de sí gruesas estelas de plasma recalentado. Con su aguda visión pudo ver sus contornos relucientes. Obi-Wan los reconoció de inmediato.

Ya se había enfrentado a ellos antes, en Naboo, con Qui-Gon: eran los androides más capaces y mortíferos de la Federación de Comercio.

— ¡Cazas estelares! —gritó, y lanzó a Anakin al suelo junto a él con el tiempo justo de esquivar cuatro haces de fuego láser.

Obi-Wan descolgó su espada de luz —la espada de luz de Qui-Gon— del cinturón, y la reluciente hoja verdosa se extendió cuan larga era con un estridente zumbido. El humo de la roca fundida se alzaba junto a ellos, impidiéndoles ver. Obi-Wan entró en un estado de máxima alerta sensorial. Sus oídos siguieron el zumbido de los motores y los estampidos sónicos de los cazas estelares que maniobraban sobre ellos. Estaban virando para otro ataque. Obi-Wan se volvió en esa dirección para desviar los disparos con su hoja.

—No te levantes —le dijo a Anakin al ver que el muchacho se había puesto de rodillas.

—La nave...

—Olvídate de la nave —dijo Obi-Wan—. Tenemos que encontrar algún sitio donde refugiarnos.

— ¡Podemos escapar en la nave! —insistió Anakin—. ¡Está lista para despegar!

Obi-Wan lo agarró por el hombro y lo empujó sobre la lisa superficie rocosa. Distraído por aquella maniobra, no pudo levantar la espada de luz a tiempo para que le proporcionara aunque sólo fuese un desvío parcial de la siguiente andanada láser. El impacto hizo que saliera despedido por los aires y lo lanzó varios metros hacia atrás. Gránulos de roca fundida se esparcieron en todas direcciones, quemándole la ropa y hundiéndose en su piel. Obi-Wan alzó un brazo instintivamente para escudarse el rostro y levantó el otro para proteger a Anakin.

Pero el muchacho estaba demasiado lejos. Obi-Wan descubrió que no podía levantarse. Algo había chocado con su plexo solar, una afilada astilla de roca. Obi-Wan vio sangre y un agujero en su túnica.

Entonces oyó pasos. La gente gritaba, lanzando alaridos de dolor.

Anakin emitió un sonido ahogado a través del humo, una especie de tos seguida por un seco gruñido, como si acabara de recibir un golpe. Obi-Wan intentó rodar sobre sí mismo y extender la mano hacia su padawan, pero no consiguió recuperar el control de su cuerpo ni siquiera con el esfuerzo de concentración más extraordinario de que era capaz.

Una figura surgió de la penumbra para alzarse sobre Obi-Wan: alta, vestida de azul oscuro, con muchas articulaciones e iridiscente piel dorada. Una bota descendió sobre su brazo y lo dejó atrapado contra el suelo.

—Podría matarte ahora, Jedi. Tu muerte me devolvería el honor.

Unos ojillos negros se clavaron en Obi-Wan. El Maestro Jedi tensó los dedos sobre la empuñadura de su espada de luz y extendió la hoja. El pie volvió a caer sobre su brazo con tal fuerza que casi le rompió el hueso y apartó la espada de luz de una violenta patada. La hoja siseó sobre la roca.

Más andanadas láser surcaron el aire por detrás del tallador de sangre, haciendo pedazos el puente colgante y prendiendo fuego a los edificios de un pilar adyacente. El resplandor de la destrucción hizo que su piel reluciente bailara como una llama, conviniéndola en una parte más de la destrucción.

— ¡Sí, Jedi, vivo! —rugió el tallador de sangre—. Todavía estoy vivo.

Capítulo 43

Anakin había hecho cuanto estaba en sus manos para huir de la pesadilla que acababa de surgir de la humareda, pero los haces láser lo habían dejado tan aturdido como a Obi-Wan. Lo único que pudo hacer fue retroceder lentamente arrastrándose sobre los codos y alzar la mirada hacia la sombra, mientras trataba de conseguir que su cuerpo se moviera más deprisa o que el tiempo transcurriera más despacio. El tiempo ya no iba tan deprisa, desde luego, pero Anakin no consiguió moverse con más rapidez.

La sombra desapareció entre otra nube de humo, salió de ella y cobró nitidez.

— ¡Pequeño esclavo!

Era el mismo tallador de sangre con el que se había encontrado en el pozo de basura. Empuñaba una larga lanza de moldear terminada en una temible hoja y se movía con la celeridad del rayo. Bajó la lanza con tal rapidez que Anakin apenas si tuvo tiempo de iniciar su giro hacia un lado. El plano de la hoja cayó sobre la nuca y el cuello del muchacho, y su cabeza estalló en una centelleante explosión de dolor.

El golpe lo dejó aturdido, pero no perdió el conocimiento. Se sintió levantado por un tobillo, sujeto igual que una exquisitez anfibia de Tatooine, y fue zarandeado a través del humo mientras sangraba por la nariz. Cuando su atacante lo hizo girar por los aires, pudo ver que la nave sekotana seguía intacta sobre su cuna de zarcillos.

El tallador de sangre cogió por la cabeza a un ingeniero que se había asomado por la abertura dilatada del casco y lo arrojó a un lado, y después levantó a Anakin por encima del lóbulo lateral de la nave y lo dejó caer dentro de ella. Luego entró en la nave.

Anakin descubrió que podía moverse un poco, pero fingió estar inerte. «¿Dónde está Obi-Wan? ¿Vive aún? ¿Cómo ha podido ocurrir todo tan deprisa?»

Pero ya lo sabía. Aquello era la prueba, el examen que ningún Templo Jedi podía proporcionar y que ningún Maestro Jedi podía supervisar.

«La Fuerza nunca es una niñera...»

Anakin sólo podía contar con sus propios recursos. Lo primero que hizo, mientras el tallador de sangre examinaba el interior de la nave en busca de otros ingenieros, fue acallar todo su resentimiento, todos sus sentimientos de fracaso e inferioridad y, por encima de todo, los furiosos reproches que se estaba haciendo por haber distraído a Obi-Wan con su estúpida preocupación por la nave.

«Esa preocupación no tenía nada de estúpida. La nave forma parte de tu poder, porque es esencial en el aquí y el ahora. Es el inicio de tu prueba..., y ésta terminará con el juicio al que debe enfrentarse Zonama Sekot. Ahora tu maestro no puede ayudarte.»

Por un momento Anakin pensó que podía tratarse de la voz suspendida de Obi-Wan, o incluso de Qui-Gon, pero no lo era. Si la voz poseía alguna cualidad, ésta pertenecía al mismo Anakin por mucho que fuese más vieja, más madura. «El Jedi en el que me convertiré, todo aquello que me he adiestrado para llegar a ser...»

El tallador de sangre gruñó y Anakin oyó un tenue chillido. Jabitha fue sacada a rastras de la parte de atrás de la cabina, donde se había escondido detrás de dos gruesos soportes entrecruzados.

La joven miró a Anakin con los ojos desorbitados por el miedo de un animalillo atrapado. El tallador de sangre la cogió del brazo y la lanzó a un pequeño compartimiento que había detrás de las literas de aceleración posteriores.

— ¡No te muevas! Es peligroso —le advirtió Anakin.

Jabitha abrió la boca como si se dispusiera a hablar, pero el tallador de sangre le cruzó la cara con un salvaje bofetón y después giró grácilmente sobre sí mismo, agarró a Anakin por los hombros y lo sentó en el sillón del piloto. El sillón se ajustó automáticamente al cuerpo del muchacho, y Anakin sintió el tembloroso reconocimiento de su presencia con que lo saludaba la

nave.

Los compañeros-semilla se habían unido. Ahora hablaban como un solo ser, informándole del estado de la nave, de que estaban listos... y de su preocupación. La nave sabía que algo iba mal, pero Anakin todavía estaba demasiado aturdido y sus movimientos aún carecían de la coordinación necesaria para que pudiera tratar de emprender alguna acción.

Jabitha buscó refugio en uno de los asientos traseros. Tenía el rostro ensangrentado y no paraba de gimotear.

Anakin sintió que se le helaba la sangre. Percibió su dolor.

El tallador de sangre ocupó el asiento que había sido fabricado para Obi-Wan. Se removió incómodamente, y después metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó de él un pequeño bulbo verdoso de apariencia cristalina.

Anakin, encogido en el sillón, vio a través de sus ojos apenas entreabiertos cómo el largo brazo inarticulado se extendía hacia él y unos esbeltos y fuertes dedos dorados aplastaban el bulbo debajo de su nariz.

La cabeza de Anakin pareció volver a estallar, pero esta vez con una indignada detonación de vida. Se apartó del acre hedor del bulbo y su hombro chocó con un panel de instrumentos. Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo, y Anakin miró fijamente a su secuestrador.

—No hay tiempo para explicaciones, joven Jedi.

El tono del tallador de sangre había cambiado de repente, volviéndose más apacible y suave.

— ¿Obi-Wan está muerto?

—Eso no es algo que deba preocuparte —dijo el tallador de sangre—. Esta nave te necesita a ti, no a él. Y yo necesito esta nave. La llevarás a una órbita sobre Zonama Sekot.

— ¿Y si no lo hago?

—Entonces mataré a tu hembra.

El tallador de sangre hizo girar la lanza en el reducido espacio de la cabina y rozó el pecho de Jabitha con la hoja. La muchacha jadeó, pero no movió ni un músculo.

Anakin intentó percibir la presencia viva de su maestro, pero había demasiadas voces y demasiada confusión fuera de la nave y no pudo detectar a Obi-Wan. Si no estaba herido, su maestro podría sobrevivir a cualquier ataque que el tallador de sangre pudiera lanzar. Pero si algún haz láser le había dado...

El tallador de sangre se levantó del segundo asiento y señaló la escotilla con un largo brazo.

—Supongo que el silencio significa valor y que no pilotarás la nave. Eso significa que mi misión ha fracasado. Ahora mataré a la hembra y dispondré de su cuerpo.

— ¡No! —gritó Anakin—. La pilotare. No le hagas nada.

Hizo un nuevo sondeo y reprimió un suspiro de alivio. Podía sentir la presencia de Obi-Wan: estaba herido, pero aún vivía. Anakin no podía imaginarse un universo sin su maestro.

«Bien. Perder a tu maestro hubiese supuesto el fin de tu prueba. Y ahora... empieza.»

Anakin pasó las manos por encima de los controles. No había indicaciones de ninguna clase, pero su diseño y su ubicación eran razonablemente típicos.

La nave volvió a explicarle su estado. Estaba lista para volar, pero no disponía de muchas reservas de combustible: los técnicos aún no habían llenado los depósitos.

—No tenemos combustible suficiente para ir muy lejos —le informó Anakin al tallador de sangre.

El tallador de sangre cerró una mano sobre el cuello de la túnica ritual de Anakin y tiró de él, echándole a la cara un aliento caliente y que olía a pimienta.

—Es verdad —insistió Anakin—. No estoy mintiendo.

—Entonces vuela a un sitio donde haya combustible. Debemos preservar esta nave.

— ¡Tú eres el que no pudo conseguir que le hicieran una nave! Tus compañeros-semilla te odiaron nada más verte.

—Sí, soy una vergüenza para todos —dijo el tallador de sangre con voz gélida—, Y ahora despega.

Poniendo las manos encima de los controles, Anakin accionó las palancas de las toberas de popa y los motores de la nave cobraron vida al instante con un suave canturreo, en un fluido arranque que no se parecía al de ninguna de las naves que había pilotado hasta entonces.

La escotilla se cerró.

«Menudo vuelo inaugural, ¿eh?»

Anakin desplazó las palancas de control hacia adelante. La consola se elevó alrededor de sus dedos y sus manos. La nave le hablaba, enseñándole lo que debía hacer. Anakin, a su vez, le sugirió a la nave que debía separarse de su cuna y subir en línea recta durante unos centenares de metros antes de nivelarse y poner rumbo hacia el suroeste.

La nave hizo todas esas cosas.

El muchacho estaba alejando al tallador de sangre de Obi-Wan, dando tiempo a su maestro para que se recuperara. El que Jabitha hubiera buscado refugio dentro de la nave era una infortunada casualidad. Anakin estaba más que meramente preocupado por su seguridad.

Podía sentir cómo iba recuperando las fuerzas, y no tardó en darse cuenta de que éstas aumentaban. Para gran consternación suya, el componente principal de esa nueva fortaleza era una roja ascua de ira.

«Ese es el camino, muchacho. La ira y el odio son el combustible. Avívalos y haz acopio de fuerza.»

La voz de nuevo, aterradora en su poder. Anakin no tenía ni la más remota idea de cuáles eran sus intenciones: de momento sólo era una presencia invisible, la voz de la lealtad y la supervivencia, y parecía burlarse de cualquier intento de atribuirle planes ocultos.

Anakin no quería que Jabitha viera lo que le haría llegar a ser esa voz, aquello en que se convertiría para poder salvar a Obi-Wan, derrotar a sus enemigos y sobrevivir.

Capítulo 44

Raith Sienar alzó la mirada desde el puente de mando y vio cómo las doce naves de la flota que acababa de llegar maniobraban para reunirse con su escuadrón. Nada más verlos identificó a dos transportes de carga Hoersch-Kessel reconvertidos de tamaño medio, un poco más pequeños que el nada maniobrable modelo que la Federación de Comercio había utilizado durante el bloqueo a Naboo, pero básicamente del mismo tipo. Las diez naves restantes eran cruceros ligeros salidos de las fábricas de la corporación Ingeniería Corelliana que habían sido diseñados para escoltar a los grandes destructores de la República, las armas más poderosas de todo su arsenal.

Pero Tarkin no había podido conseguir ningún destructor. Sus conexiones no llegaban a tanto.

El capitán Kett contemplaba las nuevas naves con cierta satisfacción, sin duda imaginando el momento en que ya no tendría que recibir órdenes de Sienar.

Sienar no necesitó hacer ningún gran esfuerzo de imaginación para darse cuenta de hasta dónde llegaba la traición de Tarkin. Los cazas estelares androides habían aceptado la nueva programación de Sienar sin oponer resistencia, pero a pesar de ello después habían actuado siguiendo un código secreto minuciosamente diseñado para sabotear sus planes. Por lo que él sabía, a esas horas los cazas estelares ya habían podido matar a Ke Daiv, poner en pie de guerra a todos los habitantes de Zonama Sekot y acabar con cualquier posibilidad de que pudieran obtener una nave sekotana.

Quizá lo único que le importaba a Tarkin era quedar bien ante el Canciller Supremo.

Kett subió los escalones que llevaban a la cubierta de mando. Sienar se volvió hacia él.

—Prepárese para recibir al comandante Tarkin, capitán Kett —dijo—. Le autorizo a tomar las medidas necesarias para coordinar sus fuerzas con las suyas y aceptar mi dimisión como comandante.

—Pero el procedimiento reglamentario, señor...

—Nada de cuanto se ha hecho hasta el momento está de acuerdo con las reglas. Vuelve a estar a merced de unos canallas, capitán Kett. No seguiré formando parte de ellos.

—Señor, me temo que no entiende...

—Lo entiendo muy bien.

—Tengo órdenes del comandante Tarkin.

— ¿Ya está aquí? —preguntó Sienar, con una leve elevación de las comisuras de sus labios en la que no había ni sorpresa ni diversión.

—En cualquier momento subirá a bordo del *Almirante Korvin* y asumirá el mando. No necesita su permiso.

—Ya veo.

—Y no puede dimitir, porque ha sido arrestado. Su rango queda en suspenso hasta que comparezca ante un tribunal.

— ¿Han comunicado los cargos?

—No, señor.

Sienar meneó la cabeza y rió.

—Bien, pues en ese caso haga lo que hay que hacer. Enciérreme.

—El comandante Tarkin exige la entrega inmediata de los códigos de seguridad de todos los nuevos programas instalados en los androides de la nave, señor.

— ¿Ya le ha informado de ello?

—No le he contado nada, señor. Al parecer ya se imaginaba que usted tomaría alguna medida de ese tipo.

Sienar volvió a reír, esta vez con una carcajada todavía más falsa que la anterior. La ira tiñó de rojo su rostro.

—Dígale que los programas de los androides han quedado grabados de manera indeleble en

los circuitos y que no pueden ser modificados. Y dígale también que cualquier intento de extraer los núcleos de ordenador o de efectuar un borrado de memoria activará el proceso de autodestrucción del androide.

— ¡Señor, eso dejaría fuera de combate a toda nuestra dotación de androides!

—Eso no detuvo a los cazas estelares, capitán Kett. Estoy seguro de que Tarkin sabrá encontrar alguna manera de salvar ese pequeño obstáculo. Simplemente no quiero ayudarle a hacerlo.

Kett miró a Sienar con cara de perplejidad.

— ¿A qué viene todo esto, señor? ¿Alguna disputa entre usted y el comandante Tarkin?

—En absoluto —dijo Sienar—. Desde el primer momento se me adjudicó el papel de chivo expiatorio. Nuestra misión tenía que salir mal, y ha salido mal. Hemos alertado a Zonama Sekot de nuestra presencia. La finura y la delicadeza han quedado totalmente descartadas. A partir de ahora, todo va a ser fuerza bruta y coacción. Todo se hará más al estilo de Tarkin, ¿comprende? Nada de lo que yo haga o deje de hacer cambiará eso. Si Tarkin desea verme, estaré en mis alojamientos.

Bajó del puente y echó a andar por el pasillo que llevaba a los alojamientos del comandante. Aún no había llegado a ellos cuando tropas de la República le cortaron el paso en el gran corredor principal que pasaba por encima de las bodegas de carga del *Almirante Korvin.*

Tarkin pasó por entre los soldados mientras éstos se hacían a un lado para abrirle camino y saludó a Sienar con una seca inclinación de cabeza.

—Tenemos que hablar —dijo Tarkin, y lo cogió por el codo—. Las cosas no han podido ir peor, y necesito saber por qué. El Senado está muy preocupado por tus acciones. Incluso el canciller Palpatine se ha interesado personalmente por el asunto.

— ¿Le has informado personalmente, quizá? —preguntó Sienar, su rostro tan inexpresivo como una máscara de piedra—. Deberíamos ir a mis alojamientos. Allí podremos hablar.

— ¿Cómo, y que algún lacayo androide nos mate a los dos? Honorable, seguramente, pero muy estúpido, Raith. Iremos a mi nave, donde sé que puedo esperar.

Capítulo 45

—Sheekla está herida —le dijo Shappa—. Los médicos la están atendiendo. Gann sufre un shock agudo.

Obi-Wan se despojó rápidamente de la prenda ceremonial. Debajo llevaba su más familiar túnica. El trozo de roca le había dado un buen golpe, afectando a un centro nervioso e interfiriendo con su control corporal, pero no había penetrado mucho. El dolor era intenso, pero eso no suponía ningún problema para un Caballero Jedi. Obi-Wan se quitó la túnica, cogió el largo vendaje que le ofrecía Shappa y se envolvió el torso con él. Después volvió a ponerse la túnica. El arquitecto le ofreció la espada de luz, y Obi-Wan la tomó de su mano.

Gann cruzó la plataforma con paso tambaleante y el rostro demudado por la confusión.

— ¿Qué vamos a hacer? El magister tiene que darnos instrucciones. ¿Quién ordenará la activación de las defensas? Quizá ya va siendo hora. ¡Debemos huir!

Shappa lo apartó delicadamente —Ahora el liderazgo parece haber recaído en mí —le dijo a Obi-Wan—. ¿Cómo puedo ayudarte, Jedi?

—Necesito un transporte. Una nave espacial, a ser posible —dijo Obi-Wan—. Para seguirlos.

—Puedes disponer de mi nave —dijo Shappa—. He venido desde Distancia Media en ella. Seré tu piloto.

— ¿Y qué pasa con la defensa del planeta? —insistió Gann, alzando los dedos hacia el cielo como si quisiera estrujarlo.

—Eso es asunto del magister —replicó Shappa—. Llevas tanto tiempo trabajando con su grupo... Todo está en su sitio, ¿no?

— ¡Ellos han traído a los invasores hasta aquí! —aulló Gann, señalando a Obi-Wan con un dedo tembloroso.

—Son Jedi —dijo Shappa—. Ellos nunca harían algo semejante. ¿Verdad que no? —añadió, mirando a Obi-Wan.

—Nunca a sabiendas —dijo Obi-Wan.

La furia oscureció el rostro de Shappa con un repentino aflujo de sangre.

—No es la primera vez que rechazamos a unos invasores, y probablemente no será la última. Recuperaremos a tu muchacho..., y después, ¿quién sabe qué se hará?

Shappa silbó. Su nave sekotana se elevó del borde de la plataforma, giró grácilmente en el aire y extendió sus soportes de descenso. Shappa subió a bordo, y Obi-Wan lo siguió.

Shappa puso la mano sobre el panel de instrumentos y la superficie viviente del panel se cerró alrededor de los dedos que le quedaban.

—Han ido hacia el sur —dijo Shappa. La nave empezó a elevarse y la escotilla se cerró sin hacer ningún ruido—. Ya están a cien kilómetros de aquí. Nos costará bastante alcanzarlos, especialmente si salen al espacio. Pero primero tendrán que encontrar combustible, porque de lo contrario nunca conseguirán ponerse en órbita.

— ¿En qué otros lugares pueden conseguir combustible? —preguntó Obi-Wan impacientemente.

—En Distancia Media. Pero dudo que vayan allí, porque está muy bien defendida y se encuentran en estado de alerta. Tendrán que volver a Distancia Lejana, o ir todavía más lejos en dirección norte, hasta la meseta polar. O a la montaña del magister en el sur. —Shappa miró a Obi-Wan—. Quizá haya llegado el momento de que seamos totalmente francos el uno con el otro. Hay algo especial en el muchacho. ¿Puedes decirme en qué consiste?

Obi-Wan confiaba en Shappa. El arquitecto parecía más sensato que cualquiera de los otros ferroanos que había conocido hasta el momento, y quizá percibiese con más claridad los designios de la Fuerza.

«Necesitamos otro aliado.»

Obi-Wan ya comprendía la voz interior. Tal como había sospechado, aunque no como había esperado, no era la voz de Qui-Gon. Lo que perduraba eran las enseñanzas de su maestro, el recuerdo de incontables días y semanas de paciente adiestramiento, la voz de tantos años juntos.

No había ningún espíritu. Qui-Gon no había pasado a otro nivel de existencia al morir. Su maestro estaba realmente muerto.

—En primer lugar, le pediré a nuestra nave del norte que se reúna con nosotros. Charza Kwinn puede ayudar.

—Y yo daré instrucciones a nuestra gente de que le permitan despegar. Y ahora... Dime una cosa, por favor. ¿Por qué estás aquí?

—Hace un año, nuestro Templo envió a una Jedi llamada Vergere a Zonama Sekot.

—Sí. Yo iba a diseñar su nave.

— ¿Qué ha sido de Vergere?

—Empieza tú.

—Vinimos aquí a compraros una nave, y para averiguar qué le ocurrió a Vergere.

Shappa soltó una áspera risita.

—Todo está relacionado entre sí, ¿verdad? Vergere ya no está aquí.

— ¿Adonde ha ido?

—Se fue con los Extranjeros Lejanos.

— ¿Quiénes son?

—Todavía no estamos seguros. Llegaron dos años antes que Vergere. Al principio se mantuvieron al acecho fuera de nuestro sistema, enviando navíos de exploración. Pensamos que podían ser clientes que nos habían encontrado por casualidad sin la ayuda de un guía o un factor. Pero eran muy extraños. No sabían nada de nuestra política o nuestra economía, por no mencionar la cortesía o los modales.

»Y sentían una gran curiosidad por lo que habíamos hecho en Zonama Sekot. Al parecer ellos también construían todas sus naves y enseres a partir de materia viva. Logramos comunicarnos, un poco. El magister habló con sus embajadores, y no tardó en descubrir que querían hacerse con todos nuestros secretos. Querían el control completo de Zonama Sekot. Al principio nos comportamos como unos ingenuos, pero a su debido tiempo comprendimos que eran una amenaza y empezamos a prepararnos para la defensa. Cuando nos negamos a someternos, entonces ellos... Bueno, digamos que se ofendieron un poco.

«Vergere llegó con dinero para una nave: aurodios de la República en forma de lingotes, igual que vosotros. Cuando la situación se complicó, trató de ayudarnos con sus capacidades. Actuó en representación del magister e intentó razonar con los Extranjeros Lejanos. Al principio no quisieron avenirse a razones. ¿Has visto las cicatrices que hay alrededor del ecuador?

Obi-Wan asintió.

—Sus armas eran muy poderosas. —Shappa escuchó a su nave durante unos momentos y después dijo—: El muchacho vive. Está hablando con el ser que secuestró vuestra nave.

Obi-Wan sintió un súbito estremecimiento de alivio. Si Anakin hubiese muerto o estuviese herido él lo habría sabido, pero aun así...

— ¿Puedes oírlos?

—Por supuesto. Instalamos localizadores en todas nuestras naves. No debería decírselo a nadie, pero... Bien, tengo el presentimiento de que a partir de ahora ya no importará mucho. No tengo ni idea de cómo reaccionará el magister ante este segundo ataque.

— ¿Qué puede hacer? —preguntó Obi-Wan—. Vuestro planeta se encuentra prácticamente indefenso.

Shappa sonrió.

— ¡Y pensar que eres un Jedi! Cuan poco sabes. ¿El muchacho sospechaba algo más?

—Decía que los seres vivos del planeta forman una unidad simbiótica, y yo también pude percibirlo.

Shappa volvió a sonreír.

—Eso sólo es el comienzo. Créeme, Jedi, no somos débiles. Somos perfectamente capaces de defendernos. Expulsamos a los Extranjeros Lejanos. Puede que Vergere también tuviera algo que ver con eso y nos ayudara a convencerlos de que se fueran, no lo sé. Pero los echamos de aquí.

Obi-Wan apenas si podía creerlo.

— ¿Con qué?

—Me temo que eso sí que no puedo decírtelo —repuso Shappa y, ladeando la cabeza, escuchó en silencio—. Naves de gran tamaño vienen hacia nosotros desde el espacio profundo. Creo que Zonama Sekot está a punto de ser invadido..., otra vez. Y no puedo predecir cómo reaccionará el magister. Ahora somos mucho más fuertes de lo que lo éramos hace un año.

Obi-Wan abrió un canal de comunicación con Charza Kwinn.

Capítulo 46

—Modificaste los androides —dijo Tarkin, meneando la cabeza como si se compadeciera de él—. ¿Es que no confiabas en mí?

Él y Raith Sienar estaban sentados el uno enfrente del otro en el camarote de Tarkin a bordo de su navío-cuartel general, el carguero reconvertido *Mercader Einem del Borde.* El camarote no era tan lujoso como lo había sido el de Sienar, pero se encontraba en un navío de mayores dimensiones lleno de muchas más armas.

—No más de lo que tú confiabas en mí. —Sienar alzó las manos y señaló a Tarkin con un largo dedo—. Querías que todos mis esfuerzos fracasaran de la manera más estrepitosa posible, y entonces tú aparecerías y salvarías la misión. Bueno, Tarkin, pues estaba a punto de conseguir una nave sekotana y tú lo has echado todo a rodar. ¿Quién sabe qué va a ocurrir ahora?

—Comprendo —dijo Tarkin, y empezó a ir y venir por la cabina—. Unos cazas estelares androides que empiezan a actuar por su cuenta... Altamente inusual, ¿verdad? —No podía ocultar su expresión, que era tanto mueca como sonrisa—. Interferir una inteligencia androide es una operación bastante complicada. ¿Estás seguro de que no hiciste algo mal?

Sienar no contestó.

Tarkin hizo aparecer una imagen de Zonama Sekot en el centro del camarote y anduvo alrededor de ella con el mentón apoyado en la mano.

—Nuestros sensores nos dicen que está ocurriendo algo ahí abajo, una especie de persecución entre tres naves que quizá haya sido causada por los cazas estelares. ¿Dónde se encuentra Ke Daiv ahora?

Sienar señaló la imagen del planeta.

—Ahí, a menos que tus ardides lo hayan matado.

—El capitán Kett nos ha informado de que mantuviste una larga conversación con Ke Daiv y que luego le asignaste otra misión. ¿Se mostró muy impresionado por lo que tenías que decirle?

—Le dije que podía conseguir una nave sekotana y ahorrarnos muchas molestias a todos. Pareció tomárselo como una aventura.

—Y supongo que no has vuelto a saber nada de él, ¿verdad?

Sienar sacudió la cabeza.

—Esos talladores de sangre son muy difíciles de matar. Tienen muchos recursos y pueden llegar a ser muy útiles, pero son tan impredecibles... —murmuró Tarkin filosóficamente—. Y toda esta competición... ¡Qué ridícula resulta! ¿Qué es lo que tú o yo hemos conseguido, Raith?

—Bueno, supongo que vas a conquistar Zonama Sekot y que te harás con el control del planeta. Vas a invadirlo, ¿no?

—Ya he dado las órdenes. Las naves están ocupando sus posiciones alrededor del planeta —dijo Tarkin—. La República tiene un canciller fuerte, un auténtico líder. Y desde hace algún tiempo el Senado se muestra notablemente dócil. Pero si dispones de los contactos adecuados, se los puede persuadir. Y yo dispongo de ellos. Siempre he dispuesto de ellos, Raith.

— ¿Qué armas?

—Nos han entregado más sembradores de minas celestes de la República, y hemos asumido el control de muchos más cazas estelares androides de la Federación de Comercio de los que te fueron asignados a ti..., con sus inteligencias intactas. Los cruceros también disponen de suficiente potencia de fuego para destruir cualquier zona habitada en el caso de que los sekotanos rechacen nuestras peticiones diplomáticas. Llevo mucho tiempo sospechando que este planeta podía crear naves y armas para una rebelión.

—Qué sutil —dijo Sienar.

—Qué efectivo —le corrigió Tarkin—. Pero veamos esta pequeña y espectacular carrera mientras mí flota demuestra su poder. —La imagen aumentó de tamaño hasta que pudieron ver los

contornos de las tres naves, que estaban sobrevolando la densa masa de jungla que crecía a lo largo del ecuador—. Reconozco un YT-1150. ¿Las otras dos son sekotanas? ¿Se trata de naves espaciales, o meros vehículos atmosféricos?

Sienar guardó silencio. A decir verdad, no lo sabía.

—Me parece que el YT-1150 es un agresor que está persiguiendo a dos naves nativas —dijo Tarkin con voz pensativa—. Creo que informaré a quien esté al mando en Zonama Sekot de que hemos dado comienzo a nuestra acción policial capturando o incapacitando a esa nave, y después nos sentaremos a discutir los detalles del acuerdo de protección.

La capitana Mignay del *Mercader Einem del Borde* hizo acto de presencia en el camarote a través de una pequeña imagen de sí misma.

—Comandante Tarkin, otras naves parecen estar saliendo de hangares ocultos en Zonama Sekot. También hay grandes construcciones enterradas en el planeta que no podemos identificar.

Tarkin frunció el ceño y concentró su atención en nuevas imágenes. Docenas de naves estaban despegando de las junglas sekotanas alrededor del largo desfiladero deshabitado conocido como Distancia Media.

—Ya veo que has causado cierta conmoción —observó Sienar.

—Quizá dispongan de unas cuantas defensas ligeras —dijo Tarkin—. Nada que los cazas estelares no puedan solventar. Capitana Mignay, lance nuestra primera oleada de cazas estelares y coordine sus acciones con los sembradores de minas celestes.

— ¿Alguna advertencia al planeta antes de que empecemos, señor? —preguntó la capitana.

—No —dijo Tarkin altivamente—. Si no reconocen la legalidad representada por las naves de la República, entonces dudo de que podamos razonar con ellos.

Tarkin no se conformaría con nada que quedara por debajo de la sumisión absoluta. Sienar apretó los dientes hasta hacerlos rechinar. Aquello parecía rebasar los límites de la decencia incluso entre los canallas de una época degenerada. Pero ¿por qué le sorprendía tanto? Estaba claro que el Senado de los últimos meses no se parecía en nada al que había conocido.

Sienar dudaba de que Zonama Sekot pudiera enfrentarse a la potencia de fuego combinada de dos escuadrones, o al horror de una atmósfera llena de minas celestes flotando a la deriva en busca de cualquier cosa que se moviera.

Casi sentía pena por ellos.

Capítulo 47

Anakin, ya totalmente recuperado, pudo sentir la respuesta inmediata de la nave, las maravillosas oleadas de potencia instantánea y la forma en que surcaban el aire casi con tan poco esfuerzo como si se hallaran en el vacío. El casco creaba un sutil impulso ascensional y era notablemente estable. En cualquier mundo con atmósfera, aquella nave aterrizaría prácticamente sin vibraciones. Pilotarla requería muy poca atención. La información llegaba en cómodos flujos a través de su contacto con la mente de la nave, un auténtico sueño que vivía bajo sus manos.

Pero cualquier placer que hubiera podido extraer de su primer vuelo a bordo de ella estaba manchado por su preocupación por Obi-Wan. Un sombrío fruncimiento de ceño oscurecía su rostro.

El tallador de sangre contemplaba al joven humano con sus faldones nasales cerrados en una disposición tan afilada como una navaja.

—No he matado a tu maestro —dijo Ke Daiv—. Matado no hubiese servido de nada.

—Pero no hace mucho me habrías matado —masculló Anakin.

—Obedecía órdenes —dijo el tallador de sangre.

—Así que eres un asesino. ¿Sabes cómo me llamo?

—Eres aquel al que llaman Skywalker.

—Si vas a matarme, me gustaría saber cómo te llamas.

—Ke Daiv.

—Nunca había hablado con un tallador de sangre —dijo Anakin—. No puedo decir que sea un placer.

—Limítate a pilotar. Tenemos que encontrar combustible.

— ¡No sé dónde conseguirlo! —mintió Anakin.

Las semillas lo sabían, porque estaban hablando con otras partes de Sekot.

Y algo o alguien más fluía por sus dedos cuando estaban sumergidos en los controles. Anakin no paraba de entrever fantasmas nebulosos que flotaban por la cabina, como imágenes residuales vistas después de haber mirado el sol, hasta tal punto que le costaba concentrarse en lo que le rodeaba.

—He estado muy ocupado en Distancia Media —dijo Ke Daiv—. He averiguado dónde tienen guardadas reservas secretas de combustible. Vuela en dirección sur.

— ¿Y para qué iban a necesitar reservas secretas? —preguntó Anakin mientras hacía virar la nave.

—En este planeta hay muchos misterios —dijo Ke Daiv con un suave siseo—. No hace mucho hubo una gran guerra.

—Vimos los daños.

— ¿Habéis logrado descubrir qué causó la guerra?

—Francamente, creo que no debería estar hablando contigo.

«Pero debería averiguar hasta qué punto eres susceptible a la compulsión Jedi. Mi adiestramiento todavía no ha llegado a la fase de los trucos mentales, pero sé que puedo hacerlo. Quizá incluso mejor que Obi-Wan...»

El muchacho meneó la cabeza, súbitamente aturdido al ver cómo una imagen nebulosa se extendía sobre las facciones del tallador de sangre. La forma espectral parecía moverse siguiendo la dirección de su atención, flotando por distintas partes de la cabina.

— ¿Quién eres realmente? —preguntó Anakin para ocultar su confusión.

—Vengo de un antiguo clan, de una nación todavía más antigua que fue engullida por la República, la cual nos absorbió después de que los lontars nos hubieran derrotado.

La concentración se estaba volviendo cada vez más difícil. Anakin tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantener la conversación y no pensar en lo que realmente le preocupaba.

—Eso fue hace cientos de años. El Senado obligó a los lontars a detener su agresión.

—No antes de que mi pueblo casi hubiera sido exterminado —dijo Ke Daiv—. Los pocos supervivientes fueron llevados a Coruscant y mantenidos en reclusión. Éramos guerreros. Nos llamaban aliados, pero no se podía confiar en nosotros. Pocos nos entendían. Con el paso del tiempo, cuando los gobernantes de la galaxia dejaron de encontrarnos interesantes, empezamos a ganarnos la vida vendiendo nuestras habilidades.

—Así que has pasado toda tu vida en Coruscant.

—Dijiste que no deberías dirigirme la palabra —le recordó Ke Daiv.

— ¿Acaso hay algo más que hacer? ¿Por qué no te procuraste una nave?

El espectro cobró forma: una cabeza oblonga y un torso cambiante, todavía demasiado vagos para ser identificables. Pero un instante después el muchacho pudo distinguir las plumas y los ojos elípticos. Anakin contuvo una exclamación y la frente se le cubrió de sudor. «¡No necesito esto ahora!»

—Los compañeros-semilla no me encuentran atractivo —dijo Ke Daiv.

—Lástima. Estas naves son realmente soberbias.

—Siempre he anhelado la independencia —dijo Ke Daiv.

—Sí, yo también —dijo Anakin en un tono bastante seco—. Recorrer toda la galaxia... Libertad para verlo todo, sin obligaciones, sin...

—Sin historia, sin futuro —dijo Ke Daiv.

—Exacto —dijo Anakin.

«Se está distrayendo. Es débil. Ahora es el momento de actuar contra él. He de conservar el control. Nada de distracciones.»

Pero no podía dejar de mirar la imagen de la criatura emplumada.

Intentaba decirle algo, repitiendo alguna cosa una y otra vez, como una grabación sin sonido.

Anakin alzó las manos y el panel se separó de ellas con un suave sonido de succión. La imagen se desvaneció. El muchacho agitó los dedos como si tratara de aliviar la tensión que se había acumulado en ellos.

—Tengo que acostumbrarme a estos controles.

Miró al tallador de sangre mientras sus dedos formaban la elegante forma de la compulsión.

Ke Daiv no pareció darse cuenta de nada.

—Deberías dejar que te llevara de vuelta a Coruscant —dijo Anakin—. Podría enseñarte el Templo donde vivo.

Ke Daiv lo miró, con los ojos diminutos y un tanto apenados, su rostro extrañamente hermoso casi indescifrable.

—No estamos destinados a compartir clan.

—No, solamente sería una visita.

Anakin desplazó su mano a otra posición, una variedad de persuasión no tan intensa, y su mente buscó conexiones en la Fuerza.

«El Jedi debe entender lo que intenta controlar y entrar en un estado de empatía con ello. Tú y él no sois tan distintos.»

—No somos tan distintos.

—Somos distintos, Jedi. Tú tienes honor. Yo sólo tengo la obligación de redimirme de la ignominia.

—Háblame de ello —dijo Anakin—. Yo he sido esclavo.

—Los Jedi te consideran valioso. Y aquellos que mandan me dicen que los Jedi representan un peligro.

—Defendemos, pero nunca causamos problemas.

—Eso son tonterías de jóvenes —dijo Ke Daiv.

—También somos jóvenes.

Ke Daiv volvió la mirada hacia sus controles. Uno entre varios indicadores se desplazó para quedar situado delante de él. El tallador de sangre se envaró en su asiento, que no le permitía adoptar

una postura cómoda.

—Una nave nos persigue. Es la nave que os trajo aquí. Y... hay otra. Ve más deprisa.

Anakin lo observó con los ojos entornados.

Ke Daiv dirigió su flexible brazo hacia atrás, y la hoja de la lanza estuvo a punto de hundirse en el rostro de Jabitha. La joven gritó.

—Más rápido, a la montaña del magister —insistió el tallador de sangre, su voz aterradoramente tranquila c impasible.

— ¡No podemos ir más deprisa! —gritó Anakin.

No disponía del adiestramiento o de la concentración necesarios para obligar al tallador de sangre a que hiciera nada. Puso las manos sobre los controles.

La pequeña criatura volvió al instante, llenando sus ojos y su mente. Cualquier resistencia sería inútil. La imagen era de una nitidez cristalina. Su expresión, lo que Anakin podía ver en aquella extraña disposición de plumas y bigotes, era adusta y solemne, y sus grandes ojos rasgados iban de izquierda a derecha, previendo el peligro.

Anakin la reconoció. Era Vergere.

«Jedi, quienquiera que puedas ser —dijo Vergere—. He dejado este mensaje en mis compañeros-semilla, con la esperanza de que ellos te encontrarán o de que tú los encontrarás a ellos. Queda poco tiempo. Me voy con los visitantes que han provocado una guerra y destruido la mitad de Zonama Sekot. Es la única manera de estudiarlos, y la única manera de evitar una guerra aún más grande y salvar este mundo.»

Anakin intentó mantener la calma. Las semillas integradas contenían la totalidad del mensaje del que Obi-Wan sólo había percibido un fragmento. El que la nave estuviera transmitiendo el mensaje precisamente entonces, en plena prueba de Anakin y en su momento de mayor vulnerabilidad, parecía terriblemente injusto.

Pero la justicia nunca había tenido un papel muy importante en la vida de Anakin Skywalker.

«Los zonamanos llaman a estos visitantes los Extranjeros Lejanos. Son distintos de todos los seres vivos a los que hemos estudiado hasta ahora. Los Extranjeros Lejanos no saben nada de la Fuerza. Y la Fuerza no sabe nada de ellos. Y con todo no son máquinas, pues no cabe duda de que están vivos y pueden llegar a representar una gran amenaza para todos nosotros. Están fascinados por mí y por mis habilidades, y me han aceptado a cambio de cesar en su ataque y dejar este sistema.

»Parto con ellos para descubrir sus secretos y juro, como miembro de la orden de los Caballeros Jedi, que sobreviviré y comunicaré mis descubrimientos. Pero también lo hago para alejarlos de un planeta al que he llegado a amar. No olvides esto, Jedi...

El rostro de Vergere parecía resplandecer de entusiasmo.

«Aquí hay un gran secreto, y puede que con el tiempo lo descubras. El corazón de un gran ser vivo ha empezado a latir, y una gran mente ha cobrado conciencia de sí misma. He asistido al nacimiento de una criatura asombrosa...»

Vergere se volvió, y el mensaje finalizó bruscamente.

No había nada más.

— ¿Qué estás mirando? —preguntó Ke Daiv, golpeando con la lanza el mamparo por encima del asiento de Jabitha.

La punta de la lanza dejó una señal que se cerró rápidamente, curándose en cuestión de segundos.

Anakin se sobresaltó.

—Déjame pilotar—dijo frunciendo el ceño.

De pronto la nave sekotana, su entusiasmo infantil por las máquinas y su disgusto ante el rumbo que había tomado su vida, todo lo que anteriormente había definido a Anakin Skywalker, le parecieron vagos y carentes de importancia.

Vergere quizá hubiera sacrificado su vida para transmitir aquella información a otro Jedi.

Anakin por fin podía ver con más claridad la forma de su prueba. Sabía por qué era importante,

y por qué debía derrotar a Ke Daiv y a cualquier otro enemigo que pudiera tratar de aniquilarlo.

La supervivencia de los mismos Jedi podía estar en juego.

Capítulo 48

Shappa subió hasta la mesosfera, en el límite del espacio, y una vez allí aceleró su nave hasta que la fricción hizo brillar la piel de ésta. Estaban alcanzando a la nave de Anakin, que se encontraba a unos cuarenta kilómetros delante de ellos y unos treinta más abajo. Allí el aire era de un color púrpura oscuro, y la curva de Zonama Sekot se había vuelto claramente visible. Los ventanales delanteros se habían estrechado para contener la transmisión de calor de la piel de la nave, pero Obi-Wan aún podía distinguir la interminable capa de nubes que se extendía por debajo de ellos y la cima de la montaña del magíster en el horizonte.

Charza Kwinn se encontraba aproximadamente a mil kilómetros por detrás de ellos, y los problemas perseguían rápidamente al *Flor del Mar Estelar.*

—Mi gente no tardará en abrir fuego —dijo Shappa—. Me pregunto si saben en qué se meterán al atacarnos.

—Está claro que no lo saben —dijo Obi-Wan.

No se le ocurría ninguna razón para atacar Zonama Sekot. Algo había ido mal durante la transición, la asimilación de las naves de la Federación de Comercio a las fuerzas de la República. Quizá algunos elementos marginales de la Federación de Comercio habían decidido independizarse y habían empezado a actuar por su cuenta. Eso explicaría la presencia de cazas estelares androides, pero no así sus acciones.

—Esas lecturas de ahí son naves de la República —dijo Shappa, mirando a Obi-Wan—. Sembradores de minas, creo.

Obi-Wan estudió las imágenes de los sensores de Shappa. Eran sembradores de minas celestes, desde luego, y encima de ellos, a diez mil kilómetros de distancia, había vanos de aquellos cruceros ligeros corellianos que sólo era posible encontrar entre las fuerzas de la República.

—Perdóname, pero si representas a la República... —dijo Shappa.

—No sé nada de esto —dijo Obi-Wan con expresión sombría.

—Da igual —dijo Shappa—. Siempre hemos considerado que no estábamos sometidos a la jurisdicción de la República, la Federación de Comercio o cualquier otro gobierno. Nuestro magíster previó nuestras necesidades ya hace mucho tiempo, al igual que lo hizo el magister que lo precedió. Sabíamos que tarde o temprano tendríamos que encontrar un escondite todavía más recóndito en el cual refugiarnos. Tal es la voluntad del Potencio.

Aquella palabra de nuevo, un concepto desacreditado del pasado.

— ¿El primer magíster recibió adiestramiento Jedi? —preguntó Obi-Wan.

—Sí —*dijo* Shappa con una extraña reluctancia.

— ¿Cómo se llamaba?

—Ese nombre es sagrado para los zonamanos y no debe ser pronunciado —dijo Shappa.

Obi-Wan intentó recordar los pasajes más oscuros de la historia de los Jedi que le habían enseñado en el Templo. El Potencio había causado serios problemas a los Jedi de hacía cien años. Los defensores del concepto creían que la Fuerza no podía llevar a nadie al mal, que el universo se hallaba permeado por un campo benévolo de energía vital cuyas instrucciones eran inevitablemente buenas. El Potencio, como ellos lo llamaban, era el principio y el fin de todas las cosas, y la conexión con él no debía ser analizada ni enturbiada por ninguna clase de adiestramiento o disciplina. Los seguidores del Potencio insistían en que los Maestros Jedi y la jerarquía del Templo no podían aceptar el bien universal del Potencio porque el hacerlo habría significado que ya no serían necesarios.

Pero finalmente, aquellos aprendices Jedi que se habían involucrado en el movimiento abandonaron el Templo, o fueron expulsados de él, para dispersarse por la galaxia. Por lo que podía recordar Obi-Wan, ninguno de los creyentes había sucumbido al lado oscuro de la Fuerza, algo que todos los historiadores Jedi consideraban como un auténtico prodigio. De vez en cuando, un joven Jedi absorto en su primera experiencia de la Fuerza se tropezaba con la filosofía del Potencio y tenía

que ser pacientemente reinstruido en la historia de la Fuerza, en las muchas y variadas razones por las que los Jedi entendían que había divisiones y tropiezos en el reino que la vida había creado dentro del espacio y el tiempo.

Un nombre llevaba días bailándole en la punta de la lengua, el de un joven aprendiz Jedi particularmente prominente que dejó el Templo voluntariamente y renunció a su adiestramiento.

— ¿Vuestro primer magister se llamaba Leor Hal? —le preguntó a Shappa.

Shappa clavó los ojos en el ventanal del lado del piloto y apretó las mandíbulas.

—Sabía que no tardarías en descubrirlo por ti mismo —dijo.

—Era un estudiante inmensamente capaz —dijo Obi-Wan—. Los Jedi siguieron respetándolo incluso después de que se hubiera ido.

—Fue considerado un incauto y un estúpido —dijo Shappa.

—Puede que fuese un idealista, pero no era ningún estúpido.

—Bueno, sus prejuicios contra cualquier sistema político u organización filosófica... determinaron una gran parte del carácter de la colonización zonamana.

— ¿Y Leor Hal reclutó colonos entre los ferroanos? —preguntó Obi-Wan.

—Sí. Mi pueblo siempre ha creído en la independencia y la bondad básica del universo, ¿comprendes? Somos gente alegre y optimista, y vinimos aquí para escapar y criar a nuestros hijos en un nuevo estado de felicidad.

—Y cuando llegaron los Extranjeros Lejanos...

—Fue como un desagradable despertar —dijo Shappa—. Pero el heredero del magister insistió en que los Extranjeros Lejanos vivían fuera del Potencio. No sabían nada de sus misterios, y debíamos enseñarles.

— ¿Cómo reaccionó a la presencia de Vergere?

—Se negó a verla, porque no quería faltar a la memoria de su padre —dijo Shappa—. No le prestó ninguna clase de ayuda.

—Pero construyó armas.

—Cierto. Sabía que muchos podían malinterpretar el Potencio, y que podían tratar de destruirnos debido a nuestras diferencias.

— ¿Y qué construyó exactamente el primer magister?

—Fue el que empezó a vender naves. Nos dijo que necesitábamos reunir el dinero suficiente para comprar enormes núcleos hiperimpulsores. Y para importar motores gigantescos, estudiarlos y usar a los jentaris para que los modificaran y los convirtieran en motores todavía más potentes, para nuestros propios propósitos.

— ¿Con que fin?

—Escapar —dijo Shappa, irguiéndose en el asiento—. Y ahora creo que ha llegado el momento.

—Pero el magister está muerto.

—Tonterías. Vosotros hablasteis con él.

—No. Ahora ya está claro.

— ¡El magister no ha muerto! —gritó Shappa, y agitó el puño delante del rostro de Obi-Wan—. ¡Nos envía instrucciones desde su palacio!

—Puede que ni siquiera el palacio exista ya —dijo Obi-Wan.

— ¡No consentiré que digas esas cosas! —gritó Shappa—. Te ayudaré a rescatar a tu muchacho, y después... ¡debéis iros! —Se volvió, visiblemente afectado, y estudió las lecturas de sus paneles de control—. Pensándolo bien, puede que los Jedi os hayan enviado aquí para que sembrarais las dudas entre nosotros. Y las naves de la República...

El cielo se llenó de minúsculos puntitos de luz delante de ellos. Las minas celestiales acababan de iniciar su vertiginoso descenso a través de los estratos superiores de la atmósfera, esparciéndose por ellos a lo largo de miles de kilómetros como difusas flores anaranjadas.

— ¡Intentan destruirnos a todos! —gimió Shappa, el rostro convertido en una máscara de miedo y desilusión.

Capítulo 49

Anakin hizo que su nave sobrevolara la cima de la montaña en un arco tan hermoso como impecable, controlando a la perfección cada una de las maniobras.

Un silencio absoluto reinaba en la cabina. Jabitha se había hecho un ovillo en su litera y parecía estar tratando de dormir. Anakin sólo pensaba en cómo protegerla, pero por el momento no podía hacer nada. Cualquier conducta temeraria supondría su muerte inmediata, y no era el momento más adecuado para dejarse llevar por sus impetuosas tendencias juveniles.

—El palacio debería estar aquí mismo —dijo. Ke Daiv guardó silencio, con la punta de su lanza inmóvil junto al cuello del muchacho—. No veo nada... ¡Ninguna pista de descenso, nada!

— ¿Has estado aquí antes? —preguntó Ke Daiv.

—Hace unos días —dijo Anakin—. El palacio era enorme... Ocupaba toda la cima de la montaña.

—Y ésta es la única montaña —murmuró Ke Daiv con voz pensativa—. No estarás tratando de engañarme, ¿verdad, Jedi?

—No —dijo Anakin, lleno de frustración—. Ya lo intenté y... no dio resultado.

Ke Daiv emitió una especie de suave cacareo.

—Traza otro círculo.

— ¿Hemos llegado al palacio? —preguntó Jabitha de pronto, y Anakin no supo qué responder.

—Ven aquí y enséñanos adonde hemos de ir —ordenó Ke Daiv.

La joven se levantó de la litera y se dirigió cautelosamente hacia ellos.

—No lo veo —dijo con voz temblorosa, y entonces abrió mucho los ojos—. Espera un momento... Eso es la Cueva del Dragón, llena de vapor justo al lado de un glaciar subterráneo... Hace años solíamos ir de excursión a ese sitio. Pero ¿qué es eso? Nunca lo había visto. —Señaló un largo talud detrítico, una especie de ladera formada por enormes trozos de roca inmóviles en un precario equilibrio temporal sobre uno de los lados de la montaña, allí donde los riscos descendían por debajo de las nubes—. Eso es nuevo.

—Antes dijiste que llevabas un año sin venir por aquí —dijo Anakin—. ¿No habías vuelto a la montaña después del ataque?

Jabitha enrojeció.

—Padre dijo que nunca debíamos hablar del ataque con los extranjeros.

Ke Daiv los observaba y escuchaba con cauteloso interés.

—Parece como si la montaña hubiera sido alcanzada por las ráfagas de un cañón láser, o por algo todavía más poderoso —observó Anakin, sabiendo que aquello probablemente no fuese lo que la muchacha quería oír.

— ¡Ridículo! Padre nos dijo que la montaña era... —Jabitha cerró la boca y sacudió la cabeza en una terca negativa—. No revelaré ningún secreto.

—Ahora ya es demasiado tarde para los secretos —dijo Ke Daiv—. Cuéntalo todo.

— ¡No sé qué decir!

—No sabe nada —dijo Anakin—. Yo estuve aquí hace poco, y vi un palacio.

—Todavía figura en los mapas que hay en Distancia Media –dijo Ke Daiv, a modo de asentimiento—. No sabemos qué ocurrió, pero fuese lo que fuese debemos encontrar combustible.

— ¡Tenemos que encontrar el palacio! —insistió Jabitha—. Está aquí. Mi padre está aquí. ¡Tienen que estar aquí!

Anakin viró para inspeccionar la zona desde mayor altura, y fue entonces cuando vio las flores de las minas celestes esparciéndose por encima de ellos. Ke Daiv las vio al mismo tiempo que él.

—Se diría que no les importa perderte —murmuró Anakin.

El tallador de sangre miraba por el ventanal con el rostro indescifrable, pero la punta de la

lanza bajó ligeramente. Anakin comprendió que era el momento de posar la nave, dejar a Jabitha en la cima de la montaña y volver a despegar llevándose consigo a Ke Daiv.

Las minas celestes le proporcionarían la excusa perfecta. Habían sido diseñadas para impedir que las naves pudieran abandonar un planeta y muy rara vez estallaban en la superficie.

—Tenemos que descender en algún sitio —dijo Anakin.

—Hazlo —dijo Ke Daiv.

Jabitha, que se había pegado a Anakin para poder mirar por el ventanal, dejó escapar un sollozo ahogado.

— ¡Ahí! —chilló.

Estaban sobrevolando el centro de la cima de la montaña. Prácticamente enterradas por un colosal corrimiento de tierra llegado de las elevaciones superiores, podían distinguirse las ruinas de un enorme complejo de edificios. El área había sido alterada tan drásticamente, y el complejo estaba tan completamente cubierto, que las habían pasado por alto durante su primer recorrido de la cima.

Anakin vio el borde de la antigua pista de descenso con su superficie de lava negro rojiza.

—Bajaré allí—dijo.

— ¿Dónde está mi padre? —preguntó Jabitha con las mejillas humedecidas por el llanto.

Capítulo 50

Las minas celestes iban de un lado a otro en busca de presas, sus estelas reflejando los fulgores del crepúsculo por encima de las nubes como letras de fuego que ardieran en el cielo. Había centenares de miles de ellas, diminutos esferoides aplanados altamente explosivos equipados con una tremenda capacidad de seguimiento y una maniobrabilidad que se medía en fracciones de segundo. Su presencia estaba obligando a Shappa a descender cada vez más.

—No podremos mantenernos en el aire mucho tiempo más —dijo—. Unos minutos como máximo, y después nos encontrarán.

Obi-Wan guardó silencio durante un momento interminable. Siguiendo a las minas celestes vendrían cazas estelares de la modalidad cazador-asesino, y el aire encima de las nubes se llenaría de veloz destrucción. La nave sekotana estaba desarmada. No tendrían ninguna posibilidad.

—Entonces baja —dijo.

—Han aterrizado en la montaña del magister. Al menos en el palacio dispondrán de alguna protección —dijo Shappa, mirándolo fijamente como si desafiara a Obi-Wan a contradecir sus creencias, sus esperanzas.

La nave sekotana descendió por debajo de la capa de nubes y se encontraron envueltos por una penumbra plateada. Los vientos los bambolearon antes de que Shappa posara su nave en una pradera abrasada que había quedado reducida a la desnudez ennegrecida de las rocas. A su alrededor, promontorios de piedra deformada indicaban que un frenesí de energías destructoras había fundido el paisaje para darle una nueva forma, acabando con toda la vida en el proceso. Shappa sacó las manos de los controles y fue a la parte posterior de la cabina, donde comprobó el equipo instalado allí. Cuando volvió encontró a Obi-Wan inmóvil en su asiento, sumido en profundas reflexiones.

—Contempla lo que hicieron —murmuró Shappa mirando por el ventanal de Obi-Wan—, ¿Qué hemos podido hacer para merecer semejante destrucción? ¿Cómo pudo el Potencio permitir semejante maldad?

Obi-Wan se levantó, sabiendo que tratar de discutir con Shappa no serviría de nada. El didactismo —una tendencia siempre presente en él— no iba a serle de ninguna utilidad allí. Shappa era un aliado, y tendría que ir dejando atrás poco a poco las creencias que le daban fuerzas.

— ¿A qué distancia de la montaña estamos ahora? —preguntó Obi-Wan.

—A unos cien kilómetros. — ¿Y dónde está Charza Kwinn? Shappa examinó sus lecturas.

—La otra nave también ha descendido por debajo de las nubes.

Por el momento no había nada que Obi-Wan pudiera hacer. Su sentido del futuro estaba tan nublado como el cielo. El destino de Anakin había sido empujado hacia un nudo, una fístula en los senderos que llevaban a los distintos futuros. Lo que más impresionaba a Obi-Wan eran las aterradoras conexiones entre tantos futuros que se reunían en las próximas horas. ¡Eran tantos los acontecimientos y las vidas interconectadas que giraban vertiginosamente alrededor de su padawan!

Deseó poder hablar con Mace Windu, Yoda, Qui-Gon. Aquello se encontraba más allá de los límites de su comprensión.

Y si él se sentía así después de más de una década y media de adiestramiento Jedi, no podía ni imaginar cómo se sentiría Anakin.

Obi-Wan cerró los ojos para consultar con la sabiduría que Qui-Gon había dejado tras de sí.

«La prueba del muchacho... Se enfrentará a ella solo. Debes confiar en tu padawan. Y debes confiar en la Fuerza. Después de la muerte de Qui-Gon, en cierta manera, perdiste esa confianza. Empezaste a depender del sentido del deber y de un régimen cotidiano de trabajo, estudio y adiestramiento para que sustituyeran a lo que antaño había sido un extraordinario sentimiento de asombro maravillado ante los designios de la Fuerza.

»La Fuerza te falló, ¿verdad, Obi-Wan?

«Permitió que tu maestro muriera.

»Podría permitir que Anakin muriera.

»Y si lo hace, eso matará cualquier posibilidad de que sigas siendo un Jedi.

El futuro no podía ser leído. La Fuerza guardaba silencio mientras se comprimía alrededor de todos ellos, como si un gigante estuviera conteniendo la respiración.

Capítulo 51

Jabitha atravesó el campo destruido, trepando penosamente por encima de cintas de roca fundida. La joven respiraba con rápidos jadeos entrecortados. El aire era demasiado tenue para ella. Jabitha estaba acostumbrada a la atmósfera perfumada y llena de vida de los valles del norte, no a la atmósfera muerta y desolada que había en la montaña de su padre.

—El palacio debería de estar allí arriba —dijo con un hilo de voz.

Anakin sintió que se le nublaba la vista, y recurrió a una pequeña técnica Jedi que aplicó a su química corporal y su presión sanguínea para disponer de más fuerzas y mayor claridad de visión con menos oxígeno.

Ke Daiv esperaba a unos pasos por detrás de él, la hoja de la lanza lista para ser utilizada en cualquier momento. Anakin midió todas las distancias y calculó los tiempos. El tallador de sangre se encontraba bastante más cerca de Jabitha que él. Podría matarla sin dificultad antes de que Anakin llegara hasta ella, y de todas maneras, ¿qué iba a poder hacerle Anakin?

«Alimenta la ira. Alimenta la frustración. Conviértelas y almacena la energía.»

Anakin asintió de manera casi imperceptible. Jabitha se volvió hacia ellos.

—Apenas queda nada —dijo, y después repitió su pregunta de antes—: ¿Dónde está mi padre? ¿Dónde están todos los demás que trabajaban aquí?

—Todos están muertos —sugirió Ke Daiv—. Lo único que debe preocuparnos es el combustible.

—Había reservas de combustible cerca del palacio —dijo Jabitha con un extraño tono de desafío—. ¡Si no conseguimos encontrar el palacio, no conseguiremos hallar el combustible!

Anakin vio una esquina de bloques de piedra que sobresalía de un montón de escombros a unos cien metros de distancia. Se volvió hacia Ke Daiv.

—Puede que esté ahí—dijo.

Jabitha estaba a punto de derrumbarse. El tallador de sangre no parecía tener ningún problema para respirar aquella tenue atmósfera. Anakin se preguntó por qué no habían notado la falta de aire cuando fueron llevados allí por primera vez, puesto que entonces el palacio ya tenía que hallarse en aquel estado. Algo había obrado un engaño todavía más asombroso sobre ellos.

La muchacha tropezó y después se volvió, medio aturdida, y fue hacia las ruinas andando tan deprisa como podía. Anakin y Ke Daiv la siguieron. Anakin se aseguró de ser quien estaba más cerca del tallador de sangre. Sus ojos siguieron los movimientos de la lanza, los destellos rojos y amarillos de la hoja que relucía bajo los últimos fulgores del crepúsculo. La cima de la montaña, negra y rojo ladrillo en otros momentos, se había vuelto de un naranja fantasmagórico detrás del que se agitaban los crípticos glifos de las minas celestes, concentradas en su incesante y ávida busca. Más allá del cielo violentamente caligrafiado se alzaba el torbellino de las lejanas estrellas compañeras, púrpura sobre el rojo, el naranja y el oro.

Anakin volvió la cabeza para lanzar una rápida mirada a su nave por encima del hombro. «Todavía no le hemos puesto nombre —pensó—. ¿Cómo la llamaría Obi-Wan?»

Los hombros de Jabitha temblaban violentamente. La joven estaba consumiendo las escasas energías que le quedaban en un acceso de sollozos.

—Los mensajes no eran más que mentiras. Nadie había venido aquí, él decía que todo iba bien... ¡Pero vosotros! —Se volvió hacia Anakin—. ¡Vosotros vinisteis aquí!

—Vimos el palacio —dijo Anakin—. O al menos creímos verlo...

—Combustible, y deprisa —insistió Ke Daiv imperiosamente—. Las minas celestes no tardarán en descender lo suficiente para descubrir dónde hemos aterrizado. Y quizá pronto vengan otros.

—Te sacrificarán, ¿verdad? —preguntó Anakin. El muro del edificio se elevaba sobre ellos. Una pequeña puerta, posiblemente una entrada de servicio, podía entreverse a la derecha, medio

escondida por los escombros—. Les da igual lo que sea de ti.

Ke Daiv no se molestó en dignificar su conjetura, con una respuesta.

— ¿Qué hiciste para convertirte en un ser tan despreciado? —preguntó Anakin.

Sin pensar en lo que hacía, el muchacho inclinó la cabeza hacia un lado, y tres dedos de su mano derecha se curvaron lentamente.

—Maté al hijo de mi benefactor —dijo Ke Daiv—. Habían profetizado que moriría de una terrible herida en la cabeza durante una batalla, y su padre suplicó al clan que su hijo nunca tuviera que luchar. El clan estuvo de acuerdo, pero le ordenó partir en una cacería ritual para terminar su adiestramiento. Yo era un huérfano que había sido admitido en su familia, y el jefe del clan me nombró protector del hijo de mi benefactor. Lo acompañé en la cacería. Nos enfrentamos a un feragriff salvaje en las reservas rituales de una de las lunas de Coruscant.

Los faldones nasales del tallador de sangre se habían desplegado, un movimiento que Anakin había aprendido a interpretar como una aguda vacilación e incertidumbre que buscaban sensaciones, información y confirmaciones. «Está cada vez más débil. Su pasado lo hace débil, igual que me ocurre a mí...»

Anakin vio que Jabitha acababa de entrar por la puerta. No vería nada.

—La profecía se cumplió. Tu disparo no dio en el blanco y mataste a tu protegido —dijo Anakin, concluyendo la historia.

—Fue un accidente —murmuró el tallador de sangre.

Después se irguió. Su rostro volvió a tensarse y extendió la lanza, empujando a Anakin con la punta de la hoja para que entrara por la puerta siguiendo a la muchacha.

—No —dijo Anakin.

Las minas celestes se agitaban locamente a unos cientos de metros por encima de ellos, con sus motores zumbando estridentemente en la tenue atmósfera. Anakin vio otra silueta a una distancia aún más grande: un caza estelar androide. Sólo uno. Los invasores estaban concentrando sus fuerzas en el norte, pero las minas celestes costaban poco dinero. Podían ser esparcidas por todas partes. Con el tiempo, incluso podían llegar a cubrir el planeta entero. Alguien podía estar planeando matar a todos los seres vivos de Zonama Sekot: Jabitha, Gann, Sheekla Farrs, Shappa, Fitch, Vagno, Obi-Wan. Y a todos los demás.

—Todavía tienes honor —dijo Anakin—. Aún puedes expiar lo que hiciste.

Pero algo más se estaba acumulando dentro de él, una sombra mucho más espesa que la noche que caía sobre ellos. Era tan enorme que no le costaría mucho llenar todo su ser.

El tallador de sangre había herido a Obi-Wan, amenazado a Jabitha y llamado esclavo a Anakin. No había redención posible para aquellas cosas. La ira amenazaba con derramarse, pura y todavía no reconvertida, tan abrasadora como el núcleo de un sol. Anakin tensó los dedos.

—Mi benefactor me maldijo —dijo Ke Daiv.

«Que se haga ahora.» Anakin había tomado su decisión, o la habían tomado por él. Daba igual.

Anakin permitió que los dedos de su mano se enderezaran.

Ke Daiv fue hacia el muchacho, balanceando su lanza.

—Deja de hacer eso —dijo Anakin sin inmutarse.

— ¿Que harás, pequeño esclavo?

Era la conexión que Anakin había estado buscando, el vínculo entre su ira y su poder. Como un interruptor que es accionado o un circuito que es conectado, volvió al pozo de las carreras, al aguijonazo que había sentido con el primer insulto del tallador de sangre, con aquella primera acción injusta y artera que había hecho que Anakin se precipitara al vacío desde la plataforma. Después, retrocediendo más y más, volvió a los sucios alojamientos de los esclavos en Tatooine, a la carrera de la Víspera de Boonta, la traición del dug y su última visión de Shmi, todavía esclava del repugnante Watto, a todos los insultos, injurias, ignominias, miedos nocturnos y humillación tras humillación que nunca había pedido ni merecido y que había soportado con una paciencia casi infinita.

Podía llamárselo instinto, naturaleza animal o quizá el desbordamiento del odio y el lado oscuro. En Anakin Skywalker, todo aquello se encontraba justo debajo de la superficie *y* había llegado al final del largo viaje emprendido después de salir de una profunda cueva que conducía a una fortaleza inimaginable.

— ¡No! ¡Basta, por favor! —chilló Anakin—. ¡Ayúdame a detenerlo!

El rugido de la vertiginosa ascensión de su poder ahogó la súplica con que pedía a su maestro que viniera y evitara un espantoso error. «Tengo tanto miedo, estoy tan lleno de odio e ira... Sigo sin saber cómo luchar.»

Jabitha apareció en el umbral con los ojos desorbitados para ver al muchacho agazapado ante el tallador de sangre. Ke Daiv alzó su lanza. Lo que antes hubiese semejado tan veloz como el rayo apareció, a los ojos del joven padawan, como un lento vaivén curiosamente prolongado.

Anakin alzó las manos en los gestos gemelos y supremamente gráciles de la compulsión Jedi. Una oleada de voluntad pura inundó sus tejidos. El impulso de proteger se fusionó con el anhelo de destruir. El muchacho se irguió y pareció crecer. Sus ojos se volvieron tan negros como la pez.

— ¡Basta, por favor! —gritó—. ¡No puedo seguir conteniéndolo por más tiempo!

Capítulo 52

—Tienen muchas más naves de lo que sospechábamos —observó Tarkin, contemplando con ojos llenos de asombro la batalla que tenía lugar en el planeta al tiempo que el sudor cubría su frente.

Sienar, que ya se había resignado a aceptar lo que ocurriese fuera lo que fuera, se sintió un tanto reconfortado por la preocupación de Tarkin.

Escenas ampliadas del conflicto iban desplegándose alrededor del puente de mando del *Mercader Einem del Borde.* Las minas celestes enviaban señales a los navíos que las habían lanzado, y éstos las remitían al centro de mando.

Cazas estelares androides se enfrentaban a incontables naves que despegaban de los hangares que se estaban abriendo en la jungla, enjambres de vehículos como insectos rojos y verdes. Aquellos defensores parecían estar ligeramente armados, pero eran muy maniobrables. Su táctica principal consistía en rodear a los cazas estelares, atraparlos en sus campos tractores y tirar de ellos hasta estrellarlos en la jungla. Tarkin estaba perdiendo un gran número de cazas estelares de aquella manera.

—No escaparán a las minas celestes —dijo.

Y de hecho, muchas minas estaban encontrando sus objetivos, destruyendo a los defensores rojos y verdes antes de que pudieran alejarse de sus bases camufladas.

Pero Sienar vio que estaba ocurriendo algo más. Al principio fue muy sutil. Las masas rectangulares que habían visto antes en la jungla empezaban a proyectar largas sombras con la aproximación del terminador que separaba el día de la noche. Aquello no podía ser más natural, pero las sombras se estaban alargando más deprisa de lo que hubiese podido explicar el ángulo descendente de los rayos solares. Los rectángulos estaban subiendo.

Sienar calculó que el más alto de ellos se elevaba más de dos kilómetros por encima de la jungla,

Le recordaron unas gigantescas trampillas que estuvieran abriéndose lentamente.

Pero Raith Sienar no le dijo nada a Tarkin. Aquélla ya no era su guerra.

Tarkin murmuró entre dientes *y* trasladó su perspectiva más hacia el sur. Miles de imágenes proyectadas desfilaron ante él como cartas reveladas.

—Allí—dijo Tarkin, con una nota de triunfo en la voz—. Allí está nuestro premio, Sienar.

Posada en el límite de un campo cubierto de escombros de la única montaña que se alzaba sobre la capa nubosa del sur había una nave sekotana. No había figuras visibles en sus alrededores. Parecía haber sido abandonada.

Raith se inclinó hacia adelante para verla con más detalle. Era más grande que cualquiera de los modelos de los que había oído hablar, y el diseño también era distinto. Le bastó con verla para que se le hiciera la boca agua.

— ¿Vas a destruirla? —le preguntó a Tarkin con amargura—. ¿Para completar mi humillación, quizá?

Tarkin sacudió la cabeza, apenado por la desconfianza de Sienar, y se volvió hacia la capitana.

—Aleje las minas celestes de la montaña —le dijo—. Y ocupémonos de ese entrometido YT-1150. Lance tras él a todas las minas de ese sector. —Después se volvió hacia Sienar con la expresión de una bestia de presa que se dispone a saltar sobre su víctima—. Vamos a capturar esa nave y la llevaremos a Coruscant. Quiero ser justo, Raith, así que te atribuiré el mérito..., o al menos una parte de él.

Capítulo 53

—Las minas están descendiendo por debajo de las nubes —observó Shappa—. Este lugar no tardará en dejar de ser seguro, pero parecen estar abandonando la montaña del magíster.

Obi-Wan flexionó los dedos y se inclinó hacia adelante.

— ¿Anakin sigue en la montaña?

Shappa tragó saliva penosamente y asintió.

—Vuestra nave informa de que sus pasajeros han salido de ella y no son visibles. Su mente es joven, Obi-Wan. No entiende lo que está ocurriendo y echa de menos el contacto con su piloto. Pero algo más la está alarmando, y no estoy seguro de qué es.

— ¿Las minas?

Shappa meneó la cabeza.

—Lo dudo.

—Si aquí corremos peligro... —empezó a sugerir Obi-Wan.

—Entonces deberíamos intentar un rescate —concluyó Shappa—. La hija del magister iba en esa nave.

El sekotano despegó de la oscura y desolada pradera rocosa y ascendió rápidamente a través de las nubes.

—Nuestros sensores nos advertirán de cualquier encuentro inmediato con las minas, pero estas naves no han sido diseñadas para que usarlas como armas de guerra o para que entendieran las maniobras defensivas. Haré cuanto pueda.

Obi-Wan asintió sin dejar de flexionar los dedos. Sabía que Anakin estaba vivo, pero también que algo significativo había ocurrido, y que un pequeño nudo se había deshecho en el sendero del muchacho. Lo que no tenía manera de saber era si las consecuencias serían positivas o negativas.

Volver con un muchacho espiritualmente dañado dotado de las capacidades de Anakin podía ser peor que encontrarlo muerto. Parecía cruel, pero Obi-Wan sabía que era la pura y simple verdad. Qui-Gon hubiese estado de acuerdo con él.

—Las minas celestes se están concentrando en vuestro YT-1150 —dijo Shappa, examinando con gran atención las lecturas de los paneles de control mientras iban hacia la montaña—. De momento la nave está consiguiendo eludirlas.

—Charza Kwinn es uno de los mejores pilotos de la galaxia —dijo Obi-Wan.

Capítulo 54

Jabitha cruzó la pista de descenso hacia las dos figuras agazapadas la una junto a la otra. Su lucha, sí lucha había sido, sólo duró unos segundos, pero a pesar de eso habían acabado quedando bajo la sombra de un enorme peñasco, donde la joven apenas podía distinguir sus perfiles. Jabitha se aproximó lentamente, temerosa de lo que podía encontrar. No quería volver a sentir la lanza del tallador de sangre, y tampoco deseaba descubrir que el muchacho estaba muerto. Pero había otra cosa que le daba casi tanto miedo.

Porque la aterraba pensar que aquel muchacho pudiese haber sobrevivido al enfrentamiento con un oponente tan formidable.

— ¿Anakin? —llamó cuando se encontraba a unos cuantos pasos de la roca.

El tallador de sangre emergió de las sombras, los brazos de articulación triple colgando flácidamente junto a sus costados. Parecía exhausto. Su piel relucía con un oscuro color anaranjado bajo los últimos resplandores del día, y Jabitha sintió que le daba un vuelco el corazón. Aún vivía. El muchacho no se había movido de debajo del saliente rocoso.

— ¡Anakin! —volvió a gritar con voz temblorosa.

Ke Daiv fue hacia ella y levantó una mano. Jabitha estaba tan asustada que no se atrevía a mirarlo a la cara, pero cuando por fin lo hizo, gritó. Los ojos del tallador de sangre se habían vuelto blancos, y la carne se había agrietado alrededor de su cuello y su cabeza. Sangraba profusamente, y su oscura sangre anaranjada goteaba de sus hombros. Estaba intentando decir algo.

Jabitha retrocedió, enmudecida por el terror.

—Intenté controlarlo —dijo Anakin, y salió al crepúsculo.

La gloria purpúrea de la rueda de fuego los iluminó con el desvanecimiento del ocaso. El tallador de sangre fue tambaleándose paso a paso hacia el límite del campo, alejándose de la nave sekotana.

—Detenlo —dijo Anakin—. Ayúdame a detenerlo, por favor.

Jabitha echó a andar junto al muchacho mientras éste iba hacia la patética figura de su enemigo.

— ¿Se está muriendo? —preguntó.

—Espero que no —dijo Anakin, como si se sintiera muy avergonzado—. Por la Fuerza, espero que no.

—Iba a matarte —dijo ella.

—Eso no importa —dijo Anakin—. No debí dejarla en libertad de esa manera. Lo hice todo mal.

— ¿Dejar en libertad qué?

El muchacho meneó la cabeza, intentando disipar una pesadilla, y cogió al tallador de sangre por el brazo. Ke Daiv giró como si estuviera encima de una mesa rotatoria y cayó de rodillas. La sangre goteaba de su boca.

Jabitha se detuvo ante ellos, el muchacho de cortos cabellos castaños y el alto tallador de sangre dorado que tal vez estuviera agonizando.

—Nos salvaste, Anakin—dijo, sacudiendo la cabeza en desesperada confusión.

—Así no —dijo—. Estaba siendo valiente de la única manera en que sabía serlo. Él es como yo, pero nunca tuvo a los Jedi para que lo ayudaran. —Y a Ke Daiv le dijo—: Sé fuerte, por favor. No te mueras.

Jabitha no pudo soportarlo más.

—He de encontrar a mi padre —dijo y, girando sobre sus talones, corno hacia las rumas.

Anakin cogió el brazo de Ke Daiv y miró el cielo. Los espantosos glifos escritos por las minas se estaban desvaneciendo y las estelas apuntaban en dirección este, flotando a la deriva y

esfumándose entre los vientos que soplaban por encima de las nubes.

Ke Daiv habló en su lengua nativa. Cada sonido le costó una agonía. A juzgar por la cadencia, estaba repitiendo algo familiar, un poema o un canto. Desplomándose sobre una mano, el tallador de sangre fue inclinándose lentamente hacia el suelo.

Anakin permaneció junto a él, sosteniéndole el brazo hasta que murió. Después el muchacho se levantó y, volviéndose una vez más, gritó, oído únicamente por la montaña, los cielos, las piedras rotas y calcinadas, las ruinas desmoronadas del palacio del magíster.

Capítulo 55

Anakin Skywalker entendía la naturaleza de la Fuerza —o, mejor dicho, las muchas naturalezas de la Fuerza— mejor de lo que habría podido enseñarle a entenderla un siglo entero de enseñanzas en el Templo, y ya había comprendido que su prueba distaba mucho de haber concluido. Tenía que sacar a Jabitha de la montaña y volver con Obi-Wan, y debía enfrentarse a lo que había descubierto sobre sí mismo y vencerlo.

Pero esa lucha tendría que esperar. Un Jedi con responsabilidades tenía que hacer a un lado lo personal y seguir cumpliendo con su deber, fuese cual fuese el precio que pudiera tener que pagar por ello.

La entrada a las ruinas se hallaba sumida en las tinieblas. Nubes de polvo caían de un dintel de piedra medio partido. Anakin se limpió el polvo de los ojos y entró a rastras en la oscuridad, avanzando lentamente hasta que los escombros quedaron atrás y se encontró ante un largo corredor negro.

Sus sentidos se habían vuelto maravillosamente agudos, más penetrantes e intuitivos de lo que nunca lo hubieran sido antes. A pesar de la oscuridad, el corredor no ofrecía misterio alguno. No era más que un vestíbulo a lo que quedaba del palacio. Anakin se vio a sí mismo al final del vestíbulo, girando hacía la derecha.

Y cuando llegó al final del vestíbulo y giró hacia la derecha, vio ante él otro corredor más espacioso, con su grueso techo sosteniendo una gran parte de la masa del talud detrítico y los escombros que cubrían las ruinas. Aquel corredor llevaba a la estancia en la que Obi-Wan y Anakin vieron por primera vez al magister.

Jabitha ya estaba allí, lo cual quería decir que la estancia no quedaba muy lejos. Anakin fue en esa dirección, el paso rápido y decidido pero con un terrible caos de pensamientos enfrentados agitándose dentro de su cabeza.

El techo tembló con un sonido parecido al de un bantha agonizante. Otros gemidos y chillidos de peñascos rechinando contra peñascos resonaron por los pasillos interconectados y, en algún lugar muy cercano, la roca se desplomó sobre un corredor y primero lo selló y después lo dejó completamente aplastado. Una ráfaga de viento y polvo se deslizó sobre Anakin como el penúltimo aliento del palacio moribundo.

Pasó por encima de zarcillos que reptaban sobre el suelo agrietado, y vio que eran nuevos. Sekot aún vivía allí, y aún buscaba su camino a tientas por entre los vacíos y los pozos derruidos. Aún había vida allí, y un eco lejano de algo parecido a la voz de su nave resonó suavemente en sus pensamientos, casi ahogado por el tumulto de la muerte de Ke Daiv.

Por un instante Anakin creyó ver a Vergere resplandeciendo tenuemente delante de él, y se preguntó si la Jedi había muerto en Zonama y había dejado tras de sí un espíritu para guiarlo. Pero cuando llegó a aquel lugar la imagen ya no estaba allí, y Anakin meneó la cabeza. Soñaba despierto, tenía alucinaciones. Quizá se estuviera volviendo loco.

En una ocasión su madre le contó que había tenido muchas visiones inquietantes y extrañas. Eso le había asustado un poco.

Llegó a la estancia circular con su alto techo gruesamente abovedado, con el tragaluz hecho añicos y una gruesa columna de escombros abriéndose en abanico a partir de él. Jabitha estaba inmóvil a un lado de los escombros, arrodillada y con la cabeza baja.

Anakin fue hacia ella. La joven levantó los ojos y dirigió el haz de una linterna hacía el rostro de Anakin. Había encontrado la linterna entre los escombros, quizá en sus aposentos del palacio.

Asomando entre dos grandes bloques de piedra tallada había un brazo del que ya había desaparecido la mayor parte de la carne. Un grueso anillo de acero adornado con un pentáculo de pequeñas gemas rojas brillaba en uno de sus dedos. Anakin reconoció uno de los antiguos anillos de sello que se entregaban a los aprendices Jedi en el pasado.

—Está muerto —dijo Jabitha—. Sólo el magister podía llevar este anillo. Significaba que estaba unido al Potencio.

—Tenemos que irnos —le dijo Anakin con dulzura.

Los corredores resonaron con los ecos de más gemidos, nuevos chillidos y retumbos distantes. El suelo se estremeció debajo de ellos.

—Debió de morir durante la batalla con los Extranjeros Lejanos —dijo Jabitha, pascando el haz de la linterna por la cámara en busca de alguien más. La cámara estaba desierta—. Pero ¿quién enviaba sus mensajes?

—No lo sé —dijo Anakin.

Y entonces, por el rabillo del ojo, volvió a distinguir un destello de luz en la oscuridad, lejos de la linterna de Jabitha. Se volvió y vio a la Jedi emplumada inmóvil sobre sus piernas de articulaciones invertidas, con los pies separados como si se dispusiera a saltar, mirándolo sin ninguna emoción aparente.

Jabitha no podía verla. La muchacha tampoco vio cómo la figura se convertía en el magister, su padre. La figura transformada dio un paso hacia ellos.

Anakin no sintió ningún miedo. En vez de miedo, lo que sentía era que se hallaba en presencia de otra persona joven y muy parecida a él, un amigo. Eso hizo que volviera a tomar en consideración la posibilidad muy real de que se estuviera volviendo loco.

—Yo envié los mensajes —le dijo la figura.

La muchacha seguía inclinada sobre su padre muerto. Anakin se agachó y le rozó suavemente la cabeza con las puntas de los dedos, y Jabitha se quedó dormida, inclinándose lentamente sobre un costado.

Anakin la tomó en sus brazos y se aseguró de que estuviera cómoda, y después se incorporó y se encaró con la imagen.

— ¿Quién eres? —preguntó, oyendo cómo se le quebraba la voz.

—Un amigo de Vergere —dijo—. Creo que mi nombre, para algunos, es Sekot.

Capítulo 56

Para preparar el camino al vehículo de recuperación que aterrizaría en la montaña, Tarkin ordenó a un enjambre de cazas estelares androides que destruyeran a cualquier otra nave presente en el área. Después contempló con satisfacción desde su elevada órbita, con Sienar junto a él, cómo los cazas estelares acosaban al viejo YT-1150 y a otra nave sekotana.

—Sacrificaremos una para conseguir otra —dijo Tarkin.

—Cuidado con la nave sekotana —dijo Sienar, aunque no estaba muy seguro de que Tarkin estuviera dispuesto a avenirse a razones—. Puede que sea excepcional.

—Señor, estamos perdiendo la mayor parte de nuestros cazas estelares sobre los valles habitados del norte —dijo la capitana—. Sus defensas son implacables y aparentemente ilimitadas. Y hay...

— ¡Silencio! —gritó Tarkin—. Me parece que está sobrestimando a esos primitivos. En cuanto hayamos completado nuestra misión principal, barreremos al resto mediante un despliegue de fuerza. Se acabaron las delicadezas. Si no se someten, los aniquilaremos.

Capítulo 57

Anakin no se apartó de Jabitha, decidido a permanecer junto a la joven tanto por su bien como por el de ella. La atmósfera dentro de la estancia estaba saturada de polvo. Nubes de polvo caían del techo, impulsadas desde las estancias exteriores a medida que los techos iban derrumbándose en otros puntos de las ruinas.

Los zarcillos del suelo fueron rápidamente hacia Jabitha y la rodearon. Sekot en persona protegería a la hija del magíster. De alguna manera que Anakin aún no podía entender, la figura inmóvil ante él consideraba a los hijos del magister como hermanos y hermanas suyas.

—Eres el aprendiz Jedi —dijo la imagen.

Anakin asintió.

—Y tu maestro está en otro lugar, enfrentándose a la nueva invasión.

—Los siento ahí fuera —dijo Anakin.

— ¡Ah, cómo me gustaría aprender los secretos de los Jedi! ¿Qué puedes enseñarme?

— ¿Quién eres? —preguntó Anakin.

Al igual que Obi-Wan, estaba descubriendo que el misterio y el retraso eran altamente irritantes.

—No estoy seguro. No soy muy viejo, pero mis recuerdos se remontan a millones de rotaciones. Partes de mí vieron cómo el torbellino crecía en el cielo.

Anakin pensó en el mensaje de Vergere contenido dentro de las semillas.

—Eres la mente que percibí, ¿verdad? —preguntó—. La voz que se ocultaba detrás de las voces de las semillas.

—Las semillas son mis hijas —dijo la imagen—. Son células de mi cuerpo.

—Entonces realmente eres Sekot, ¿no?

Incluso bajo las circunstancias actuales, Anakin no podía evitar sentirse maravillado y un poco asustado.

—Traté de ser el magister, pero no puedo seguir siéndolo. Lloro su pérdida. Él fue el primero en conocerme. El magister iba a revelarme a su gente, pero entonces llegaron los Extranjeros

Lejanos. Yo nunca había conocido a seres como ellos. Las gentes del magister eran buenas y amables.

— ¿Puedes ver por todo Zonama Sekot? ¿Qué más está ocurriendo fuera?

—Veo hasta allí donde llegan mis partes, y ahí abajo estoy casi ciego. Me quemaron. Nunca había conocido tal dolor. El magister me dijo que debía devolvérselo, así que lo ayudé a crear armas. Pero ahora no sé qué creer.

— ¿Por qué?

Anakin se arrodilló junto a Jabitha. Los zarcillos los rodearon, reptando sobre el suelo con tenues crujidos.

—Me dijo que yo era el Potencio, la fuerza que hay detrás de toda la vida. Creía que mi influencia llegaba a todas partes, pero no es así. Sólo existo aquí. El magister vio lo que quería ver, y me dijo lo que quería oírme decir. Dijo que no había mal en el universo, sólo bien. No comprendí lo equivocado que estaba hasta que murió. Entonces empuñé las armas que habíamos creado, y maté. El magister había dicho que eso sería bueno, pero yo sabía que no era así.

Anakin contuvo el aliento.

—Igual que yo —dijo.

—Seguí matando sin cesar, pero todavía no era suficiente. Fue Vergere quien se llevó a los Extranjeros Lejanos. En vez de matarlos, Vergere los persuadió de que se fueran. Querría que aún estuviera aquí, pero sólo queda una pequeña parte de ella: el mensaje que os envió a ti y a tu maestro.

— ¿Vergere sabía que el magister había muerto?

—Nadie lo sabía, hasta ahora.

Anakin extendió la mano para apartar a un zarcillo que iba hacia ellos.

La imagen pareció dolida por su reacción.

— ¿Por qué desconfías de mí? Quiero protegerla.

—No desconfío de ti. Pero me parece que ninguno de nosotros sabe que estamos haciendo. Deberíamos llevarla fuera y esperar a que llegue mi maestro.

—Es de ti de quien me siento más próximo —dijo la imagen—. Las gentes del magister me convirtieron en su sirviente, y tú fuiste esclavo. Hice lo que me dijeron que hiciese. Tú hiciste lo que tu dueño te decía que hicieras. ¡Igual que yo, igual que yo! Intenté ser como los demás, pero no soy como ellos. Mi mente está compuesta de muchas secciones dispersas por la mayor parte de este planeta. Y tu mente es tan distinta de las otras. Yo no tengo padres, y tus padres...

Anakin interrumpió a la imagen con una pregunta nerviosamente tartamudeada.

— ¿Qué t-te despertó? ¿Por qué apareciste de repente, después de miles de millones de años?

—Tenía que adquirir existencia para comunicarme con los recién llegados, las gentes del magister. Todo mi ser se unió y cobró forma para hablar con ellos, y entonces...

Un gran fragmento de techo se desplomó de forma súbita al fondo de la estancia, rociándolos con una lluvia de astillas y partículas de piedra.

— ¡Debemos irnos! —dijo Anakin—. ¿Puedes ayudarme? La imagen salió de los torbellinos de polvo, reluciendo tenuemente en la oscuridad.

—Sostendré los pasillos. Tú la llevarás fuera.

Un sinfín de zarcillos brotó de tallos que se abrieron paso a través de las grietas del suelo. Los zarcillos se desplegaron delante de Anakin, formando bóvedas verdes y rojas por encima de su cabeza mientras recogía a Jabitha y se la echaba al hombro. Como peso muerto, la joven no resultaba nada fácil de transportar. Anakin estaba empezando a lamentar haberla dormido, pero dejarla inconsciente era lo mejor que podía hacer en aquel momento.

Jabitha salió de su trance cuando estaban cruzando el último umbral, y se debatió intentando bajar de su hombro.

— ¿Dónde estamos? —jadeó, y después alzó los ojos hacia la rueda de fuego que giraba en el cielo nocturno y el manto de estrellas que se extendía más allá de ella.

Una sombra se deslizó sobre la pista de descenso y su nave sekotana. Ocultó el torbellino y después descendió para cernirse sobre la nave como un depredador que se dispone a saltar sobre su

presa. No era otra nave sekotana, y tampoco era el *Flor del Mar Estelar.* Anakin oyó el estridente rugido de los motores repulsores golpeando la roca con sus emisiones de energía.

Era un sembrador de minas celestes, pero en aquellos momentos estaba siendo utilizado como vehículo de desembarco.

Un haz de luz apareció en un lado del casco. Un contingente de soldados bajó por la rampa en apretadas y rápidas filas y rodeó a Anakin y Jabitha. Un pelotón formó un círculo alrededor del cuerpo del tallador de sangre.

Dos oficiales bajaron por la rampa con más dignidad, como si dispusieran de todo el tiempo del universo. Aunque sus uniformes eran muy distintos, los dos hombres se parecían tanto que Anakin pensó que quizá fueran hermanos. Los dos eran delgados y su porte transmitía segundad en sí mismos y quizá un excesivo orgullo. Los dos tenían aspecto de ser arrogantes. Con los instintos que había desarrollado mucho antes de convertirse en un Jedi, Anakin enseguida supo que eran muy peligrosos. Los dos hombres se volvieron hacia el muchacho y la joven.

En circunstancias normales, a ninguno de los dos le habría importado demasiado el destino de los dos jóvenes. Uno de ellos, el más alto de los dos por un par de centímetros escasos, levantó la mano y le murmuró algo al oído al otro.

—Él —dijo el más bajo de los dos hombres, señalando imperiosamente a Anakin—. Deja a la chica aquí.

Anakin intentó quedarse con Jabitha. La joven extendió la mano hacia él, y sus dedos se entrelazaron durante un momento antes de que un corpulento soldado que vestía el uniforme del Cuerpo de Tácticas Especiales de la República se lo llevase a rastras. Por un instante la ira del muchacho amenazó con volver a inflamarse, pero Anakin ya había comprendido que no harían daño a Jabitha, y no podía matarlos a todos.

Y aunque pudiese hacerlo, no los habría matado.

—Me llamo Tarkin —le dijo el más bajo de los dos oficiales con voz grave y ampulosa—. Tú eres el muchacho Jedi que colecciona androides viejos, ¿verdad? Y maravilla de maravillas, ¿ahora eres el piloto de esta nave?

Anakin no respondió. Tarkin recompensó su silencio con una sonrisa y una palmadita en la cabeza.

—Aprende un poco de educación, muchacho,

Dos soldados se lo llevaron por la fuerza hacia las entrañas de la oscura nave.

— ¿Y Ke Daiv? —preguntó Raith Sienar.

—Un fracaso desde el primer momento —dijo Tarkin—. Déjalo aquí para que se pudra.

Jabitha llamó a gritos a Anakin, pero la rampa se cerró con un siseo y un estruendo metálico. Anakin sintió que la nave despegaba bruscamente. Tarkin y Sienar lo escoltaron inmediatamente al hangar de carga en el que un arnés de sujeción mantenía inmovilizada a la nave sekotana.

—Quédate junto a tu nave, muchacho —le dijo Tarkin—. Mantenía viva. Eres muy importante para nosotros. El Templo Jedi aguarda tu regreso.

Capítulo 58

—Mantendrán alejadas a las minas celestes de esa nave —le dijo Obi-Wan a Shappa mientras entraban y salían de los desfiladeros montañosos en el límite de las nubes—. Cuando no disponen de mucho espacio para maniobrar, nunca puedes estar seguro de que las minas no empezarán a perseguir a los blancos de tu propio bando.

Tres cazas estelares androides continuaban siguiéndolos tozudamente, pero la nave de Shappa era demasiado veloz y maniobrable para que pudieran alcanzarla.

— ¡Se llevarán a la hija del magister! —dijo Shappa con expresión sombría, y hundió un poco más la mano en la consola, que reaccionó envolviendo sus tejidos hasta el codo al tiempo que le apartaba la manga.

—No lo creo —dijo Obi-Wan, la frente fruncida en una intensa concentración.

Cerró los ojos buscando todos los futuros, el nudo que se estaba desatando rápidamente y las hebras de destino que se alejaban en todas direcciones con un frenético girar no muy distinto al del torbellino que llenaba el cielo.

—Tienes razón —dijo Shappa mientras saltaban por encima del borde de la pista y empezaban a sobrevolarla—. ¡Se han ido sin ella, y está viva!

—Desciende y recógela —dijo Obi-Wan—. Déjame en la pista.

— ¡Pero los cazas estelares te matarán!

—Tal vez —dijo Obi-Wan—. Pero ya no puedes hacer nada más por mí, y yo tampoco puedo hacer nada más por ti.

Shappa abrió y cerró la boca intentando encontrar algo adecuado que decir, pero no se le ocurrió nada. Finalmente asintió y se concentró en posar su nave.

No hubo tiempo para despedidas. En un momento dado el Caballero Jedi estaba sentado junto a él, y al siguiente, en el mismo instante en que se abría la escotilla, se había esfumado como un hilillo de humo en el viento.

Y una fracción de segundo después, Shappa vio cómo la hija del magister era introducida por la escotilla, gritando y pataleando.

— ¡Y ahora vete! —gritó Obi-Wan en cuanto la hubo metido dentro, y golpeó el casco de la nave con la palma de la mano.

Shappa no necesitaba que lo animaran a despegar. Los cazas estelares ya estaban apareciendo por encima del extremo de la pista de descenso, y Jabitha se agarró desesperadamente al asidero más cercano mientras Shappa remontaba el vuelo.

Obi-Wan se arrancó los vendajes que le impedían moverse libremente al tiempo que empuñaba su espada de luz. La hoja zumbó, cobrando una furiosa vida verde. Aquel arma había pertenecido a Qui-Gon. Sosteniéndola en sus manos, Obi-Wan se sintió poseedor de la fortaleza de dos Jedi. Necesitaba hasta el último gramo de esperanza, y si el sentimiento podía dar fuerzas, ayudarle a concentrarse y emular a su antiguo maestro, entonces que así fuese.

La Fuerza no se mostró en desacuerdo. Qui-Gon había mantenido una relación especial con la Fuerza, y había educado bien a su aprendiz.

—Venid —murmuró Obi-Wan mientras empezaba a cruzar la pista. Dos cazas estelares se habían quedado allí para averiguar qué presa podían encontrar en la montaña, y el otro había seguido a la nave de Shappa—. Venid —repitió Obi-Wan, esta vez un poco más alto.

Fue hacia el cuerpo del tallador de sangre, que yacía en un montón desmadejado rodeado de huellas de botas. Había algo en él que le inquietó, pero no disponía de mucho tiempo.

Obi-Wan empezaba a incorporarse cuando un caza estelar cayó del cielo para iluminar el paisaje devastado con sus cañones láser. Obi-Wan desvió dos de los haces con su hoja, pero la potencia del impacto estuvo a punto de arrancarle la espada de luz de las manos. Un tercer haz deslizó su intenso palpitar rojo junto a él y dio de lleno en el cuerpo del tallador de sangre.

Ke Daiv recibió su cremación ritual allí mismo.

El segundo caza estelar se unió al primero, describiendo una gran curva en el cielo.

Surgido de la nada tan súbitamente como si acabara de escurrirse por entre velos de estrellas, el viejo YT-1150 de Charza Kwinn pasó zumbando estridentemente sobre la pista, con sus cañones escupiendo veloces ráfagas que hicieron pedazos a los dos cazas estelares antes de que pudiera ocurrírseles iniciar un viraje. Sus restos humeantes chocaron con la ladera de la montaña e iniciaron una estruendosa avalancha que se derramó sobre las ruinas del palacio. Los peñascos rodaron a través del campo, enormes e implacables, peores que cualquier falange de guerreros.

Obi-Wan alzó su hoja y la hizo girar sobre su cabeza como si fuese un faro.

El *Flor del Mar Estelar* ejecutó un vertiginoso rizo y retrocedió, deslizándose como una hoja caída a escasos metros por encima de la devastadora corriente humeante de roca y polvo. Su rampa de carga bajó como una mandíbula. Obi-Wan saltó por encima del borde de la rampa, y la nave se lo llevó justo cuando la montaña reclamaba los últimos metros de la pista de descenso.

Obi-Wan chapoteó por los corredores empapados hasta llegar a la cabina del piloto. Los parientes-comida se apresuraron a apartarse de su camino entre chasquidos de excitación.

—Tienen a tu padawan —siseó Charza Kwinn, doblándose hacia atrás para mirar al Jedi—. Siéntate y ponte el arnés.

Capítulo 59

Anakin tenía la sensación de haber sido engullido vivo. Se acurrucó junto a su nave y, poniendo la mano encima del fuselaje, la sintió temblar debajo del arnés de captura. Encorvando los hombros, controló su respiración entrecortada e intentó trazar un plan, cualquier plan, para recuperar el control de su vida.

No podía quitarse de la cabeza la visión del tallador de sangre agonizante. Disparar haces láser contra unos androides no lo había preparado para su primera aniquilación personal, y la manera en que la había llevado a cabo...

Anakin gimió. Los cuatro guardias del hangar se volvieron hacia él al oír el sonido, se encogieron de hombros y apartaron la mirada. Un muchacho asustado, nada más.

Jabitha apareció junto a él. Anakin alzó los ojos y parpadeó. La imagen volvió a cambiar y Jabitha se convirtió en Vergere primero, y en el magister después. Anakin se levantó y fue lentamente hacia la proa de su nave. No estaba muy seguro de poder soportar nuevas ilusiones de Sekot.

—Están intentando destruir los asentamientos —dijo Sekot, pareciendo arrodillarse junto a él—. No puedo permitir que esto se prolongue mucho más tiempo.

— ¿Qué puedes hacer? —preguntó Anakin sin levantar la voz.

—El magister se preparó para esto, pero nunca hemos... —Sekot pareció quedarse sin palabras —. ¿Practicado? Nunca hemos hecho un ejercicio probándolo todo simultáneamente a la vez.

— ¿Probado qué?

Sekot miró hacia adelante.

—Los motores, los núcleos de hiperimpulsión.

— ¿Me estás diciendo que todos vais a escapar a bordo de grandes naves?

—Haremos lo que sea necesario hacer para sobrevivir. ¿Sabes dónde estás?

—En un sembrador de minas celestes. Me han hecho prisionero —dijo Anakin.

—Estás en órbita a mi alrededor. Formas parte de la flota que quizá no tarde en tener que destruir. Lamentaría hacerte daño.

— ¿Puedes hacer eso? ¿Puedes destruir todas esas naves?

—Es posible que pueda hacerlo. Estoy intentando no ser excesivamente destructivo cuando actúo, pero el magister no tuvo tiempo de enseñarme nada. No sé qué somos capaces de llegar a hacer los colonizadores y yo trabajando juntos.

— ¿Mataste a algún Extranjero Lejano?

—Debo de haberlo hecho —dijo Sekot.

— ¿Y esto sería diferente para ti? —preguntó Anakin.

Sin que supiera por qué, aquello le parecía importante.

—No lo sé. Cada experiencia es nueva. No me conozco muy bien a mí mismo. Acabo de cobrar conciencia de cuánta muerte hay en mis propias partes, de cómo compiten unas con otras y mantienen un equilibrio de ser y terminar, aparecer y esfumarse. La muerte y el nacimiento están presentes simultáneamente en toda mi superficie. Me pregunto si eso me disgusta. Cuando las partes de tu cuerpo matan a organismos invasores, ¿te das cuenta de que los están matando?

—No —dijo Anakin.

Algunos maestros eran plenamente conscientes de la presencia de los diminutos seres vivos que moraban dentro de sus cuerpos. A los padawans rara vez se les enseñaban aquellas habilidades, ya que podían distraerlos.

Un guardia fue hacia él para ver que estaba haciendo.

— ¿Con quién hablas? —preguntó, contemplando a la nave atrapada debajo de su arnés.

—Con el planeta —dijo Anakin—. Se está preparando para borraros del cielo.

El guardia sonrió.

—Zonama Sekot es una jungla, un mundo primitivo —dijo—. He oído comentar que están ofreciendo una buena resistencia, pero no es nada que no podamos aplastar.

Anakin frunció los labios. El guardia no pudo sostener la penetrante mirada del muchacho. Dio un paso atrás y después volvió a su puesto meneando la cabeza.

Sekot volvió a aparecer.

—Ojalá hubiese otra manera. No quiero hacerte ningún daño —dijo.

—Debes defenderte.

—Desearía que hubiera más tiempo.

Anakin se estremeció.

—Yo también —dijo.

Había llegado el momento de aquietar su torbellino interior y prepararse para emprender el último viaje, para la muerte de un aprendiz Jedi.

Capítulo 60

Tarkin irradiaba orgullo.

—Creían que podrían mantener ocultos sus secretos —le dijo a Sienar mientras salían del turboascensor que llevaba al puente.

El capitán del sembrador de minas, un hombre desaliñado de cabellos amarillo sucio y edad ya muy avanzada, recibió una mirada de desdén de Tarkin y se apresuró a buscar refugio en un rincón para no interponerse en el camino del comandante de la flota.

—Las fuerzas de la República necesitan una manicura y un buen corte de pelo —le murmuró Tarkin a Sienar, en una exhibición donde había tanto buen humor como determinación—. Y después de este éxito, yo seré el barbero, Raith.

—Y yo barreré el suelo en cuanto hayas terminado —dijo Raith con voz átona.

Tarkin soltó una risita.

—Mi éxito también beneficiará a todos los que me rodean, incluida esa cutícula que intenta esconderse de sus superiores —dijo—. Estoy impaciente por volver al *Einem* y terminar nuestro trabajo.

—Podríamos irnos después de haberles hecho esta advertencia y permitir que siguieran viviendo, como una especie de recurso a investigar en el futuro —sugirió Sienar sin demasiada convicción—. Dudo que vayan a ir a ningún sitio.

Tarkin no le contestó. Mirando hacia abajo por el gran ventanal del capitán, contempló el hemisferio sur cubierto de nubes y, por encima del ecuador, la batalla que aún se estaba librando entre las defensas del planeta y los cazas estelares androides. Los chispazos y resplandores de las andanadas láser y la jungla en llamas iluminaban el planeta oscurecido por la noche más allá de la banda naranja y gris del terminador.

Tarkin no quedó muy complacido con lo que vio.

—Todavía resisten.

—Estás infligiendo un severo castigo a sus defensas.

Otros resplandores destellaban en la oscuridad y Sienar, menos arrogante y no tan satisfecho de sí mismo, siguió sus contornos con interés. Lo que parecían hileras de rayos ribeteaban rectángulos orientados longitudinalmente de varios centenares de kilómetros de longitud. Algún cambio de grandes dimensiones estaba perturbando la atmósfera.

Y Sienar dudaba de que los cazas estelares pudieran ser considerados responsables de aquello.

— ¿Cuánto falta para que nos reunamos con el *Einem*? —le preguntó Tarkin al capitán, que seguía escondido entre las sombras.

—Quince minutos, comandante —contestó el capitán con un graznido.

—Anticuado —murmuró Tarkin con visible disgusto—. Ya va siendo hora de abrir paso a lo nuevo y lo joven. —Se volvió hacia el turboascensor—. Vayamos a hablar con el muchacho antes de que atraquemos.

Capítulo 61

No sé en qué estado se encuentra —le dijo Obi-Wan a Charza Kwinn mientras el *Flor del Mar Estelar* continuaba ascendiendo a través de la atmósfera. El cielo se oscureció y el tenue sonido de la atmósfera en movimiento fue disminuyendo más allá del ventanal—. Creo que se ha encogido hacía dentro, llevándose consigo todos sus signos a medida que se retiraba.

—Pero estás seguro de que todavía vive, ¿no? —preguntó Charza Kwinn.

—Fue capturado junto con la nave. Lo mantendrán vivo para mantener con vida a la nave.

—No puedo creer que la República haya sido capaz de atacar este planeta—dijo Charza.

Los parientes-comida se desplegaron sobre los instrumentos con los ojos extendidos al máximo, alertas y preparados para entrar en acción.

—Sospecho que ha habido cierta confusión durante el proceso de asimilación —dijo Obi-Wan—. Algunos elementos ambiciosos y carentes de escrúpulos la están aprovechando.

—Has jurado proteger a la República —dijo Charza—. ¿Puedes enfrentarte a ellos?

—He jurado proteger a mi padawan —dijo Obi-Wan.

Era una ley más profunda y una tradición mucho más antigua, pero aun así la pregunta de Charza había dado justo en el blanco. Obi-Wan estaba muy lejos de Coruscant, y no podía saber qué decisiones se habían tomado allí.

Charza se adelantó a sus pensamientos.

—Ellos nunca permitirían la destrucción de un mundo indefenso —dijo—. Ese tipo de decisiones se parecen más a lo que la Federación de Comercio ha estado haciendo últimamente, ¿no? Y si saben que el muchacho es un Jedi...

—No importa —murmuró Obi-Wan—. Estamos siendo objeto de un ataque ilegal. Rescataremos al muchacho.

«Y que el Senado se encargue de aclararlo todo cuando volvamos a Coruscant...»

—Ya he trazado una órbita —dijo Charza, y le mostró a Obi-Wan la órbita proyectada y el punto de cita—. El sembrador de minas será más vulnerable justo antes de atracar. Esos viejos y enormes navíos de control tienen muy mala vista por encima y por debajo. Llegaré por debajo del punto ciego inferior, me pegaré a la parte inferior del sembrador de minas, allí donde su casco es más delgado, y probaré un nuevo juguete.

Charza emitió una especie de ruidoso chapoteo para mostrar su diversión.

— ¿Qué clase de juguete?—preguntó Obi-Wan.

—El juguete ideal para una era de piratas —dijo Charza—. He de hacer planes por si se diera el caso de que los Jedi dejaran de necesitar mis servicios, ¿no?

Obi-Wan se cruzó de brazos. El recuerdo del tallador de sangre y la forma en que había muerto seguía llenándolo de horror. «Anakin ha obtenido su primera victoria en un combate directo. Sé que actuó en defensa propia. Lo hizo sin una espada de luz, contra un enemigo mucho más poderoso. Teniendo en cuenta todo eso, ¿por qué tengo la sensación de que algo ha ido espantosamente mal?»

Capítulo 62

—Estoy muy impresionado —le dijo Tarkin a Anakin Skywalker mientras la nave sekotana era izada sobre las puertas cerradas del hangar, que habían pasado a servir como suelo de éste. Las hileras de bastidores de minas celestes vacíos que se alejaban hacia arriba extendiéndose por los cuatro lados tintineaban con la vibración del viejo navío—. ¿Tú creaste esto?

Anakin permaneció inmóvil con la cabeza inclinada y no dijo nada. Podía sentir la mente de su nave, en silencio, a la expectativa. Como él.

Raith Sienar trepó por el arnés y anduvo lentamente alrededor de la parte superior de la nave, arrodillándose en un momento dado para examinar su casco con un instrumento especial.

—Muy sana —declaró finalmente.

«El más alto, Sienar, es más inteligente —pensó Anakin—. El más bajo es muy poderoso y tiene muchos recursos, y no he conocido hombre más implacable que él.» La voz más anciana había vuelto a hablar. Anakin comprendió que en su situación actual, sin ninguna posibilidad real de rescate, tendría que escuchar con gran atención a esa voz para poder sobrevivir. Y sobreviviría, al precio que fuese. Por mucho que su carrera como Jedi hubiese terminado, aún había demasiados asuntos pendientes en su vida.

No creía que fueran a devolverlo al Templo.

«No creas nada de lo que digan, Para ellos sólo eres una parte más de la nave.»

— ¿Estas naves son tan especiales como afirman los rumores? —preguntó Tarkin tan afablemente como si estuviera conversando con algún amigo.

—No he tenido ocasión de ponerla a prueba —dijo Anakin—. Atacasteis el planeta y faltó poco para que nos matarais a todos.

—Lamento que hayas tenido que pasar por esa experiencia —dijo Tarkin, concentrando su atención en el muchacho—. A veces la estrategia puede ser un amo muy duro, como cualquier Jedi debería entender. Protegemos los intereses más grandes, y a veces debemos hacerlo a expensas de los pequeños.

—Zonama Sekot no *os* había hecho ningún daño —dijo Anakin.

—No respondió a nuestra autoridad, y vivimos tiempos difíciles —dijo Tarkin. El muchacho era interesante. Tenía carácter, y mucha más personalidad de lo que se habría podido esperar en alguien de su edad—. ¿Mataste al tallador de sangre?

—Se llamaba Ke Daiv —dijo Anakin—. Lo maté después de que amenazara a Jabitha.

—Comprendo. O no entendió nuestras órdenes, o las interpretó de una manera muy equivocada. Bueno, nunca se puede confiar en los de su especie, ¿verdad? Prefiero tratar con los humanos. Tú también lo prefieres, ¿no?

Anakin no respondió.

—Háblame de tu nave. En cuanto hayamos regresado a Coruscant dejaremos que sigas al mando de ella, naturalmente, y permitiremos que la pilotes.

—Podrían hacer muchas más para vosotros sólo con que les pagarais y...

—Basta —dijo Tarkin con súbita sequedad.

Sienar los escuchaba desde lo alto de la nave sekotana, inmóvil y con las manos apoyadas en las caderas. Anakin alzó la mirada hacia él. Sienar sonrió y asintió, como si estuviera de acuerdo.

— ¿Me permitirás subir a tu nave? —preguntó Tarkin, recuperando el tono tranquilo y afable de antes al tiempo que acariciaba el largo borde superior del lóbulo de estribor mientras andaba alrededor de la nave.

Anakin siguió inmóvil, con la cabeza nuevamente baja.

Tarkin miró por encima de su hombro y frunció el ceño ante la silenciosa concentración del muchacho, y después pensó en el estado del cuerpo del tallador de sangre y lanzó una rápida e imperiosa mirada a sus guardias personales, que estaban esparcidos por el hangar. Los guardias se llevaron las manos a las armas.

—Vuelvo a preguntártelo. ¿Me permitirás...? —comenzó a decir Tarkin.

Y de pronto Anakin alzó la cabeza y lo miró a los ojos.

—Haz cuanto puedas —dijo—. No te ayudare.

Allí estaba de nuevo; la insistencia en llevar la contraria y aquel desafío, que parecían completamente ilógicos. El yo más viejo y sabio se retorció impotentemente dentro de él.

Anakin podía sentir cómo se aproximaba otra parte de su prueba, la cual distaba mucho de haber terminado. Su desesperación era una debilidad y tenía que ser reprimida, y si cooperaba con aquellos hombres, o mostraba cualquier señal de que se daba por vencido y estaba dispuesto a ceder, entonces todo estaría perdido, con yo más sabio o sin él.

Sienar se encogió de hombros y fue por el casco hasta la escotilla superior.

—Tendremos que esperar hasta que la hayamos transferido al *Einem* —dijo Tarkin con un suspiro—. El muchacho acabará aviniéndose a razones.

Los androides de carga rodaron por la cubierta, preparándose para el atraque. Sus pitidos resonaron alrededor de las piernas de Anakin, advirtiéndole de que debería moverse. Las puertas del hangar no tardarían en abrirse.

—Ven —dijo Tarkin, tomando al muchacho por el hombro.

Una súbita sensación de quemadura le abrasó la mano y Tarkin se apresuró a apartarla, agitándola en el aire para tratar de calmar el dolor. «¡Un muchacho realmente impresionante!» Tarkin reprimió el impulso de abofetearlo.

Anakin alzó la mirada hacia Tarkin y sus ojos parecieron desenfocarse. Tarkin sintió que algo se estremecía dentro de su pecho, en su abdomen.

Las alarmas resonaron por toda la nave. Sienar apartó la mirada de Tarkin y el muchacho y entrecerró los ojos ante el parpadeo de luces rojas y el gemir de las sirenas.

Anakin retrocedió y contuvo su ira. «¡Iba a volver a hacerlo!» Algo muy pesado chocó con las puertas del hangar y la nave tembló. Salpicaduras de metal caliente saltaron hacia fuera desde la juntura de las puertas, y un vórtice de humo y gases recalentados subió como un dedo indagador por entre las hileras de bastidores vacíos. Los guardias personales escoltaron a Tarkin al exterior del hangar. Sienar bajó de un salto de la nave sekotana, miró desesperadamente a su alrededor, sintió que la presión del aire empezaba a descender y corrió tras los guardias después de lanzar una fugaz mirada a Anakin. Otros guardias permanecieron en el hangar y se cubrieron las caras con respiradores. Después hincaron una rodilla en el suelo y desenfundaron armas láser.

Y del torbellino de humo y vapores metálicos, a través del agujero de un metro de diámetro que acababa de aparecer en las puertas, surgió una figura encapuchada que empuñaba una brillante espada de luz verdosa. Antes de que estuviera totalmente dentro de la nave se vio envuelta por un estallido de fuego láser y, en un borroso frenesí de movimiento, la espada de luz desvió hasta el último haz.

Anakin soltó un grito de pura alegría, y después sintió una terrible vergüenza. No había creído en su maestro o en los cuasimilagros que un auténtico Jedi podía obrar, y eso lo llenó de vergüenza.

Pero no había tiempo que perder. Obi-Wan se encontraba en el centro de una docena de radios de fuego láser, y los haces chisporroteaban sobre las paredes.

El muchacho dobló las piernas junto a la nave y saltó los tres metros que lo separaban de la parte superior para aterrizar sobre ella. La escotilla se abrió nada más sentir el roce de sus botas. La nave conectó inmediatamente sus motores, y chorros de aire recalentado atravesaron el hangar.

Obi-Wan, blandiendo su hoja con suprema habilidad y vertiginosa rapidez, se subió a las puertas del hangar y fue hacia la nave sekotana. Trozos de bastidor llovieron a su alrededor, cortados por los haces láser desviados y los disparos errantes. Nueve guardias rompieron filas y se batieron en retirada.

— ¡Anakin! —gritó Obi-Wan—. ¡Nos vamos! ¡Prepara nuestra nave!

Las alarmas que resonaban dentro del hangar se volvieron más estridentes. Viendo que no podían hacer nada más, los tres últimos guardias salieron por la última compuerta abierta, disparando mientras huían. Obi-Wan subió de un salto a la nave y cortó expertamente los cables del arnés con la espada de luz, partiendo tres por un lado y tres por el otro antes de retroceder para

terminar el trabajo. Con el seccionamiento de los tres últimos cables, la nave quedó sostenida por sus propios motores.

— ¡Apenas nos queda combustible! —gritó Anakin desde el interior de la nave.

Obi-Wan miró por entre las ruinas humeantes de los soportes y vio mangueras de combustible sujetadas debajo del mamparo. El juego de conexiones permitía aprovisionar de combustible tanto a los cazas estelares androides como a las minas celestes.

Tanto los cazas como las minas utilizaban combustible de alta graduación, al igual que la nave sekotana.

— ¡Tres minutos! —gritó Obi-Wan, y trepó a un soporte que se balanceaba precariamente para soltar una manguera de combustible mientras Anakin elevaba la nave un metro más por encima del suelo para facilitarle la tarea a su maestro.

Lo que Obi-Wan no le había dicho a su padawan era que en aquel mismo instante, el *Flor del Mar Estelar* estaba colocando una carga de acción retardada en las puertas del hangar del sembrador de minas.

Sólo disponían de tres minutos y unos cuantos segundos antes de que estallara.

Capítulo 63

Tarkin, el rostro casi púrpura, parecía haber enloquecido de rabia. Se encogió junto a Sienar en el módulo de escape mientras el viejo capitán del sembrador de minas los sellaba con una sombría y fatalista inclinación de cabeza.

— ¡Faltaban dos minutos para el atraque! —chilló Tarkin, golpeando el delgado mamparo con los puños—. ¡Estábamos tan cerca!

—Ten cuidado —dijo Sienar—. Estos interiores no son demasiado sólidos.

Tarkin se quedó inmóvil, temblando de ira, y fulminó con la mirada a Sienar.

—El diseño más barato, ya sabes. Los diseñe pensando en la ligereza, no en la resistencia —dijo Sienar.

Tarkin buscó un comunicador, encontró uno en la pared y lo descolgó de un manotazo. Un instante después tenía una conexión directa con el *Einem.*

—Me da igual lo que tenga que hacer, capitana —gritó—, ¡pero destruya esa maldita nave de carga y todo lo que queda del planeta!

Capítulo 64

Charza Kwinn apartó el *Flor del Mar Estelar* del sembrador de minas y retrajo el túnel de abordaje. Había dejado un obturador en el agujero y, adherida al obturador, una carga lo suficientemente potente para que las puertas del hangar quedaran abiertas de par en par.

Examinó con muchos ojos agudos y penetrantes la continuamente cambiante red de fuego defensivo que emanaba del *Mercader Einem del Borde.* El sembrador de minas se estaba acercando peligrosamente al casco de la nave de control.

Un módulo de escape salió disparado del lado de babor del sembrador de minas y fue capturado al instante por los campos tractores del *Einem.*

Obi-Wan y su padawan sólo disponían de unos segundos antes de que estallara la carga, y ya iba siendo hora de que Charza se ocupara de su propia huida.

Capítulo 65

Obi-Wan apartó de una patada la manguera de alta presión y esquivó una salpicadura de combustible corrosivo. El hangar se había llenado de humo. La gravitación interna estaba empezando a fallar, lo cual quería decir que el taladro de Charza debía de haber seccionado varios cables en las puertas. Los escombros despegaban del suelo para flotar en el aire.

Obi-Wan saltó por la escotilla y la cerró detrás de él. Anakin meció suavemente la nave de un lado a otro para liberarla de los dos bastidores de minas caídos. Después estrechó firmemente la mano de su maestro cuando Obi-Wan ocupó su asiento.

— ¿Preparado? —preguntó Obi-Wan.

Anakin nunca había estado más preparado para irse de un sitio en toda su vida.

—Agárrate —le advirtió Obi-Wan.

La carga estalló y las puertas fueron empujadas hacia arriba y arrancadas de su marco en un abrir y cerrar de ojos. Bastidores, humo y restos salieron despedidos al espacio, y el empujón extra lanzó al sembrador de minas contra el casco del *Einem.* Los escudos de la nave de control defendieron al casco de aquella intrusión, pero el sembrador de minas era bastante más pequeño y no tenía ninguna posibilidad. Más viejo y construido para ser sacrificable, se rompió a lo largo de sus elementos estructurales igual que un huevo, y todo su combustible —y tres minas defectuosas almacenadas en la bodega— estalló.

La onda expansiva lanzó a la nave sekotana por la brecha en las puertas. El extremo de un bastidor perforó un lóbulo, y la nave dejó escapar un suave quejido de dolor dentro de la mente de Anakin antes de sellar la herida. La turbulencia era demasiado extrema, y el muchacho aún no podía controlar el movimiento. Sintió más perforaciones seguidas por un desgarrón a lo largo de la popa, y la nave volvió a efectuar rápidas reparaciones, pero el dolor era penetrante.

Cuando la intensa luz de la explosión se desvaneció, Obi-Wan vio que estaban dando tumbos por el espacio alejándose de la nave de control, la nube de restos en expansión y la bola de plasma del viejo sembrador de minas.

Anakin enderezó la nave, viró entre una andanada de haces láser disparados al azar y se encontró con un enjambre de cazas estelares. Las rápidas y mortíferas naves androide parecieron surgir de la nada, formando dos muros casi sólidos que flanqueaban al *Einem.* Anakin no tuvo más remedio que invertir rápidamente el curso, entrar en la sombra proyectada por la nave de control y huir hacia la atmósfera de Zonama.

Cualquier otra ruta se bailaba bloqueada.

—Está intacta —le dijo Anakin a Obi-Wan, sonriendo a su maestro—. Es valiente y es hermosa. Irá donde le digamos que vaya.

Obi-Wan le apretó el hombro a su padawan.

— ¿Viviremos para luchar otro día?

— ¡Puedes apostar a que sí!

Anakin enterró los brazos en el panel de control, y la nave le contó todo lo que sabía sobre el planeta, hacia dónde podían dirigirse y cómo podían escapar.

—El cielo aún está lleno de minas —dijo Obi-Wan.

Rozó sus controles con las puntas de los dedos. Estos se hundieron en el panel, e hileras de lucecitas verdes destellaron alrededor de sus manos. Los impulsos ascendieron rápidamente por sus brazos y Obi-Wan se encontró directamente conectado con la nave, así como con Anakin. La nave le comunicó sus especificaciones y características. En cuestión de segundos, Obi-Wan aprendió prácticamente todo lo que necesitaba saber un piloto; pero Anakin había pasado horas conectado a la nave, y ya era todo un experto en ella. «Sólo hay un piloto...»

—Creo que será mejor que me limite a supervisar —dijo Obi-Wan.

—Puedes mantenerte al tanto de lo que está ocurriendo ahí abajo. Mientras estemos dentro de

su radio de alcance, Sekot le habla a la nave.

— ¿Sekot?

—La mente de la que hablaba Vergere.

— ¿Vergere? —preguntó Obi-Wan, que no entendía nada.

Anakin se lo explicó rápidamente.

La nave se deslizó suavemente a lo largo de los estratos superiores de la atmósfera cerca del ecuador, ejecutó la reentrada con seis rápidos estremecimientos y se desprendió del calor generado por la fricción.

—Le gusta que la calienten de esa manera —dijo Anakin.

—Ya lo he notado. Tiene ganas de volar, ¿eh?

—Es magnífica.

Anakin podía sentir cómo la relajación y la promesa de segundad subían a lo largo de sus hombros, deshaciendo la tensión acumulada en ellos antes de llegar a su cuello y su espalda. Suspiró y se acomodó en el asiento. Estar conectado a la nave era como conversar con un viejo amigo, y la nave y él tenían muchas conversaciones atrasadas que poner al día.

Casi le hizo olvidar las últimas horas.

Pero las fuerzas de Tarkin no los dejarían huir así como así. Todas las minas celestes y la mayor parte de los cazas estelares que habían abandonado la montaña destruida se estaban concentrando directamente al oeste de ellos, y otra marea de minas estaba descendiendo desde el este. No tardarían en verse nuevamente envueltos por una oleada de tortuosa muerte automatizada.

Un techo de cazas estelares avanzaba velozmente por el cielo, viniendo hacia ellos como un amenazador frente de tormentas. Fueran cuales fueran los daños sufridos por el *Mercader Einem del Borde,* no habían reducido su capacidad para controlar y dar órdenes.

Anakin no tuvo que hacer ningún gran esfuerzo de imaginación para ver el rostro sombríamente decidido de Tarkin, siguiéndoles el rastro con sus grises ojos de cazador.

—Hemos de bajar.

—El valle-factoría —dijo Anakin—. Nuestra nave dice que el dosel se ha retirado y han dejado de producir.

Obi-Wan podía descifrar el mensaje de la nave, pero no tan deprisa como Anakin.

—Pero han estado acumulando una gran reserva de naves, Obi-Wan. Y hay algo más...

— ¿Qué?

—La nave dice que los colonizadores van a escapar.

Obi-Wan entrecerró un ojo.

— ¿Todo el mundo, a bordo de una gran nave?

—Eso es exactamente lo que ella parece pensar. ¿Podrían fabricar algo tan enorme?

—Disponiendo de los jentaris, no veo por qué no. Pero harían falta días para reunir a todos los colonizadores, incluso suponiendo que estuvieran dispuestos a irse.

Cazas estelares surgieron de detrás de una cadena de colinas y se desplegaron en una V detrás de ellos. Anakin aceleró y bajó hasta el nivel del tampasi, tal como había hecho antes cuando Ke Daiv iba sentado junto a él.

Los cazas estelares los siguieron, serpenteando por entre los boras más altos.

—Ahí está —dijo Anakin.

El dosel que ocultaba el valle-fábrica se había encogido bruscamente sobre sí mismo, dejando al descubierto el suelo de basalto y revelando los pilares de piedra que sobresalían de él como enormes clavijas.

Por encima del valle, el cielo continuaba hirviendo con la encarnizada batalla entre las defensas sekotanas y todavía más cazas estelares.

—Desde aquí arriba parece muy angosto —dijo Obi-Wan.

—Lo es —dijo Anakin.

Obi-Wan siguió los movimientos de las naves sekotanas que defendían el planeta. Las había en una asombrosa variedad, ninguna de más de sesenta o setenta metros en cualquier dimensión, y

ninguna tan esbelta o veloz como la suya. Pero todas perseguían a los cazas estelares con impresionante determinación, atrapándolos entre mandíbulas implacables para llevarlos hacia el tampasi, o al suelo del valle, donde estallaban en intensos destellos rojos y lluvias de restos metálicos. Naves más pequeñas acababan con las minas celestes por el expeditivo método de embestirlas.

—No tienen piloto —dijo Obi-Wan.

—Creo que Sekot es el piloto. Las está controlando a todas.

Obi-Wan aún estaba intentando digerir la idea de una mente a escala planetaria, pero no dudó de su padawan.

—No va a ser nada fácil —dijo Anakin—. Con cualquier otra nave estaríamos perdidos.

—Se están disponiendo en una gran formación a lo largo del valle —observó Obi-Wan—. Disponemos de unos tres minutos antes de llegar al final.

De pronto se encontró accediendo a toda una serie de ojos distintos, y pareció volar a lo largo de las paredes del valle muy por delante de ellos, viendo las formaciones de las naves enemigas con mucho más detalle. El tampasi le estaba proporcionando sus propios datos sensoriales a su nave, y la nave iba traduciéndolos para sus ocupantes humanos.

— ¿Verdad que es preciosa? —murmuró Anakin.

—Nos está mostrando que no tenemos ninguna posibilidad —observó Obi-Wan—. Más cazas estelares desde la órbita, y más sembradores de minas...

— ¡Nunca te des por vencido! —le recordó Anakin a su maestro.

Columnas de intensa luz se elevaron hacia el ciclo, tres al norte y una al sur. La atmósfera *del* valle palpitó bajo una inmensa ola de presión. Los cazas estelares que tenían encima fueron lanzados a la estratosfera y removidos como por una pala gigante. Su nave logró mantener el curso porque estaba volando a escasos metros del suelo del valle.

El terminador entre el día y la noche estaba yendo hacia ellos, iluminando una pared del valle con lo que, en otras circunstancias, hubiese sido un hermoso amanecer amarillo. Las nubes se apresuraban a llenar el vacío que la ola de presión iba dejando tras de sí a medida que se alejaba, y un instante después ellas también se encontraron bajo el resplandor del alba, que las pintó con una increíble aura dorada y púrpura.

Pero hacia el norte, el amanecer se vio interrumpido por lo que al principio parecían grandes cimas que estaban brotando de la corteza planetaria. No obstante, eran demasiado regulares y lisas para ser montañas.

Eran alguna clase de tubos de escape, y tanto Anakin como Obi-Wan los encontraron extrañamente familiares.

—La nave dice que si no queremos ir con ellos, más vale que salgamos de aquí —dijo Anakin—. Dice que deberíamos encontrar alguna manera de entrar en una órbita solar... y pronto.

Usando todas las nuevas fuentes de visión, Obi-Wan examinó aquellos tubos desde muchos ángulos. «Son guías de campo hiperimpulsor... ¡y miden más de trescientos kilómetros de alto! Y los haces de luz... son los conos plasmáticos de motores. Unos motores realmente inmensos...»

Miró a su padawan por encima de la consola.

Otra ola de presión recorrió el valle e hizo temblar la nave. Los boras que crecían a lo largo del borde estaban siendo arrancados de cuajo y eran lanzados al fondo del valle.

—Esto es una locura —dijo Obi-Wan—. No sabemos adónde irán.

—O si pueden sobrevivir —dijo Anakin.

—Prefiero que nos juguemos la vida ahí arriba.

Los cazas estelares habían quedado sumidos en la confusión, con sus sensores cegados por los súbitos haces de luz que se alzaban más allá del valle. El suelo del valle se llenó de grietas, y el magma rezumó lánguidamente por ellas. La potencia de los nuevos e inmensos motores estaba sometiendo a una dura prueba a toda la corteza planetaria.

—Tendremos que maniobrar a través de un montón de minas —dijo Anakin.

—Hazlo.

Obi-Wan frunció el ceño en un esfuerzo de concentración, tratando de ver hacía dónde se dirigían todos los caminos y cuál era el punto en el que su diminuto sendero podía converger con acontecimientos mucho más importantes en el futuro inmediato. Pero nada estaba claro.

Anakin elevó la nave sekotana por encima de las paredes del valle en el mismo instante en que otro embudo de resplandor insoportable abría un agujero en la atmósfera cien kilómetros al norte de ellos, incinerando todo lo que encontraba en su trayectoria, tanto amigo como enemigo. La luz pareció florecer en su base y después se oscureció hasta volverse de un naranja humeante y se extinguió, y un muro de escombros se extendió hacia fuera. Si aquello era un motor acababa de fallar, pero les había abierto un camino al espacio.

Anakin apretó los dientes, esperando que la muerte le sobreviniese en cualquier momento...

— ¡Nunca te des por vencido! —le recordó Obi-Wan.

...y los llevó a través de una atmósfera en ebullición, a través de fragmentos de motor hecho pedazos y guirnaldas de combustible inflamado.

Las estrellas brillaban en un punto negro al final del túnel de aire ionizado. El punto negro se encogía rápidamente.

La pequeña nave salió de la atmósfera y subió con increíble celeridad por el espacio, alcanzando la velocidad orbital en cuestión de segundos. Los cazas estelares acudieron de todas partes para perseguirla.

El YT-1150 de Charza Kwinn apareció por detrás de ellos. Charza los había seguido hasta el suelo del valle, pero no podía ir tan deprisa como ellos, por lo que se quedó atrás y les quitó de encima a las naves androides, describiendo espirales que lo llevaban cada vez más y más arriba hasta que finalmente entró en órbita. Cuando lo perdieron de vista, se estaba enfrentando a un navío defensivo de escolta.

Y entonces un haz concentrado de fuego turboláser expertamente dirigido surgió del *Mercader Einem del Borde,* apenas visible por encima de la curvatura de Zonama Sekot. El disparo les dio en el flanco y los dejó cegados durante un momento, friendo un lóbulo.

Anakin sintió la estridente señal de dolor de la nave, aquel extraño grito inaudible que hacía vibrar los huesos.

Obi-Wan miró atrás usando los sentidos que todavía les proporcionaba Sekot, y vio cómo los motores cobraban vida entre fogonazos a través del hemisferio norte del planeta y sus intensos conos de plasma empujaban lenta y majestuosamente a Zonama Sekot hasta sacarlo de su órbita. Todas las naves renegadas que flotaban alrededor del planeta tuvieron que huir a toda prisa para apartarse de los fogonazos y del nuevo vector que el planeta había empezado a seguir a través del espacio.

Zonama Sekot nunca había sido más hermoso. Relucía sobre el telón de fondo de la rueda de fuego y los lejanos telones ondulantes de las estrellas. Sus nubes y su vasto tampasi desaparecieron bajo el manto de un amanecer que no podía competir con las energías generadas por Sekot.

— ¡Se está yendo! —gritó Obi-Wan, extendiendo el brazo para agarrarse a algo en una reacción instintiva completamente fútil.

Todas las estrellas que había alrededor de la circunferencia del planeta parecieron ser aspiradas hacia el interior de ella para luego ser bruscamente escupidas. Obi-Wan sintió un enorme vacío en el tiempo y el espacio bajo la forma de una extraña tensión en el estómago, algo que no se parecía a nada de cuanto hubiera experimentado jamás.

Perdió sus sentidos extra, su conexión con Sekot. El único y fugaz vestigio que quedó de ella fue una breve despedida, el último roce de un zarcillo extendido a través de una inmensa distancia, viejo y joven a la vez.

Anakin seguía absorto en el dolor de su nave. Detrás de ellos, la confusa flota de Tarkin se dispersaba como bajo un gran vendaval. Todas las órbitas de las naves habían cambiado inesperadamente, y los sistemas de navegación no podían compensar aquella brusca variación. Las minas chocaron con minas y cazas estelares, las naves de suministro se estrellaron contra los escoltas defensivos y, finalmente, dos escoltas embistieron al *Mercader Einem del Borde.*

Aquello no era de su incumbencia. Anakin sabía que disponían de muy poco tiempo para ir adonde necesitaban ir. «Llévanos allí», le dijo a su nave.

El muchacho entró en un estado en el que entendía los misterios de los espacios superiores. La vastedad del universo ya no le asustaba. La nave lo anclaba a su realidad. Incluso en su dolor, le estaba enseñando cómo viajar por las dimensiones más difíciles.

Y Anakin, a su vez, cedió a la nave las considerables habilidades que poseía.

Juntos, nave y muchacho, se transportaron al hiperespacio y huyeron del sistema estelar triple que había contenido la promesa secreta de Zonama Sekot.

Nunca había existido una nave más veloz que aquélla.

CAPITULO 66

Obi-Wan durmió. El agotamiento había acabado pasándole factura, y el sueño llegó sin que se diera cuenta. Despertó unas horas después y vio que Anakin también dormía, los brazos aún hundidos en la consola. Los ojos del muchacho se movían de un lado a otro. Estaba soñando.

Obi-Wan acarició suavemente a la nave.

—Cualquier amigo de Anakin Skywalker es amigo mío —murmuro.

La consola onduló bajo sus dedos. Una lectura de los sistemas vitales de la nave apareció ante él. La nave estaba dando todo aquello de que disponía para llevarlos al sitio al que querían ir, pero eso no iba a bastar. Las heridas que había sufrido eran demasiado graves.

Obi-Wan se inclinó hacia adelante.

—Hay otra estación —dijo.

Era un puesto de emergencia, un estéril mundo rocoso miles de parsecs más próximo que Coruscant, usado ocasionalmente por los Jedi y sólo conocido por ellos, y por lo demás casi desierto. Obi-Wan sólo había estado allí en una ocasión, después de una aventura particularmente extenuante con Qui-Gon.

La nave aceptó sus coordenadas. Una nueva lectura le confirmó que podía llegar a aquel destino.

—Y cuando puedas, envía un mensaje al Templo —dijo Obi-Wan, proporcionándole las frecuencias del transductor—. Alguien debería ir a nuestro encuentro en el puesto avanzado. Mace Windu, o Thracia Cho Leem. O ambos. Es muy importante que mi padawan sea asistido por otro maestro después de su terrible prueba.

Anakin despertó y parpadeó como un búho bajo las suaves luces de la cabina.

—Estabas soñando —dijo Obi-Wan.

—Yo no, la nave —dijo Anakin—. O quizá soñábamos juntos. Recorríamos la galaxia viendo cosas maravillosas. El mero hecho de ser tan libre era tan delicioso... Y tú estabas allí con nosotros. Creo que también lo pasabas bien.

Anakin extendió la mano con los dedos separados y Obi-Wan la recibió con la suya. Unos años más y el muchacho ya habría crecido.

«Y no sólo en estatura...»

—Voy a ponerle nombre —dijo Anakin, desviando la mirada.

— ¿Cuál?

—La llamaré *Jabitha.*

Obi-Wan sonrió.

—Es un nombre bonito, ¿verdad?

—Lo es.

— ¿Crees que aún viven?

—No lo sé —dijo Obi-Wan.

—Quizá se han esfumado y nadie volverá a verlos jamás.

—Quizá.

Anakin tuvo que hacer un gran esfuerzo para formular su siguiente pregunta.

—Nuestra nave se está muriendo, ¿verdad?

—Sí.

Anakin miró hacia adelante con el rostro inexpresivo.

«El muchacho pierde todo lo que ama, y aun así sigue siendo fuerte.»

—Vergere... —empezó a decir Anakin.

—Cuéntame algo más sobre lo que dijo Vergere.

—Haré que la... Haré que *Jabitha* te muestre todo el mensaje.

Vergere volvió a aparecer en la cabina, con las plumas de la cabeza en desorden y los ojos

rasgados llenos de cauteloso recelo, para comunicar sus descubrimientos a cualquier Jedi que pudiera seguir sus pasos.

CAPITULO 67

La Jabitha yacía en un frío hangar prefabricado en el puesto avanzado del planeta Seline. La piel de la nave sekotana estaba perdiendo rápidamente su color e iridiscencia.

Anakin estaba sentado en un banco delante de la nave, con el mentón apoyado en las manos. Fuera, los vientos aullaban y las espículas de hielo se hacían pedazos contra la delgada piel metálica del hangar con un áspero repiqueteo.

Anakin intentó imaginarse a la *Jabitha* en su lugar de nacimiento lleno de calor, vida y belleza tropical, de vuelta con su familia... dondequiera que pudiesen estar.

Seline no era el sitio más adecuado para que una nave sekotana muriera.

Obi-Wan y Thracia Cho Leem entraron en el hangar. Thracia se quitó la ropa de abrigo. Anakin alzó la cabeza, y después volvió a posar la mirada en la nave.

Thracia fue hacía el muchacho.

— ¿Ya no eres tan joven, Anakin Skywalker? —preguntó, sentándose en el banco junto a él mientras el muchacho se apartaba unos centímetros para hacerle sitio a la pequeña Jedi.

Anakin no respondió.

—Has aprendido algunas verdades muy duras, joven Jedi. No basta con el poder, y ni siquiera la disciplina es suficiente. Llegar a conocerse a uno mismo es el más difícil de nuestros viajes.

—Lo sé —murmuró Anakin.

—Y a veces la sabiduría parece estar imposiblemente lejana.

Anakin asintió.

—Debes permitir que perciba lo que hay dentro de tí ahora —dijo Thracia con dulzura—. Todavía estás siendo juzgado —añadió después, en el tono de advertencia más leve posible.

Anakin torció el gesto, y después se relajó y dejó que lo sondeara.

Obi-Wan volvió lentamente la mirada hacia la nave muerta, aquel vehículo que ya sólo serviría para ser sometido a una fría e implacable investigación, y salió del hangar. No podía presenciar lo que iba a ocurrir allí dentro. Tenía que haber una evaluación objetiva, ya que la mitad de la terapia Jedi consistía precisamente en eso.

En cuanto a la otra mitad...

Ésa era la mayor habilidad de Thracia: la curación.

Habría muchas más batallas para su aprendiz, muchas más desilusiones. Y muchas más alegrías. Más alegrías que tristezas, esperaba fervientemente Obi-Wan.

Eso era lo que se sentía al tener el corazón de un maestro, y eso era lo que significaba tenerlo.

CODA

No se hacen más naves sekotanas. Pocos años después, todas ellas han muerto o han sido destruidas.

Tarkin y Raith Sienar consiguen devolver la maltrecha flota a casa. Inspirado por lo que él llama «un gran ejemplo», Tarkin se redime a sí mismo ante el Canciller Supremo con planes secretos para una estación de combate de las dimensiones de una luna. Tarkin se atribuye todo el mérito del diseño. Sienar no protesta, porque la estación de combate es un hijo cuya paternidad no desea reconocer. Esa concentración de poder tan inmensa lo llena de oscuros presentimientos.

El nuevo orden los encontrará útiles a ambos.

Charza Kwinn y sus compañeros de nave sobreviven y llegan a Coruscant, donde se les asignan nuevas misiones. En años posteriores, con la aparición del Imperio y el declive en las relaciones cordiales con los no humanos, Charza se hace contrabandista y pirata para alimentar a sus parientes-comida. Sólo ataca naves imperiales.

Una leyenda crece en la galaxia: la de un planeta misterioso que vaga entre las estrellas, perdido para siempre, gobernado ya por un loco, una loca o un santo, puesto que las leyendas no dejan claro ese punto.

Meses después de haber tratado a Anakin Skywalker, Thracia Cho Leem abandona la orden Jedi sin dar explicaciones.

Obi-Wan Kenobi ya tiene una misión en la vida. El muchacho, su padawan, se está haciendo más fuerte, superando las decepciones *y* adquiriendo disciplina. Pero el nudo en el futuro de Anakin no se ha deshecho del todo. La prueba no ha terminado, y quizá tarde décadas en terminar.

No hay equilibrio.

Todavía no lo hay.